M. PIMENTEL & M. NAVARRO

ARQUEOMANÍA

HISTORIAS *de la* ARQUEOLOGÍA

La arqueología es una ciencia apasionante que aúna el rigor con el misterio y la aventura. Conozca sus increíbles historias: Olduvai, Orce, Atapuerca, Altamira, el Tesoro del Carambolo, Cova Eirós, los santuarios tartésicos, los príncipes íberos, la gran Roma, la sepultura desconocida de Boabdil, o el templo de Millones de Años de Tutmosis III, entre otros, componen la mejor obra de divulgación arqueológica.

ALMUZARA

Manuel Pimentel & Manuel Navarro

ARQUEOMANÍA
HISTORIAS DE LA ARQUEOLOGÍA

© Manuel Pimentel Siles, 2019
© Manuel Navarro Espinosa, 2019
© Editorial Almuzara, s.l., 2019
Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»
Editorial Almuzara • Colección Historia
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición: Ana Cabello
Corrección: Rebeca Rueda
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
Síguenos en @AlmuzaraLibros
I
I.S.B.N: 9788417954574

Para todos los arqueólogos, científicos, historiadores, investigadores, espeleólogos, responsables de museos y profesionales varios que nos descubrieron tantos secretos de nuestra arqueología.

Para José Ramos, Virgilio Martínez Enamorado y Eduardo García Alfonso, por haber sido los primeros de todos ellos.

Para Pedro Cantalejo y Leonardo García San Juan, por estar siempre ahí.

Para Samuel Martín Mateos y Javier González Fernández, por haber impulsado Arqueomanía, y a Luisa Penabaz por habernos ayudado a mejorarlo.

Para Carmen Martínez Morenilla, alma de Arqueomanía, y Kurro Silva, compañero de equipo y aventura.

Para Manuel Serrano, Jesús González, Jorge Sánchez Gallo y Rafael Revilla, maestros y compañeros.

El porqué de este libro

Apasionados por la arqueología, quisimos hacer un programa para divulgarla. Televisión Española apoyó la idea y así nació *Arqueomanía*, el programa de arqueología de TVE2. Aunque parece que fue ayer cuando comenzamos nuestra andadura, los años pasan y ya se emite la quinta temporada en el momento en el que este libro ve la luz. Ojalá sean muchas más.

Hemos visitado cientos de yacimientos a lo largo y ancho de toda España, entrevistado a los arqueólogos que dirigen sus excavaciones y grabado a los científicos que los investigan. También hemos leído sus libros y publicaciones para comprender mejor sus descubrimientos y teorías. Les estamos muy agradecidos por su generosidad al compartir su conocimiento tanto con nosotros como con una audiencia cada día más interesada por nuestro pasado remoto. Y fruto de esas largas conversaciones, combinadas con nuestras propias emociones, nace este libro, que aúna varios géneros en uno. Es, sobre todo, un libro de divulgación arqueológica, estructurado en torno a algunos de los yacimientos visitados, porque no están todos los que son, pero sí son todos los que están. Esta obra también tiene esencia de libro de viajes, en el que narramos las impresiones que los paisajes, las personas y las ruinas causaron en nuestra alma de viajeros curiosos y apasionados por la arqueología y la historia.

La arqueología es ciencia y conocimiento, pero también emoción. El aroma del misterio y de lo aún desconocido la envuelve necesariamente porque todavía son muchas las penumbras. También conlleva sorpresas, viajes y aventura. Hemos tenido la oportunidad de descender hasta cuevas profundas, rapelar por paredes verticales; hemos subido con esfuerzo pendientes y montañas, pasado calor y frío, y, sobre todo, hemos compartido horas, muchas horas, en el campo con los arqueólogos, de sol a sol en algunas ocasiones. Hemos visto el amanecer para grabar cómo los rayos del sol naciente iluminaban antiquísimos calendarios rupestres, y hemos asistido al momento en el que una momia egipcia era extraída de la sepultura que la custodió durante milenios. Son muchas las emociones, muchas las historias vividas. Y ahora queremos narrarlas en forma de libro, libro que divulgue la arqueología y la historia, libro que entretenga y

evoque la gran aventura que atesoran.

No somos arqueólogos ni científicos, somos divulgadores y tenemos muy clara nuestra misión: dar a conocer al gran público, de manera rigurosa y amena, la arqueología española y la tarea de sus arqueólogos. Por eso, nunca haremos interpretaciones propias de los yacimientos, ni propondremos tesis alguna. Nuestra tarea es transmitir de manera divulgativa y entretenida, las opiniones y las tesis propuestas por los responsables de la investigación, así como el conocimiento histórico generado. A veces también trasladaremos de manera respetuosa el debate científico subyacente, pues son muchas y apasionantes las materias arqueológicas en controversia.

Pero, sobre todo, vamos a contar historias de la arqueología; comenzando por aquel pasado remoto en el que como humanos dábamos los primeros pasos en una sabana africana. Conoceremos cómo llegamos a Europa, ya habitada por los neandertales y cómo creamos el arte rupestre. Tras conocer yacimientos e historias del Neolítico y de los primeros metales, nos adentraremos en los misterios tartésicos e íberos para llegar hasta la gran Roma. La desconocida arqueología insular, canaria y balear nos ocupará varios capítulos. Y como arqueología medieval, participaremos, entre otras, en la investigación arqueológica de un enigma templario y trataremos de averiguar dónde está enterrado el rey Boabdil el Desdichado. Y como queremos dar a conocer las misiones de los arqueólogos españoles en el extranjero, viajaremos hasta Egipto para conocer las excavaciones del templo de Millones de Años del faraón Tutmosis III. Y también a Tanzania, Portugal, Alemania…

Esperamos que disfrutes de la lectura de este libro que te hará viajar a yacimientos increíbles y compartir con nosotros su potente evocación, su lección y su misterio. Y de paso, conocerás a muchos de los principales arqueólogos españoles, verdaderos protagonistas de esta obra que te aguarda ya con impaciencia.

La prehistoria remota. Desde el origen hasta el neandertal

OLDUVAI, ORGULLO DE LA CIENCIA ESPAÑOLA

Somos sin saber cómo. El misterio de nuestro origen nos atrae e inquieta al mismo tiempo. ¿Desde cuándo somos humanos? ¿Cuándo nacimos como especie? ¿Quiénes son nuestros ancestros? ¿Cómo adquirimos la inteligencia? Solo la ciencia puede proporcionar respuestas a estas preguntas esenciales. Pero la ciencia, a pesar de sus incontestables avances, todavía sufre de grandes lagunas y espacios en blanco, amplias zonas de sombra sin iluminar. La paleoantropología, la disciplina arqueológica que estudia la evolución de los homínidos y de los primeros humanos, es una ciencia de vanguardia. Cada descubrimiento de un nuevo fósil genera un enorme revuelo internacional. Es como si nos fuéramos conociendo poco a poco, por capítulos, a nosotros mismos. Así ocurrió con Lucy, la hembra de *Australopitecus afarensis*, con más de tres millones de años de antigüedad, descubierta por Donald Johanson en 1974, o con Miguelón, el cráneo de *Homo heidelbergensis* descubierto en la sima de los Huesos en 1992 por el equipo de Atapuerca, con una antigüedad de unos 500.000 años, o, igualmente, con el descubrimiento del *Homo antecessor* en la Gran Dolina. Todos ellos nombres propios que iluminaron nuestra propia evolución.

Yacimiento FLK, donde Marie Leakey descubrió el fósil Zinj.

Pero si un yacimiento, entre todos los del mundo, posee nombre propio, ese es Olduvai, enclavado en Tanzania, en uno de los parajes más hermosos del mundo, en la reserva del Ngorogoro, a las puertas mismas del Serengueti. Durante casi cuarenta años, el matrimonio Leakey descubrió en la garganta de Olduvai un número sorprendente de fósiles humanos, destacando el hallazgo del parántropo o del *Homo habilis* a principios de la década de los sesenta. También allí se descubrió el *Homo ergaster*, de rasgos inequívocamente humanos y con casi dos millones de años de antigüedad. Un lugar único en el mundo y probablemente el yacimiento que más luz ha arrojado sobre la transición desde los primates originarios y los homínidos hasta los humanos arcaicos y hasta nosotros mismos, *sapiens* actuales. Olduvai es el sueño de todo investigador, la meca de la paleoantropología. Pues bien, para sorpresa de muchos, un equipo científico español dirige sus yacimientos más importantes. Un auténtico orgullo para la ciencia española y europea, que se sitúa en esta materia en la vanguardia mundial.

Por eso, probablemente, el proyecto científico español con mayor relevancia internacional en la materia sea el conocido como TOPPP, *The Olvudai Paleoantropological and Paleoecological Project*. Codirigido por tres científicos, dos de ellos españoles, Manuel Domínguez

Rodrigo y Enrique Baquedano, y un tanzano, Audax Mabulla, excava la mítica garganta del Olduvai, donde el matrimonio Leakey descubriera los primeros restos de *Homo habilis*, considerado hasta la fecha como el primer humano, aunque todavía con cierto debate al respecto. Participan en el proyecto la Universidad de Alcalá, la Complutense, la de Valladolid, la UNED y el CENIEH. Solo dos equipos internacionales, uno español y otro norteamericano, investigan en la zona, lo que nos da una idea de la relevancia de los trabajos del equipo español.

Tuvimos la oportunidad de visitar el yacimiento de Olduvai, donde conocimos *in situ* la marcha de las excavaciones. Viajamos junto a Sebastián Celestino y Esther Rodríguez, codirectores del yacimiento de El Turuñuelo de Guareña, el fabuloso santuario tartésico que aporta una información fundamental para entender otro de nuestros periodos históricos más misteriosos y apasionantes, el Tartessos de las fuentes clásicas. Pero esa es otra historia que ya contaremos más adelante.

Olduvai es único. Podríamos cantar la belleza del lugar, la magia de sus sabanas, la riqueza de su fauna, hasta agotar los adjetivos admirativos, pero no se trata de eso ahora. Conste nuestra fascinación por sus paisajes y por su fauna sorprendente, por su universo de horizontes y libertad, pero de lo que se trata en estas breves líneas es de describir la relevancia científica de los trabajos que realiza el equipo español de paleoantropólogos, y a ello nos ponemos sin dilación.

De izquierda a derecha, Manuel Pimentel, Manuel Domínguez Rodrigo, Enrique Baquedano,

TOPPP excava en siete yacimientos ubicados en puntos distintos de la garganta y, tras varios años de duro esfuerzo, presenta un valiosísimo balance, tanto en industria lítica como en fósiles de animales y humanos. Destaca, entre estos últimos, el OH-86, una falange del meñique del *Homo ergaster* más antiguo conocido hasta la fecha, con 1,9 millones de años de antigüedad. Este descubrimiento goza de gran relevancia internacional por tres motivos. Primero, porque retrotrae la antigüedad conocida de la especie, situada hasta entonces en 1,6 millones de años. Segundo, porque eleva su estatura hasta los 1,80 metros, más alto, por tanto, que los humanos actuales. Y tercero, porque el *ergaster* habría nacido antes de que lo hiciera la industria achelense a la que siempre se le asoció, lo que abre el debate acerca de quién fue el primer *Homo* que manejó las herramientas, si el *habilis* o el *ergaster*, lo que supone una auténtica revolución.

Aguadora Masai ante yacimiento AGS.

Pero más allá de los útiles de piedra y de los fósiles, por valiosos que sean, el equipo español estudia los comportamientos, la manera de relacionarse de estos homínidos y humanos con el entorno y entre sí, una materia en la que estaba casi todo por descubrir. Sus

aportaciones son enjundiosas, y modificarán y enriquecerán el actual conocimiento de la evolución humana. Probablemente, esta historia quedará reescrita gracias a los trabajos del equipo español de Olduvai, a los que hay que sumar la importantísima escuela de paleoantropología española, entre la que destaca Atapuerca. La ciencia española brilla en esta materia, por mérito propio, a primer nivel internacional.

La historia de la evolución humana es apasionante y la paleoantropología seguirá en el corazón del debate científico durante muchos años, impulsada aún más si cabe por la construcción de la inteligencia artificial, empeño del siglo. Hablar de evolución humana es, en el fondo, hablar de la evolución de la inteligencia. El cuerpo, los fósiles, son la máquina; la inteligencia, el motor último que nos hizo humanos.

Situémonos a finales del XVIII, cuando la aparición de fósiles sorprendentes desbarató el relato bíblico. Esas especies colosales y desconocidas fueron bautizadas como antediluvianas para justificar su extinción, por aquello de que, al no caber en el Arca de Noé, habrían perecido ahogadas y enterradas para siempre en el lodo. Pero el encaje bíblico era demasiado forzado y no cuajó. La ciencia no tardaría en iluminar la realidad. Se trataba, en verdad, de seres antiquísimos que habitaron el planeta millones de años atrás, fosilizados por acción de la geología y el tiempo. Tras Darwin, todo cambió. Las especies evolucionaron a partir de otras anteriores y nosotros, por tanto, descenderíamos del mono. El lío fue morrocotudo y, finalmente, la teoría de la evolución quedó mayoritariamente aceptada. Pero hoy aún quedan grandes cuestiones por resolver, ya que los fósiles aún son pocos, y las dudas, muchas.

La ciencia internacional se afana por llenar esos espacios en blanco y el nuevo descubrimiento continuará levantando una gran expectación. Olduvai y los trabajos del equipo español tendrán un gran protagonismo en los avances de nuestro conocimiento. Las dudas son muchas, como decíamos, pero algunas de sus respuestas principales se encuentran enterradas en la garganta de Olduvai, enclavada en la Falla del Rift, la falla dorsal que recorre África del Este de sur a norte y que terminará partiendo el continente africano en dos, como ya ocurriera con el mar Rojo. En su corazón, los científicos españoles persiguen nuestros propios secretos de especie.

Abandonamos el Ngorogoro. Atrás dejamos paisajes, amaneceres, fósiles, leones, jirafas, yacimientos y científicos. Delante, los seguros descubrimientos que permitirán conocernos mejor como especie. Y

muchos de ellos, atención, vendrán firmados por científicos españoles. Olduvai, orgullo para la ciencia internacional; Olduvai, orgullo para la ciencia española.

ORCE Y SU SINFONÍA DE EXTRAÑEZA ESENCIAL

Orce, al norte de Granada, es una bella sinfonía en clave de extrañeza. Sus tierras son blancas, coloreadas por los millones de fósiles que dormitan sepultados bajo sus sedimentos. Orce, hermosa por caserío y paisaje, es una ventana abierta hasta aquellos tiempos extraños, casi dos millones de años atrás, en los que los primeros humanos se desplazaron por Europa.

Todavía no conocemos nuestro propio pasado. Solo la ciencia, con el apoyo de los escasos fósiles humanos aparecidos, podrá alumbrar la caverna oscura de nuestro origen. Primero fue la inmovilidad, el relato bíblico. El mundo era como lo veíamos, apariencia y forma, que dirían los clásicos. La esencia de la materia nunca cambia, es inmutable, afirmaron. Y si la materia lo es, el mundo también lo sería, con razón acrecentada. La continuidad esencial de Parménides, el «nada cambia», impregnó el paradigma del conocimiento humano hasta que los fósiles —testigos molestos de un pasado que no entendíamos—, y, sobre todo, Darwin y sus teorías, nos convencieron de que la vida evolucionaba y cambiaba. Orillamos a Parménides y abrazamos el *Panta rei* de Heráclito, el «todo fluye, nada permanece». Antes, los incipientes estudios de geología nos habían descubierto las colosales fuerzas telúricas que elevaban montañas y que hundían continentes enteros. Al-Biruni ya afirmó, allá por el siglo X, aquello tan revolucionario de que la India fue antes un mar. Charles Lyell publicó en 1830 su famoso libro *Principios de Geología*, que tanta influencia tuviera en el propio Darwin, y gracias al cual la humanidad tomó consciencia definitiva de que las geografías mudaron en el tiempo, moldeadas por catástrofes inimaginables hasta entonces.

Todo cambia, todo fluye, nada permanece. Y la certeza de que nunca podremos bañarnos dos veces en el mismo río nos provoca un sentimiento de extrañeza en relación con el mismo suelo que pisamos, sobre el familiar territorio que habitamos. No fue ayer como hoy lo vemos, ni será como lo vean en el futuro los nietos de los nietos de nuestros nietos. Sobre los paisajes del ayer no pastaron ni cazaron los

mismos animales que hoy lo hacen. Donde hoy vemos ovejas, vacas, ciervos y jabalíes, en el pasado pleistocénico al que nos remiten los yacimientos de Orce habitaron enormes mamuts con defensas imposibles, hipopótamos, rinocerontes, hienas gigantes, tigres de dientes de sable. Y entre tanta desmesura de bestias y fieras, vivieron humanos pleistocénicos de alrededor de un millón y medio de años de antigüedad. Nos los figuramos trémulos, asustadizos, pero con la firme determinación de sobrevivir y con una inteligencia asombrosa que les permitía tallar útiles en piedra que han llegado hasta nuestros días. En Europa apenas si existen yacimientos con restos humanos con antigüedades superiores al millón de años, y Orce es uno de ellos, junto a Dmanisi y Atapuerca.

Orce acoge, como decíamos, algunos de los yacimientos con presencia humana más antiguos de Europa. El paisaje, árido, de blancas albarizas y profundos barrancos, es exótico, bellísimo, y recuerda a las profundas gargantas tanzanas de Olduvai, consideradas por algunos como el origen de la humanidad. En el término de Orce existen abiertos varios yacimientos, de los que en las campañas 2017-2018 se excavaron tres, Barranco León, Fuente Nueva 3 y Venta Micena, que visitamos. Estos yacimientos se localizan en lo que fueran las orillas de un lago antiquísimo y poseen una riqueza espectacular tanto en fauna del Pleistoceno inferior como en instrumentos líticos de los homínidos que poblaron estas tierras hará, al menos, unos 1,4 millones de años.

Desde que José Gibert descubriera los yacimientos a finales de los setenta del pasado siglo hasta nuestros días, las diversas campañas de excavación —pocas para tan largo periodo— realizadas por Gibert y otros eminentes paleoantropólogos, como Isidro Toro, Bienvenido Martínez o Robert Sala, han arrojado un riquísimo material paleontológico y de industrias líticas que sitúan a Orce en el parnaso de la arqueología pleistocénica. Asimismo, se han descubierto valiosos restos humanos, como un diente infantil, un probable húmero, dos epífisis humerales o un posible hueso parietal, que son, a día de hoy, los más antiguos localizados en Europa tras los de Dmanisi.

El actual Proyecto Orce contempla cuatro campañas de excavación e investigación a partir del verano de 2017, coordinadas por la Universidad de Granada. Juan Manuel Jiménez Arenas, director del proyecto, es bien consciente de la enorme responsabilidad contraída con la comunidad científica y con el conjunto de la sociedad. Por ello ha organizado un amplio equipo interdisciplinar e internacional, en colaboración con el IPHES, compuesto por técnicos y científicos de

diversas disciplinas y con un soporte metodológico y tecnológico de última generación. El objetivo es conocer tanto la fauna como el clima de aquel tiempo remoto, así como, por supuesto, estudiar la presencia de los primeros homínidos europeos.

José Solano nos mostró el yacimiento de Barranco León, suspendido sobre la enorme cárcava que la erosión creó sobre el sedimento del lago. Aquí apareció el diente humano y destaca por la rica presencia de hipopótamo en unas cronologías que rondan los 1,4 millones de años. Nos trasladamos a continuación hasta Fuente Nueva 3, un yacimiento con 1,2 millones de años, donde encontramos al mamut meridional como rey. Unas defensas enormes, las mayores encontradas de la especie hasta ahora, dominan, soberbias, la excavación. Deborah Barsky, su directora e investigadora del IPHES, narró apasionada la importancia de Orce en la escena europea y la trascendencia de estas excavaciones.

El yacimiento más antiguo es el corte cuatro de Venta Micena, con casi 1,6 millones de años de antigüedad —muy cercano al que ya excavara Gibert—, que destaca por su alta concentración de fauna, en especial de carnívoros. Carmen Luzón, tafónoma, nos mostró la alta densidad de fósiles de licaones, lobos y hienas, además de unas imponentes cuernas de un enorme cérvido. En este yacimiento aún no se ha localizado actividad humana, aunque no se descarta descubrirla en cualquier momento.

Excavación en yacimiento de Venta Micena, Orce, Granada.

Hace millón y medio de años, una inmensidad en el tiempo, grandes animales vivieron en estas tierras, acompañados por unos inteligentes e inquietos humanos ancestrales de los que aún sabemos muy poco. Orce posee la llave que nos abrirá la puerta de sus arcanos, que, de alguna manera, también son los nuestros. Mientras, los paisajes de Orce, sus páramos y barrancos continuarán componiendo su sinfonía de extrañeza singular y de asombro ante el misterio más extraño: nuestro propio origen, nuestro propio ser. ¿Somos nosotros aquellos homínidos? ¿Habitan ellos en nosotros? Quizás, al final, tanto Parménides como Heráclito tuvieran razón al mismo tiempo, al modo de Lampedusa. Que cambie todo, para que nada, en esencia, se modifique. Quién sabe si al final no estamos tan lejos de aquellos primeros humanos como hoy suponemos. Orce dirá, Orce sentenciará. Y si no, al tiempo.

Entrevista a Juan Manuel Jiménez Arenas en museo de Orce.

LOS ENORMES ELEFANTES DE SORIA Y LOS HUMANOS DE AMBRONA Y TORRALBA

Hubo un tiempo en el que enormes elefantes, mayores que los actuales y de unas ocho toneladas de peso, enseñoreaban los paisajes de la

actual Soria. Cuesta imaginarlos caminando en fila, con su silueta rotunda y su andar lento, recortados sobre la línea del horizonte de un crepúsculo pleistocénico. Y mientras avanzan, un grupo de humanos rastrean su pista, que los conduce hacia una zona de lagos poco profundos. Quinientos mil años separan esa escena de nuestros horizontes sorianos de hoy, pero su eco aún resuena en estas soledades límpidas y transparentes.

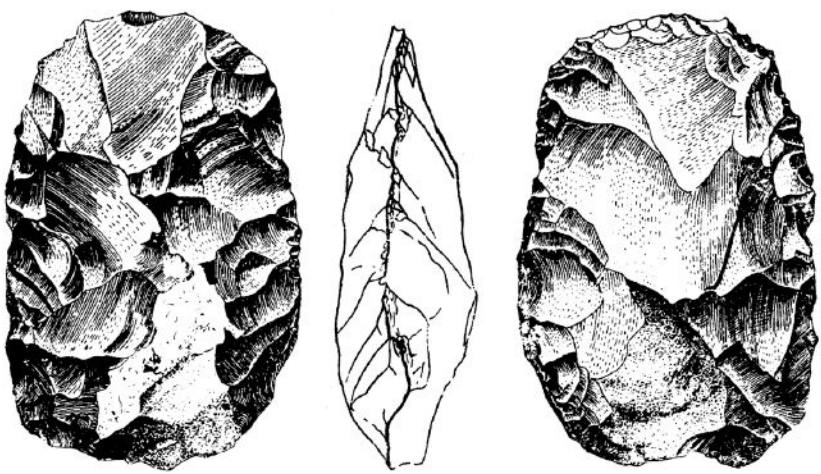
Recreación de *Palaeoloxodon antiquus* junto con museo *in situ* del yacimiento paleontológico de Ambrona (Soria, España).

En nuestra ruta tras los pasos de los primeros pobladores de nuestra geografía, nos acercamos hasta Ambrona y su vecina Torralba, situadas al sur de la provincia de Soria. Allí nos aguardan fósiles espectaculares de elefantes, leones, hipopótamos, rinocerontes y uros, la fauna gigantesca que convivió desde al menos hace 500.000 años con una humanidad primigenia que nos dejó el rastro cierto de su industria lítica.

Ambrona y Torralba son referencias obligadas en la historiografía paleontológica y arqueológica española. Descubiertos a finales del siglo XIX, serían excavados por el marqués de Cerralbo entre 1909 y 1914. Fue el primer yacimiento al aire libre del Paleolítico inferior, por lo que influiría poderosamente en el imaginario de la ciencia acerca de los grandes elefantes europeos. La excavación se reinició a

principios de los sesenta del siglo pasado por Clark Howell, con el que colaboraría el maestro de nuestros paleoantropólogos, Emiliano Aguirre. Fruto de esos trabajos es el actual museo, que bien merece una visita. El yacimiento adjunto se encuentra cubierto, con los restos de tres elefantes de unos 400.000 años de antigüedad en su interior. En la década de los noventa se volvió a excavar bajo la dirección de Manuel Santonja y Alfredo Pérez-González. En el momento de nuestra visita, verano de 2018, el programa de excavación se encontraba dirigido por los investigadores del CENIEH Joaquín Panera y Susana Rubio-Jara.

Una amplia zona lacustre conformaría el paleopaisaje de estos yacimientos, que nos recuerdan a Orce, con una importante concentración de grandes mamíferos que atraerían a los humanos. ¿Podían estos cazarlos o eran simples carroñeros oportunistas? Los investigadores se decantan por la primera opción, aunque las piezas de caza serían los animales enfermos, ancianos o jóvenes, ya que difícilmente podrían enfrentarse con un ejemplar adulto en plenitud de fuerzas. En todo caso, parece comprobado que podrían cortar con sus útiles la gruesa piel que los protege para llegar así hasta el tesoro de su carne y el tuétano de sus huesos.



Hacha de mano achelense de Torralba, Soria, España (colección del marqués de Cerralbo). Hugo Obermaier, *El hombre fósil*. 1925, Madrid.

Pero, más allá de la espectacularidad del registro paleontológico, Ambrona arroja una valiosísima información sobre el comportamiento

de los primeros pobladores, ya que sus yacimientos han sido pródigos en industria lítica. La industria achelense, que encontramos con unas cronologías que se extenderían desde los 500.000 hasta los 250.000 años de antigüedad, posee un evidente origen africano, dada la similitud con sus contemporáneas encontradas en yacimientos africanos. Este tipo de achelense africano solo es posible encontrarlo en Europa en la península ibérica y en el sur de Francia. En el resto de la geografía europea el achelense es diferente, lo que daría fundamento a la tesis del origen africano de la población que los talló. Querría esto decir que hace unos 500.000 años un número significativo de homínidos podría haber cruzado el estrecho de Gibraltar para repoblar la Península. Esta propuesta es rompedora, pues muchos científicos ponen en duda esa posibilidad del paso del Estrecho en fechas tan remotas. Otros, sin embargo, postulan que los humanos pudieron cruzarlo incluso mucho antes. Es una cuestión aún sin dilucidar que nos ocupará en estos próximos años.

Además del achelense, en Ambrona también se encuentran industrias propias del Paleolítico medio, de unos 350.000 años, antecesoras claras del Musteriense —técnica asociada a los neandertales—, y que son las más antiguas descubiertas en Europa, lo que les confiere un valor excepcional. Entre 350.000 y 250.000 coexistieron el achelense y estas industrias características del Paleolítico medio, lo que daría pie a dos posibilidades. O bien que dos especies humanas —cada una responsable de un tipo de talla— coexistieran durante ese periodo, o bien que una única especie fuese la autora de los dos modos de industria. Los investigadores se inclinan por la primera opción.

Tres fueron los materiales utilizados para la talla de los útiles. El sílex, que procedía de una veta situada a unos cincuenta kilómetros de distancia; la cuarcita, de unos cinco kilómetros, y, en menor escala, la caliza local, de peor calidad. Sorprende el conocimiento geológico y la capacidad de movilidad o de protocomercio en tiempos tan remotos. ¿Quién sabe si ya existió un comercio rudimentario entre unos clanes y otros? Nos puede parecer un imposible hoy, pero, como decíamos, quién sabe si fueron posibles esas primeras expresiones de comercio en un pasado tan remoto, ya que todo se nos desvela más antiguo de lo que hasta ahora creímos.

Ambrona y Torralba también podrán ayudar a desentrañar uno de los misterios vivos de la paleoantropología. ¿Por qué desapareció el achelense hará unos 250.000 años? ¿Qué ocurrió? ¿Desapareció la especie que los tallaba o se trató de una simple evolución cultural y

tecnológica? En efecto, y por causas aún desconocidas, el achelense, que había acompañado a la evolución humana durante el increíble periodo de millón y medio de años —ningún otro duró tanto—, y que desapareció para ceder el protagonismo a las nuevas industrias del Paleolítico medio. Quizás Ambrona pueda arrojar la luz que precisamos para responder a tantos porqués abiertos.

Abandonamos Ambrona para dirigirnos a Soria, donde visitamos el Museo Numantino bajo la amable y docta hospitalidad de su directora Marian Arlegui. Una enorme defensa de elefante nos aguardaba en su primera sala, procedente, cómo no, de Ambrona. A su frente, una espléndida colección de industria achelense, cuya utilidad se nos muestra sublimada con la belleza de sus formas.

Al atardecer, nos dirigimos a San Saturio, y mientras recorremos la vieja chopera de Machado, junto al Duero, recordamos el paso solemne de los paquidermos grandes del pasado, recortados en el horizonte limpio de estos paisajes sorianos virginales y espléndidos.

Restos fósiles de elefantes en yacimiento de Torralba, Soria.

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR. ¿PUERTA DE ENTRADA O FINAL DEL LARGO CAMINO DE LOS PRIMEROS EUROPEOS?

Embarcamos en Tarifa, en un bimotor de poco más de seis metros de eslora. Queríamos navegar hacia aguas marroquíes, frente a Tánger, en busca de orcas y otros cetáceos. Olía a salitre y gasoil. Esperábamos encontrarnos con los grandes animales del mar que tanto impresionaron a los navegantes de la prehistoria, al tiempo que comprobábamos, en primera persona, la dificultad de navegación por las aguas del Estrecho.

El estrecho de Gibraltar es como la puerta giratoria de Chicote: nadie sabe qué se va a encontrar al otro lado. Que se lo digan si no a Fabricio, nuestro piloto, que vino a España para pasar un mes y lleva treinta años enganchado a esta brecha salina. Ahora persigue y muestra ballenas desde el Moby Dick. Fabricio conoce el espíritu de las gentes de Nantucket y detecta los rorcuales y las orcas como Acab, aunque sin rencor por su pierna perdida.

Iniciamos nuestra singladura con una calma aparente que viró a poniente casi severo durante algunos momentos de la singladura. Zarpamos con una media niebla o falsa calima y regresamos con un sol alegre y confiado. Al principio, vimos delfines; al final, calderones. Las millas náuticas cayeron a medida que el sol subía. Estas aguas bravas, cambiantes, son pródigas para la pesca. Pero todo el que se adentra en ellas se juega la vida. Ahora y siempre. Y antes, con mucho más riesgo. Vientos, corrientes, olas, se conjuran para proteger unas orillas de las otras, para alejar lo cercano. Qué duro es esto. Observamos a pescadores marroquíes sacando un atún desde una patera. Cuánta verdad, qué poco aparato. Dos hombres frente a la bestia marina. Ahí no hay carretes dorados ni sonares. Lo que hay es oficio, necesidad y valor. Si agarran mal el sedal o el pez tira por sorpresa, un dedo puede quedar sesgado al instante. O ser arrastrados hasta el fondo del océano. ¿Quién dijo que la marinería fuera cosa fácil? Hemingway hubiera pasado el día con ellos, sudando con su esfuerzo, escribiendo el relato con su sangre.

Vemos la fuerza de los elementos y nos preguntamos: ¿lograrían cruzar los humanos de hace cuarenta, cien, doscientos mil, un millón de años, estas corrientes poderosas? Y desde la arqueología pasamos a la actualidad. Estas son las aguas por las que cruzan los inmigrantes, escape o sepultura. Nada es gratis en el Estrecho y nada está exento de riesgo. Los que llegan después de atravesar los océanos de arena del Sáhara lo ven como un mal menor, como el último obstáculo que salvar. Se ve la otra orilla, ahí, muy cerca. Parece un salto fácil, pero no lo es, nunca lo fue. Cuidado, que estas aguas promisorias son traicioneras y exigen regularmente un sacrificio de vidas y esperanzas.

Cachalote sumergiéndose en el Estrecho de Gibraltar.

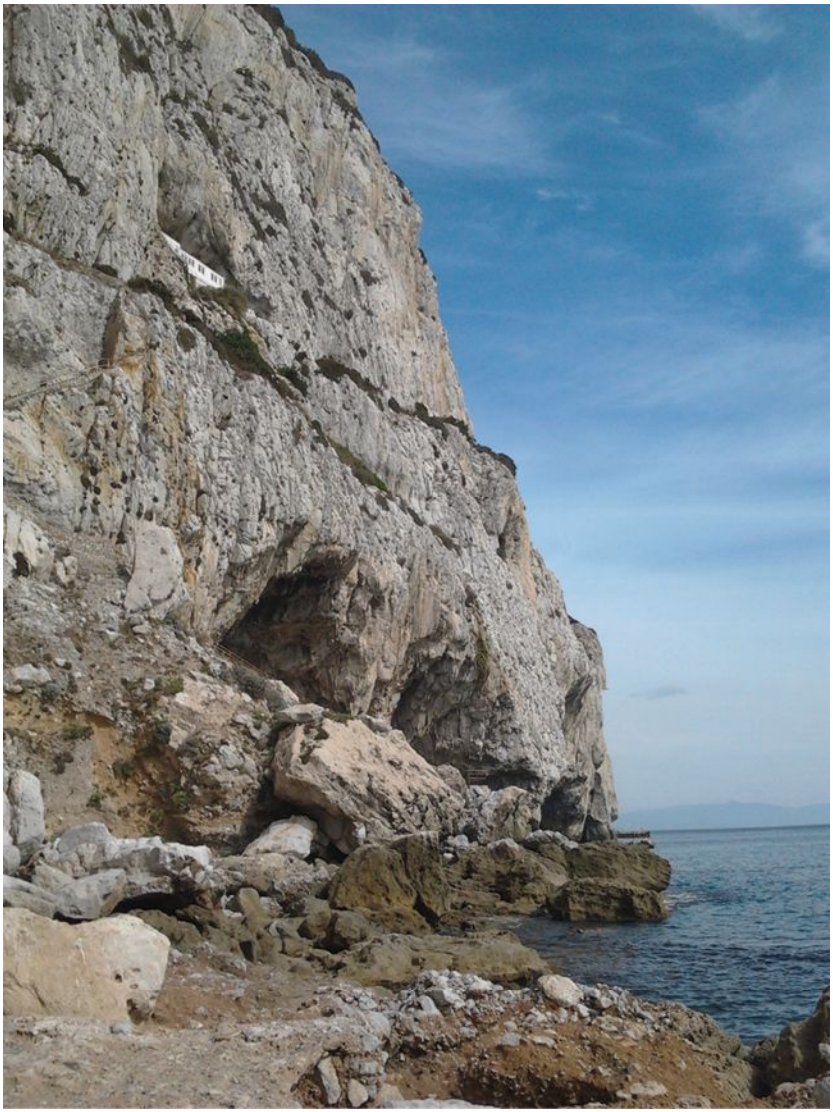
Y mientras retornamos al puerto seguro nos preguntamos: ¿entiende la arqueología al mar? ¿Lo considera como un vector de las grandes migraciones y de la evolución humana? ¿Se minusvalora la capacidad náutica de los primitivos humanos? ¿Se tiene debidamente en cuenta el mar como fuente —casi inagotable— de alimento? ¿Se le considera como una puerta cerrada imposible de franquear o como una puerta abierta que invita a ser cruzada?

Pensamos que la arqueología tiene un enorme campo para desentrañar la relación de los humanos paleolíticos con el mar. Desde luego, desde siempre, las poblaciones humanas se asentaron en sus orillas en busca de un alimento fácil y abundante. Unos días antes, habíamos visitado el peñón de Gibraltar. A sus pies se encuentran las espectaculares cuevas de Gorham y de Vanguard, refugio de neandertales y templo de marineros que arribaron desde las escalas de Levante ya en la protohistoria. Conocíamos y habíamos grabado otras cavernas marinas con ocupación neandertal, como en la sierra de Arrábida en Portugal, la de la Araña en Málaga o la de Benzú en Ceuta, por poner solo tres ejemplos. A los pocos días grabaríamos la Cueva de Atlanterra, abierta al océano sobre las playas blancas de Zahara de los Atunes, que algunos llaman cueva de las Orcas por la

inspiración de un motivo que vagamente recordaría a la cola de esos cetáceos al sumergirse.

¿Desde cuándo navegamos? ¿Cuándo construimos nuestra primera y rudimentaria piragua y la echamos al mar? Conocemos hermosas pinturas rupestres, como las de la Laja Alta, en Jimena de la Frontera, que reflejan con toda nitidez barcos y escenas marinas, que también podrían reflejarse en el cercano Tajo de las Figuras, en Benalup-Casas Viejas.

¿Nos atrajo el mar desde nuestros orígenes o lo rechazamos durante cientos de miles de años? Quién sabe. Pero no se debe rechazar la posibilidad de que aquellos primitivos humanos, al igual que doblegaron al elefante o al león, vencieran el miedo a las olas y a las bestias del mar y se embarcaran antes de lo que la ciencia hasta ahora ha considerado. Aquellos remotos humanos, en una fecha desconocida para nosotros, sabrían el cuándo y el cómo. Las huellas sobre el mar se borran y las singladuras dejan poco rastro, las pruebas no serán fáciles de encontrar. Y eso que conocemos yacimientos que están bajo sus aguas agitadas.



Cuevas de Vanguard y Gorham a los pies del Peñón de Gibraltar.

Tendremos que abrir más los ojos a los inmensos horizontes del océano para comprender la verdad de sus caminos. Y ahí tenemos el estrecho de Gibraltar, desde siempre, para comprobarlo.

Porque, desde luego, al paso del Estrecho es una de las grandes cuestiones para la arqueología del Paleolítico. ¿Cuándo lo cruzamos por vez primera? ¿Los humanos llegamos hasta la península ibérica por los Pirineos, por el Estrecho, o por ambos lugares? La ciencia no se pone de acuerdo al respecto. Hemos conocido científicos que afirman

con contundencia que los *ergaster* —posibles primeros pobladores de la Península— ya pudieron atravesarlo hace casi dos millones de años, mientras que otros niegan con la misma rotundidad esa posibilidad, negándosela, asimismo, a los neandertales e incluso a los primeros *sapiens*. Así, la escuela dominante considera que el flujo del conjunto de las especies humanas proviene del Medio Oriente, atravesando Europa entera para llegar, como última escala, a la península ibérica. El Estrecho no habría sido puerta, sino cierre, final de camino para el largo éxodo de quienes tuvieron que peregrinar por Europa entera. Quién sabe quién tiene razón. Nosotros preguntamos a unos y a otros, y contrastamos sus diferentes opiniones, aunque vemos las dos orillas demasiado cercanas, demasiado retadoras como para que no hubiera supuesto una tentación irresistible para aquellos osados. En fin, ya veremos cuál de las teorías es la acertada, será la ciencia quien dicte su veredicto. Pero, mientras las evidencias científicas ponen a cada uno en su lugar, nosotros nos embarcamos aquel día para recorrer el Estrecho y para grabar su cielo y su mar, sus horizontes y orillas, sus olas y sus brumas. Y, de paso, sentir las dificultades, en forma de vientos, corrientes y oleaje, que desde siempre acompañaron al paso del Estrecho. «Arqueología experimental» la llaman, vivida en primera persona.

EL EXTINTO DESFILADERO DE NEANDER Y EL NACIMIENTO DEL HOMBRE NUEVO

Pocos misterios tan atractivos para el gran público como el que envuelve a los neandertales. Demasiado similares a nosotros, demasiado distintos, los científicos aún no se ponen de acuerdo sobre si son, o no, una especie diferente a la nuestra. Tampoco si convivimos y nos hibridamos con ellos, o si, sencillamente, los exterminamos. El tema nos pareció del máximo interés, de modo que decidimos abordar el asunto, y para ello comenzamos por el principio. Viajamos hasta Alemania, hasta la localidad de Mettmann, en las cercanías de Dusseldorf, donde se encuentra el Neanderthal Museum. El museo se enclava en el lugar en el que, en 1856, al trabajar en una cantera, aparecieron unos restos que revolucionarían para siempre la historia de la evolución humana.

El desfiladero de Neander era un lugar bucólico, dibujado con

frecuencia por los pintores románticos de Dusseldorf. Se trataba de un afloramiento calizo de paredes verticales de hasta 22 metros de altura en el que se encajonaba el río Düssel. No tendría una longitud de más de 900 metros, pero su singularidad geológica le otorgaba un protagonismo paisajístico que hoy tan solo podemos contemplar en algunos cuadros románticos de la primera mitad del XIX. Y decimos que no podemos disfrutar de su visión porque, sencillamente, el desfiladero ya no existe. Utilizado como cantera para satisfacer la enorme demanda de piedra caliza para las cercanas fundiciones, fue picado y transportado hasta las enormes siderurgias cercanas. Una solitaria pared a la entrada es el único y melancólico testigo de lo que fue el desfiladero, conocido con anterioridad como la Roca, y rebautizado como Neander en honor de un pastor protestante de principios del XIX. Curiosamente, su padre había cambiado su apellido, Neumann —el hombre nuevo—, por Neander, siguiendo la moda de utilizar expresiones griegas.

Pues, azares del destino y de los juegos de nombres, tuvo que desaparecer el desfiladero de Neander para que emergiera, en efecto, el hombre nuevo. En 1856, como decíamos, en plenos trabajos de cantería, aparecieron unos extraños restos humanos que correspondían a un hombre muy robusto y con unas voluminosas prominencias supraorbitales que sorprendieron a la comunidad científica local. Después de varias teorías, algunas de ellas disparatadas, en 1864, William King asoció dichos restos a una nueva especie humana que bautizó como *Homo neanderthalensis*. Con anterioridad habían aparecido otros cráneos neandertales en el pueblo belga de Engis, en 1829, y en Gibraltar en 1848, en la cantera de Forbes, pero apenas si llamaron la atención. Y ya se sabe, las cosas no existen mientras no tienen nombre, y el nombre que recibió la nueva especie humana fue la de «neandertal», el hombre del valle de Neander, evolución patronímica del hombre nuevo, que migas tiene la cosa.

Con Gerd Weniger, director del Museo de Neandertal en Mettmann.

Un lugar y un museo para visitar, de manos de su director, Gerd Weniger, uno de los principales embajadores del conocimiento neandertal en nuestros días y que nos atendió con amabilidad para adentrarnos en los arcanos del neandertal, más cercano y parecido a nosotros de lo que en un principio se pensó. Como curiosidad, existe en la entrada del museo una cabina automática de fotografías, lo que años atrás se conoció popularmente como «fotomatón». Quien se fotografía en ella recibe su retrato en formato *sapiens* y en formato neandertal, enfrentado un rostro con otro. Resulta asombroso comprobar cómo las imágenes confrontadas nos muestran, al tiempo, a una persona y a su supuesto reflejo neandertal. Y es que así somos, neandertales y *sapiens*, iguales y diferentes al tiempo. Tan iguales y tan diferentes que el debate sobre si somos especies distintas o simplemente razas de la misma especie se nos muestra esquivo y sin respuesta definitiva por ahora.

CUEVA FANTASMA, EN BUSCA DEL NEANDERTAL EN ATAPUERCA

Atapuerca es forma y es contenido, al modo escolástico. Su nombre evoca antigüedad y condensa, en su sinfonía de fósiles, sedimentos y útiles, millón y medio de años de vida humana. La sierra de Atapuerca, ubicada entre los municipios de Ibeas de Juarros y Atapuerca, en Burgos, alberga en sus entrañas el mejor y más completo registro paleoantropológico del mundo. Posee distintos yacimientos, todos ellos espectaculares. Sus hallazgos han asombrado a la ciencia desde hace treinta años y han jalonado de nombres propios la cultura popular. Como, por ejemplo, el *Homo antecessor*, que sacudió a la opinión pública desde sus 800.000 años de antigüedad, custodiados al paso de los tiempos en las entrañas de la Gran Dolina. La sima de los Huesos, que alberga más de la mitad de los fósiles humanos encontrados hasta ahora en el planeta, amparó al famoso Miguelón, su icono, un mocetón robusto que cazaría por esos montes hará unos 400.000 años. Junto a estos preneandertales apareció la famosa Excalibur, un valioso bifaz rojizo de posible uso litúrgico. Sus yacimientos son míticos: la Gran Dolina, la sima del Elefante, la Cueva Mayor, el Portalón y sus directores, Juan Luis Arsuaga, José María Bermúdez de Castro y Eudald Carbonell, celebridades mundiales, sin que por ello hayan perdido amabilidad, lozanía ni curiosidad, la imprescindible y perentoria curiosidad, motor último de la ciencia.

Todo en Atapuerca evoca excelencia, vanguardia, rigor. Es el yacimiento que ha colocado a la paleoantropología española en las cimas de la ciencia internacional y el que ha ejercido una mayor influencia en las excavaciones españolas, inspiración de modos y modelo para equipos interdisciplinares de trabajo, además de todo un ejemplo de vocación divulgadora. Ni siquiera en su mejor sueño, Emiliano Aguirre, el pionero de estos yacimientos, llegaría a intuir siquiera, cuando comenzó con su joven equipo a trabajarlos, que algún día Atapuerca alcanzaría una repercusión de esta magnitud. Están en lo más alto de la paleoantropología mundial, con vocación de permanecer ahí, además, alumbrando el camino de la arqueología del Pleistoceno. Y no es tarea fácil, porque cuando se alcanza una cima, la ley de la gravedad comienza a trabajar a la contra. Recelos, crisis económicas, políticas y un largo etcétera de posibles riesgos, tan humanos como frecuentes, podrían haber echado por tierra este proyecto excepcional. Ya lo dijeron los clásicos: lo difícil no es llegar, lo realmente complicado es mantenerse una vez que sobrevuelas a la altura de los dioses. Pero Atapuerca ha sabido sortear las dificultades, empeñado en su programa de ciencia y divulgación.

Un yacimiento conjuga, necesariamente, la riqueza paleontológica y arqueológica que alberga con el factor humano que lo excava e investiga. Arqueología y arqueólogos, en matrimonio indisoluble. Y si la sierra de Atapuerca es un cofre calizo del pasado, la calidad científica y humana de su equipo director ha conseguido sobrevolar a su altura. Gracias a esta simbiosis perfecta, Atapuerca seguirá como referencia paleoantropológica para varias generaciones, lo que no es tarea fácil, dada la velocidad de los descubrimientos y las tecnologías.

Atapuerca lleva años estudiándose, pero, a pesar de ello, aún atesora cuevas y nuevos yacimientos por descubrir y excavar. Faltaba la evidencia neandertal para disponer del registro humano al completo. Y, con mucha probabilidad, acaba de aparecer ese yacimiento que faltaba. En nuestra visita conocemos la Cueva Fantasma, una antigua caverna colmatada por una enorme bolsa de sedimentos, que complementará y enriquecerá el enorme registro fósil ya conocido. La Cueva Fantasma fue descubierta por los canteros de los años cincuenta del pasado siglo, al dinamitar un frente de cantera. La explosión hundió la cubierta de roca, que aplastó la bolsa de sedimentos que contenía. Debajo de las rocas quedó una capa fértil

que abarcaría desde los cien mil años hasta casi millón y medio de años de antigüedad.

Los investigadores de Atapuerca la habían buscado sin éxito durante un tiempo, pero la densa vegetación que la cubría impidió su localización, de ahí su apelativo de la Cueva Fantasma. Una vez descubierta, se planteó su excavación, para lo que fue necesario apartar toda la cubierta estéril, una ingente tarea orientada hacia la limpieza y preparación del yacimiento. A Atapuerca le faltaba, como decíamos, el registro neandertal, y el neandertal puede estar aguardándonos en este nuevo yacimiento de Cueva Fantasma.

También, para nosotros, la Cueva Fantasma supone una sorpresa doble. Por una parte, el comprobar de nuevo la riqueza proverbial y ubérrima de esta sierra, empeñada en proporcionar los mayores y mejores yacimientos de Europa. Pero, por otra, encontrarnos sublimado en la Cueva Fantasma el factor humano, al comprobar que son los *seniors*, los Bermúdez de Castro y los Carbonell los que excavan y trabajan directamente sobre los niveles recién descubiertos. Podían levitar en el parnaso de los elegidos, pero han preferido seguir a pie de obra, con calor y con frío, arrancando de las entrañas de la tierra el suspiro fósil de un hueso neandertal, la lágrima cortante de un útil de pedernal.

Ambos están convencidos de la enorme riqueza de este nuevo yacimiento. Su material complementará el registro hasta ahora obtenido y rellenará algunos de los huecos existentes, como los del Neandertal y los del *sapiens* antiguo. De conseguirlo, Atapuerca podría mostrar al completo las distintas fases de la evolución genética, cultural y artística de la humanidad en Europa, una información tan importante como escasa todavía. Para ello, resultaba imprescindible plantear adecuadamente la estrategia de excavación, ya que estos primeros pasos condicionarán los trabajos del futuro. Y por eso, los sabios prefieren plantearlo en primera persona, con un equipo muy reducido. Así pueden pensar y tomar las decisiones adecuadas para optimizar y racionalizar la excavación del mañana. Tras ser preguntados por cuántos años de trabajo serán necesarios para estudiar al completo el nuevo yacimiento, responden que alrededor de ciento cincuenta. Tenemos tiempo, pues, por delante para comprender nuestros orígenes, espejo cierto para conocernos mejor a nosotros mismos.

Pero mientras se plantea el nuevo frente de excavación en la Cueva Fantasma, los restantes yacimientos de la sierra siguen dando sus frutos. El futuro que promete, el presente que rinde. Juan Luis

Arsuaga, sobre la Gran Dolina, nos cuenta los descubrimientos de nuevos bifaces de unos 400.000 años de antigüedad, que bien pudieron usar los preneandertales o *heidelbergensis* de la sima de los Huesos, cuyo ADN ha logrado ser descifrado, una proeza científica de primer nivel. Para que nos hagamos una idea, el segundo registro en antigüedad cuyo ADN ha sido descifrado en el mundo tan solo se remonta hasta los cien mil años atrás.

El conocimiento de la evolución humana está en deuda con el conjunto de yacimientos de la sierra de Atapuerca, la mayor concentración de fósiles del mundo, que pronto serán enriquecidos por los hallazgos que se sucederán en la Cueva Fantasma, el yacimiento que ha sido planteado por los científicos de hoy, y que será explotado por los del futuro. Ojalá suponga el reencuentro con el neandertal esquivo.

Fascinados por la sombra del coloso, nos dirigimos a comer con todo el equipo y patronos de la Fundación Los Claveles, el restaurante de Ibeas de Juarros que creció con Atapuerca y que ya forma parte de su mito. La sierra vuelve a quedar en silencio, cargada tanto de pasado como de futuro, mientras dormita somnolienta sobre el valle del río Pico, el cazadero de homínidos y hombres, la vega fértil desde el Neolítico hasta nuestros días. El hombre es hijo del paisaje, al tiempo que lo configura. Y desde nuestros adentros emergen las dos únicas palabras que conjugan nuestro estado de ánimo y nuestro sentir: *asombro* y *agradecimiento*. Asombro ante la excelencia, agradecimiento por la generosa sabiduría y por la clarividencia amable de estos jóvenes maduros que aún sonríen mientras trabajan, que aún comparten cuando descubren.

EL VALLE DE LOS NEANDERTALES Y LA SORPRESA DE SU SANTUARIO

Tras el descubrimiento del conocido como hombre de Neandertal en el siglo XIX, la imaginación popular se desató. ¿Cómo serían aquellos primitivos humanos que nos antecedieron sobre el suelo europeo? Y los neandertales no salieron por aquel entonces nada favorecidos en el retrato que científicos, divulgadores y artistas les hicieron. Así, durante muchas décadas, el hombre de Neandertal se nos presentó como un ser tosco, brutal, un híbrido entre mono y hombre. El

darwinismo exigía la especie intermedia que demostrara la gradualidad de la evolución humana, y ese ser extraño y primitivo del Neander bien podía considerarse como el eslabón perdido de la larga cadena que nos hizo humanos.

Pero esa imagen salvaje fue dulcificándose a lo largo de los años, sobre todo desde finales del XX para acá. Los continuos descubrimientos arqueológicos iluminaron progresivamente la densa penumbra que ocultaba la verdadera imagen del neandertal, mucho más actual y humana, si se nos permite la expresión, de lo inicialmente considerado. La imagen que tenemos de los neandertales evolucionó desde el bestialismo inicial hasta rasgos y comportamientos plenamente humanos y casi indistinguibles de los *sapiens*. Ya sabemos que se adornaban, que enterraban a sus muertos, que posiblemente realizaron pinturas rupestres. En los límites de las facultades de unos y otros se encuentran vivas líneas de debate. ¿Poseían capacidad los neandertales para producir arte, para participar en rituales de trascendencia, para mantener una tradición oral de relatos y de pasado? Opiniones hay para todos los gustos, sería demasiado prolijo enunciar las posturas y argumentos de cada una de las partes implicadas en el debate.

Recreación de principios del siglo XX de una mujer neandertal limpiando una piel de reno. Crédito: Colección Wellcome. CC BY 4.0.

Pero en un paisaje de ensueño, en un valle de tierras fértiles, mucha agua y cerrado por montañas altas y verdes, un yacimiento ha llegado para revolucionarlo todo. Parecería que nos encontráramos en un valle suizo, pero estamos en el valle del Lozoya, al norte de la Comunidad de Madrid. El yacimiento neandertal de Pinilla del Valle, codirigido por Enrique Baquedano y Juan Luis Arsuaga, se extiende a lo largo de varias cuevas erosionadas y de pequeños abrigos que están arrojando unos resultados excepcionales que no eran, en principio, fáciles de interpretar. Al final, sus investigadores se han decantado por una propuesta completamente novedosa y, si se quiere, revolucionaria. Las grandes cabezas de uro, con sus enormes cornamentas, depositadas sobre el suelo de una de estas cuevas, evidenciarían un

rito. Estaríamos, por tanto, ante un santuario neandertal, el primero conocido y documentado.

Hay que ser muy buen científico y poseer mucha seguridad, además, sobre las evidencias descubiertas para defender y publicar algo que rompe paradigmas: nada más ni nada menos que los neandertales del valle del Lozoya realizaban actividades rituales en lo que se asocia a un santuario situado en el calvero frente al viejo glaciar. Santuario neandertal, de esa otra humanidad, que nos dejó —o que extinguimos— hará unos cuarenta mil años. Los neandertales que algunos consideran como especie fósil, extinta, mientras que otros afirman que sobreviven en nuestra propia estirpe, al habernos hibridado en el pasado. De hecho, algunas genetistas consideran que entre el 2% y el 4% de nuestro genoma es de origen neandertal.

Preguntamos a Enrique Baquedano y a Juan Luis Arsuaga si no temían ser tachados de heterodoxos al plantear —siquiera— que los neandertales podían haber erigido un santuario para practicar sus ritos en Pinilla del Valle. Como son buenos científicos, respondieron al unísono que no, que no albergan temor a romper paradigmas, ya que su deber es investigar y tratar de interpretar las evidencias científicas. Sin idea apriorística alguna, el análisis de los datos y de las pruebas apunta a una única conclusión posible. El espacio en el que aparecen las cabezas fue usado para un rito. La cabeza de un gran rinoceronte macho también acompaña a los uros, componiendo un gran retablo pleistocénico de grandes trofeos de enormes mamíferos.

Las excavaciones de Pinilla del Valle, en el Calvero de la Higuera, comenzaron en 2002 e incluyen siete yacimientos cársticos que abarcarían la práctica totalidad del Pleistoceno medio, desde los trescientos mil años hasta los cuarenta mil años de antigüedad. Los yacimientos poseen nombres propios, que haremos bien al anotar, pues nos proporcionarán grandes alegrías para el conocimiento de aquel remoto pasado neandertal. En los yacimientos de la Cueva del Camino, del Abrigo de Navalmaíllo, de la Cueva de la Buena Pinta se han encontrado evidencias neandertales combinadas con cubiles de hiena. En 2011 se encontraron cuatro molares infantiles neandertales con una antigüedad de algo más de cuarenta mil años, que enriquece el elenco fósil y humano de estos riquísimos yacimientos.

El santuario neandertal de Pinilla del Valle supone otorgar unas capacidades simbólicas, intelectuales y sociales a los neandertales muy superiores a las que hasta ahora considerábamos. Desde la bestia que nos pintaban los grabados del XIX hasta el neandertal que oficia liturgias comunales y ofrenda grandes trofeos de caza existe todo un

universo de comprensión. Pero Pinilla del Valle es el último paso en un largo camino que ya tiene otras huellas. En la Península hay varios casos que inducen a pensar que los neandertales poseían un mundo simbólico: Gorham Cave en Gibraltar, la Cueva Antón en Murcia, quizás la sima de las Palomas.

Lo curioso es que no se repite el *modus operandi* en ninguno de los casos. Y, según las últimas dataciones, las pinturas de la Pasiega, de Maltravieso o de la Cueva de Ardales pudieron haber sido realizadas por neandertales. Todo apunta a que eran mucho más parecidos a nosotros que lo que durante mucho tiempo pensamos. Pero esa evidencia deja abierta la pregunta fundamental. Y si éramos tan parecidos, ¿por qué ellos desaparecieron y nosotros continuamos?

Preguntas, por ahora, sin respuestas. Y mientras, los científicos recorren el lento camino de la ciencia, que ha de ser rigurosa pero también valiente cuando las evidencias dictaminan nuevos horizontes.

A veces el científico debe sentarse, mirar un atardecer y tratar de ver lo que «ellos» vieron. Y vivir lo que nuestros ancestros hicieron. Si nunca han asistido, por ejemplo, a una cacería, ¿cómo pueden saber lo fácil o difícil que resulta abatir a un uro gigantesco?

Entrevista a Enrique Baquedano en el yacimiento de Pinilla del Valle, Madrid.

En el valle del Lozoya habitaron animales muy grandes y los neandertales les dieron caza. Al parecer, perseguían a los machos viejos, tanto por la belleza de sus cornamentas como por respetar a las hembras que garantizaban la caza del futuro. Usaron las cabezas de los animales más grandes, aquellos que infundían un temor reverencial, para depositarlas concienzudamente sobre la base de una cueva. ¿Como tótem? ¿Como ofrendas? ¿Como trofeos? ¿Como símbolos litúrgicos? ¿O se trataba de una simple acumulación casual de los animales que despiezaban para comérselos? Visto lo visto, la ciencia se inclina por el santuario, por más cristales que rompa la nueva teoría de las altas capacidades de nuestros predecesores.

Sea como fuere, el bestiario de Pinilla está íntimamente unido a los hombres. A aquellos neandertales remotos que cazaban uros y rinocerontes y que veían ponerse el sol sobre las cumbres nevadas de esas montañas mágicas que delimitan el valle del Lozoya, el valle de los Neandertales.

Recreación de neandertal en el Museo de la Evolución Humana de Burgos.

LOS NEANDERTALES Y EL ARTE

Los neandertales están de moda. Vivieron en Europa desde hace más de 300.000 años y parece que desaparecieron hará unos 40.000 años.

Es posible que los últimos neandertales habitaran el sur de la península ibérica, lo que nos acerca a este homínido secular, del que cada día sabemos más, pero del que todavía nos queda tanto por descubrir.

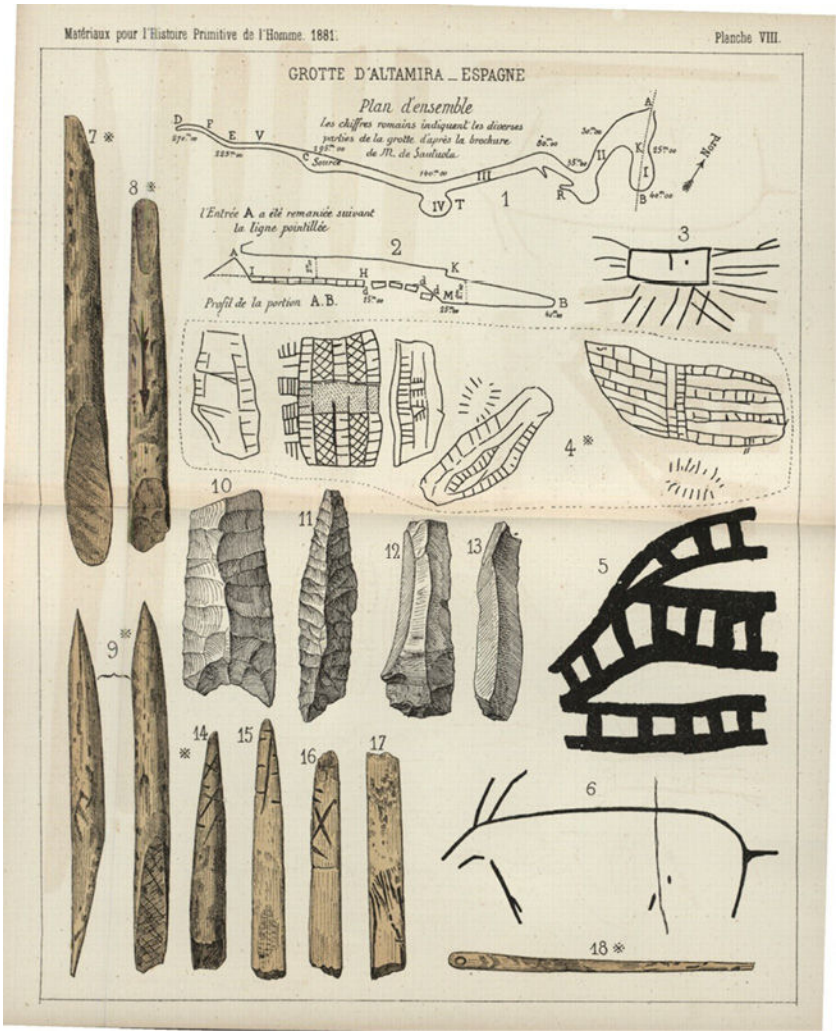
La arqueología, a pesar de ser la ciencia que estudia el pasado más remoto, es, sobre todo, una vanguardia científica que cabalga sobre el asombro de los nuevos descubrimientos. Mirar hacia atrás, hacia nuestro origen, es remover el misterio de nuestra esencia. Somos lo que un día, de repente, comenzamos a ser. ¿Por qué? ¿Cómo? Son preguntas de muy difícil respuesta científica. Sin embargo, la luz de la ciencia sí nos permite responder a otras dos de las preguntas fundamentales, el *quiénes* y, sobre todo, el *cuándo*. ¿Quiénes y cuándo se pintaron nuestras cuevas con esas maravillosas pinturas rupestres? Pues hasta hace dos días pensábamos que nosotros, los *Homo sapiens sapiens*, éramos los autores del arte parietal y que la antigüedad máxima rondaría los 40.000 años. Pues bien, toda esa creencia acaba de saltar por los aires. Un riguroso estudio realizado por científicos de primer nivel de Alemania, Reino Unido, Francia y España ha datado algunas pinturas rupestres de tres cuevas españolas, La Pasiega, Maltravieso y Ardales, con una sorprendente antigüedad, superior a los 65.000 años. O sea, que no pudimos haberlas dibujado nosotros, ya que la ciencia considera que no alcanzamos Europa hasta hará unos 40.000 años. Y si no fuimos nosotros, solo pudieron hacerlo los anteriores inquilinos de nuestras tierras, los vilipendiados neandertales, antes considerados como una simple bestia peluda y hoy consagrados como consumados artistas, que así de voluble y caprichosa se muestra a veces la ciencia.

Hemos tenido la oportunidad de conocer las pinturas datadas y de hablar con algunos de sus investigadores, en especial con José Ramos y Pedro Cantalejo, dos científicos andaluces cuya aportación al conocimiento de nuestra arqueología será recordada por décadas. Debemos reconocer su tarea y agradecer sus sacrificios y esfuerzos que, afortunadamente, se han visto recompensados con un descubrimiento tan revolucionario que ha sido portada de las principales revistas internacionales.

Antonio Rosas en el laboratorio del CSIC en el Museo de Ciencias Naturales.

¿Qué relación tuvimos con los neandertales? Existen diversas teorías al respecto. Las tradicionales afirmaban que los humanos modernos convivimos un tiempo con los neandertales, a los que arrinconamos hasta extinguirlos por completo. Según esta teoría, los últimos neandertales podrían haber vivido en el territorio de la actual Andalucía, como lo atestiguan las dataciones de Gibraltar y Zafarraya. Otra teoría más reciente apuntaría que el neandertal se mestizó con nosotros, que seríamos, en última instancia y parcialmente, sus herederos, ya que se ha comprobado que albergamos parte de su ADN diferencial. Por último, existen opiniones que consideran que los neandertales y nosotros somos, en verdad, la misma especie, solo que de razas distintas. Sea como fuere, la verdad es que los abundantes restos neandertales encontrados en yacimientos europeos son más antiguos y morfológicamente diferentes a los del *Homo sapiens sapiens*. Tendremos que esperar pues al veredicto final que pronuncie la ciencia para dilucidar esta apasionante disquisición.

La «neandermanía» ha comenzado, advertidos quedamos. Y con modestia y alegría, por ellos brindamos. ¡Salud, hermanos en el arte!



Cueva de Altamira. Plan de conjunto: los números romanos indican las diversas partes de la cueva según el folleto de M. de Santuola. *Matériaux pour l'histoire primitive et naturelle de l'homme*, 1881. Biblioteca Nacional de Francia.

El Paleolítico superior. Los sapiens y su arte

ALTAMIRA, LOS BUEYES QUE DERRUMBARON LA HISTORIA

A veces, muy pocas palabras dicen mucho. Tanto que, en contadas ocasiones, son llaves que abren universos enteros. Cuando Arquímedes de Siracusa gritó su «¡eureka!», la física se desveló ante los hombres; siglos después, al grito de «¡tierra!» de Rodrigo de Triana, un continente entero emergió para España y Europa. Y es que el mundo se esconde, travieso, detrás de palabras sencillas que custodian universos ocultos durante miles de años, listos para ser descubiertos por la simple pronunciación del conjuro. Así también ocurrió en Altamira cuando, en 1879, una niña que acompañaba a su padre en una cueva descubierta en las cercanías de Santillana del Mar gritó: «¡Mira, papá, bueyes!». Nada fue igual después de aquella epifanía porque la humanidad se estremeció, incrédula, ante el misterio de su propio origen. Una niña a lomos de bisontes imposibles acababa de situarnos frente al espejo cristalino de nuestra evolución. Y la sorpresa fue tan grande, tanta irritación suscitó, que a punto estuvo de saltar en añicos aquel espejo delator.

Marcelino Sanz de Sautuola.

La hija se llamaba María, y su padre, Marcelino Sanz de Sautuola. Marcelino procedía de familia acomodada —basta con ver la portada de su casona en Puente de San Miguel para comprobar sus posibles— y fue un hombre culto, curioso y erudito que investigó y trabajó sobre temas muy diversos, tales como la cría del gusano de seda o la introducción del exótico, por aquel entonces, eucalipto en Cantabria. Progresivamente aumentó su afición por el pasado y en 1866 fue nombrado académico de historia en Santander. Viajó a la Exposición Universal de París, en representación de los productos regionales cántabros, para quedar fascinado por los recientes descubrimientos acerca de la prehistoria europea. A su regreso comenzó a buscar hábitats prehistóricos y material lítico en las cuevas de su entorno. En aquella época aún no se había descubierto ninguna pintura rupestre y la ciencia consideraba a nuestros antepasados paleolíticos poco más que monos erguidos. La rápida extensión de las teorías de Darwin sobre la evolución abonó la idea de que aquellos primeros hombres tendrían que haber sido algo así como un paso intermedio entre el mono ancestral y el *sapiens* actual, por lo que, en ningún caso, podrían ostentar capacidades artísticas.

Pero el caprichoso azar o el destino ciego, quién sabe, pusieron a

funcionar el mecanismo de casualidades que trituraría para siempre las creencias científicas y religiosas del momento. En 1868 uno de sus aparceros, Modesto Cubillas, descubrió una cueva al abrirse un hueco tras las voladuras con dinamita que los canteros realizaron en su misma boca que a punto estuvieron de hundirla por completo. Marcelino la visitó por vez primera en 1875, sin descubrir nada que le pareciera digno de reseñar. En 1879, fascinado por sus descubrimientos parisinos, comenzó a excavar en el vestíbulo de la cueva en busca de útiles de piedra similares a los aparecidos en otros lugares de Europa. Su hija, según la leyenda, se apartó un poco para deslizarse hasta una sala de baja altura. Los hados de la historia se conjugaron para que la chiquilla, tras levantar la cabeza, exclamara con asombro el «¡eureka!» providencial: «¡Papá, mira, bueyes!». La sorpresa no se hizo esperar y Marcelino se encontró sobre su cabeza un prodigioso panel de bisontes prehistóricos. A partir de ese grito infantil, ya nada volvería a ser igual. Con una extraña clarividencia, Sanz de Sautuola calificó aquellos soberbios dibujos como arte paleolítico dibujado por nuestros antepasados prehistóricos, y abrió la caja de los truenos. Todos se le echaron encima con argumentos y posiciones que oscilaron entre el desprecio y el insulto. Y es que Altamira agitó el avispero envenenado que sacudía a la ciencia y a la opinión pública del momento.

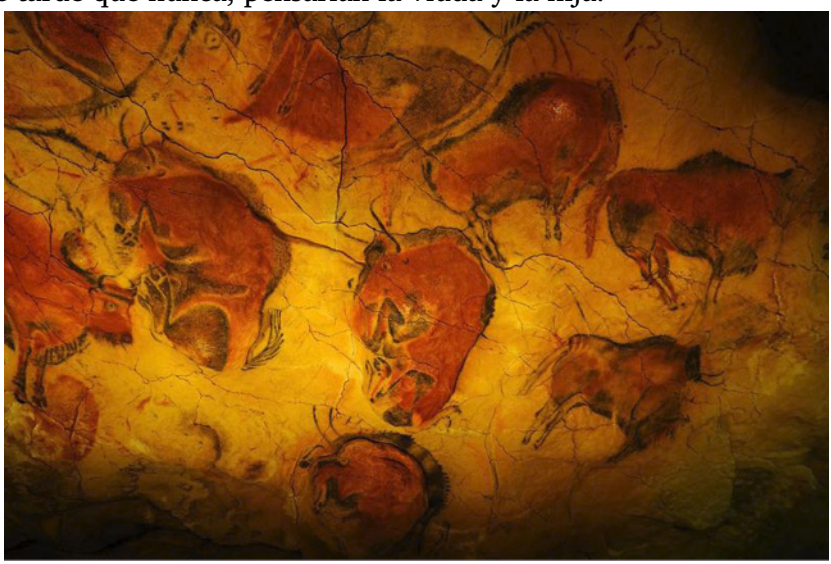
Cartailhac, uno de los prehistoriadores que más se opuso a Marcelino Sanz de Sautuola y a su idea de que las pinturas habían sido realizadas por hombres prehistóricos. Daniel Chevalier (1887-1934) 1921/Didier Descouens 2010 - Museo de Toulouse.

Desde que en 1859 Charles Darwin publicara su portentoso libro *El origen de las especies*, el debate sobre el evolucionismo enfrentó a científicos y a prelados de la Iglesia, sacudiendo a la opinión, a la fe y a la visión de los europeos cultos. ¿Que descendíamos del mono? ¿Cómo podía ser? ¿Y la Biblia? ¿Qué hacíamos con la Biblia? Creacionistas y evolucionistas se enzarzaron en una discusión cuyos ecos aún se prolongan hasta nuestros días. Y en estas estaban cuando llegó don Marcelino a contarles que el hombre del remoto Paleolítico ya era un consumado artista, capaz de creaciones tan bellas como las de Altamira. Tanto creacionistas como evolucionistas se rasgaron las vestiduras. Aquellos porque retrasaba la fecha bíblica de la creación humana, estos porque contradecía su idea de una humanidad que evolucionaba desde un estado de bestialismo hasta la perfección contemporánea. Unos y otros solo se pusieron de acuerdo en una cosa, en desacreditar el extraordinario descubrimiento de Sautuola. La pintura es un fraude, clamaron unos, dibujada por un pintor sordomudo que se ha visto trabajando en la cueva; obra de los legionarios romanos ociosos tras las guerras cántabras, dictaminaron otros. Los popes de la incipiente ciencia de la prehistoria, franceses para más inri, no aceptaron la antigüedad de las pinturas de Altamira, sobre las que cayó la ignominia de la burla y el desprecio.

El erudito cántabro, prudente, publicó en el año 1880 el libro *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*. El propio título de *Breves apuntes* señala su modestia. En dicha obra presentó las pinturas y sus conclusiones sobre ella. En una lámina representó las pinturas de Altamira, dibujadas por el pintor sordomudo que tantos rumores y maledicencias suscitara. Sanz de Sautuola valoró como arte, arte paleolítico, aquellas pinturas inexplicables y consideró con acierto que aquellos bueyes con corcova bien pudieron tratarse de bisontes, un animal del que nunca se tuviera noticia en España. Las autoridades en prehistoria, encabezadas por Gabriel de Mortillet y por Cartailhac, descalificaron el descubrimiento en el Congreso de Lisboa de 1880, considerando a su descubridor como un simple iluso engañado por algún artista furtivo y contemporáneo. ¿Cómo si no —argumentaron— se explica la frescura de la pintura y el acierto de su trazado? ¿Cómo creer a ese señorito de provincias que sacudía sus creencias, que ridiculizaba a sus sabios? ¿Cómo osó ese don nadie cuestionar al sanedrín de prehistoriadores franceses? ¿Pintura en la prehistoria? ¿Es que nos habíamos vuelto locos? ¿Quién podría creer un desatino semejante?

Tan solo Juan Vilanova, catedrático de Paleontología de la

Universidad de Madrid, apoyó sus tesis, que pronto cayeron en el descrédito. Marcelino Sanz de Sautuola falleció en 1888 con la amargura de no ver reconocido su descubrimiento. Pero la verdad, al final, siempre ilumina las tinieblas del desconcierto y los sucesivos descubrimientos de pinturas rupestres en Francia hicieron comprender que el hombre primitivo fue un consumado artista. El ínclito abate Breuil apoyó la autenticidad de las pinturas de Altamira en 1902 y ese mismo año, Cartailhac, su principal detractor, publicó su famoso artículo «Mea culpa d'unsceptique», en el que reconocía su error y mostraba su respeto y admiración hacia el erudito cántabro para, a continuación, visitar Altamira y rendir sus respetos a la familia. Más vale tarde que nunca, pensarían la viuda y la hija.



En aquella época, los prehistoriadores franceses más reconocidos no admitían que esas pinturas, de gran belleza y definición, las hubiesen hecho hombres prehistóricos.

Y volvamos al voluble azar, al capricho de los hados, que hicieron posible lo imposible, real lo inverosímil, verdadero el ensueño. Sanz de Sautuola no solo descubrió las primeras pinturas rupestres conocidas, sino que, además, y por si fuera poco, serían las más hermosas encontradas hasta ahora. La primera y la mejor, llegar y topar, que diría el clásico. Una historia que parecería un relato de Verne si no fuera por la contumacia de los datos. Es historia, historia real, y no un cuento de buenos y malos. Pongámonos ahora en la cabeza de los que le negaron inicialmente el pan y la sal a Altamira. La prehistoria era por aquel entonces pura oscuridad y, de repente, el

lucero de Altamira refulge en aquel vasto universo de tinieblas. ¿Cómo no pensar que se trataba de una farsa de fuegos de artificio? Si aquellos brutos apenas lograban tallar piedras y rocas a base de golpes, ¿cómo creer que podían albergar el talento y la genialidad precisos para iluminar aquel retablo de belleza estremecedora?

Pero la humanidad nunca aprende de sus errores. En la actualidad, a buen seguro, algún visionario sufrirá las burlas y la ignominia por parte de la ciencia oficial y solo el tiempo vendrá a darle la razón. Al final, tendremos que recordar a Cela cuando afirmaba aquello de que quien resiste gana. El paradigma del momento nos condiciona, nos ciega, al punto de que nos impulsa a negar cualquier innovación que lo sacuda. Y esa cerrazón ante lo nuevo no es patrimonio de un pasado oscuro, sino que sigue vigente en nuestros días. ¿Qué pensaríamos, por ejemplo, si alguien afirmara haber encontrado fósiles humanos de seis millones de años en Europa junto a un ordenador cuántico? Todos nos reiríamos del infortunado que lanzara semejante sandez. Pues algo así debió significar Altamira para sus contemporáneos.

En fin, arrieritos somos y en el camino nos encontraremos. Altamira es considerada, a día de hoy, como una de las cimas del arte humano de todos los tiempos. Visitarla, aunque sea en la neocueva, es una peregrinación obligada. Quien lo haga percibirá el misterioso eco del pasado al tiempo que se empapa con una ducha reconfortante de humildad. Gracias, Sautuola, por haber estado ahí para contarlo.

LA CUEVA DE LA PILETA, EL GRAN SANTUARIO PALEOLÍTICO DEL SUR

La Cueva de la Pileta, en Benaoján, Málaga, es una cueva especial, riquísima, desconcertante. Enclavada en una de las sierras cercanas a Ronda, fue la primera muestra de arte paleolítico conocida en el sur y, hasta ahora, la mejor. Se descubrió en 1905, tan solo tres años después de que las pinturas de Altamira resultaran aceptadas y valoradas por la ciencia, esto es, bendecida por los popes franceses.

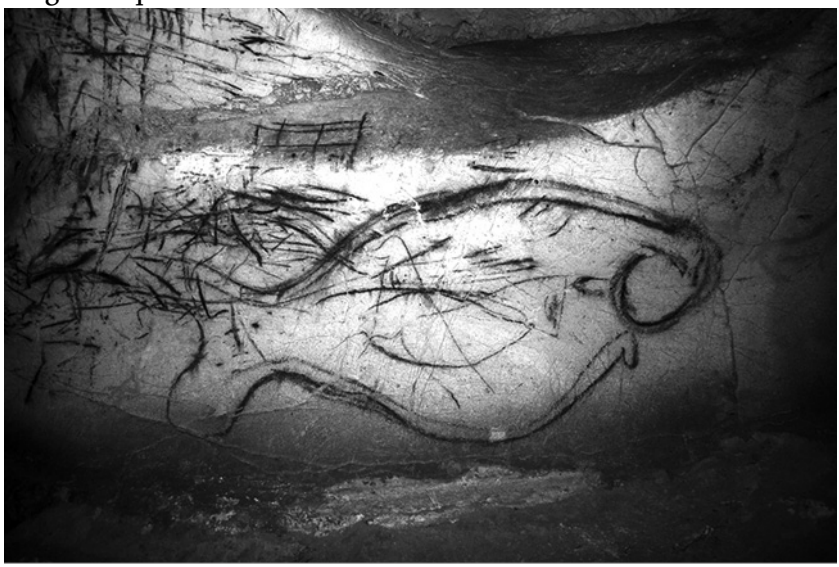
Y como en otras tantas ocasiones, el hallazgo fue fruto del azar. El agricultor José Bullón recorría la sierra en busca de oquedades que albergaran guano para abonar sus cultivos. El trasiego de murciélagos, que entraban y salían alborotados de una pequeña cavidad, le llamó la atención. Se acercó para descubrir que bajo la pequeña oquedad se

abría un profundo agujero. Bullón, para acceder a la cueva, tuvo que descender la sima de las Grajas, descolgándose con el apoyo de unas simples cuerdas de cáñamo. Así salvó una peligrosa caída en vertical de más de treinta metros de altura. La gran sorpresa le aguardaba en las galerías laterales. ¿Qué sentiría aquel agricultor al descubrir por vez primera, después de que hubieran permanecido durante cuatro mil años totalmente aisladas, las primeras pinturas rupestres, que él bautizó como letreros? Pronto la cueva fue conocida por los científicos y reconocida por la Administración. En 1924 su hijo Tomás resultaría nombrado guía oficial, al ser declarada la cueva como monumento nacional y, a día de hoy, la saga Bullón sigue custodiando la cueva con prudencia y respeto. Junto a la Cueva del Tesoro, en Rincón de la Victoria, es de las poquísimas cuevas con arte rupestre de gestión privada en España.

El coronel Verner en una de sus exploraciones en España. Ilustración de *Mi vida entre pájaros salvajes en España,* 1909.

Desde 1907 hasta 1911, el coronel británico Verner exploró la cueva. En 1912, le acompañaron el abate Breuil, Obermaier y Juan Cabré, que dieron a conocer definitivamente sus pinturas y grabados. Verner y Breuil tan solo realizaron pequeños sondeos, en los que

encontraron abundante material de las diversas etapas de la prehistoria en las que la cueva estuvo habitada. Parte de este material se encuentra en el Museo Británico y en el Museo Arqueológico Nacional, y otra parte en el de Málaga. Verner envió en 1909 unos restos humanos localizados en la galería de las Grajas al Real Colegio de Cirujanos de Londres. Los describió en estos términos: «Los fragmentos de huesos humanos son muy interesantes. El extremo superior de un fémur no pertenece, desde luego, a ninguna raza moderna, sino a un tipo humano del Paleolítico. La tibia es asimismo muy primitiva». Meses después, un tal Dr. Keith le respondió que los fragmentos de fémur, tibia y húmero correspondían al parecer a un solo individuo, probablemente a una mujer de tipo pigmeo cuya estatura rondaría los cuatro pies con cuatro pulgadas, aproximadamente un metro y veinticinco centímetros. Después, aseguraba que los huesos emitían un sonido metálico si eran golpeados, lo que denotaría su mineralización. También, en su carta, el Dr. Keith añadió que el fémur era, en su opinión, de aspecto simiesco, tal vez el más simiesco descubierto hasta aquella fecha. Los restos humanos, según el Dr. Keith, se retrotraerían a la raza andamanesa, con afinidades con el gorila. Finalmente, Verner remitió sus hallazgos al Museo Británico de Historia Natural, donde deben encontrarse en estos momentos. O sea, que es posible que aquellos huesos correspondieran al fósil de un humano muy antiguo. ¿De qué especie? Desgraciadamente no lo sabemos, pues los huesos siguen extraviados por el laberinto de los almacenes del museo a la espera del investigador que vuelva a sacarlos a la luz.



«No permitas que nada dañe la Cueva. Sus pinturas son un tesoro que no tiene precio». Henri Breuil a José Bullón Lobato, 1912.

La primera —y única— excavación en la cueva se realizó en 1942 en el vestíbulo de entrada por Santiago Simeón Giménez Reina, comisario provincial de Excavaciones de Málaga, que excavó tan solo un tercio de la superficie del vestíbulo hasta una profundidad de siete metros. Encontró abundante material de una extensa cronología que abarcaría desde los 150.000 años de antigüedad —periodo neandertal — hasta los 1800 años a. C., en el Bronce pleno, en el que la cueva habría quedado clausurada. Sus pinturas se sumergirían desde entonces en la más absoluta oscuridad hasta que, casi cuatro mil años después, la trémula luz que portaba el descubridor Bullón las rescatara del olvido. Entre el rico material encontrado en aquella excavación destaca una lámpara realizada hará al menos treinta mil años sobre un fósil, la más antigua encontrada hasta ahora y que se expone en el Museo de Málaga, así como una representativa Venus neolítica. Nadie ha vuelto a excavar en la cueva desde entonces, por lo que podemos considerarla como un yacimiento prácticamente virgen.

Sobre el año 1800 a. C., y por motivos desconocidos, sus ocupantes decidieron sellar meticulosamente la entrada con un muro de piedras, probablemente para que nadie osara profanar sus sagradas y milenarias penumbras. Durante casi cuatro mil años nadie entró en la cueva, hasta que Juan Bullón profanara sus tinieblas. Buscaba estiércol y encontró el tesoro de nuestro arte pretérito. En 1924 se localizó la puerta clausurada y se procedió a su apertura para facilitar las visitas, ya que desde 1905 los visitantes habían tenido que descender por la peligrosa sima de las Grajas.

Afortunadamente, la cueva vuelve a investigarse. Miguel Cortés codirige junto a María Dolores Simón, ambos docentes e investigadores de la Universidad de Sevilla, un proyecto de cuatro años para estudiar su enorme potencial arqueológico, en gran parte aún inédito. La cueva, a pesar de estar abierta al público desde 1924 se encuentra en un excelente estado de conservación, y muchas de sus pinturas parecen estar recién dibujadas. En la sala del Castillo destaca el material cerámico, molinos y huesos, la mayoría del ellos de la Edad del Bronce, recogido en superficie y depositado en dos de sus capillas laterales.

Tres puntos rojos, marcados sobre una estalactita, marcan el inicio de la ruta de pinturas. Estos puntos fueron señales muy usadas durante el Paleolítico en muchas cuevas europeas, lo que nos

confirmaría la existencia de un lenguaje simbólico común. Tras estos puntos, unas pinturas de volutas, que bien pudieran representar a una Venus paleolítica, dan entrada a la nave central, en la que salta la primera sorpresa. En un inmenso panel, visible desde lejos y enmarcado entre dos estalagmitas, podemos contemplar un excepcional conjunto de figuras geométricas y signos complejos junto a unas figuras de uro, un código aún desconocido que ojalá algún día lleguemos a descifrar.

Miguel Cortés ante el panel bautizado por Breuil como el de las tortugas. Cueva de la Pileta, Benaoján, Málaga.

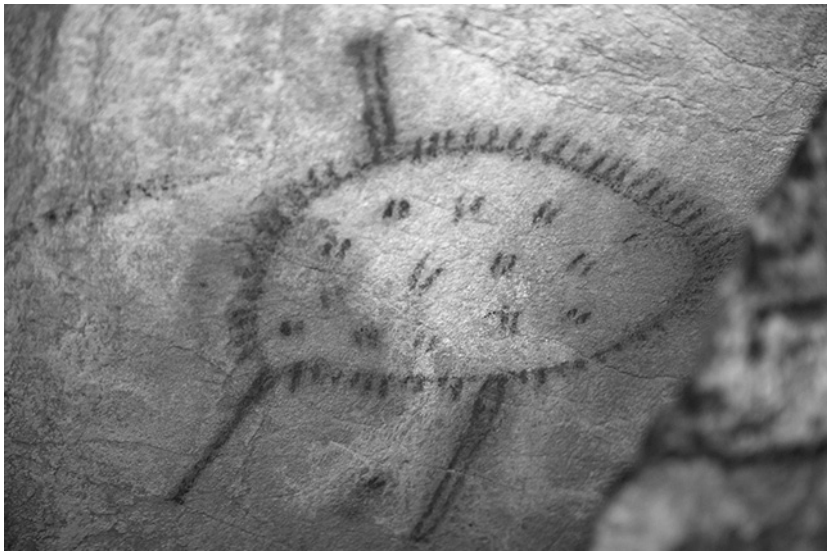
Las salas y los paneles de pinturas se suceden, en competencia de formas y figuras bellísimas, como la de la yegua preñada, en el reducido santuario, o los caballos posiblemente auriñacienses, con más de 30.000 años de antigüedad, conviviendo en respetuosa armonía con pinturas mucho más recientes, neolíticas y calcolíticas, dibujadas entre 6000 y 2000 años antes de Cristo aproximadamente. Si las pinturas paleolíticas bien pueden considerarse como algunas de las mejores de Europa, no le quedan a la saga los espectaculares y sucesivos paneles neolíticos que llegan a su apogeo en la sala del Lago. Ninguna otra cueva presenta un programa pictórico tan extenso ni tan rico. Se estiman que existen más de tres mil motivos dibujados en la cueva, de los cuales casi una centena son zoomorfos. Nos detenemos absortos ante la figura del Gran Pez para reflexionar sobre lo visto y tratar de sondear las profundidades de los abismos desconocidos del

tiempo.

A lo largo de al menos cuarenta mil años, los humanos reverenciaron a la cueva y se expresaron en estilos artísticos muy distintos, pero manteniendo algunas pautas comunes a lo largo de los tiempos. En primer lugar, el respeto por el arte de los ancestros. Los nuevos jamás destruyeron la pintura de los antiguos, que llegaron incólumes hasta nuestros días. En segundo lugar, un gusto por la escenografía, por el uso de paneles muy destacados que permitieran la contemplación colectiva, lo que conlleva el inteligente y estético uso de las formas naturales de la cueva.

La Pileta es una riquísima desmesura de descubrimientos y emociones. Además de su riqueza en pinturas de todas las épocas y de belleza espeleológica, también encontramos endemismos biológicos como el pequeño crustáceo *Bullonorum* que vive en el lago y que se alimenta de guano, o los espeleotemas sonoros que emiten, al golpearse, un sonido grave y telúrico que nos emociona. Impresiona la solemne resonancia de este litófono de las profundidades, usado, a buen seguro, en las ceremonias del Paleolítico. Los Beatles visitaron la cueva en 1969 y Ringo Star improvisó una salmodia que fue grabada por la BBC.

Descendemos a la primera de las galerías inferiores, no visitadas usualmente, la conocida como la de «las Cabras» por el soberbio dibujo que la bautiza. No existen pinturas neolíticas ni calcolíticas en estas galerías, como si la prehistoria reciente quisiera rendir su culto de respeto a las pinturas de los antiguos. Avanzamos y la fuerte evocación y la riqueza de sus pinturas nos desbordan. Unas manos en positivo en carbón, que deben ser muy antiguas, probablemente con más de treinta mil años, se sitúan sobre el dibujo de lo que parece ser un gran rinoceronte.



Detalle del panel de las tortugas, Cueva de la Pileta.

Las sorpresas se suceden. En la sala de las Serpentiformes aparecen dibujadas con tres dedos unas formas sinuosas y atormentadas, con paralelos muy antiguos en cuevas francesas. Pero el panel más singular, el más desconcertante, se muestra en la sala de las Tortugas, así bautizada por Breuil. Unas formas y signos extraños conforman una composición armónica en la que destacan misteriosos óvalos con apéndices y trazas, signos abstractos y muy complejos que gritan algo importante que no sabemos escuchar. La sala es muy profunda, y las pinturas, únicas, sin parangón en cueva alguna, que nos atrapan y obsesionan. ¿Qué quieren decir? A cada persona le evoca algo distinto, por lo que invitamos a dejar volar la imaginación ante estos signos tan extraños como misteriosos, envueltos por el sonido gutural que las corrientes de aire producen en las simas. Estas figuras son muy antiguas, inclasificables, al ser diferentes a cualquiera de las conocidas, y componen un ideograma rupestre de una belleza y un valor excepcional. ¿Cuándo fueron realizadas estas pinturas? Algunas de las muchas preguntas que nos formulamos tendrán respuesta tanto por las dataciones con uranio-torio como por el conjunto de trabajos de arqueometría que, bajo la dirección de Carlos Odriozola, se están realizando en la presente campaña.

Desde la sala de los Serpentiformes descendemos por una galería, casi una chimenea, de acusada pendiente. A través de algunos pasos angostos, atravesamos salas de belleza espectacular, pura poesía hecha

piedra por los caprichos de la karstificación, con la excitante sensación de saber que en muy pocas ocasiones se atraviesan estos espacios, casi vírgenes para la investigación, en los que nunca se excavó y en los que aún quedan galerías por explorar espeleológicamente. En la actualidad, algunas escaleras y apoyos facilitan el descenso, pero ¿cómo lo conseguirían en el Paleolítico con simples lámparas de grasa? A medida que profundizamos en la cueva, los signos de actividad humana desaparecen y no vemos ni pinturas ni restos cerámicos. Sin embargo, la sorpresa llega, y por partida doble además, en las profundas salas finales, las conocidas como el Jardín y la del Ciprés Nevado. En la primera aparecen unos restos humanos, y en la segunda, como un grito a la eternidad, dos manos en positivo, plegadas en forma de zarpa de fiera, que nos sorprenden y conmueven.

A la espera de las confirmaciones científicas, podríamos estar ante un descubrimiento de trascendencia internacional. Los cuatro enterramientos estarían vinculados a las manos mediante un desconocido ritual paleolítico. Los restos son de mujeres jóvenes, descubiertas y estudiadas someramente en los años treinta. ¿Fueron sacrificadas en una liturgia primitiva? ¿Un solemne enterramiento de personas relevantes y veneradas? ¿Simples muertes por accidente? Sea cual sea la respuesta, el hallazgo ya es espectacular, pues existen muy pocos enterramientos paleolíticos en toda Europa.

Abandonamos la Cueva de la Pileta con la certeza de haber visitado uno de los grandes templos paleolíticos, un lugar sagrado o totémico al que acudirían gentes de todos los lugares. Sus pinturas, antiguas, antiquísimas, parecen aún gritar al futuro. Por eso, miles de años después, seguimos emocionándonos ante su belleza y misterio.

ARDALES, LA CUEVA DE SIEMPRE

Cuando comenzamos nuestro programa, un equipo de arqueólogos nos ayudó en nuestros primeros pasos, encabezados por José Ramos, catedrático de la Universidad de Cádiz, y por Pedro Cantalejo, a los que les estaremos por siempre agradecidos. Pedro Cantalejo rezuma pasión, inteligencia, sentido común y amor por la arqueología por cada uno de sus poros. Aunque su obra es fecunda, su proyecto más emblemático y conocido es el desarrollado en la Cueva de Ardales, en

la provincia de Málaga. Han pasado ya años desde la primera vez que la rodáramos, pero nos continúa produciendo la misma emoción cada vez que la visitamos. Cuando rodamos aquí por primera vez todavía podían verse las Torres Gemelas en el horizonte neoyorquino. El mundo era un lugar diferente, más amable, más humano, menos raro, que diría el por entonces exitoso grupo La Cabra Mecánica.

La cueva se localiza en el cerro de la Calinoria de la Serrezuela, un macizo kárstico situado entre Ardales y Carratraca, junto al paso de los valles del interior de Andalucía hacia la costa, siguiendo el curso del río Guadalhorce. Un lugar privilegiado para el tráfico humano y para las migraciones de caza entre las zonas altas y las costeras, un paso obligado y estratégico que concentraba necesariamente a las bestias que pastaban y a los humanos que las cazaban. De alguna manera nos recuerda a la Cueva de Zafarraya —en la que Cecilio Barroso descubriera en 1983 la mandíbula neandertal—, ubicada junto al paso conocido como el boquete de Zafarraya, también situada entre las llanuras del interior y los valles costeros.

La Cueva de Ardales, como ya ocurriera con la de la Pileta, fue descubierta tras pasar miles de años completamente cegada. En 1821 un terremoto provocó un movimiento de tierras que abrió el actual acceso. Pascual Madoz la incluyó en 1845 en su *Diccionario Geográfico y Estadístico de España*. Con posterioridad, Trinidad Grund adquirió el terreno y adaptó la cueva para las visitas gracias a la construcción de la actual escalera. Los turistas de finales del XIX y principios del XX aprovechaban sus estancias en el balneario de Carratraca para visitar la caverna, cuya gran belleza espeleológica se enriquecía por las pinturas y grabados rupestres. A pesar de que la visita en 1918 del abate Breuil le otorgara visibilidad científica, a partir de los años treinta la cueva se olvidó, llegando a ser utilizada en la Guerra Civil como refugio antiaéreo. En 1985 comenzó la tarea de la recuperación de la cueva, su profunda investigación y su reapertura para visitas controladas. Y Pedro Cantalejo, desde entonces, junto a María del Mar Espejo, ha sido el alma de la cueva, quien descubrió a nuestros ojos el universo paleolítico que albergaba.

La cueva posee un gran desarrollo espeleológico, con más de mil quinientos metros de longitud, del que los visitantes recorren unos ochocientos. Pinturas de épocas diversas, signos y dibujos geométricos, manos en negativo y muchos grabados de animales configuran uno de los complejos rupestres más importantes de España.

La Cueva de Doña Trinidad, la Cueva de Ardales, ocupa un lugar especial en nuestro corazón. Aquí empezamos a divulgar la

prehistoria, a mirar con otros ojos pinturas y grabados, a sentir una punzada ante la oscuridad iluminada por la luz de una concha peregrina. Las habrá más altas, más profundas o más extensas, pero nosotros seguimos enganchados a la de Ardales, porque está impregnada de nuestra propia historia. Hemos conocido cuevas admirables, pero siempre necesitamos regresar a la nuestra, a nuestro origen, a la Cueva de Ardales.

Entrada de la Cueva de Ardales. Entre otros, de izquierda a derecha, José Ramos, Manuel Navarro, Pedro Cantalejo y Manuel Pimentel.

Hoy, años después, en el mismo lugar, sigue la misma persona con idéntica pasión que nos deslumbrara entonces: Pedro Cantalejo, el gran maestro de la «cueva de siempre». Como entonces, ha tenido la amabilidad de hablarnos de todo lo que le hemos planteado, responder a nuestras dudas, reflexionar sobre los límites del conocimiento. Lo de Pedro es vocación y es amor por un espacio, la cueva, impregnada de su impronta como un aura. Él hizo la cueva, la cueva lo hizo a él.

Claro que Pepe Ramos y Gerd Weniger no le van a la zaga. Enamorados de la arqueología remota, del mundo neandertal, del arte paleolítico, comparten el respeto y la admiración por la caverna de Doña Trinidad. Han compartido muchos proyectos y horas de trabajo inmersos en sus penumbras. Para nosotros, el entrevistarlos supone el privilegio de escuchar a sabios del Paleolítico. Y para colmo, hemos podido estar con la siguiente generación, con Eduardo, Lidia o Diego. Los grandes maestros están dejando preparado el terreno. La «cueva de siempre» lo merece.

La Cueva de Ardales suena a la banda sonora de *Interestellar*, a *Tocata y Fuga* de Bach, o a *Finlandia* de Sibelius: es un témenos. Durante nuestra visita hemos conocido las nuevas excavaciones, que abarcan desde el Neolítico hasta el Musteriense neandertal. Hemos filmado los cortes 2, 3 y 5. Pepe Ramos, Gerd Weniger y Pedro Cantalejo nos han explicado el proceso de datación. Ahora todo cabe en la cueva, ahora todo es posible.

La cueva es un libro, nos repiten. Un texto escrito para futuros visitantes. Porque en esta cueva no se vivía, aquí los cientos de generaciones pretéritas vinieron a dejarnos su mensaje. A hablarnos a las generaciones del futuro, como hacía el protagonista de *Interestellar* desde la trastienda cuántica de su biblioteca, sin ánimo de *spoiler*.

Tras abandonar la gruta, nos trasladamos a la cercana sima de las Palomas de Tebas, registro cierto desde los tiempos neandertales. La historia también se está escribiendo allí con letras de oro. El proyecto que la Junta de Andalucía coordina con el Neanderthal Museum y otras instituciones navega viento en popa. Larga vida a todos, larga vida a la «cueva de siempre», a la que, cada año, precisamos regresar.

CUEVA DE LOS CASARES Y LOS GRITOS DEL VACÍO

La Cueva de los Casares se divisa desde lejos, como queriendo llenar con su imponente presencia el vacío de la ladera árida y dorada. Sobre el desfiladero que cierra el río Linares, en el Alto Tajo de Guadalajara y en el término municipal de Riba de Saelices, se erige, soberbia, una torre-atalaya que domina el valle desde su posición estratégica. Bajo la torre se abre la gran boca de la Cueva de los Casares, un importantísimo yacimiento del Paleolítico, que debe su nombre a los restos del poblado hispanomusulmán que existió en la ladera desde el siglo X hasta el siglo XIV. Casas, casares, caserío, sinónimos de vida humana en el presente y en el pasado.

Entrada a la Cueva de los Casares.

Al llegar, recordamos la Cueva Negra. Tanto la Cueva Negra, sobre el desfiladero de la Encarnación, en Caravaca de la Cruz, Murcia, como la Cueva de los Casares sobre el valle de los Milagros, son algunos de esos lugares en los que la historia se concentra para conjugarse en armonía con la naturaleza. Los hombres de épocas muy distintas dejaron sus huellas en arquitectura, enseres y arte; miles de años después, un denso vacío parece cubrir su recuerdo. Porque no es igual el vacío que generan las ruinas de los hombres que el que sentimos donde nunca hubo poso de humanidad. Al igual que en la física el vacío es una presión negativa que parece atraernos, el vacío que dejaron los hombres y las mujeres del ayer nos atrapa desde el grito silente de un recuerdo que se niega a desaparecer. Las ruinas del poblado, la atalaya, el desfiladero y, sobre todo, la boca de la cueva componen una sinfonía del silencio que nuestra alma percibe y respeta.

La Cueva de los Casares, probablemente, sea el más completo yacimiento del Paleolítico medio y superior de Castilla La Mancha. Su amplio vestíbulo se abre hacia el sur, la mejor orientación para las épocas frías. Además de sus sorprendentes grabados, tanto en calidad

como en cantidad, destaca una importante ocupación neandertal.

Aunque la cueva ya se conocía desde los años treinta del pasado siglo, y fue excavada en los sesenta, la Universidad de Alcalá de Henares realiza en la actualidad nuevas excavaciones que arrojan valiosa información sobre la ocupación neandertal. Manuel Alcaraz, arqueólogo, nos muestra la secuencia de estratos muy bien definidos y datados que evidencian la ocupación de neandertales hasta hace, al menos, unos cuarenta y dos mil años. Esta cronología es muy interesante, porque algunos pensaban que el hombre de Neandertal no habitó la meseta por esos tiempos, ya que, supuestamente, se habrían desplazado hacia regiones más templadas.

Miles de años después, nuestros antepasados *sapiens sapiens* tomaron posesión de la cueva y dejaron, desde hace unos 26.000 hasta hará unos 12.000 años, cientos de grabados y algunas pinturas rupestres también sobre sus paredes, muchas de ellas de gran calidad artística. Los grabados más antiguos serían gravetienses; después, los solutrenses, y los más recientes, magdalenienses. Toros y uros, ciervos y caballos conforman sus motivos más frecuentes, aunque nos llaman la atención algún león y, sobre todo, las misteriosas figuras de los antropomorfos.

Hierogamia grabada en la Cueva de los Casares (Guadalajara, España), la escena completa incluye una mamut y varios antropomorfos. *Las cuevas de los Casares y la Hoz,* Juan Cabré,

De nuevo, como ya nos ocurriera en la Cueva de Altamira y, también, en la de Hornos de la Peña, la aparición en la Cueva de los Casares de más de veinte grabados de antropomorfos nos asombra, hasta el punto de asumir un elevado protagonismo en el imaginario de la cueva. Todos ellos presentan aspecto similar, con rasgos tanto de animal como de hombre, conformando inquietantes figuras. Si los artistas paleolíticos trazaban con perfección naturalista las figuras de ciervos, caballos, cabras y otros animales, ¿por qué esos antropomorfos erguidos, de cabezas alargadas e indefinidas y brazos extendidos? ¿Qué querían representar? Rodrigo de Balbín, catedrático emérito de Alcalá de Henares, comparte al respecto su sabiduría con nosotros. Estamos en la cueva en la que aparecen más antropomorfos, que fueron grabados a lo largo de miles de años, en composiciones bien distintas. Algunos parece que se arrojan al agua, otros se imbrican y confunden con un caballo, los más parecen relacionarse entre sí, todos suponen un grito simbólico ante los ojos de aquella humanidad prehistórica que asumiría su mensaje. Desgraciadamente, nosotros no podemos entender su lenguaje totémico y nos quedamos absortos ante sus inquietantes formas de humanoide, que bien podrían servir de inspiración para películas de ciencia ficción.

Juan Cabré. 1916.

Bajo la atenta mirada de los antropomorfos, que parecen custodiar la cueva, nos adentramos hasta una sala profunda en la que domina un bellísimo grabado de un león. También hemos podido observar lo que parecen ser animales de periodos muy fríos, como el rinoceronte lanudo o el glotón, y algunas pinturas de caballo y de motivos geométricos conocidas como «tectiformes».

Zambullida ritual de la cueva de Los Casares (Guadalajara, España). Se trata, probablemente, de un ritual chamánico o de un rito de iniciación. *Las cuevas de los Casares y la Hoz,* Juan

A pesar de su relativo desconocimiento, la cueva de los Casares es, sin duda alguna, uno de los grandes hitos del arte paleolítico en España y un yacimiento de enorme potencial científico y artístico por conocer y divulgar. Las nuevas investigaciones supondrán un importante avance para su conocimiento, gracias al cual, quizás, se logre satisfacer y saciar el enorme grito de vacío con el que antropomorfos y ruinas succionan nuestro ánimo y sacuden nuestra razón.

COVA EIRÓS Y EL ARCANO MÁGICO DE GALICIA

Galicia es tierra mágica; aseveración que no por tópica deja de ser menos cierta. Pasear por sus caminos y veredas es comulgar con su espíritu, misterioso y antiguo, que nunca atrapamos, pero que siempre nos envuelve y estremece. Escritores y poetas se preguntaron, desde siglos atrás, por dónde habitaría el arcano del misterio gallego, donde residiría su corazón ancestral. Algunos afirmaron que en las penumbras celtas de sus bosques; otros, que en sus cruceiros y meigas; los más marineros, que en sus costas de mar bravío, que en sus rías serenas y ubérrimas. Nunca se pusieron de acuerdo y probablemente nunca lo harán. La esencia del misterio, precisamente, reside en lo inexplicable, lo inasible, lo invisible. Lo que se percibe pero no se entiende; lo que se siente pero no se razona. Por lo tanto, inútil es buscarlo. El misterio gallego nunca se encontrará, jamás se rendirá ante la tenacidad científica; el encanto del misterio gallego aparecerá, fugaz y caprichoso, aquí y allá, cuando su alma ancestral así lo desee, para mostrarnos los reflejos brumosos de su esencia. Y aquella mañana se nos mostró generoso cuando ascendimos hasta Cova Eirós cubiertos por las copas frondosas de carballos y castaños; abrazados por su penumbra densa y telúrica sentimos que la madre Galicia nos acogía en su regazo.

Entrada de Cova Eirós, Triacastela, Lugo.

En la falda de una pequeña colina de la parroquia de Cancelo, en Triacastela, al sur de Lugo, se encuentra la Cova Eirós, el yacimiento paleolítico más importante de Galicia. ¿Y si el alma de Galicia se custodiara en algunas de las escasas cavernas que esconden sus montes y frondas?, nos preguntamos mientras tomamos resuello y contemplamos a nuestros pies el mosaico de prados verdes que el capricho de un minifundismo atávico trazó en geometrías imposibles. Ramón Fábregas, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Santiago de Compostela, nos habla del cruce estratégico de cauces y rutas en el que nos encontramos. Durante siglos, los peregrinos del camino francés recorrieron estos paisajes bellísimos sin llegar a sospechar que, desde la entrada de la cueva, al menos cincuenta mil años de la historia de la estirpe humana observaban, silentes, sus sacrificios y esfuerzos de caminantes.

Poco se conocía del Paleolítico gallego. Durante mucho tiempo se pensó que el arte rupestre del Cantábrico se interrumpía en el occidente asturiano, lo que, en principio, no tendría sentido alguno. Si los *sapiens* del Solutrense y del Magdaleniense pintaban sus cuevas en lo que hoy es Cantabria y Asturias, ¿por qué no habrían de hacerlo en Galicia? La respuesta era obvia: la causa no había que encontrarla en el talento humano, sino en los caprichos de la geología. Galicia, tan

pródiga en cuarcitas y pizarras, apenas si acoge formaciones calizas en las que las cavernas puedan formarse. Pues bien, la Cova Eirós, precisamente, se encuentra en una franja caliza que se adentra en los montes de Lugo, por lo que pudo acoger y custodiar pinturas y restos de aquellos tiempos remotos.

Alcanzamos la entrada de la cueva, oculta bajo un bosquete de avellanos que nos invita a adentrarnos en los secretos de los tiempos que custodia. Su boca responde al canon, al arquetipo de cueva que todo niño dibujaría. Los andamios protegen la profunda excavación de su suelo. Allí, frente a un corte que nos muestra sus largas cronologías, entrevistamos a Arturo de Lombera, codirector del yacimiento de Cova Eirós, que nos habla de periodos, de industrias líticas y especies humanas que compitieron con las fieras que también ambicionaban las acogedoras penumbras de la caverna. Las piezas más antiguas encontradas datan de unos cincuenta mil años y hasta hace unos cuarenta mil los neandertales la ocuparon esporádicamente, como evidencia la rica industria musteriense encontrada. Un núcleo de cuarzo de factura Levallois es prueba cierta de la pericia que alcanzaron en la talla de la piedra. Los últimos neandertales desaparecen de Cova Eirós hace alrededor de cuarenta mil años, algo antes de que apareciéramos nosotros, los primeros *sapiens sapiens*, con nuestra revolución tecnológica en los enseres, en la industria lítica y en las manifestaciones artísticas, tanto de arte mueble —nos muestran una fantástica azagaya de hueso con motivos geométricos— como en las pinturas rupestres y grabados que nos aguardan en el interior. Los últimos neandertales y los primeros humanos vivieron en este lugar sin llegarse a encontrar en las cronologías que marca la excavación.

Cova Eirós, sin duda alguna, arrojará luz científica al debate que tanto apasiona e inquieta. ¿Somos los responsables de la extinción de los neandertales o nos hibridamos con ellos? ¿Somos especies distintas o simplemente razas diferentes, fruto de la variabilidad humana? Dejamos las repetidas preguntas en el aire y nos adentramos en la cueva, atravesando una estrecha gatera que nos conduce a la gran sala de las pinturas. Ramón Fábregas nos la explicó con la erudición del sabio y la pasión del enamorado. Caballos, toros, ciervas, grabados geométricos…, toda la sala es un gigantesco retablo que tardaría en descubrirse y que constituye la principal —por no decir casi la única— muestra de pintura rupestre de Galicia. Las pinturas en trazos negros, con unos diez mil años de antigüedad, se superponen sobre los grabados más antiguos, configurando un palimpsesto prehistórico de enorme valor histórico y artístico. Para nuestro anfitrión, las pinturas

paleolíticas se extendieron durante un periodo tan extenso que no se puede simplificar sobre su función y finalidad. Quizás representaciones sagradas en unos tiempos, símbolos identitarios en otros, elementos chamánicos e iniciáticos en ocasiones. Desde las entrañas de los montes gallegos contemplamos estas pinturas milenarias y entrevemos retazos fugaces del misterio fugitivo que desde siempre atormentara a poetas y escritores y que hoy desvelan arqueólogos y paleoantropológos.

Pero neandertales y humanos no fueron los únicos habitantes de esta cueva, en la que se han encontrado abundantes restos de osos cavernarios y de leones de las cavernas, que competirían, quién sabe si con la furia de sus fauces y garras, contra los palos y piedras de aquellos nómadas organizados en bandas de pocas familias y de menos de cincuenta personas. Al fondo de una galería se han encontrado los restos de más de cuarenta individuos del temible oso de las cavernas, cuyos zarpazos aún marcan, amenazantes, las paredes de la cueva.

Con Ramón Fábregas en Cova Eirós. Arturo de Lombera, al fondo.

Nos toca abandonar Cova Eirós. Dejamos atrás el eco desgarrado de los últimos neandertales, las primeras huellas del *sapiens* triunfante y los útiles de ambos. Afuera nos espera el verde abrazo de las praderas y de los bosques en los que nuestros antepasados cazaron miles de años atrás. Desde entonces, los espíritus venerados de los animales, encarnados en pinturas y grabados, custodian la sagrada oscuridad de

la cueva primigenia que nos conmueve y emociona. Los poetas y escritores seguirán preguntándose por el lugar en el que habita el misterio gallego, por dónde se esconde su alma ancestral. Nosotros no lo sabemos, pero hoy hemos entrevisto que, al menos, un pellizco de su arcano encanto respira en el regazo maternal y silencioso de la Cova Eirós.

LA CUEVA DE LAS ESTRELLAS Y LAS MANOS DE LA ÚLTIMA SELVA EUROPEA

En la última selva de España, en un paisaje virgen enclavado en el corazón del Parque Natural de los Alcornocales, en Cádiz, destaca, entre la inmensidad verde, el singular afloramiento arenisco del Tajo de las Abejeras. En una de sus paredes verticales se alza, solemne, desafiando a los tiempos, la Cueva de las Estrellas, cuyas soberbias pinturas rupestres son una de las mejores muestras del conocido arte sureño. Nos encontramos en la finca de La Almoraima, considerada por muchos como la más extensa de España. En la actualidad es de titularidad pública, aunque, con anterioridad, fue propiedad de RUMASA y de los duques de Medinaceli, nombres sonoros todos ellos para una finca de leyenda. Fue considerada como desierto — pese a la frondosa vegetación que siempre la cubrió— debido a la vastedad de su despoblamiento y a la insalubridad de sus humedales, lo que permitió que sus frondas se mantuvieran prácticamente vírgenes hasta nuestros días. Un paraíso natural, en todo caso, tanto ayer como hoy.

El punto de encuentro fue la casa-convento, cortijo principal de la finca. El convento fue fundado en 1603 por la orden de los mercedarios bajo el auspicio de la condesa de Castellar, enriquecido por los duques y ahora convertido en hotel de ensueño, recomendado encarecidamente a quien guste de la naturaleza y de los lugares cargados de vida e historia. Nuestros anfitriones, Diego Salvador, director del «Proyecto Cueva de las Estrellas», y Antonio Luque, espeleólogo de ECA, llegaron cargados con los mil y un artilugios de escalada y espeleología que precisaríamos para acceder a la cueva. A pesar del cielo cubierto y la posibilidad de lluvia, decidimos partir hacia la cueva en el Land Rover clásico con José Ledesma, hombre sabio nacido y criado en la finca, al volante.

El viaje por los carriles ya supone toda una experiencia natural. Las

distancias internas en la finca de La Almoraima son tan enormes que hacen que empleemos más de hora y media de carriles, entre alcornoques, quejigos y encinas, para llegar hasta las cercanías del yacimiento. Los ciervos, gamos y muflones nos acompañan en nuestra travesía, en la que advertimos, entre las brumas, Castellar Viejo, un pueblo-fortaleza bellísimo, encaramado en un cerro sobre el pantano del Guadarranque. El viaje nos sirvió, además de para disfrutar de uno de los paisajes más hermosos de España, para acercarnos a la realidad del arte sureño, que incluye cientos de yacimientos con pinturas rupestres de diversas épocas ubicadas en cuevas y abrigos del campo de Gibraltar. Diego Salvador se nos muestra como un erudito apasionado y a la vez un práctico conocedor de esas pinturas y del historial de sus descubrimientos. La Cueva de las Estrellas es uno de sus exponentes más importantes, tanto por sus dibujos de manos en negativo como por los diversos motivos lineales, puntiformes y geométricos que alberga. El espolón del Tajo de las Abejeras, visible desde kilómetros de distancia, alberga pinturas que, durante muchos miles de años, tuvieron un hondo significado para las poblaciones de la prehistoria. Después de un prolongado olvido, su descubrimiento por Lotard Bergmann y Simón Blanco supuso un notable empujón al importantísimo pero todavía desconocido arte paleolítico del sur.

El Tajo de las Abejeras es un enorme afloramiento arenisco en cuyas paredes verticales se han formado numerosas cuevas por erosión eólica, en un proceso conocido como *taffoni*. El Tajo de las Abejeras, tanto por su peculiar morfología y relieve como por su dominio paisajístico, conforma un enorme retablo natural, una tentación escenográfica irresistible para la pulsión simbólica y, probablemente, espiritual de nuestros antepasados paleolíticos. En algunas de ellas, como Abejera III, se acaban de encontrar nuevas pinturas, lo que demuestra su enorme potencial arqueológico. La visibilidad, relieve y cavidades del Tajo fascinaría a los habitantes de la Antigüedad, hasta el punto de plasmar las soberbias pinturas que vamos a conocer. Rodeamos el Tajo sobrecogidos por su relieve de cuevas y paredes. Al pasar junto a la cueva bautizada como Breuil, rendimos nuestro habitual homenaje al ubicuo abate. La roca, el paisaje, la sensación de encontrarnos en un lugar especial nos acompañan en nuestro rodeo de iniciación. Ya estamos en el Tajo, el Tajo ya está en nosotros, nos toca proceder. Purificados, podemos entrar en la cueva sin temor a profanarla.

Tajo de las Abejeras.

No resulta fácil acceder a la Cueva de las Estrellas, ya que se abre en una pared vertical inaccesible tanto desde la base del Tajo como desde la cima. Tendremos que descender mediante rápel, para lo que nos equipamos con los arneses, vagas y mosquetones ante una de las cuevas, conocida por los pocos que hasta allí llegan como la Cueva de la Mujer, según nos descubre José Ledesma. Al parecer, una antigua leyenda narra que allí pasaron la primera noche una pareja de jóvenes, unidos por la antiquísima costumbre del rapto de ella de la casa paterna. Ascendemos hasta la cima del Tajo y nos disponemos a descender hasta la cueva. Antonio Luque organiza la instalación y nos explica la necesaria simbiosis entre espeleólogos y arqueólogos. Y es que, en muchas ocasiones, la arqueología comulga con la aventura.

El descenso merece la pena. La cueva no es profunda y se abre por completo al paisaje. Nos sentimos bien allí, sobrevolando el mar de alcornoques y brezos que ondulan bajo nuestros pies y que orillan en la bahía de Algeciras y el peñón de Gibraltar. Percibimos la importancia del lugar en el que nos encontramos, ornamentado por unas pinturas rupestres excepcionales. En primer lugar, las cinco manos en negativo, un grito personal y colectivo a la eternidad, como un autógrafo, como una firma de especie en nuestros albores de conciencia simbólica. Las manos en negativo son pinturas muy

antiguas y raras, pues apenas se localizan en una treintena de yacimientos en toda Europa. Esa mañana, gracias a la humedad del ambiente, pudimos apreciarlas con emocionante nitidez. Las manos se dibujan de manera paralela a ambos lados de la cueva, al igual que ocurre con los otros motivos parietales, lo que evidencia un deseo de representación escenográfica, de decoración medida y compensada en armonía paleolítica. Lástima que la erosión eólica haya perdido para siempre grandes lienzos de estas pinturas, aunque, afortunadamente, lo que aún se conserva es testigo suficiente de su monumentalidad artística.

Las pinturas más antiguas podrían superar los 30.000 años de antigüedad —la datación en arenisca es casi imposible—, lo que nos supone una profunda inmersión en los abismos de nuestro origen. Las manos se encuentran acompañadas por extrañas y hermosas composiciones de líneas y puntos que nos hacen soñar con los patrones mentales que compartimos con nuestros ancestros. ¿Qué nos quieren decir esas líneas de puntos misteriosas dibujadas en el techo de la cueva? Emocionan sus trazados ramiformes, que nos recuerdan, sin saber muy bien el porqué, a los caprichosos y abigarrados circuitos neuronales. Otros espacios se encuentran dibujados por composiciones de líneas, todas ellas en ocre, que ambicionan el cubrir el techo por entero, hasta abrazar a las que se adivinan por el otro lado, siempre en ese juego armónico y estético de equilibrios absorbentes. Se trata de composiciones intensas, de honda fuerza psíquica, con aspiración de totalidad, que nos embelesan e inquietan al tiempo. ¿Qué son? ¿Qué representan? Preguntas que quedan en el aire sin respuesta por ahora, pero que sobrecogen por el eco de su interrogante abierto a los tiempos.

Existen otros motivos geométricos, como zigzags que complementan a los anteriores y sobre los que existen dudas cronológicas entre el Paleolítico o el Neolítico, como su fisionomía pareciera mostrar. Y por último y no menos importante, podemos grabar tres caballos solutrenses que enriquecen aún más la cueva extraordinaria.

Debemos ya descender. De nuevo rapelamos hasta la base del Tajo y caminamos por un antiquísimo camino empedrado hasta donde nos aguarda el Land Rover. Aún nos quedan casi dos horas para llegar hasta el hotel-convento. Abandonamos con emoción la Cueva de las Estrellas y dejamos atrás sus caballos, sus misteriosas composiciones de líneas y puntos y el grito silencioso y trascendente de sus manos, que continuarán retando a los tiempos desde la última selva europea.

LA CUEVA DEL ARCO Y LA ARQUITECTURA DE LO SAGRADO

Existe una arquitectura sagrada, al igual que existe una arquitectura del poder. Ambas persiguen una solemnidad grandiosa que asombre y espante por igual a sus súbditos y fieles. Su arquitectura-mensaje tiende al gigantismo espectacular, que espanta y sobrecoge al espectador. Pero, más allá de estos parecidos, son muchas las diferencias que las separan. La escenografía del poder nos atemoriza e inquieta, mientras que la del espíritu nos conmueve y serena. El espacio religioso persigue la emoción que acerque a lo divino, mientras que la del poder, la intimidación que aleje al poderoso. En esta, se trata de empequeñecer al súbdito ante la grandeza del Estado y de su gobernante; en aquella, la de funcionar como un trampolín que eleve al creyente hasta las grandezas de su credo. Los palacios son la casa del rey; los templos, la de lo sagrado y divino. Los palacios parecen decirte «eres pequeño»; los templos, al contrario, claman «eres grande». Los palacios se parecen todos entre sí, desde el Neolítico hasta nuestros días, mientras que los espacios sagrados han evolucionado en gran manera: cavernas, dólmenes y megalitos, iglesias y pagodas; mezquitas y sinagogas, todas formas distintas para un único fin verdadero.

Ante el Tajo de las Abejeras, Manuel Navarro, Antonio Luque, Manuel Pimentel y Diego Fernández.

Cavidad principal de la Cueva del Arco, en el entorno del Cañón de Almadenes de Cieza.

Y si desde el Neolítico construimos templos y palacios, en el Paleolítico fue la arquitectura de la naturaleza la que nos proporcionó la espectacularidad necesaria para acercarnos a ese mundo espiritual que desde siempre albergamos en nuestro interior. Y en una garganta de un karst de Cieza, al noroeste de Murcia, se enclava uno de esos lugares mágicos, labrados por capricho de la erosión hasta moldear una arquitectura en la roca tan imposible como hermosa. Se llama la Cueva del Arco y fue colosalmente esculpida por el agua y el viento. Quién sabe —a nosotros desde luego nos lo parece— si considerada como un lugar sagrado desde la Antigüedad, como un espectacular santuario rupestre dedicado por nuestros ancestros a sus deidades o espíritus. Pero no adelantemos conclusiones y pongámonos en escena. Para el viajero, lo importante no es la meta, sino cada paso del camino. Y para nosotros el camino comenzó bien lejos.

Día de largos viajes, parte del equipo llegó en coche desde Sant Celoni, al norte de Barcelona, hasta Cieza. La otra parte, desde Mallorca, en barco hasta Valencia, carretera y manta. Dormimos en el

hostal San Sebastián, en el corazón del centro histórico de Cieza. La Cieza vieja se deja abrazar por el río Segura, recostada sobre las faldas de la enorme mole de la Atalaya. Queremos conocerla la Cieza vieja, y el solo paseo por su caserío nos muestra retazos de su historia, porque las ciudades antiguas son indiscretas. Sus calles y plazas nos cotillean sobre algunos de sus pecados y glorias del pasado. «Callejón del Cantón», leemos en la placa, y rememoramos aquel periodo, tan breve como disparatado, en el que, en 1873, en el seno de la I República, se proclamaron cantones independientes tan reducidos como imposibles. El cantón de Cieza fue uno de ellos, vecino del cantón de Jumilla, que llegó a declarar la guerra a Murcia. Y es que, desde la Edad del Bronce, de vez en cuando, sentimos la llamada diferencial de nuestro clan frente al de los que nos rodean; enfrentamos nuestro cerro al de los vecinos, confrontamos nuestro *yo* irreductible con el malvado *ellos* externo. Y ese sentimiento de cantón, esa identidad a lomos del hecho diferencial, perdura aún hasta nuestros días, como desgraciadamente bien sabemos por experiencia. Así somos y, probablemente, así seguiremos siendo otros tantos milenios más.

El Museo Arqueológico de Cieza —resulta imprescindible el conocerlo— se ubica en el caserón que albergó a su antiguo casino. Su amable personal facilitó nuestra visita. Aunque el museo alberga piezas valiosas desde la más remota prehistoria, nos llama la atención la rica colección de arquerías de sobrepuerta, así como la cerámica procedente de la ciudad andalusí de Siyasa, cuyas ruinas podemos apreciar frente a nosotros, a los pies del cerro del Castillo. Siyasa, que brilló durante los siglos XI y XIII, fue destruida tras la Reconquista. La actual Cieza se levantó en el siglo XIV, aprovechando el cerrado meandro del río, y tuvo en sus inicios una azarosa existencia, pues todos sus pobladores fueron hechos prisioneros por los ejércitos nazaríes y conducidos hasta Granada. Pero los tiempos nunca se detienen y hoy Cieza es una de las mayores localidades murcianas y su prosperidad, como desde siempre, se sostiene sobre la rica huerta del valle del Segura.

Por la noche, cenamos con Joaquín Salmerón, director del Servicio del Patrimonio Histórico y del Museo de Cieza, con Ignacio Martín y Didac Román, los arqueólogos que codirigen la excavación del yacimiento paleolítico de la Cueva del Arco, todos ellos apasionados y buenos conocedores de su profesión. Resultó un placer, acompañados de un buen vino de Jumilla, compartir sus reflexiones sobre la marcha de la campaña de excavación, que tanto promete. De noche ya, regresamos al museo para recoger las llaves de las cuevas que

visitaríamos al día siguiente. Joaquín Salmerón nos concedió el privilegio de firmar en su Libro de Honor y nos esforzamos en arañar la trascendencia en las cortas líneas que estampamos en el libro de protocolo. Nos acercamos a los amplios ventanales que se abren a la altura. Allí, enfrente, más o menos donde debía localizarse Siyasa, unas luces zigzagueantes parecían descender de la montaña, atravesando la oscuridad como luciérnagas en procesión. Eran peregrinos de la romería que se celebraba esa noche en honor a la Virgen del Buen Suceso, en la ermita del Collado de la Atalaya. Hoy, como ayer, los fieles y romeros acuden a los lugares sagrados en los días de culto. Y es que la ermita es un tipo de arquitectura sagrada, entrañable, tierna, maternal, que busca, a través de la emoción cálida y cómplice, la comunión con la diosa madre y con la naturaleza; por eso, no en vano, suelen estar enclavadas en lugares hermosos y de fuerza. Así fue desde siempre y así sigue siendo ahora. Pero, por cotidiana, no somos conscientes de tanta arqueología como habita en nosotros.

El concejal de patrimonio, Antonio Moya, nos acompañó en el desayuno con todo el equipo de excavación y con Joaquín. Le agradecimos su apuesta por la arqueología y, ansiosos por conocer la cueva, salimos al campo. Cruzamos el río Segura, padre feraz de la huerta proverbial, y atravesamos los cuidadísimos campos de melocotón. Al parecer, cuando florecen, configuran un espectáculo bellísimo, una oración floral recitada en honor de los dioses de los vergeles, oasis y huertas que, desde siempre, reinaron sobre los valles murcianos. Nos prometimos regresar en esas fechas de epifanía frutal.

Tomamos el desvío para las presas del cañón de los Almadenes y comenzamos a ascender. El paisaje cambia, el valle queda abajo y las primeras estribaciones de las sierras vecinas nos aguardan. La arqueología es hija del paisaje, destilación esencial de la geografía y de su geología. Para conocer la arqueología debemos antes comprender su territorio. Porque los hombres somos, en última instancia, ese paisaje al que todo le debemos. Como un enorme cráneo que emergiera entre el valle y la sierra, nos aguarda el paisaje kárstico de Los Losares. Un incendio forestal pavoroso desnudó por completo su tersa superficie caliza. Las cuevas y simas, antes veladas por una densa cubierta vegetal, se muestran hoy impúdicas, abiertas al cielo.

El karst de Los Losares funciona como un enorme complejo de arte rupestre. Nos sorprende el desarrollo kárstico de las cuevas en un lugar tan árido. Por ejemplo, el de la Cueva del Niño, compuesta por una sucesión de amplias salas adornadas por espeleotemas. Nos

hacemos una idea de la portentosa capacidad de los karsts para conformar cavernas, simas y dolinas. Desde el remoto Paleolítico, estas cavernas asombrarían y espantarían por igual a las gentes que habitaron en el fértil valle. Abajo, sobre las limos y sedimentos del valle, crecerían en el Paleolítico los fértiles bosques y las praderas donde pastarían las grandes manadas; en el Neolítico, los campos de cultivo. Mientras, arriba, en el karst, en el terreno duro, reinaría el extraño mundo de la roca y de la caverna. Abajo, las cosas del comer y del cuerpo; arriba, las del venerar y las del espíritu. Los arqueólogos, con su obligada prudencia científica, no proponen aún teoría de ocupación alguna al respecto. La ciencia tiene una base empírica e inductiva, y, mientras algo no se demuestre, no pasa de ser una mera elucubración. Pero nosotros, simples espectadores, al fin y al cabo, sí que podemos dejar volar nuestra imaginación para tratar de comprender tanto asombro como el que ese día experimentaríamos.

Cabeza de caballo en Cueva de Jorge, Cieza, Murcia.

En la cercana Cueva de las Cabras, aparecen las primeras pinturas, tanto figurativas como esquemáticas, respetándose entre sí, como casi siempre ocurre en las cavernas santuario. El respeto a los antiguos ha sido una constante sagrada, un tabú que casi nadie profanó. En un camarín situado a la izquierda se pueden apreciar dos bóvidos y lo que parece ser un cáprido, pinturas paleolíticas solutrenses que

superan los 18.000 años de antigüedad. Todas las pinturas que veremos están realizadas con ocre. Asimismo, en esa misma cueva, se puede observar un antropomorfo esquemático, estratégicamente dibujado sobre uno de los arcos interiores. Estas pinturas, ya de por sí importantes, son apenas un aperitivo de las sorpresas que el día nos deparará.

A una corta distancia descendemos por una pared vertical sobre la que se abre una oquedad enrejada. Se trata de la Cueva de Jorge, una galería estrecha de unos cinco metros de profundidad. Al fondo, sobre un perfecto retablo calizo, se encuentra el soberbio caballo solutrense con un trazado de gran calidad artística, lo que nos suscita el debate sobre si podría haber sido realizado por algún miembro del clan o por artistas especializados que, con carácter nómada, serían solicitados por los diversos clanes para decorar sus lugares sagrados. Quién sabe. El cuello de cisne del équido nos recordó a la fineza de los actuales caballos andaluces, bien distinto a las habituales representaciones paleolíticas de caballos de cuello corto y grueso y de crin enhiesta. La figura rupestre, con su mensaje milenario, gobierna, solemne, la oquedad. El espectador queda impresionado por su composición escénica. Cuevas y pinturas que nos advierten de que nos adentramos en un lugar muy especial.

Dejamos estas tres primeras cavernas para acercarnos, tras una caminata de unos quince minutos, hasta un punto elevado, desde el que comenzamos a descender por una pendiente suave. De repente, saltó la enorme sorpresa abajo, en las paredes de una garganta que aparece a nuestros pies. La Cueva del Arco nos admira tanto por sus dimensiones como, sobre todo, por el enorme y bellísimo arco que la erosión caprichosa talló en la roca y que bien pudiera parecer pura arquitectura de Calatrava en sus momentos felices.

Sentimos que nos encontramos ante un monumental santuario de la prehistoria. La prodigiosa arquitectura natural de la Cueva del Arco es visible desde la altura del cerro y sobrecoge en sus cercanías. El arco enorme enmarca varias cavidades que quedaron por completo colmatadas de sedimentos, a excepción de una covacha ubicada en el nivel superior, en la que se encuentran dos excelentes pinturas de caballo y una cierva solutrense de hermoso trazo que los arqueólogos han utilizado como símbolo del proyecto y que lucen en sus camisetas negras. En un pequeño abrigo lateral, algo más abajo, se encuentran las dos famosas pinturas frontales de macho montés, magdalenienses, tan vanguardistas que bien pudieran parecer el logo de una empresa cinegética del siglo XXI. Y es que siempre sorprende la vanguardia que

emanan muchas pinturas de la remota prehistoria. El hoy y el ayer que se confunden en los tiempos de la república del arte.

Con Ignacio Martín (izquierda) y Didac Román.

Ignacio Martín, Didac Román y todo su equipo están desarrollando una gran tarea investigadora sobre un yacimiento que se nos antoja de extraordinaria importancia. Sus publicaciones iluminarán un periodo aún muy poco conocido de nuestra historia. En las excavaciones del nivel inferior, bautizado por el equipo de investigación como Cavidad A, se han descubierto desde soberbias cerámicas neolíticas, pasando por industrias líticas del Paleolítico superior, hasta un sorprendentemente bien conservado hogar gravetiense y un rico nivel musteriense, con piezas de gran calidad, como raederas y núcleos Levallois. Quedan pues acreditadas decenas de miles de años de actividad humana en la Cueva del Arco, desde el hombre de Neandertal hasta el Neolítico. Corresponde ahora a los arqueólogos definir el patrón de ocupación y el uso concedido a la cueva. Mientras lo investigan y publican, nosotros nos quedamos con la idea de que bien pudiéramos estar en un lugar sagrado, como parece evocar su portentosa arquitectura natural. Este carácter sagrado y cultual justificaría la extraordinaria calidad de las distintas piezas encontradas, así como la ausencia de los habituales restos de talla de ocupaciones más frecuentes o permanentes.

La excavación de la Cavidad B o nivel superior también ha arrojado numerosas sorpresas. Más allá del material del Paleolítico superior encontrado, llama la atención la potencia del sedimento, que se adentra en lo que parece ser una cueva profunda y que, a buen seguro, arrojará una valiosísima información sobre nuestra prehistoria.

La naturaleza, el agua y el viento se conjuntaron en el sortilegio de unas formas únicas, que sorprendieron a nuestros antepasados tanto como nos siguen fascinando a día de hoy. La Cueva del Arco es pura arquitectura natural, una oración en piedra que nos acerca al mundo mágico y religioso de un pasado remoto. El arco gigante es una ventana abierta al vértigo de los tiempos, una puerta trascendente al mundo espiritual. Y si fuera cierto aquello de que desde siempre existió la arquitectura sagrada, la Cueva del Arco sería su expresión más hermosa y solemne, la quintaesencia del santuario natural.

Los hombres podremos levantar dólmenes, catedrales y ermitas con la esperanza de acercarnos a lo divino, pero jamás alcanzaremos el poder espiritual de la obra de la Madre Naturaleza. Nosotros somos pequeños y soberbios; ella, grande y humilde. Los santuarios naturales nos hacen soñar con mundos colosales, sobrecogedores y prístinos, imposibles de domesticar. Por eso, temerosos, quizás los abandonáramos por la penumbra sumisa de dólmenes y templos. El gran santuario natural quedó allí arriba, en la soledad ocre de sus pinturas y ajuares, en custodia de los secretos pretéritos que quisiera desvelar. Y en eso estamos ahora gracias a la ciencia de la arqueología.

CUEVA AURIA Y HORNOS DE LA PEÑA, LAS PINTURAS RUPESTRES COMO ARTE DEL PASADO Y COMO VANGUARDIA DE FUTURO

El arte rupestre es antiguo, antiquísimo. Sin embargo, la ciencia que lo estudia es moderna, tan moderna que la sorpresa de los descubrimientos es aún posible. Afortunadamente, nuevas pinturas y grabados son descubiertos cada año por arqueólogos y espeleólogos. Lo que parece imposible se hace realidad a lo largo y ancho de la geografía europea, donde España tiene un alto peso y, desde luego, Cantabria brilla, con todo mérito, con luz propia y refulgente. Viajamos hasta tierras cántabras con la devoción del fiel que acude al

santuario milagroso, con el gozoso estremecimiento del amante ante la cita deseada, con la pasión del coleccionista en pos de la pieza faltante. En ningún otro lugar existen tantas y tan buenas cuevas, en ninguna otra geografía se concentran tantas y tan buenas representaciones de arte rupestre. Y para atendernos, disfrutamos de un anfitrión a la altura del enorme patrimonio que tutela, Roberto Ontañón, director de las cuevas prehistóricas de Cantabria. De su mano conoceremos algunos de los hallazgos de arte rupestre de la Cueva Auria, recientemente descubierta, así como de la Cueva de Hornos de la Peña, conocida e investigada desde un siglo atrás.

Donde las paredes verticales desafían a los cielos, donde los bosques se precipitan sobre el río Deva, se encuentra la Cueva Auria, en el corazón del desfiladero de La Hermida, en el término de Peñarrubia, límite entre Cantabria y Asturias. Lobos y osos habitan en los cercanos bosques de los Picos de Europa. El ascenso es breve, pero de gran pendiente. La cueva fue aprisco de cabras de la señora Auria, de la que tomó el nombre. Las pinturas, espléndidas como veremos, fueron descubiertas en 2015 en unas galerías profundas que habían sido cerradas por los pastores. La emoción del descubrimiento, la sorpresa del hallazgo, enriqueció el enorme patrimonio cántabro de arte rupestre.

Con Roberto Ontañón en el interior de la cueva.

Bajamos por una estrecha galería pasándonos la cámara de mano en mano. En la sala principal, algo más amplia, nos aguardaba la

pintura gravetiense, antiquísima y solemne, dibujada hará más de veinticinco mil años. Sobre un panel blanquecino resalta la figura fusiforme que el artista dibujó con la técnica de puntos marcados por su dedo en ocre. El vivo color rojizo del óxido de hierro destaca sobre el lienzo calcáreo del panel. La aparición de la figura supuso una auténtica sorpresa, porque no se esperaban pinturas de época fría a esa altitud del valle.

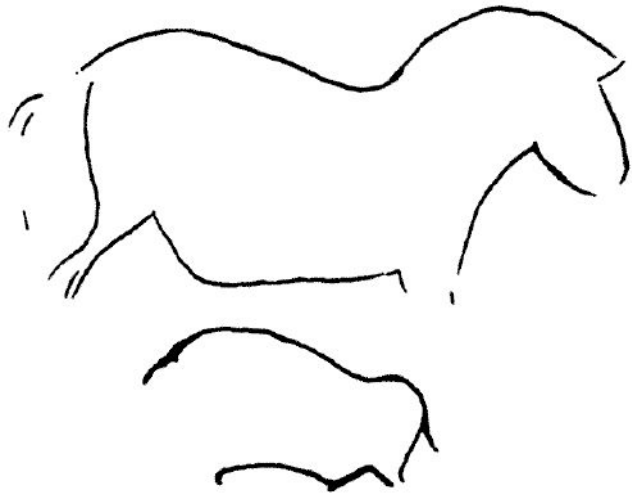
Caballo grabado en Cueva de Hornos de la Peña, Cantabria.

Roberto nos aclara que cada época del Paleolítico se expresó con unos estilos y técnicas dominantes, aunque no se debe caer en clasificaciones cerradas y absolutas. En todo caso, apuntamos nosotros, se diferencia claramente la pintura antigua gravetiense de la más moderna pintura magdaleniense, con 18.000 años de antigüedad, por poner un ejemplo, al igual que se distingue un románico de un barroco. Sorprende la relativa homogeneidad de estilos en aquellos tiempos remotos en los que la movilidad se nos antoja lenta y limitada, por no decir peligrosa y casi suicida. ¿Por qué, simultáneamente, se pintaban puntos o manos en negativo en unas épocas y ciervas y caballos en otras? ¿Por qué ocurre en periodos idénticos en una geografía tan extensa? ¿Por difusión cultural o imitación? ¿Por exigencias de un inconsciente colectivo que vibra al unísono? No lo sabemos, y serán los científicos los que, con sus descubrimientos, tendrán que responder a las muchas preguntas que aún permanecen abiertas.

En la cueva existen siete paneles o zonas de pinturas, la mayoría simples puntos rojos que, probablemente, serían señales o indicativos compartidos con miembros del clan. Pero la gran sorpresa la encontramos en nuestro ascenso hacia la salida. En un panel elevado, similar al de la figura fusiforme, se nos aparece una original figura antropomorfa, espectacular a nuestro parecer, también conformada por puntos de ocre, una figura única en su cronología y que tendrá que ser aún desentrañada. Roberto, prudente, nos advierte que aún están trabajando en ella, pero que si se confirmara su antigüedad gravetiense estaríamos ante un gran descubrimiento, ya que nada similar se conoce hasta el momento. Regresamos a la superficie. Tan fascinados como intrigados. ¿Representarían esos puntos realmente una figura humana? ¿Cómo es posible que estas figuras hubieran llegado sin descubrir hasta nuestros días?

Tras el almuerzo en La Hermida, nos trasladamos hasta San Felices de Buelna y su cueva más conocida, la de Hornos de la Peña, abierta al público desde hace años y en la que, paradójicamente, aún siguen descubriéndose nuevas figuras. La cueva es famosa por sus grabados, tanto gravetienses como magdalenienses, de uros, caballos, cabras, bisontes y renos. Alberga también una pintura magdaleniense de un caballo y el grabado de un curioso antropomorfo de brazos elevados, como en plegaria, similar a los de otras cuevas y que son conocidos como los orantes.

Hornos de la Peña fue minuciosamente rastreada por los pioneros Obermaier y Breuil a principios del XX, que fueron los descubridores de los paneles principales. Desde entonces, cientos de investigadores han estudiado la cueva, considerada un referente en figuras grabadas. Pero, sorprendentemente, durante estos últimos años nuevas figuras han aparecido, fruto del riguroso trabajo de Olivia Rivero, que nos acompaña en la visita. Entre otras de las recientemente descubiertas, nos llama la atención una cierva de trazado trilineal. Compartimos con Olivia la emoción del hallazgo, facilitado, según sus propias palabras, por las nuevas tecnologías al alcance de la ciencia. Olivia nos insiste en la maestría técnica de los grabadores que, sin error y en muy pocas líneas, eran capaces de evocar a la perfección animales en movimiento. Eso, además de un evidente talento pictórico, significaba práctica y aprendizaje, que debería realizarse sobre materiales menos nobles en el exterior.



Caballo y bisonte grabados en la Cueva de Hornos de la Peña.

Conocer los grabados de Hornos de la Peña es conocer los orígenes del arte humano, un arte antiquísimo pero rezumante aún de vanguardia. ¿Se pueden considerar entonces como arte las pinturas rupestres? Bajo una hornacina natural, un auténtico retablo cavernario en el que reina un soberbio uro, entrevistamos a la pintora Ana Melgosa, que no tiene duda al respecto: «las pinturas y grabados paleolíticos son arte, puro arte, que influye poderosamente, además, en las vanguardias actuales».

Pero el grabado más peculiar, el más inquietante, es el del antropomorfo, el humanoide que parece gobernar la cueva desde su retablo final y que guarda relación con otras figuras del momento —algunas conocidas como «orantes»— localizadas en cuevas situadas a lo largo de España y Francia. El antropomorfo de Hornos presenta rabo y pene, una característica compartida con algunas de las figuras similares, que siempre se encuentran en paneles principales de la cueva, como si quisiera dominarla. ¿Qué significan estas figuras? ¿Deidades, seres bondadosos, malvados? ¿Simples animales? Roberto Ontañón deja abiertas estas preguntas, aunque afirma que su trazado no es casual, sino que quiere significar algo distinto a la tradicional fauna paleolítica.

Abandonamos la cueva a las doce de la noche, bajo una débil llovizna. Aunque el debate sobre la esencia y naturaleza del arte continuará en los sanedrines de los eruditos, nosotros salimos con la

convicción de que hemos contemplado arte, puro arte, cargado de emoción e intención, de estética y de simbolismo. La jornada ha sido larga e intensa, pero conducimos hasta el hotel mientras comentamos la promesa que siempre suponen los yacimientos paleolíticos con arte aún por descubrir. Los nuevos hallazgos de pinturas rupestres, tanto en las cuevas bien conocidas como en las recién descubiertas, continuarán iluminando con su arte primigenio nuestro conocimiento y sentimiento, porque, simultáneamente, el arte prehistórico es pasado y es futuro, vanguardia de una humanidad reflejada por siempre en la caverna de sus ancestros.

EL TAJO DE LAS FIGURAS Y EL PODER DEL RELATO

Somos relato. Nuestra mente entiende el mundo a través del relato que la construye, que la configura. El relato nos crea, nos une, nos hace partícipes de una identidad, de una tradición y de una historia. Fuera del relato, sencillamente, no somos. Desde la más remota Antigüedad, escuchamos extasiados los cuentos, las leyendas, los romances, los mitos, que los juglares y los viejos narraron al calor de las hogueras que nos acompañaron en nuestro peregrinar exitoso por un mundo todavía desconocido.

Las pinturas rupestres son arte para algunos; símbolos místicos, de poder, espirituales o identitarios para otros; constituyen un relato para todos. Cualquier panel, en cualquiera de las cuevas que los contienen, grita algo al vacío que, desgraciadamente, hoy no alcanzamos a descifrar. Esa voz estremecida de las pinturas y grabados parietales nos conmueve y a veces nos inquieta, porque parece advertirnos desde su profundidad ancestral. Pues si esa voz callada se aprecia en cualquier pintura, el grito y el espíritu del relato aún se perciben con mayor fuerza y contundente descaro en las pinturas del Tajo de las Figuras, uno de los complejos parietales más importantes de esta España de nuestras entretelas.

El Tajo de las Figuras estuvo presente en nuestros rodajes incluso antes de conocerlo. Habíamos visitado Santillana del Mar para grabar un episodio dedicado a Sanz de Sautuola, el descubridor de Altamira. Allí nos topamos con una exposición itinerante titulada «Arte y Naturaleza en la Prehistoria», que mostraba la excepcional colección de los calcos originales de arte rupestre del Museo Nacional de

Ciencias Naturales. Solo dos adjetivos para valorarla: excelente y soberbia. Quien pueda que la visite, no se arrepentirá. Los calcos fueron realizados entre 1912 y 1936 por Juan Cabré Aguiló y Francisco Benítez Mellado, por encargo de la entonces Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. La exposición es una belleza, una oportunidad única de conocer una cuidada selección de los calcos de los paneles de pinturas más representativas del arte rupestre español. Una temprana clarividencia permitió salvaguardar para el futuro unas pinturas que, en algún caso, ya se han perdido para siempre. Los calcos en sí mismos ya son una bellísima expresión artística. Y las pinturas del Tajo de las Figuras, espléndidas y enigmáticas, abrían el sorprendente itinerario a través de los tiempos. Por eso, esas pinturas estuvieron presentes en nuestro caminar veraniego tras las huellas de los arqueólogos.

Fotografía de Hugo Obermaier.

Las pinturas del Tajo de las Figuras muestran animales esquemáticos, sobre todo diversos tipos de cuadrúpedos y ciervos, así

como aves, figuras humanas, tectiformes y dibujos varios, algunos de los cuales bien pudieran ser incluso barcos calcolíticos o del Bronce, aunque este aspecto no está claro. Sin duda alguna, una de las mejores muestras del arte esquemático del sur que, desde siempre, tendió a simplificar las formas, a esquematizarlas, incluso en la previa época naturalista del Solutrense y Magdaleniense paleolítico. Están realizadas en rojo, con algún mineral rico en óxido de hierro. Ya hablaremos de ellas y del relato que conforman. Pero, primero, tras conocer el porqué de esta crónica, trasladémonos a las geografías que las ampararon desde la Antigüedad.

El Tajo de las Figuras se encuentra en la comarca de La Janda, encrucijada de las historias y los tiempos. Al recorrerla, sentimos que estamos en el corazón de nuestro pasado en la Península, cuyo origen y antigüedad aún desconocemos, pero que bien podrían haberse firmado, quién sabe, con unas primeras pisadas sobre el lienzo del suelo gaditano. La Janda, enclavada en el centro de la ruta verde que une por el interior las bahías gaditanas de Algeciras y de Cádiz, reverbera esa gran aventura humana bajo el cielo azul que la sublima para envolverse en un halo de misterio primigenio que ni siquiera el fortísimo levante que bate sus sierras con frecuencia ha logrado desdibujar.

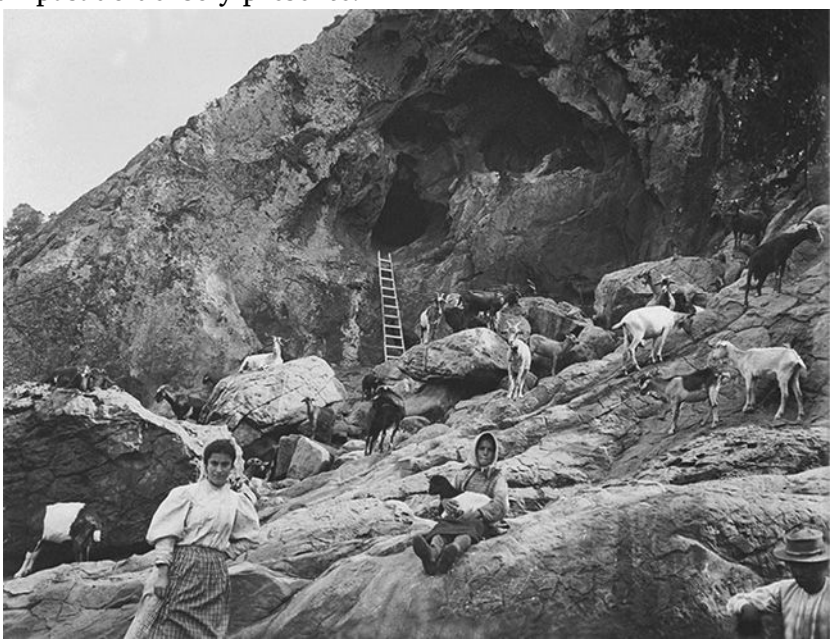
Los alrededores de la laguna de la Janda poseen una enorme riqueza arqueológica desde el remoto Paleolítico. Pero uno de sus vórtices es, sin duda alguna, el Tajo de las Figuras. El Tajo de las Figuras se encuentra en un risco que domina el embalse del Celemín, en el término municipal de Benalup, también conocido como Benalup-Casas Viejas. La toponimia de Benalup nos remite a la expresión árabe *Ben Alup*, que, según alguna leyenda local, significa «hija de la loba». Benalup creció alrededor de la ermita de Casas Viejas, erigida en el siglo XVI por la ciudad de Medina Sidonia, a la que perteneció hasta 1991, en el que alcanzó su independencia municipal. Los sucesos de Casas Viejas de 1933, en los que un grupo de anarquistas, con el célebre Seisdedos al frente, fue duramente represaliado tras asaltar el cuartel de la Guardia Civil, hicieron que su nombre pasara a la historia de España. Aquella tragedia que originó la caída del Gobierno de Azaña aún envuelve con su halo negro el nombre del lugar. La espiral de la historia que gira acelerada sobre este espacio mágico…

Primer calco de las pinturas del Tajo de las Figuras, realizado por Cabré.

El escudo de Benalup-Casas Viejas nos muestra un cuervo, con una barra de pan, posado sobre la fortaleza musulmana primigenia. Creen

los británicos que la monarquía y el imperio británico se mantendrán en el poder mientras los cuervos aniden en la Torre de Londres. Quizás el cuervo también sea el animal sagrado del entorno, y, quién sabe, uno de los pájaros dibujados en la cueva. El cuervo trae un pan en el pico a la villa de Benalup-Casa Viejas, un pueblo con dos nombres, o dos nombres para un pueblo; un pueblo bifronte, al modo de Jano, que cambia de denominación a lo largo de la historia para, substancialmente, seguir siendo el mismo, un singular enclave humano en un territorio singular y único en el que luce, por méritos propios, el Tajo de las Figuras.

El Tajo de las Figuras se encuentra rodeado por otros abrigos menores con pinturas, muy próximo a unas tumbas antropomórficas excavadas en rocas de las inmediaciones, y situado sobre los dólmenes —al menos veintiuno— que aún se aprecian en la necrópolis megalítica a orillas del embalse del Celemín. Un lugar sagrado desde la Antigüedad que aún emite una extraña energía, algo así como el eco de un pasado denso y presente.



Fotografía de Juan Cabré del exterior del Tajo de la Figuras, *ca.* 1913.

El 17 de abril de 1913, un grupo de personas cultas e interesadas por las curiosidades históricas del pueblo realizaron una visita a la cueva. Aunque conocida desde siempre por los pastores y habitantes de aquellas tierras, se considera que esa expedición constituye el

descubrimiento científico —o al menos oficial— de las pinturas, pues dejaron un legado de maravillosas fotografías que cualquiera puede consultar hoy en día en Internet y que sirvieron para documentar las pinturas ante la Academia de la Historia de Madrid. Tras este público conocimiento, Cabré visita la cueva y al año siguiente, en 1914, lo hace acompañado por dos de los grandes prehistoriadores del momento, presentes en tantas cuevas españolas, el abate Breuil y W. Verner. Como sabemos, Juan Cabré realizó los calcos primigenios de las pinturas, que, en 1924, serían declaradas monumento arquitectónico artístico nacional. Desde entonces, abierta a los curiosos, las pinturas sufrieron un cierto deterioro, ya que los visitantes arrojaban cubos de agua sobre el panel para que las pinturas resaltaran, lo que creó con el tiempo una pátina caliza que las desdibujó. Posteriormente se protegió con una reja y se habilitó una escalera de acceso. No obstante, por motivos de seguridad, las visitas están extraordinariamente restringidas, por lo que podemos contarnos entre los afortunados que han podido disfrutarlas en estos últimos tiempos.

Visitamos por vez primera la Cueva del Tajo de las Figuras un día ventoso de la primavera de 2017, atendiendo a la amable invitación de Sonia Díez. Y volvimos a regresar en el verano de 2018, esta vez sí, para grabarla. Tras una cómoda subida, llegamos hasta el tajo, una cortadura en la roca arenisca típica del campo de Gibraltar. Al entrar en el abrigo, de repente, nuestra vista se pierde, admirada, entre el enjambre de figuras que componen el panel. Sentimos la fuerza del lugar, golpeados por la fuerza de su relato misterioso. Los interrogantes se sobreponen a las afirmaciones de sus evidencias figurativas. Vemos ciervos, pájaros, hombres y mujeres…, pero ¿qué nos quieren decir?

Se trata de una cueva pequeña, al modo de una capilla suspendida, de apenas diecisiete metros cuadrados, que compone un sorprendente mural compuesto por novecientos sesenta y dos pictogramas, de los que doscientos ocho recrean diversos tipos de aves. Durante mucho tiempo, quién sabe si miles de años, el lugar sería venerado por generaciones que resultarían ungidas por los mensajes de su relato. Y lo respetaron hasta el punto de que el panel llegó en perfecto estado de conservación hasta nuestros días. Se cree que comenzó a pintarse a finales del Paleolítico, con figuras de estilo más naturalista, para finalizar en la Edad del Bronce con arte esquemático.

María Lazarich González, profesora de la Universidad de Cádiz y profunda conocedora de las pinturas, y que guio nuestra visita, nos

confirmó nuestra intuición. Se trata de un relato —o de una suma de relatos— que nos habla de la vida y de la muerte, de la fecundidad, del hombre y de la mujer. Por ejemplo, algunas figuras, como la del ciervo, se asocia a la muerte, mientras que otras, como la grulla que mira hacia el oeste, nos hablarían del tránsito hacia el más allá. Podemos ver —e identificar— con claridad esquemática cientos de figuras; sabemos lo que son, pero no lo que nos quieren decir.

Descubrimos a los protagonistas, pero no entendemos el relato que sostienen. Aquí un ciervo, allí un pájaro que parece un ibis eremita, allí un ideograma en forma de barco. Bandadas de pájaros, guerreros con armas, figuras que asemejan brujos ancestrales, todo nos parece tan atractivo que lo concreto nos impide ver lo general; la figura, al cuadro; el verso, al poema; la frase, al relato. No son figuras sueltas al azar, componen una sinfonía armónica compuesta por el solfeo del relato. Alguien, a través de miles años, lleva contándonos una historia que hoy no logramos entender. No estamos ante unas simples pinturas rupestres, estamos ante un cuadro, una composición, un discurso complejo en el que cada figura tiene su papel. ¿Qué pueden significar? El lugar es tan evocador que la imaginación se dispara. Algunos han querido ver el relato de Gárgoris y Habis, toda vez que este, criado por una cierva, antes de convertirse en rey, fue bandolero, hombre de armas, como las que se aprecian en las pinturas. Quién sabe si las pinturas guardan alguna relación con la primera genealogía real conocida en España. Manuel Laza publicó en 1965 un ensayo titulado *Gárgoris y Habis*, *primeros reyes de Tartessos*, inspirado, al parecer, por el relato que componían las pinturas del Tajo de las Figuras. Fernando Sánchez Dragó se inspiró en este libro mientras redactaba su famoso libro *Gárgoris y Habis, una historia mágica de España*. Manuel Laza tiene una historia fantástica relacionada con la Cueva del Tesoro del Rincón de la Victoria que ya contaremos en otra ocasión. Aquí queda, negro sobre blanco, la luminosa intuición de ambos escritores, por si el tiempo —y la ciencia— terminara algún día dándoles la razón. Pero sea este u otro, no cabe duda alguna de que el Tajo de las Figuras es el libro en piedra de un relato poderoso y profundo.

Henri Breuil fumando un cigarrillo. Crédito: Wellcome Collection. CC BY 4.0.

El relato nos configura, nos une, nos concede identidad, nos otorga un marco de creencias en el que vivir, unas coordinadas para ubicarnos en la historia y en la sociedad. Nuestra mente tiene naturaleza discursiva, precisa de un relato que aúne y dote de sentido y coherencia a los hechos, conocimientos y datos individualizados. La tradición oral garantizó durante miles de años la transmisión, de generación en generación, de las grandes historias y relatos de una comunidad. En África profunda aún permanece esa tradición de contadores de cuentos que atesoran en su memoria la historia de un

pueblo o de una raza. «Cuando muere un viejo, desaparece una biblioteca», repiten los sabios del lugar, conocedores de que una gran parte de su propia historia se custodia en la memoria de esos recitadores, hoy en peligro de extinción.

Creemos que los relatos míticos y fundacionales tan solo se transmitieron de manera oral hasta la aparición de la escritura. Pero ¿y si también hubiéramos utilizado el soporte artístico para narrarlas? Al fin y al cabo, la iconografía clásica, o la eclesiástica, nos muestra a través de esculturas y pinturas sus mitologías e historias sagradas. ¿Por qué no pudo pasar eso desde la Antigüedad? Nosotros contamos historias a través de películas, cómics, novelas gráficas. ¿Es acaso patrimonio de la actualidad la fuerza narrativa del arte?

Las preguntas quedan en el aire mientras descendemos del Tajo, sabedores del retablo fundamental que acabamos de conocer. Ojalá alguien algún día lograra desentrañarlo.

Hipogeo en necrópolis neolítica de la Beleña, en Cabra, Córdoba.

El Neolítico, el megalitismo y la primera Edad de los Metales

LA NECRÓPOLIS DE LA BELEÑA Y LA CIENCIA DE LA INMORTALIDAD

Desde nuestro origen, la muerte fue el Asunto. Probablemente, el primer destello de inteligencia humana nos hizo vislumbrar su inevitable aliento, nos permitió conocer que, en algún momento, su visita nos sacaría de este mundo para trasladarnos a otro lugar, espacio o dimensión que ni entonces ni ahora logramos descifrar. Y los muertos eran nuestros muertos, y teníamos que atenderles y honrarles. Éramos porque ellos nos hicieron ser; nuestra legitimidad era la suya; nuestra lengua, la que nos legaron; nuestro territorio, el que ellos conquistaron o defendieron. Nuestra vida no era más que el eco continuado de la suya, por lo que, al morir, no se iban del todo, permanecían de alguna manera entre nosotros. Además del recuerdo, le debíamos reverencia. Éramos la vida que ellos fueron; ellos, la muerte que nosotros algún día seríamos. Por eso, los primeros cultos conocidos son de muerte. De reverencia y respeto a los difuntos de la familia y del clan. Y más allá de los mitos, creencias y religiones de los distintos grupos humanos, todos compartieron el respeto y el culto a la muerte. Y si esto es cierto en cualquier etapa histórica, lo fue en grado superlativo durante el Neolítico y el Calcolítico, el periodo megalítico en el que los vivos dedicaron enormes recursos y esfuerzos para honrar a sus difuntos. Aquellas sociedades destinaron más medios a los muertos que a los vivos. Construyeron enormes dólmenes y excavaron costosas necrópolis para los difuntos, mientras que los vivos moraban en humildes cabañas de barro y juncos.

Visitamos el yacimiento de la necrópolis de La Beleña, en Cabra, Córdoba, y el rumor silente de sus muertos neolíticos reverbera en nuestro ánimo. El eco de unas vidas anónimas de hace más de cinco mil años alienta la curiosa fascinación que siempre experimentamos ante la muerte. Dolores Camalich —Dodes— y Dimas Martín, ambos docentes e investigadores de la Universidad de La Laguna, dirigen la

excavación con el rigor y la profesionalidad que su maestría y su especialización en el Neolítico andaluz les otorgan. El yacimiento se localiza en un olivar de la finca La Veleña, a escasos cuatro kilómetros de Cabra, en plena Subbética cordobesa.

El momento del descubrimiento reviste una especial importancia en la intrahistoria de cualquier yacimiento. Eduardo González labraba en 2015 el olivar de la finca La Veleña cuando, en un giro cerrado, notó que el suelo se hundía. Detuvo el tractor y, al asomarse al inexplicable hueco descubierto, se encontró con dos cráneos que lo miraban desde el vacío del pasado. Dos cuerdas de espacio-tiempo, el hoy y el ayer remoto, colapsaron en ese preciso instante en el que se encontraron frente a frente: los huesos de los muertos con la profanadora mirada del tractorista. Eduardo no podía saberlo, pero acababa de retroceder más de cinco mil años, hasta una etapa de transición en la que el Neolítico se convertía en Calcolítico. No se asustó y decidió continuar con la faena hasta decidir qué hacer. A la siguiente pasada, tomó alguna fotografía que envió a los propietarios, Manuel Valle y Amparo Caballero, que inmediatamente informaron al Ayuntamiento y a la Junta de Andalucía. El lugar fue discretamente protegido y se autorizó una excavación de urgencia. El yacimiento pudo salvarse gracias a la prudencia de Eduardo, a la generosidad de la propiedad y a la diligencia de las administraciones afectadas.

Dodes nos aporta los datos básicos. La Beleña es una necrópolis tardoneolítica datada entre la horquilla cronológica de 3400-2900 a. C. Las sepulturas están excavadas en forma de pequeños hipogeos o cuevas artificiales, con un corto corredor y una cámara circular de cubierta semiesférica. En los años 70 del pasado siglo se descubrió una primera sepultura —excavada sin excesivo rigor— sin que desde entonces se tuviera ninguna nueva noticia al respecto. La sepultura descubierta en 2015, la bautizada como la número 2, presenta un excelente estado de conservación, y en su interior se encontraron los restos de veintiún individuos. Desde entonces se han excavado por completo otras dos, y en esta campaña se trabaja sobre la número 5, especialmente rica y compleja. Las prospecciones geofísicas permiten aventurar que el total de sepulturas que componen la necrópolis superará la veintena, por lo que estamos ante un registro amplísimo que aportará una información muy valiosa sobre un periodo aún poco conocido.

La Beleña ¿es un cementerio o una necrópolis? Asistimos a un breve debate al respecto entre Dodes y Jonathan Santana, al que acabábamos de entrevistar sobre sus trabajos en la sepultura 5. Y sus

argumentos nos hacen reflexionar, porque no es fácil, en verdad, distinguir entre «cementerio» y «necrópolis». Según la RAE, el primero sería el terreno, generalmente cercado, destinado a enterrar cadáveres, mientras que la segunda, un cementerio de gran extensión en el que abundan los monumentos funerarios. Aunque, en principio, nos pudieran parecer sinónimos, algo nos advierte de los matices que los separan. Además de su sonoridad arcaizante, la palabra *necrópolis* es más contundente, como si los muertos la habitaran con mayor solemnidad. Y bien esa pudiera ser una de las diferencias fundamentales. El cementerio es el lugar en el que se entierran los cadáveres; la necrópolis, la ciudad en la que habitan los muertos. Los cementerios se erigen para alejar a los muertos; las necrópolis, para que sigan, de alguna manera, habitando entre nosotros. La Beleña, diseñada y excavada con un diseño monumental y con gran esfuerzo y destreza, se trata, a nuestro parecer, de una necrópolis ancestral, de una ciudad de los muertos, frente a la polis, ciudad de los vivos, humilde asentamiento neolítico en este caso. Dado lo remoto de los tiempos, es posible que la necrópolis diera servicio a una comunidad que no solo viviera en un poblado, sino que también se desplazara de manera seminómada por su territorio, en un proceso de sedentarización aún no concluido.

Cráneos de la necrópolis de la Beleña.

El trabajo de campo se complementa con su estudio en laboratorio, instalado en el IFAPA, cercano instituto de investigación agraria. Dimas Martín, catedrático de Prehistoria, al mostrarnos el material encontrado, destaca tanto las minúsculas cuentas de collar cribadas —¿cómo lograrían horadarlas, Dios mío?— como unas puntas

triangulares de flecha de sílex de la sierra del Turón, en el actual Ardales, que nunca fueron utilizadas, lo que demuestra su uso ritual como elementos de prestigio. Cerámicas, hachas de piedra pulimentada y flechas ordinarias componen los ajuares compartidos. Destacan las placas de marfil africano, probablemente grabadas, así como collares de conchas mediterráneas del tipo *dentalium*, engarzadas directamente entre sí, sin necesidad de cordel que las uniese. Los materiales exóticos dedicados a usos ornamentales certifican unos excedentes locales con los que comerciar e intercambiar con productos de otras regiones, algunas realmente lejanas, como África, lo que conlleva la existencia cierta de rutas de navegación muy antiguas.

Los huesos hablan, arrojan una gran cantidad de información para quien sepa leerla. Aioze Trujillo, antropólogo forense, nos explica las características físicas de la población de La Beleña. Algunos individuos eran altos y robustos —superarían el 1,80 de altura—, y mostraban un acusado dimorfismo sexual. Parece que fueron sustentados por una dieta rica en carne, y ninguno de los estudiados hasta el momento muestra herida de arma ni de lucha. Con los excavados en la presente campaña se han extraído al menos los restos de cincuenta individuos. Muchos de estos huesos están en buenas condiciones para la extracción de ADN, por lo que pronto dispondremos de esa información esencial, que será una referencia general para conocer el legado genético y la movilidad en los momentos de la transición del Neolítico al Calcolítico, para determinar así quiénes eran, de dónde venían y también si sus genes aún habitan entre nosotros. Al fin y al cabo, aquellas gentes fueron los constructores de los grandes dólmenes andaluces. El ADN también resolverá otra de las cuestiones fundamentales, la de si las sepulturas eran panteones familiares o simplemente funcionaban como tumbas colectivas.

Ya en el yacimiento, Jonathan Santana, arqueólogo y bioantropólogo, nos descubre los hábitos y las prácticas funerarias practicadas en las distintas sepulturas, en especial en la número 5, la que se excava ese verano y la más compleja en su planteamiento. La cámara aparece solada por grandes piedras planas que han sido coloreadas de ocre —probablemente con cinabrio extraído de Almadén— con su espacio compartimentado por grandes losas verticales. ¿Por qué, una vez más, desde el Paleolítico, nos encontramos el uso del ocre y del cinabrio en los enterramientos? Durante miles de años su tintura vistió de cardenalicio a los cadáveres y huesos en su tránsito al más allá.

Minúsculas cuentas de collar encontradas en la necrópolis de la Beleña.

En el espacio más amplio de la tumba número 5 se inhumaron los enterramientos primarios, de cuerpo completo, a veces en posición fetal y amarrados por cuerdas. Algunos de estos cadáveres se colocaban verticales, como en cuclillas, otros tumbados. Una vez que quedaban en esqueleto, todos los huesos se colocaban en enterramientos secundarios en los otros compartimentos, dejando libre el espacio del pudridero para una nueva inhumación. En otras sepulturas tan solo se han encontrado enterramientos secundarios, esto es, cráneos y huesos largos, lo que significa que fueron trasladados desde un pudridero exterior. Si sumamos el total de los restos aparecidos en las cuatro sepulturas excavadas, aparecen más cráneos que individuos enterrados, lo que significaría su prevalencia ritual.

Algunos huesos humanos aparecen con inequívocos cortes, realizados para descarnar. Aunque la hipótesis de la antropofagia no se descarta por completo, los investigadores la asocian preferentemente a prácticas funerarias de manipulación de los enterramientos primarios, para extraer huesos largos para depositarlos en las sepulturas definitivas.

La necrópolis estuvo en funcionamiento entre 150 y 350 años, y, según los datos disponibles, la mayoría de las sepulturas fueron

excavadas y clausuradas de manera simultánea, lo que nos indicaría que todas funcionaron al unísono. Desconocemos los motivos de su abandono, pero los suponemos trascendentes y graves. A los muertos, en el pasado, nunca se les abandonaba. Las sepulturas de La Beleña fueron cuidadosamente clausuradas para evitar que sus tinieblas resultaran profanadas.

Los restos de La Beleña se encuentran en buen estado de conservación, a pesar de que la prolongada labranza del terreno erosionara y hundiera las cubiertas de algunas sepulturas. En la actualidad se cultivan olivos, pero en el pasado, en el apogeo de la viña, las vides enseñorearon estos terrenos albarizos de margas triásicas, apoyados sobre el promontorio calizo del Cerrillo Temprano, solanera calurosa. Los bebedores de los ricos caldos de estas vides jamás llegarían a figurarse que sus raíces estrujaron los huesos de los muertos neolíticos para succionar de ellos los minerales que las margas les negaban. La vid, de hondas y sedientas raíces, resultó ser amiga de los vivos, pero vampiresa para los muertos. Y es que la poesía no es ajena a la muerte, no solo en forma de versos, elegías y obituarios, sino como grito lírico entonado a la eternidad. Así, nos conmueve el difunto que agarraba con su mano derecha un ramillete de una veintena de láminas de sílex, que apoyaba con suavidad sobre el hombro izquierdo. Quizás lo que hoy expresamos con claveles se quisiera entonces gritar con sílex, quién sabe. Lo que sí intuimos es que fueron colocados en su mano con dulzura y respeto; no logramos conocer el porqué, pero sí aventuramos el cómo: con la reverencia exigida por la necrópolis que habitaría para siempre.

Abandonamos la ciudad de los muertos para tomar una cerveza en la de los vivos. Se acerca para saludarnos Fernando Priego, alcalde de Cabra, al que agradecemos el esfuerzo que su ayuntamiento realiza en favor de la cultura y el patrimonio arqueológico, ya que no en vano financia tanto las excavaciones del yacimiento tardoibérico del cerro de la Merced como el de la necrópolis de La Beleña que nos ha ocupado.

Atrás queda el olivar, con sus sepulturas y sus muertos. Y, como siempre, un interrogante. ¿Debemos profanar su silencio con nuestras excavaciones? ¿Dónde empieza la ciencia y termina el respeto a los muertos? Preguntas de difícil respuesta, pero con una certeza que, en última instancia, las justifica. Profanamos sus tumbas para otorgar vida a su recuerdo; para que su cultura y sus hábitos no desaparezcan para siempre y puedan resultar así conocidos por sus descendientes de hoy. Si es cierto aquello de que no se muere del todo mientras alguien

te recuerda, la arqueología salva del olvido el recuerdo de lo que fueron. Los muertos de La Beleña ya no solo habitan su necrópolis, sino que también viven en nuestro conocimiento y recuerdo. La ciencia de hoy les ha concedido la inmortalidad que soñaron en sus noches neolíticas de estrellas y melancolía. Que así sea, amén.

EL MISTERIO DE LOS DOMADORES DE CIERVOS DEL RÍO VERO

El vuelo de los buitres leonados teje, majestuoso y sereno, con el hilo invisible de sus círculos, el paño azul que nos cubre. La timidez del quebrantahuesos se adivina en los lejanos riscos de los barrancos del río Vero. Estamos en el Somontano, en el pie del monte, en las estribaciones de los Pirineos. La localidad oscense de Colungo es un lugar de gente brava, de personas duras, aclimatadas a un medio bello y áspero. Son frugales estos aragoneses. Nos dicen que en tiempos del estraperlo se descolgaban los alambiques con los que destilaban su recio aguardiente por los barrancos para ocultarlos a la Benemérita. Si se jugaban el tipo por la miel de un panal elevado sobre una pared vertical, ¿por qué no hacerlo para procurarse un disfrute? La vida pasa, hay que aprovechar los buenos ratos. Y en estas tierras duras con mayor razón aún. *Tempus fugit*.

Visitamos el Centro de Interpretación del Arte Rupestre del río Vero y reparamos en la reproducción de una pintura que muestra un antropomorfo —con tipo de chamán— delante de un ciervo. La mano del individuo parece acariciar el hocico del animal, que agacha, sumiso, su cabeza. Su cuerna, enorme, ya no desafía al cielo, sino que se rinde ante la tierra hollada por el hombre. Nunca habíamos conocido un motivo similar. Nieves Juste, la gerente del Parque Cultural del río Vero, nos cuenta que hay varios casos en los abrigos del barranco del Vero, que no estamos ante un *unicum*. Pero cuando le preguntamos si recuerda algún paralelismo, nos responde que no. De entrada, y siempre con las debidas reservas, no hay casos de hombres y ciervos representados sobre abrigos o cuevas con esa peculiar actitud en la que el hombre tiende la mano y el venado parece olisquear o comer de la misma. Y claro, la imaginación necesariamente se activa: ¿serían estos somontanos prehistóricos domadores de ciervos? ¿Estamos ante la plasmación de un rito de

iniciación como los masáis cuando cazan al león antes de convertirse en adultos? ¿Es una idealización, un relato, un sueño, un absurdo?

Animales emparentados, como el reno, han sido domesticados, pero ignoramos si la arqueología o la antropología registran la domesticación de los cervunos. Desde luego, en la actualidad, se crían en granjas extensas, aunque los animales en celo siempre resultan agresivos y peligrosos, incluso los criados con biberón desde su nacimiento. No resulta fácil domar a un ciervo hoy, tampoco lo tuvo que ser en aquellos tiempos del sílex y el pedernal. Si el registro arqueológico — por pedir que no quede— demostrara alguna relación material, como con la colocación de cadáveres de ciervos en un lugar especial o junto a humanos, como ocurre con los caballos, quizás podríamos confirmar que existió una cultura que domesticó al ciervo en estas altas tierras de la sierra de Guara. De momento solo podemos admirar estas pinturas de hombres y ciervos y dejar volar nuestra imaginación desde estos altos y escarpados abrigos del barranco del río Vero.

Garganta del río Vero. Sierra de Guara, Huesca.

Figura del «domador» de ciervos. Barranco del río Vero.

Pasamos aquella noche —kilómetros de carretera mediante— en el barco que nos trasladó a Palma de Mallorca desde Valencia. Una singladura navegada un millón de veces, desde la noche de los tiempos. Navegaciones seculares que marcaron este viejo Mediterráneo como un tatuaje en la piel; caminos horadados, surcos labrados, con su arañazo herido y azul sobre las olas del Levante.

Pero si el surco marino es efímero, el de la pintura rupestre aspira a la inmortalidad. La inteligencia y la mano humana legaron un mensaje que no alcanzamos a comprender los hoy hijos del silicio y el coltán. Al contemplar la plástica de aquellas lejanas sociedades corremos el riesgo de precipitarnos en el abismo del desconcierto, bajo una certeza descorazonadora: en el fondo nunca sabremos por qué pintaban los signos que pintaban ni por qué elegían unos paramentos y no otros. Miramos cara a cara a los ojos de la duda que protegen al misterio del arte rupestre y los sabemos impenetrables, fieles guardianes de su secreto. Quizás nunca aparezca la clave, la piedra Rosetta, la máquina Enigma, para descifrarlo. O sí, quién sabe. Pero por desconocido nos atrae con la fuerza del misterio esencial. Y no cejaremos, curiosos, hasta que su verdad se desvele ante nosotros. Porque esa duda insondable reta nuestro discernimiento, libera a la rígida razón, permite que la imaginación, la «loca de la casa», vuele a su antojo. Cerramos los ojos y rememoramos los abismos del río Vero desde el

vuelo solemne del quebrantahuesos que los rige.

EL TAJO, RÍO DE LOS MENSAJES

Los ríos fueron, desde el origen de los tiempos, la gran autovía natural, la ruta segura que nos permitió recorrer las geografías infinitas de un mundo en blanco, la brújula de agua que indicaba la rosa de las direcciones. A sus orillas cazamos, cultivamos, erigimos poblados y grabamos nuestros mensajes rupestres. Y el río Tajo está ahí para contárnoslo.

Queríamos conocer sus petroglifos y para ello tuvimos que navegar sobre sus aguas. Para llegar hasta las rocas que fueron utilizadas como lienzo rupestre en la Antigüedad, tuvimos que acercarnos a través de los estrechamientos del río que se producen en las fronteras entre España y Portugal, una frontera artificial, política, pues ni las plantas, ni las rocas, ni la prehistoria separan un lado del otro. Zarpamos desde Vila Velha De Rodao y navegamos por el caudal del río Tajo en busca de las entrañas de su historia. El río que rompe en el «océano tenebroso» al pie de la «ciudad de la luz» avanza encajonado entre barrancos y cortados. La frontera española —ya borrada— está cerca. Muchos de los montes que nos rodean padecen su negro luto, fruto de pavorosos incendios forestales. La maldición de fuego que asola a la siempre verde Portugal parecía gritar desde su silencio calcinado y acusador. Porque existen silencios de luto, de duelo, frente a los silencios cómplices, los peores, los más dolorosos.

El sorprendente arte rupestre de las riberas del Tajo se descubrió hace cuatro décadas. Parte se encuentra ya sumergida bajo aguas embalsadas. Quizá hemos mirado mucho al Mediterráneo y poco al Atlántico. Tal vez sea la hora de descifrar las orillas del río Tajo, el río de los «mensajes» por sus pétreos gritos al aire que los cubre. Porque si en otros lugares la caverna protege a signos, figuras y símbolos, en los petroglifos del Tajo los mensajes se lanzan al cielo abierto con voz de granito.

Decía Marshall McLuhan que «el medio es el mensaje». Medio y mensaje funcionan como una pareja de baile bien avenida. Si el medio se altera, el mensaje se pierde, se distorsiona. El hombre —las sociedades humanas— funciona de manera similar. A medida que visitamos yacimientos comprobamos que la vinculación de las

personas con su medio y clima es el vector diferencial más importante. Imposible resulta comprender un periodo histórico de una sociedad sin entender bien su ambiente. Imposible entender al hombre sin su medio. Y el medio, en el Tajo, es de camino de agua y lienzo de piedra. Escenario y medio de comunicación. Camino de agua, de tierra y roca que cedió sus orillas como soporte de escritura, como inmenso lienzo, como un libro en blanco a escribir por generaciones de hombres y mujeres que habitaron, amaron y soñaron en estas tierras donde la meseta se dulcifica en su caída hacia el padre Atlántico.

Libro grabado durante miles de años, desde el Paleolítico superior hasta la Edad de los Metales, con signos iguales, con signos diferentes, como tablón de anuncios, como plano del tesoro, como estudio de un pintor. Los habitantes de las riberas del Tajo grabaron el mensaje de su tiempo para el nuestro en sus oscuras rocas a modo de escritura indeleble que se refleja en el cauce de un Tajo ensimismado sobre el que se asoma el cielo de frontera de dos países distintos, dos culturas similares.

LA CAPILLA DE SANTA CRUZ, EN CANGAS DE ONÍS, Y EL PODER DEL DOLMEN

El dolmen, arquitectura poderosa y sagrada, siempre estuvo ahí, enlazando a los hombres con la fuerza de la tierra y de los cielos, con el más allá, con el linaje de los antiguos. Catedral primigenia, unió cielo, hombres y tierra con la fuerza telúrica de su construcción megalítica. Venerado y temido, respetado y adorado, el poder del dolmen se extendió durante miles de años hasta llegar, sorprendentemente, hasta nuestros días. En Cangas de Onís, la antigua capital astur, a orillas del río Sella, vamos a conocer una excepcional historia que nos hablará de un dolmen convertido en iglesia, de una monarquía —la nuestra— cimentada sobre un dolmen, en el que los restos de los reyes se confundieron con los huesos de los poderosos neolíticos de los que heredaron la fuerza y el prestigio, enterramientos reales sobre necrópolis prehistóricas. Lo que aparenta ser literatura fantástica es pura realidad, lo que parece nacer de una imaginación desbocada es, en verdad, historia. Es más, se trata de nuestra propia historia.

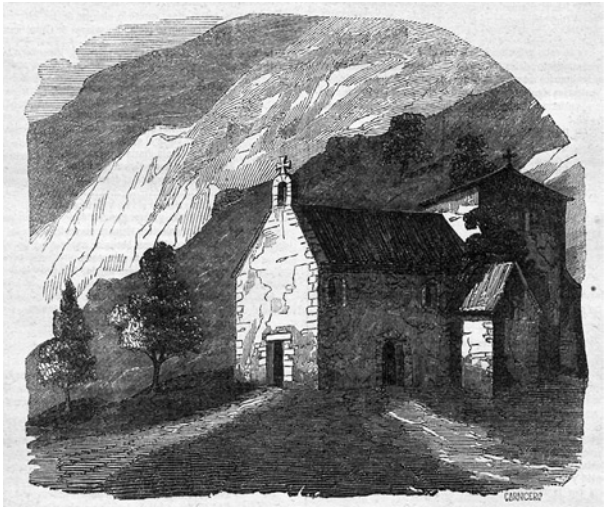
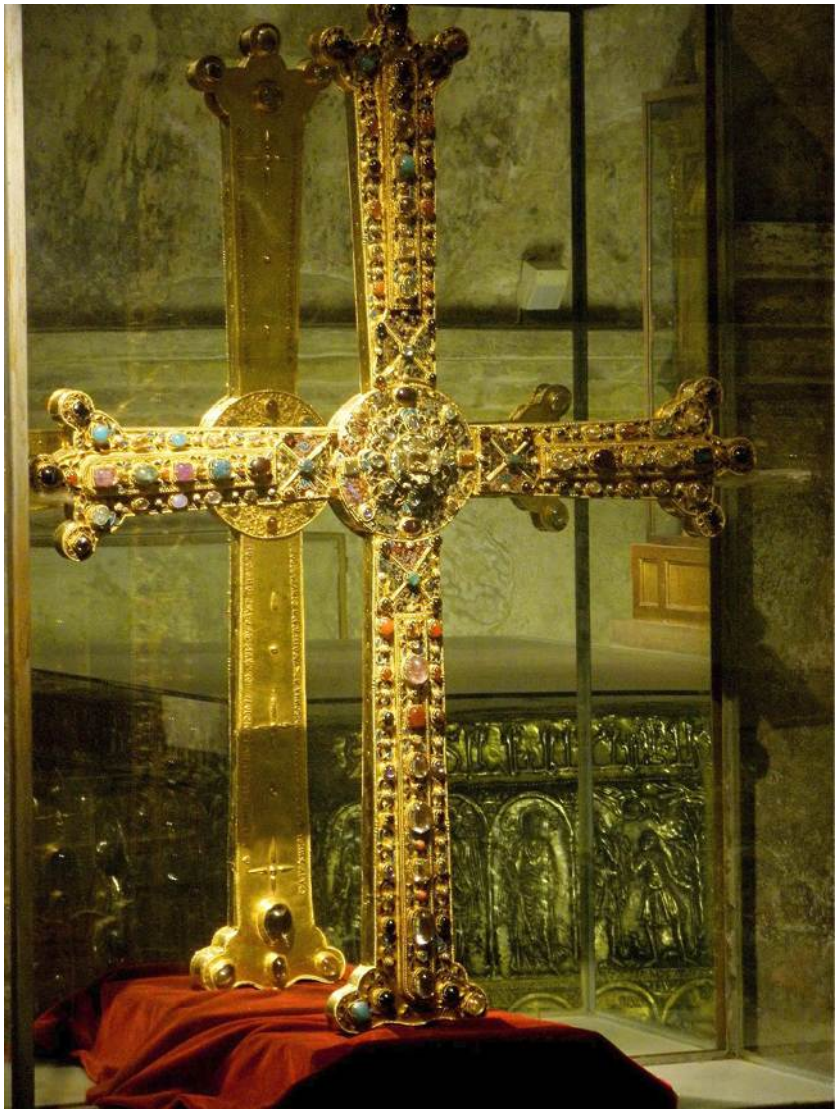


Ilustración de Santa Cruz de Cangas de 1851.

Desde siempre, el poder se conquista. Pero ya en la Antigüedad, los sabios advirtieron que lo difícil no era conseguirlo, sino mantenerlo. Un golpe audaz, una osadía afortunada, un acierto fortuito, puede conceder al héroe el bastón de mando, la corona y el cetro. El guerrero victorioso que levanta la admiración entre los suyos y que lidera a sus seguidores por el prestigio de sus hazañas. Hasta ahí, bien. Pero el liderazgo de la epopeya es efímero, se apaga al acallarse el estruendo de los tambores de la batalla gloriosa. Al hijo del héroe le resultará mucho más difícil mantener la autoridad paterna, conseguir que los compañeros heroicos de su padre le obedezcan y sigan. Por eso, una vez alcanzado el poder, el monarca ha de esforzarse en legitimar su linaje.

Capilla de Santa Cruz en la actualidad.



Cruz de la Victoria. Fue donada en el 908 a la catedral de San Salvador de Oviedo por el rey Alfonso III el Magno. Según la tradición, la cruz de madera de su interior era la que portaba el rey don Pelayo en la batalla de Covadonga.

Pelayo, tras su victoria en Covadonga, se convirtió en rey. Más allá del debate sobre los aspectos míticos o legendarios de la batalla, lo cierto es que inició la dinastía monárquica del primer reino de Asturias. Noble visigodo, como hablan las crónicas, o caudillo astur, quién sabe, lo cierto es que su linaje quiso legitimarse más allá del poder que las armas le confirieron. Y para conseguirlo, nada más útil que investirse con el símbolo de poder respetado y venerado por los

astures, con la encarnación del prestigio de los antiguos por antonomasia. ¿Y cuál podría ser ese tótem sacro? Pues el dolmen, que siempre estuvo ahí como lugar sagrado, como templo ancestral. Por eso, lo primero que hizo su hijo Favila en su corto reinado fue erigir, en octubre del año 737, la iglesia de la Santa Cruz sobre el dolmen más poderoso, el de Cangas de Onís. La fuerza del dolmen, todo el prestigio de los ancestros, el poder de los antiguos, legitimaron así el linaje de Pelayo. Favila ya no era simplemente el hijo del héroe, Favila se convirtió en el heredero legítimo de aquellos primitivos y misteriosos astures que, en tiempos inmemoriales, erigieron el dolmen prodigioso. Según la tradición, el rey Favila y su mujer Froiluba se enterraron bajo la iglesia, es decir, en el corazón del dolmen de los antiguos. Curiosamente, su padre, Pelayo, y su madre, Gaudiosa, también serían enterrados junto a otro dolmen cercano, el de Abamia. Como decíamos, los enterramientos reales se ubicaron sobre las antiquísimas necrópolis megalíticas, bajo tejos y robles, o, al menos, eso es lo que nos cuenta la tradición remota.

Según la leyenda, la iglesia de Santa Cruz —hoy capilla desacralizada— debe su nombre a la milagrosa cruz de madera de roble que portó Pelayo en la batalla de Covadonga. La cruz se veneró inicialmente en la capilla de Cangas de Onís hasta su definitivo traslado a la catedral de Oviedo en el año 908 por Alfonso III el Magno, que encargó para su custodia el relicario de la Cruz de la Victoria, símbolo, aún hoy día, de Asturias. La semilla del reino de Asturias germinó en el dolmen de Cangas, que quedó sepultado bajo la iglesia y olvidado en los tiempos, hasta que una excavación en el XIX lo sacó a la luz, entre el asombro de las gentes. ¿Qué significaban aquellas grandes piedras bajo la iglesia fundacional? ¿La cripta y el enterramiento de Favila, acaso? La ciencia le puso nombre de inmediato. Se trataba de un dolmen, la construcción megalítica que se comenzaba a conocer y comprender a lo largo de toda la Europa Atlántica. Los vecinos, de inmediato, consideraron que la tierra de esas grandes piedras era milagrosa, por lo que acudieron a llevársela como reliquia, lo que perjudicó la conservación y propició el expolio.

El dolmen de Cangas fue levantado sobre el año 3700 antes de Cristo, con unas dimensiones enormes para la escala cantábrica. La cámara está ricamente decorada y el túmulo llegó a tener un diámetro de unos treinta metros y una altura de más de cuatro metros. En su interior se encontró, entre otras piezas, una espléndida hacha pulimentada de fibrolita, horadada en uno de sus extremos. Pero lo realmente singular es su ubicación, en una zona inundable, junto a la

intersección de los ríos Sella y Güeña, un importante cruce de caminos. El dolmen, construcción del poder y de lo sagrado desde el Neolítico, sería venerado durante miles de años, hasta que su fuerza fue adoptada por la incipiente monarquía astur y su recuerdo perdido en los tiempos.

Aún hoy se aprecia perfectamente el túmulo del dolmen sobre el que construyó la capilla y sobre el que también crece un tejo centenario, el árbol sagrado para los astures. Cangas de Onís, un centro de poder desde el Neolítico, se convertiría en la primera capital del incipiente reino de Asturias, del que descendería, finalmente, la monarquía hispánica. Nuestra corona se cimienta, pues, sobre un ancestral dolmen astur. La lápida fundacional de 737 comienza con un verbo sugerente: *resurge*. ¿Qué resurge? Algunos entienden que una previa capilla visigoda, pero otros apuestan por el resurgimiento del poder del dolmen, puesto al servicio de la monarquía. El poder del dolmen que, al no ser del hombre, sino de la tierra, nunca mengua, siempre se encuentra ahí, esperándonos paciente.

Ana, la guía de la capilla, nos consiguió la escalera para bajar hasta el dolmen. Miguel de Blas, nuestro anfitrión y catedrático de Prehistoria de la Universidad de Oviedo, descendió con nosotros para describirnos la cámara y mostrarnos los ricos dibujos y grabados realizados sobre sus ortostatos, de alguno de los cuales fue el descubridor. Apasionado por la permanencia del poder megalítico, nos convence con sus análisis y razones. Acertaron, pues, los reyes al adoptar el símbolo de los antiguos.

La dinastía astur se legitimó en el prestigio del dolmen, venerado aún por los astures de la Alta Edad Media. La leyenda nos cuenta que el propio Pelayo fue enterrado junto a su mujer Gaudiosa en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, en las cercanías de Cangas, y junto a otro gran dolmen, excavado en el XIX, del que podemos conocer algunos de sus ortostatos decorados en el Museo Arqueológico Nacional, como es el caso de la Estela de los Ojos, depositada en el siglo XIX por su excavador, Roberto Frassinelli, el alemán de Corao.

El dolmen legitimó en vida a los primeros reyes astures, padre e hijo, que pidieron también ser enterrados en las antiquísimas necrópolis neolíticas. Cambiaron las arquitecturas, permaneció el poder, telúrico y profundo, de la tierra madre. Y es que es bueno que el poder nuevo se remita al original para refrendarse. Pelayo y Favila fundaron una dinastía sobre el dolmen: acertaron. Los otros monarcas de la época no lo hicieron: a lo peor se equivocaron. Los descendientes de aquellos caudillos astures fueron, siglos después, reyes de León, de

Castilla, de Aragón, de Navarra, de España. Reinaron sobre un enorme imperio y su estirpe aún porta hoy la corona de nuestra moderna monarquía parlamentaria. Quién sabe si el poder del dolmen los invistió, quién sabe si el poder del dolmen hizo llegar, lozana, su sangre hasta nuestros días. Eso, quién sabe…

Imagen del dolmen de Santa Cruz.

MEGALITOS Y FORTIFICACIONES CALCOLÍTICAS EN PORTUGAL

Para comprender el megalitismo ibérico resulta imprescindible visitar los grandes monumentos portugueses. Por eso, viajamos hasta nuestro país vecino para conocer de primera mano sus espectaculares yacimientos neolíticos y calcolíticos. Tomamos Évora como centro de operaciones y visitamos el complejo megalítico de Los Almendros, con su menhir y su espectacular crómlech, así como el Anta Grande de Zambujeiro. También grabamos Perdigoes, cercano asimismo a Évora, que ha permitido a la ciencia comprender mejor los conocidos como recintos de fosos, grandes excavaciones monumentales realizadas durante la Edad del Cobre.

Los espectaculares fosos de Perdigoes, excavados en distintos círculos concéntricos durante un prolongado periodo de tiempo, desde el 3000 a. C. hasta el 2000 a. C., componen una extraña geometría que precisaría un vuelo de pájaro para ser percibida en su esplendor. Aún desconocemos el sentido y el uso de estos fosos, una expresión peculiar de la cultura megalítica del Cobre, que encontramos en diferentes yacimientos, como los de Valencina, el de la Loma de Real Tesoro o el del Zambujal. El recinto de fosos de Perdigoes —quizás también de empalizadas— contiene una necrópolis enmarcada por el foso exterior y un crómlech situado en la periferia oriental del recinto de fosos, que ocupa unas 16 hectáreas. Perdigoes resulta hoy un yacimiento fundamental para conocer y comprender la prehistoria ibérica. Los ricos materiales hallados durante la excavación se muestran en el museo del complejo arqueológico, situado en la Torre do Esporao. Los ajuares de los más de quinientos enterramientos excavados son de una riqueza y tipología que recuerdan a los de Valencina: marfil africano, ámbar, láminas de oro, ídolos cilíndricos oculados, ídolos placa. Dado que se sigue excavando, esperemos poder regresar para conocer los nuevos descubrimientos.

Crómlech de los Almendros en las cercanías de Évora, Alentejo, Portugal.

Sabemos que los megalitos fueron construidos en forma de dólmenes, menhires y crómlech durante el Neolítico y de tholos durante el Calcolítico. Pero ¿cómo vivieron sus constructores? La riqueza y espectacularidad de sus monumentos megalíticos no se corresponden con las viviendas sencillas que muestran los fondos de cabaña que podemos encontrar. Pero en la Edad del Cobre, además de megalitos y fosos, también se construyeron formidables e intimidantes fortalezas que queremos conocer. ¿Qué ocurrió hace 5000 años para que comenzáramos a protegernos tras muros descomunales? Dos imponentes fortalezas calcolíticas, Los Millares en Almería y Zambujal en Portugal, nos asombran por su avanzado diseño y por sus poderosas defensas.

Ya conocíamos bien Los Millares, y aprovechamos nuestro periplo portugués para visitar Zambujal, al norte de Lisboa. Antes, en sus cercanías, grabamos el tholos del Monte da Pena, que domina el pueblo de Barro. El tholos, rodeado de colinas cubiertas por viñedos, posee un diámetro de seis metros y se data sobre el 2500 antes de Cristo. Se ubica junto a la imagen de la Virgen de Fátima, en el santuario de Nuestra Señora de Pena. De nuevo ese maravilloso sincretismo que une las religiones de hoy con las de ayer. La excavación del tholos permitió recuperar un rico ajuar, parte del cual pudimos grabar con posterioridad en el Museo Leonel Trindade, en Torres Vedras.

Michael Kunst ante ruinas de El Zambujal, Torres Vedras, Portugal.

El poblado fortificado de Zambujal se encuentra en el municipio de Torres Vedras, situado a unos 50 kilómetros al norte de Lisboa. Fue erigido sobre el 2900 antes de Cristo para abandonarse definitivamente sobre el 1700 antes de Cristo, en plena Edad del

Bronce. Situado junto al cortijo del Zambujal, fue descubierto en los años treinta del pasado siglo para comenzar a excavarse a mediados de los cuarenta. Durante las últimas décadas, el Instituto Arqueológico Alemán dirige las excavaciones y los trabajos de consolidación de la fortificación.

Zambujal nos impresiona. Una serie de grandes murallas concéntricas, en cuatro líneas defensivas, protege el núcleo central, presidido por una imponente torre barbacana que llegaría a tener más de ocho metros de altura, de los que se conservan paños de más de cuatro metros de mampostería de piedra, un prodigio en conservación. La superficie amurallada se extiende sobre 25 hectáreas. Las formas lobuladas componen un conjunto orgánico, atravesado por puertas estrechas y laberínticas para disuadir y confundir al enemigo. El Zambujal nos muestra la pericia arquitectónica y las inteligentes estrategias defensivas que alcanzamos hace cinco mil años, pero también nos deja una pregunta al aire. ¿A qué temían sus pobladores? ¿Por qué un artefacto defensivo tan descomunal?

Michael Kunst, investigador del Instituto Arqueológico Alemán, considera que fue un cambio climático el que empujó a las poblaciones a luchar entre ellas, al reducirse las cosechas y los recursos naturales disponibles. Temían a sus vecinos y los conflictos hubieron de ser frecuentes. El clima determinó un periodo de guerras que se advierte en los yacimientos. En lo excavado en Zambujal —un pequeño porcentaje de la superficie total— ya se han localizado más de mil puntas de flechas de sílex, así como otros utensilios para luchar, como unas curiosas bolas de piedra. Asimismo, se han encontrado más de quinientos huesos humanos, de enterramientos infantiles muchos de ellos, pero también huesos sueltos de adultos, que aún no han podido resultar interpretados. ¿Fruto de algún rito funerario o evidencias de mutilaciones de alguna batalla? Los arqueólogos, a día de hoy, no pueden proporcionar todavía respuesta a esas preguntas.

Observamos en el museo de Torres Vedras una vieja fotografía con los últimos habitantes del cortijo del Zambujal. Vivieron su dura existencia de campesinos sin llegar a sospechar que una enorme fortificación fantasma dormía bajo sus pies a la espera de que la piqueta del arqueólogo la despertara de su sueño milenario. Ya resucitó, bienvenida sea entre nosotros.

VALENCINA, EL YACIMIENTO DE LAS 400 HECTÁREAS QUE NO ALCANZAMOS A COMPRENDER

No se conoce en Europa occidental un lugar prehistórico tan vasto como los yacimientos de Valencina de la Concepción y de la vecina Castilleja de Guzmán, en la provincia de Sevilla. Cuatrocientas hectáreas que encierran mil años de prehistoria, quizás también mil de protohistoria. Cuatrocientas hectáreas que cobijaban el puñal de cristal de roca y marfil del dolmen del PP4 o la cámara grande de Montelirio, con sus mujeres de cinabrio. Cuatrocientas hectáreas que encierran la arquitectura monumental de los dólmenes de La Pastora y de Matarrubilla. Cuatrocientas hectáreas de ámbar y oculados de oro, quién sabe si vestigio de un culto solar practicado en la desaparecida bahía en la que desembocaba el primitivo Guadalquivir, gran estuario marino que llegaría hasta las proximidades de la actual Sevilla. En ese ambiente fluvial, rodeado de una productiva dehesa ganadera, afloró el asentamiento de Valencina de la Concepción, de una riqueza aún no suficientemente interpretada.

No podemos pasar por alto la situación del yacimiento, porque Valencina fue una encrucijada entre el Atlántico y el Mediterráneo, entre el norte de África y la Península. Así lo atestiguan los materiales hallados durante sus excavaciones, como el marfil africano y asiático, así como ámbar de Sicilia, lo que nos situaría ante formas de comercio a larguísima distancia. No debemos perder de vista la importancia de la navegación para un puerto natural como Valencina. Ya se han documentado embarcaciones complejas en esas cronologías, como demuestran los barcos del abrigo de la Laja Alta en Jimena de la Frontera a los que ya nos referimos con anterioridad.

Vista aérea de la excavación en la biblioteca nueva de Valencina de la Concepción.

Esta encrucijada podría haber operado como un emporio, como una Manhattan de la Antigüedad. Los materiales exóticos van apoyando cada vez más esta hipótesis. Podemos estar ante el centro de un territorio, ante una especie de capital estatal desde la que sus élites dominarían amplias zonas del Guadalquivir, convirtiéndose en una suerte de gobierno central. O simplemente ante un lugar de reunión periódica.

Conservadoras del Museo Arqueológico de Sevilla trabajando con las cuentas del vestido de los restos femeninos de Montelirio.

El sur de la península ibérica albergó las primeras muestras de una gran civilización. Antes de Valencina ya hubo importantísimos centros megalíticos como Antequera, Alberite o Trigueros. En el oriente andaluz, Marroquíes Bajos, en Jaén, y Los Millares, en Almería, son

contemporáneos —más o menos— de Valencina. Nos situaríamos entre el 3200 y el 2200 antes de Cristo, *grosso modo*, en lo que venimos conociendo como Edad del Cobre o Calcolítico.

La dimensión y la importancia del yacimiento de Valencina son tan extraordinarias que aún no logramos comprender el perímetro de su poder e influencia. Leonardo García Sanjuán y otros expertos investigan y estudian los restos y estructuras que se van encontrando, pero aún no llegan a interpretar el yacimiento en su conjunto. Cada nuevo descubrimiento refuerza la importancia del enclave, casi desconocido en España, pero que, si estuviera en Reino Unido —por poner un ejemplo—, tendría un tratamiento muy diferente y un aprecio y reconocimiento bien distintos. Estamos ante una estrella de la prehistoria y quizás no le estemos otorgando el lugar que se merece.

En 2018 rodamos la excavación que dirige Thomas Schumacher, del Instituto Arqueológico Alemán, frente al recinto ferial de Valencina, donde se descubren al menos nueve enormes fosos concéntricos, de longitud kilométrica. Thomas ha publicado datos muy interesantes sobre la Edad del Cobre en la Península. Especialmente destacadas son sus investigaciones sobre el marfil. Ha caracterizado marfil africano, asiático y marino en diferentes piezas de ajuares funerarios. Valencina ofrece una discusión sobre las capacidades tecnológicas de sus habitantes, ya que se han encontrado materias primas exógenas que han sido procesadas en talleres locales. Esto implica también un alto grado de intercambio comercial. No parece que pudiera viajar marfil asiático hasta aquí sin unas redes de intercambio sólidas y estables. Y aparece mucho marfil, no estamos ante una llegada puntual. Parte de este marfil se depositaba sin trabajar, como un valor refugio, en algunos enterramientos, como la estructura denominada 10.049 de Montelirio. En esta estructura 10.049 aparecen los restos de un joven de unos veinticinco años de edad con un colmillo de elefante africano sobre su cabeza. Concretamente un fragmento de algo más de un kilogramo. Y más ajuar, mucho más: dos cilindros de marfil, un gran plato cerámico, fragmentos de ámbar siciliano, cuchillos de pedernal… El joven había sufrido problemas osteopáticos, probablemente por una alimentación insuficiente durante la infancia. Su tumba y su cadáver se espolvorearon con cinabrio. Todo esto hace pensar a los investigadores en un personaje destacado, que bien podría ser cabeza de un linaje. ¿Era el joven el hijo de un gran mercader? ¿Lo era él mismo? ¿Estamos —aunque esto cueste ser aceptado— ante un *primus inter pares*? ¿Quizás ante un príncipe?

En el sector de Montelirio se han excavado más de ciento treinta estructuras calcolíticas y unas sesenta de ellas albergaban restos humanos. El dolmen de Montelirio es la puerta de Valencina y su monumento principal más antiguo. Situado junto al llamado PP4, estaba próximo a la orilla del estuario. Su referente más exacto, por dimensiones y tipología, es el tholos del Romeral en Antequera, que también tiene doble cámara, aunque con otra orientación.

En el interior del gran megalito del tholos de Montelirio, colocadas de manera precisa en la cámara principal, encontraron su último refugio al menos quince mujeres, allá por el 2800 antes de Cristo. Se han recogido restos humanos por otras zonas del monumento, como en el corredor y en la cámara pequeña, pero la disposición de los cuerpos y los ajuares de la gran cámara son el verdadero reflejo de una secuencia ritual que todavía no ha podido ser desencriptada. Las tres cuartas partes de estos cadáveres pertenecen a mujeres de unos treinta años de edad. En el Museo Arqueológico de Sevilla se custodian los restos humanos que estaban depositados en la cámara grande de Montelirio. Una de las mujeres lucía un vestido confeccionado con cuentas minúsculas, en un alarde de virtuosismo costosísimo. No era la única que iba ataviada de esta manera. De hecho, el grupo presenta cierta homogeneidad. Quizás estemos ante un colegio religioso o un colectivo social destacado. La mayoría de las mujeres de la cámara principal presentan problemas de artrosis en las articulaciones y una enorme concentración de mercurio en sus tejidos. Tanta que pudo ser la causante de su muerte. No es descartable su inhalación o su ingesta voluntaria, vistas las concentraciones que presentan los cadáveres.

El color rojo está omnipresente en la gran cámara de Montelirio: en los pavimentos, los cuerpos o los ortostatos. Todo está impregnado de cinabrio. Cinabrio que contiene altas dosis de mercurio. El cinabrio ya se había detectado en enterramientos paleolíticos, como el del Mirón, en la cueva homónima de Ramales de la Victoria, en Cantabria. También en enterramientos neolíticos, como los de La Beleña. Algunas de las mujeres que yacían en la gran cámara de Montelirio presentan unas altas concentraciones de esta sustancia, lo que sugiere que podrían haberla usado también en vida. Seguramente de manera ornamental o para el tratamiento de cadáveres. En el lejano México, en la misteriosa Teotihuacán, también aparecen restos humanos rociados con cinabrio, podríamos encontrarnos ante una pulsión ritual de la especie.

Una de las mujeres presenta seis dedos en ambos pies, otro rasgo

singular. Si tenemos en cuenta que es altamente probable que el enterramiento fuera en un solo episodio o en varios muy próximos en el tiempo, nos enfrentamos sin duda a un ritual que —de momento— se nos escapa por su falta de paralelismos claros. La colocación de una de las mujeres de la gran cámara, con sus brazos abiertos, elevados, como queriendo dirigirse a una divinidad desconocida, nos retrotrae directamente a los orantes del arte macroesquemático. De ser así, se trataría de la pervivencia de una tradición neolítica, de un culto antiguo, de la veneración de los llamados orantes, también presentes en las pinturas paleolíticas. Los cuerpos se sitúan junto a una estela con un oculado. Las figuras de oculados, fundamentalmente sobre láminas de oro, son frecuentes en Valencina y parecen remitir a cultos solares.

Dentro del amplio repertorio de ajuares destacan varios elementos de prestigio, como el marfil, el ámbar o el oro. De ámbar son unas figuritas de cerdos que nos conducen a la cría de estos animales en dehesas como forma de explotación ganadera. Los cerdos serían propiedad de los elegidos y por eso se representan en los ajuares funerarios. El pastoreo en dehesas parece ser la fórmula magistral para la ganadería productiva de Valencina, que, además de recurso alimenticio, podría serlo de comercio. La posesión de ganado, sobre todo de cerdos, parece ser un signo de estatus.

Parte del ajuar del dolmen (tholos) de Montelirio.

La acumulación de riqueza es ostentosa. Para hacerse una idea del poderío de las mujeres de la cámara grande, baste decir que la acumulación de marfil supera los cinco kilogramos. Y no todo el marfil está tallado, lo que nos lleva a pensar en la existencia de talleres locales. También hay oro aluvial en láminas, ámbar, delicadas puntas de flecha y restos de un banquete u ofrenda ritual. Y mucho pigmento rojo, todo es rojo.

Es posible que las grandes piedras, los ortostatos de Montelirio, sean una reutilización, que hubieran estado colocadas en otro lugar previamente. En algunos casos, como en el dolmen de Soto, estarían grabadas con representaciones de personajes concretos, según creen investigadoras como Primitiva Bueno.

El trabajo científico en Valencina —especialmente en Montelirio— está siendo de una exhaustividad incuestionable. Cada año aparecen nuevos datos, cada vez los profesionales están más cerca de una interpretación veraz. Pero todavía toca esperar para conocer qué significó, en verdad, Valencina de la Concepción en la prehistoria. No podemos obviar este hito de la historia de la humanidad que está a las puertas de Sevilla y que no tiene parangón en Europa. Basta mirar a través del cristal de roca del célebre y bellísimo puñal del PP4, con empuñadura y placa de marfil. Su técnica de talla es tan precisa y vanguardista que hoy en día costaría tallar una pieza en cristal de roca con tan alto grado de perfección.

En Valencina hay otros grandes megalitos, como La Pastora, Ontiveros y Matarrubilla, levantados después de Montelirio. Esta arquitectura colosal materializa una estructura de poder y una visión ideológica que nos resultaría del todo imposible abarcar en estas simples líneas, en las que simplemente queremos trasladar la desmesura del yacimiento de las 400 hectáreas y que no hace sino acrecentarse tras cada nuevo descubrimiento, como el que nos mostró Juan Manuel Vargas, el arqueólogo municipal. Tras la intervención de urgencia realizada en el solar de la nueva biblioteca pública, parece advertirse el arranque de unos potentes muros, murallas quizás, junto a unos impresionantes fosos que nos acercarían a yacimientos como Perdigoes, en Portugal, donde se ha excavado un potente muro en la zona de fosos. Pero el descubrimiento es tan reciente que aún no quieren postular una interpretación definitiva.

Se ha publicado recientemente que diferentes oleadas de población —suponemos que violentas—, hará unos 4500 años, acabaron con los individuos varones de la península ibérica, provocando así un cambio brusco en la base genética de sus habitantes. Pero en Valencina, que

estaba por aquel entonces en su apogeo, no se aprecia cambio cultural significativo en su registro fósil. ¿No llegaron hasta allí entonces estos guerreros esteparios? ¿Se aculturaron? ¿Qué ocurrió con la expansión de la lengua indoeuropea y con la resistencia de las precedentes lenguas no indoeuropeas existentes en el suroeste peninsular? La genética, la lingüística y la arqueología irán aclarando el panorama y el yacimiento de Valencina, que custodia muchas de las respuestas a esas incógnitas fundamentales.

Intentamos abarcar la desmesura de las 400 hectáreas de yacimiento y no lo conseguimos. Sabemos que se trata de uno de los polos principales de la prehistoria mundial, pero no encontramos palabras ni relato para dimensionarlo. Deberíamos hacerlo, pero no lo conseguimos. Quizás nos toque reservar esta tarea descomunal para la arqueología y para los divulgadores y arqueólogos del futuro.

LA MOTILLA DE AZUER, EL GUGGENHEIM DE LA MANCHA

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre sí queremos acordarnos, Daimiel, conocimos una sorprendente fortaleza con más de cuatro mil años de antigüedad, de inexplicable arquitectura en su diseño, tan arcaico como vanguardista. La Motilla de Azuer es una de esas edificaciones singulares en las que la arqueología se expresa en forma de dilema, ya que deja tantas preguntas abiertas como respuestas aporta.

La arquitectura, más allá de su funcionalidad, aspira a la belleza. Existen bellezas clásicas, armónicas, pero también otras sinuosas, orgánicas, aunque igualmente hermosas. La Motilla de Azuer, una fortificación de la Edad del Bronce, es un buen ejemplo de este último tipo de arquitectura, tan antigua como desconcertante. Fue edificada en el 2200 a. C. y estuvo habitada durante 900 años, hasta abandonarse paulatinamente sobre el 1350 a. C. Excavada a partir de los años 70 del pasado siglo, es uno de los exponentes más espectaculares de la arquitectura del Bronce español.

Motilla significa «montículo». A lo largo de los siglos, los sedimentos cubrieron por completo el volumen derruido de lo que fue en tiempos prehistóricos una gran fortaleza. Esa motilla destacaba en la línea del horizonte manchego, como un hito, como una señal enclavada en el corazón del tiempo. Quizás don Quijote, cuando

pasara reflexivo por sus cercanías, pensara que eran las señales fronterizas de los reinos de los gigantes, de los felones y de los nigromantes con los que tendría que batirse en justo duelo. Pero lo que nunca sospecharía es que, bajo ese enorme montón de tierra, junto al arroyo Azuer, dormía el sueño descomunal de unas gentes del Bronce antiguo que quisieron levantar un artefacto en piedra que asombrara e intimidara al enemigo fantasma que les atemorizaba. Tierra de llanura y sol, La Mancha siempre enterró su esencia bajo las calizas de su terreno y en las botas de vino añejo, criadas en las penumbras de sus bodegas. El buen vino ya lo conocíamos, la ciudad excavada nos aguardaba con sus enigmas.

La jornada comenzó en el restaurante Las Brujas, en las afueras de Daimiel, ahora famosa por su Parque Nacional de las Tablas de Daimiel, un humedal estratégico para la supervivencia de las aves acuáticas. Sin embargo, antes, durante siglos, fue conocida como el pueblo de las brujas. Y la leyenda tiene una base real, ya que —en un país como España en el que la Inquisición apenas si persiguió a las hechiceras— se tiene constancia documental de varios procesos inquisitoriales por brujería durante los siglos XVI y XVII. La alta tasa de mortalidad, probablemente a causa del ambiente insalubre debido a las zonas pantanosas que le rodeaban, atemorizaba a la población, que acudía a sanadoras y magas. La riqueza en hierbas y plantas medicinales de la zona atraería a las hacedoras de ungüentos y pócimas medicinales. No sabemos. El caso es que la alargada sombra de la brujería se extendió durante siglos hasta nuestros días, y lo que en tiempos aterrorizó a la supersticiosa población, hoy es el atractivo para un festival popular sobre brujas y brujerías. Cosas del turismo de los tiempos, que, afortunadamente, riega nuestras geografías y arcas.

Vista aérea de la Motilla de Azuer, Daimiel, Ciudad Real.

La Motilla de Azuer se encuentra a unos diez kilómetros de Daimiel, que recorremos en el Land Rover del yacimiento. Dirigen nuestra visita Miguel Torres, arqueólogo, e Isabel Angulo, restauradora arqueológica. El horizonte infinito de La Mancha se extiende ante nosotros, caluroso y polvoriento. Los viñedos, los olivares y los matos abandonados de melones y sandías ponen la nota de color sobre el gris blanquecino de su edafología. Cuando llegamos hasta la Motilla, que advertimos tras la cerca que la protege, apreciamos las murallas que parecen envolverla en capas sucesivas. Pero ya nos advierten que lo sorprendente no es su exterior, sino su interior, tal y como comprobaríamos cuando conocimos el pozo central. Pero no adelantemos nuestro relato.

Detalle del pozo central de la Motilla de Azuer.

Manuel Navarro sobre el torreón central de la Motilla de Azuer.

La Edad del Bronce tuvo que ser violenta, insegura, anárquica. O al menos eso pudiera deducirse de sus construcciones fortificadas, normalmente en alturas inexpugnables. De repente, sin que sepamos exactamente los motivos, las antiguas poblaciones calcolíticas se trasladaron a las alturas y se fortificaron a conciencia. ¿A quién temían? No lo sabemos, desgraciadamente no nos quedó el relato, aunque sí las huellas arqueológicas de su amurallamiento y miedo.

Algunos genetistas afirman que la entrada de pueblos procedentes del este europeo aniquiló a la población local, que trató de defenderse en sus fortalezas y refugios imposibles. Quién sabe. El caso es que, desde finales del Calcolítico y, sobre todo, al principio del Bronce, sí es cierto que los poblados se fortifican hasta límites inconcebibles, con murallas descomunales o encaramándose en picachos inaccesibles.

En La Mancha no existen alturas ni cortados verticales, por lo que, en una serie de puntos estratégicos, sus habitantes de la época levantaron fortificaciones como la de la Motilla de Azuer. Existen al menos treinta y dos en la provincia de Ciudad Real —ocho de ellas en Daimiel— prácticamente sin excavar. Algunas incluso son más grandes que la de Azuer, ya de por sí imponente, lo que nos da una idea de la magnitud del fenómeno y de una cultura que se expresó —o se protegió— a través de lo que hoy conocemos como «motillas». Distan unos cuatro o cinco kilómetros unas de otras, lo que configura una malla equidistante para dominio del territorio, una red poligonal de enclaves en los que la arquitectura fortificada se erige en los cauces fluviales, con su sinfonía de laberintos, pozos y torres.

Sorprende es la visión externa de la Motilla de Azuer, con su dédalo de murallas recortadas en el horizonte infinito. Pero los volúmenes interiores, alrededor del pozo monumental, son realmente espectaculares. La planta de la fortificación recuerda a una flor, cuyos laberintos y murallas concéntricas asemejan a los pétalos que adornan el núcleo central, el enorme pozo en espiral de quince metros de profundidad sobre el que se levanta, imponente, soberbia y lobulada, la gran torre barbacana, de nueve metros de altura. Una obra tan descomunal, tamaño artefacto…, ¿para qué serviría en verdad? ¿Era solo militar o habría sido concebida para alguna otra misión?

Miguel Torres considera que las motillas tenían un claro uso de dominio del territorio y de almacenamiento, gestión y protección de los recursos naturales, sin descartar un uso monumental y simbólico. No debemos olvidar que la Motilla comenzó a construirse en los tiempos en los que los megalitos aún enseñoreaban los ánimos y las creencias de las gentes de finales del Cobre y principios del Bronce. Los ajuares encontrados no son ricos, aunque sí aparece numerosa cerámica —alguna todavía campaniforme—, como orzas, ollas, queseras y grandes recipientes de almacenaje de alimentos. Entre laberintos y murallas concéntricas encontramos espacios con algunos silos para cereales y legumbres, hornos y reducidas dependencias. No aparece zona habitacional alguna, ni tampoco cultual. A medida que recorremos sus laberintos nos preguntamos una y otra vez sobre su

uso y función. No parece que tamaña inversión tan solo sirviera para custodiar los tres o cuatro pequeños silos de cereal localizados. Tampoco los laberintos perimetrales permitirían una eficaz defensa en caso de asedio. Quizás, como nos indica Miguel Torres, no temieran a ejércitos enemigos, sino a bandas de bandoleros y maleantes que atacaban tan solo para robar el botín, quién sabe.

La fortificación, realizada con lanchas de caliza y barro, se encontraba rodeada por un poblado. En algunas catas podemos observar las plantas y zócalos de piedra de sus construcciones. La fortificación, al abandonarse, colapsó, y sus derrumbes y sedimentos formaron un gran montículo, conocido durante siglos como Motilla. Los arqueólogos, para reconstruirla, levantaron los muros derrumbados mediante un proceso conocido como «anastilosis», con respeto a los volúmenes y formas de la estructura original. Isabel Angulo recalca el meticuloso método utilizado para levantar este coloso de lanchas de piedra, barro y cal en versión original, sin licencia para la recreación libre y falseadora.

La Motilla de Azuer, con su fortificación orgánica y lobulada, grita al viento de los tiempos su deseo de permanencia. Muestra de las primeras arquitecturas urbanas de España, aún sorprende por lo extraño y bello de su planta y diseño. Ya que, a veces, lo más antiguo camina de la mano con la vanguardia más osada. Y es que parece que la Motilla de Azuer es a su función lo que el Guggenheim a su contenido. No solo es un almacén, sino un discurso en el que la representación, la forma, el ansia de belleza y asombro, están por encima de los cereales o del arte que custodia. La Mancha ya posee su propio Guggenheim milenario. Se llama la Motilla de Azuer y se encuentra en Daimiel.

Callejón interior de la Motilla de Azuer.

VILLENA, EL TESORO QUE BUSCA SU ORIGEN

Algunos descubrimientos marcan el destino y la imagen de los lugares que albergaron durante miles de años su secreto. Y, sin duda, 1963 fue un año especial para la localidad alicantina de Villena. La aparición casual de dos brazaletes de oro alertó al joyero y a las autoridades de la localidad, que de inmediato iniciaron la búsqueda del lugar de donde podrían haber aparecido las joyas. El tipo de tierra adherida les orientó hacia una zona determinada, que empezaron a rastrear. El primero de diciembre, un día para la historia, José María Soler, el sabio local, estaba a punto de abandonar la somera prospección de urgencia que había realizado en una rambla cercana cuando lo imposible aconteció. El sol se ponía, las sombras eran ya muy alargadas, en poco tiempo se dejaría de ver y probablemente no regresaría más al lugar, pues no sabía si era allí exactamente en donde habían aparecido los brazaletes.

El tesoro de Villena, formado por más de 60 objetos de oro, es el mayor de los hallados jamás en España.

Soler había trabajado durante todo el día en la rambla del Panadero, situada a los pies de la sierra del Morrón, en las cercanías de unas ruinas de antigüedad indeterminada. Al parecer, el tipo de tierra adherida a los brazaletes era idéntica a la del lugar. De pronto, apenas ya sin luz, afloró una vasija. Los destellos amarillos resaltaron en la oscuridad invernal, el oro emergió con la sonrisa dorada que le confería la luz de las antorchas y candiles. Acababa de descubrirse en el corazón de Alicante uno de los mejores tesoros de la prehistoria occidental. De hecho, este formidable tesoro de la Edad del Bronce pesaba casi diez kilos, en su inmensa parte en oro, lo que lo convirtió en el mayor de los tesoros encontrados nunca en España y el segundo en Europa, tras el prodigio del tesoro de las tumbas reales de Micenas.

Poco tiempo después, al saberse la noticia, Martín Almagro, por entonces la persona más poderosa de la arqueología española, envió un transporte y dos escoltas para trasladar el hallazgo a Madrid. Soler se negó, algo absolutamente inusual en aquella España. Tras varios tira y afloja, al final, el tesoro no se movió de Villena, en cuyo museo se puede hoy contemplar. Soler fue un estudioso, un hombre dedicado a la historia de Villena y de su patrimonio. Debemos agradecerle a él y a sus discípulos el descubrimiento y el estudio riguroso de la arqueología alicantina en general y del tesoro de Villena en particular.

Durante los años 80, Mauro Hernández, de la Universidad de

Alicante, inicia la excavación sistemática del cercano yacimiento de Cabezo Redondo de Villena que un tesorillo — cómo no— de la Edad del Bronce había puesto en situación. Desde entonces, va aflorando lo que es un yacimiento de mitad del segundo milenio de una importancia extraordinaria. Las concomitancias con el vecino Argar son manifiestas. Los sabios decidirán. En todo caso, en el Cabezo Redondo se desarrolló una cultura avanzada y sofisticada, con importación de materiales exóticos de muy lejana procedencia.

El oro, sin la ciencia, el arte y la historia, no deja de ser un metal, valioso, muy valioso, pero un metal al fin y al cabo. Solo un insensato valoraría en exclusiva un tesoro arqueológico por su peso en oro. Son los artesanos y joyeros que lo funden y que lo conforman, los orífices que le insuflan la belleza con su talento, el diseñador que lo moldea al gusto de los tiempos, los que subliman al metal para convertirlo en tesoro. El de Villena es excepcional, lo que demuestra la enorme riqueza que alguien llegó a atesorar en aquella Edad del Bronce alicantina. ¿Quién? ¿Un rey, un gran sacerdote? ¿O sería el ajuar de un templo, un botín de guerra o las arcas de un protoestado? ¿Cuál es su origen? ¿De dónde procede? No lo sabemos a día de hoy. Los expertos de la Universidad de Alicante y del museo local nos regalarán con sus estudios la correcta respuesta a estas preguntas que sobrevuelan sobre las ramblas y los montes de Villena. Seguro que lo consiguen.

Gabriel García Atiénzar en yacimiento de Cabezo Redondo de Villena, Alicante.

EL ARGAR: LA BASTIDA, LA ALMOLOYA Y SU REINA DE LA PLATA

El sureste peninsular es uno de los grandes filones arqueológicos de España. Desde el Pleistoceno todos los periodos históricos legaron su generosa huella estratigráfica. La Edad del Bronce brilló de manera destacada a lo largo de un extenso periodo histórico cuyas luces no pueden deslumbrar a las muchas incógnitas que aún permanecen abiertas, como vimos en los yacimientos de Villena. El Bronce del sureste se conoce como El Argar. Esta cultura o civilización tomó su nombre del yacimiento homónimo de Almería, un sitio arqueológico excavado por Siret y que hoy en día no pasa por sus mejores momentos, abandonado y expoliado.

Los Millares, en Santa Fe de Mondújar, fue la capital del sudeste durante la Edad del Cobre. Es posible que su cualidad de foco cultural y comercial, su carácter de protociudad-Estado (si se nos permite la licencia), se extendiera hacia el norte y el oeste, siendo germen de la civilización argárica. Desde mediados —aproximadamente— del tercer milenio antes de Cristo, la cultura argárica se extendió desde la actual provincia de Murcia hasta la de Málaga. Existen también lugares argáricos en Jaén, La Mancha y Granada. Es una superficie nada desdeñable si tenemos en cuenta la época. Y si sumamos el llamado Bronce valenciano como cultura concomitante, estaríamos hablando de una extendida cultura o incluso de un reino. Pero para eso habría que demostrar que había una cabeza visible y una unión política de territorios que presentan una gran semejanza cultural.

Mientras que la Edad del Cobre peninsular vivió en aparente paz —y decimos «aparente» porque las ideas cambian rápido—, El Argar y todo el Bronce peninsular, por el contrario, parecen haber sufrido un estado de guerra constante. O eso se deduce de sus imponentes fortalezas —verdaderos nidos de águilas— y de su registro de panoplias militares: espadas, alabardas o puñales, que forman parte de los ajuares habituales de las tumbas.

El yacimiento de La Bastida de Totana, Murcia, es un ejemplo paradigmático de esta cultura. Posee —en nuestra opinión— todo lo necesario para ser uno de los puntos neurálgicos del mundo argárico: una situación estratégica inmejorable; infraestructuras defensivas colosales y una gran preparación hidráulica para resistir asedios o sequías prolongadas. El lugar muestra viviendas de cierta complejidad, talleres y un extraordinario aljibe o piscina, que en principio se

emplearía para almacenar el agua necesaria para la vida de la ciudad.

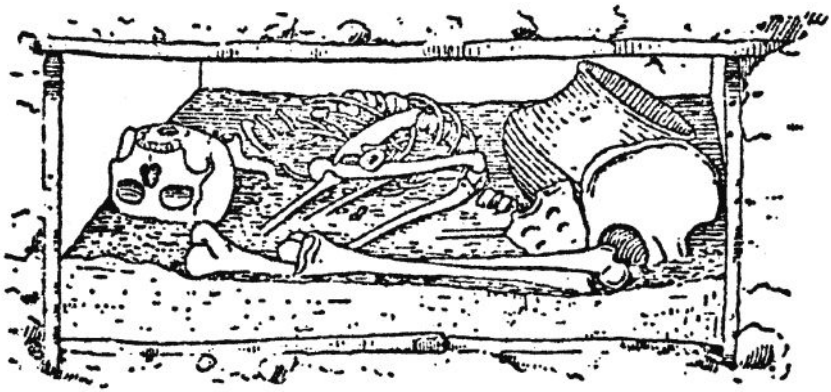
Ajuar funerario de la cultura de El Argar. Siret, H., y Louis Siret (1887) *Les premiers âges du métal dans le sud-est de l'Espagne.*

Visitamos La Bastida, excavada por el equipo que dirige Vicente Lull junto a Cristina Rihuete y Rafael Micó. Era verano, y por esas latitudes el verano es riguroso. Paseábamos por el exterior de la muralla cuando, de repente, un olor a muerte nos advirtió de un cuerpo en descomposición. Al poco vimos los restos de un arruí, una especie de muflón, decapitado por el furtivo que le dio muerte. Y es que el recital de olores en la naturaleza es un libro abierto para quienes saben leerlo. ¡Cuánto podríamos aprender del mundo antiguo si lográramos acceder a sus aromas! ¡Qué diferente es un universo que podemos olfatear de uno anósmico, sin olores que percibir! La vida en La Bastida debió oler con intensidad: al campo que la rodeaba, a animales de tiro y a cabras, a gachas de cereal, a hogares, a la arcilla de sus ceramistas… Y a bronce, a metal y a fundición. También debía oler al dolor por los niños que no crecieron y al duelo por la sangre

propia derramada contra los enemigos.

El hecho de plantear escenarios bélicos en la prehistoria de la Península es discutido y discutible. Muchos investigadores han defendido durante décadas que los primeros grandes conflictos no se habrían producido hasta los albores del primer milenio antes de Cristo. Pero las pruebas científicas apuntan hacia otra dirección. Los restos de estructuras militares y de panoplias de prestigio marcial, la violencia observada en algunos cadáveres o las aportaciones masivas de poblaciones indoeuropeas nos empujan a aceptar la realidad de guerras frecuentes y sangrientas. La Bastida era una ciudad fortificada y estaba bien preparada para repeler un ejército: poseían grandes murallas perimetrales, poternas para atacar por sorpresa a los incautos que se acercaban, torres… Todo un aparato bélico que excede la mera apariencia. No, no parece que estemos ante una obra de prestigio, sino ante una verdadera estructura militar.

La Edad del Bronce, de más de mil años de duración, fue tiempo de mudanza, de inestabilidad regional y, probablemente, geopolítica. Mientras El Argar alcanzaba su esplendor, Egipto desarrollaba su periodo Arcaico, caminando hacia el Imperio Antiguo y los acadios campeaban por Oriente Medio. Se estaban forjando imperios, y su eco resonaría a lo largo y ancho de todo el Mediterráneo. Durante los años ochenta se decía que cuando Estados Unidos estornudaba, Europa se acatarraba. Quizás los actores geopolíticos de hace 4500 años eran lo suficientemente poderosos como para provocar tensiones en todas las orillas del Mediterráneo.



Enterramiento en *cista* típico de la primera fase de la cultura de El Argar. Åberg, N. (1921): *La Civilization Enéolitique dans la Pénninsule Ibérique*.

Vicente Lull y Cristina Rihuete opinan que en La Bastida se

desarrolló una sociedad estratificada, con grupos diferentes. Asocian la cerámica, los tipos de útiles, a diferentes funciones y clases sociales. También nos muestran —en su laboratorio— el mundo ornamental y el funerario. Sin duda estamos frente a una sociedad de gran complejidad, casi extraña. Algunas tumbas en tinaja albergan personas del mismo sexo. Según nos explican, las mujeres presentan los ajuares principales y parecen ostentar las cabezas de los linajes. Algunos de los investigadores llegan a plantear incluso la posibilidad de un posible matriarcado. Mujeres que reinarían con guerreros de espada y alabarda en mano.

La sociedad argárica era ágrafa y tampoco se conocen sus dioses ni su religión. Se nos presenta un culto a la muerte cercano, doméstico, pues se enterraban bajo la casa familiar. La muerte, entre el horror y última lección y la huella como recuerdo de lo vivido. En los esqueletos podemos advertir las deficiencias de la alimentación y el devastador efecto de las infecciones sufridas. Era El Argar un mundo para fuertes, para supervivientes. Las condiciones de vida eran muy exigentes. Se comía poco, se trabajaba mucho y se guerreaba con frecuencia. Ese fue el mundo que les tocó vivir.

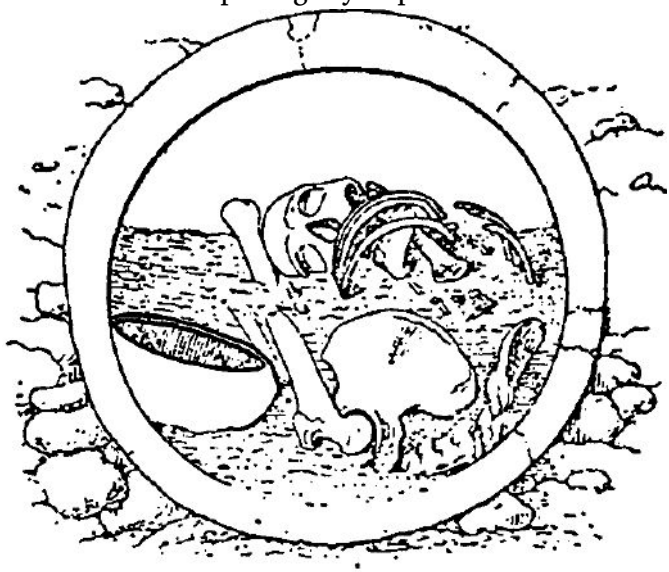
Al día siguiente de visitar La Bastida, Vicente y su equipo nos condujeron hasta el yacimiento de La Almoloya, en Pliego, una auténtica joya arqueológica argárica, probablemente en relación con La Bastida. Al otro lado de la sierra de Espuña, La Almoloya sorprende a propios y a extraños. Una gran meseta rocosa quiebra el horizonte de bosques y destaca por su promontorio inconfundible a modo de pequeña meseta delimitada por cortados verticales. Accedemos por un lateral, trepando casi por el último tramo. En esa zona hay restos de muralla, testigos de las sólidas defensas que protegieron el lugar. También, acá y allá, se aprecian los agujeros que evidencian los múltiples expolios que el yacimiento ha sufrido durante décadas.

Desde arriba, contemplamos la visión panorámica de la comarca dominada. Los arqueólogos nos conducen hasta varias estructuras que parecen casas o talleres. Una de ellas destaca por encima de todas: la gran sala. ¿Es un salón real como el de Micenas? ¿Una sala de audiencias? ¿La sede de un parlamento? Hay un banco corrido, restos de estuco pintado de rojo y agujeros en el suelo que indican la posible colocación de postes. Es un lugar principal, de reunión, de eso no cabe duda. Por eso, el nombre de palacio se murmura por aquí y por allá sin llegar a postularse abiertamente.

Enterramiento Argárico.

El equipo es experto y se barrunta un gran descubrimiento. Grabamos junto a ellos toda la mañana y les arrancamos el compromiso de avisarnos de inmediato si el hallazgo relevante se produjera. Nos vamos de La Almoloya sabedores de la importancia del lugar e intuyendo los tesoros que aún habría de custodiar. A las pocas horas recibimos la llamada de Vicente Lull: ha aparecido una tumba rica, de una mujer a la que bautizan, casi de inmediato, como Reina

de la Plata. Estaba enterrada dentro de un gran recipiente cerámico, en la gran sala de La Almoloya, en una de sus esquinas, junto a los estucos decorados. Las arqueólogas retiraban tierra de la gran vasija cuando empezaron a ver cosas maravillosas, como le ocurriera a Howard Carter en Luxor. Una diadema, pendientes, tensores, anillos… Un tesoro en toda regla, vamos, digno del mejor Siret. La gran dama no se encontraba sola. En el mismo receptáculo se había enterrado un hombre joven, posiblemente un familiar. Pero era ella la que lucía las joyas y parecía ostentar el prestigio y el poder.



Enterramiento en estaño típico de la segunda fase de la cultura de El Argar. Åberg, N. (1921): *La Civilization Enéolitique dans la Pénninsule Ibérique*.

Tras más de cuatro mil años, la Reina de la Plata regresaba para mostrarnos los restos de su civilización, desarrollada y tal vez cruel. Los descubrimientos de La Bastida y La Almoloya incorporan una nueva visión, enriquecida y fecunda, sobre la cultura argárica, excavada quizás demasiado pronto, cuando los medios y los valores eran otros. Por eso, la relectura se hacía necesaria y la ciencia ya posee dos grandes yacimientos para conseguirlo.

Con el equipo de excavación de La Almoloya, Pliego, Murcia. Entre otros, Manuel Navarro, Cristina Rihuete, Manuel Pimentel, Vicente Lull y Carmen Martínez Morenilla.

La arqueología de las islas: arqueología canaria y balear

LA FORTALEZA Y LA HUMIAGA, EL SANTUARIO SAGRADO DE LAS *MAUGUADAS*

Sin duda, la prehistoria canaria es la más desconocida de entre todas las españolas. Por eso, decidimos visitar el archipiélago para tratar de comprender su fascinante arqueología y para tratar de desvelar el secreto de su origen. Y uno de los lugares con nombre propio es el yacimiento conocido como La Fortaleza, situado en la isla de Gran Canaria, al que nos dirigimos con la viva curiosidad ante lo diferente.

La sociedad de los primeros canarios es la menos conocida de nuestra larga historia común, tan apasionante como la que más y con muchas incógnitas aún por resolver, lo que supone todo un reto para nuestra arqueología. La insularidad tiene que ser descifrada e integrada en el flujo común. Su historia es también la nuestra. Además, la insularidad genera formas genuinas y delicadas de vida. Y dentro de esas formas, también están las culturas, la antropología y la historia, todas ellas expresadas en los yacimientos que visitaremos.

Ascendimos por la carretera serpenteante, bordeando los profundos barrancos de la Caldera de Tirajana, al sureste de la isla de Gran Canaria, cuando, de repente, el afilado crespón apareció ante nosotros, retando a hombres y a cielos, como la aleta gris de un gigantesco tiburón telúrico. Tres roques alineados, Titana, Fortaleza Grande y Fortaleza Chica, emergen, desde el fondo del barranco, para elevarse, verticales e inaccesibles, sobre su colosal oración en basalto.

El imponente espolón de la Fortaleza.

Las montañas, para los aborígenes de la isla, eran lugares sagrados por estar más cerca de Acorán, el dios de los cielos: sobre ellas erigieron sus santuarios más venerados y visitados. Las crónicas nos hablan de dos santuarios principales, el de Tirma, al norte de la isla y, sobre todo, el de Humiaga, situado en el sur. La localización de Humiaga, el mítico santuario de los aborígenes de Tamarán, antiguo nombre de Gran Canaria, ha sido uno de los grandes retos de la arqueología, para el que varias localizaciones han sido propuestas. El equipo de arqueólogos de Tibicena, dirigido por Marco Moreno, defiende, armado de contundentes razones, que la Humiaga se localiza en el enclave de La Fortaleza, en el actual municipio de Santa Lucía de Tirajana. Tradicionalmente, La Fortaleza se asoció al lugar de Ansite, el último enclave de la resistencia de los aborígenes frente a la conquista castellana. El 29 de abril de 1483 los nativos se rindieron. La leyenda cuenta que su líder, Bentejuí, prefirió la muerte antes que la entrega, y se suicidó al arrojarse al vacío junto al *faycán* o gran sacerdote de Telde al célebre grito de «¡Atis Tirma!». Sin embargo, las excavaciones arqueológicas realizadas en La Fortaleza no muestran evidencias de sitio ni de lucha, ni tampoco el lugar parece adecuado para resistir un asedio, por lo que lo más probable es que las luchas epilogales del mundo indígena se desarrollaran en el vecino macizo de

Amurga, que, con sus más de mil metros de altura, proporcionaría protección suficiente para la resistencia.

A pesar de su nombre militar, La Fortaleza no es un enclave defensivo, sino uno de los lugares más sagrados y antiguos del mundo aborigen. Enclavado en ese risco imposible, que rasga el cielo con los colmillos afilados de los tres roques, La Fortaleza es, con mucha probabilidad, el gran santuario de Humiaga.

Un poblado, compuesto por treinta o cuarenta casas de sólida construcción, con plantas circulares y cruciformes, y muros de piedra, se sitúa en la base del único camino que permite ascender a las alturas de La Fortaleza. Estas casas parecen asociarse a los cultos sagrados del lugar, y pudieron ser lugares de sacrificios previos, ofrendas, descanso o comercio sagrado para atender las grandes romerías de fieles que acudirían en las fiestas solares a reverenciar a los dioses de sus ancestros. Los restos de un hombre y de una mujer aparecieron en una cueva situada en la parte alta del santuario, en un lugar destacado del culto. Se han datado en el siglo V de nuestra era, lo que se considera como el enterramiento fundacional del santuario, que tuvo una prolongada existencia, desde el siglo V hasta finales del XV. Mil años de oración a Acorán y de veneración a los santones primigenios allí enterrados.

Los grabados antropomorfos que jalonarán el camino representan a mujeres —con su típica túnica— y a hombres, lo que nos remite a que el culto bien pudiera ser dirigido por sacerdotes o por sacerdotisas, quizás por las célebres *mauguadas,* vírgenes cantadas en las crónicas.

Iniciamos el camino de ascenso. Al alzar la mirada, la sola visión de las elevadas crestas nos produjo vértigo. «¿Se puede ascender realmente hasta allí arriba?», pensamos con respeto. Marco Moreno, codirector de los trabajos de investigación, nos explicó apasionado cómo las grandes murallas que parecen advertirse desde abajo son, en verdad, el soporte del Estrecho y el pendiente camino que nos llevará hasta cerca de los dioses, componiendo un monumental zigurat en el que la mano del hombre modula sabiamente los agrestes relieves de la naturaleza. Por estos muros que se aprecian desde la base se bautizó al lugar como La Fortaleza, cuando, en verdad, se trata del soporte de una senda espiritual que transcurre por una vía predeterminada, franqueada por grabados antropomorfos que ayudan a purificar nuestra alma mientras ascendemos —a veces escalamos— entre cortados de basaltos volcánicos, abrazados por la flora suculenta tan característica de los lugares áridos, como La Tabaida, El Verol, El Balillo o La Vinagrera. A media ladera nos encontramos con una gran

cueva-túnel que atraviesa por completo, de un lado a otro, el gran crespón que ascendemos. En el ocaso de los solsticios, el sol lo atraviesa, para configurar un espectáculo que asombraría a las gentes del ayer. Marco nos explica que, más allá de la evidente razón paisajística, la hierofanía —la cualidad de lo sagrado— la otorga la orientación de los rayos del sol en solsticios y equinoccios. De alguna manera, nos encontramos ante un gigantesco templo solar, como comprobaremos definitivamente en sus alturas. Parece que, para los aborígenes, el sol era hembra y la luna macho, una inversión tan endémica como sugerente.

A partir de la cueva, el camino se estrecha y se hace más vertical aún. Escalamos hasta llegar al nivel de los grandes muros que sostienen el camino. Y arriba, en la cordada del crespón, con el abismo a un lado y otro, sabemos que, en efecto, estamos cerca de Dios. Las vistas sobre la enorme Caldera Tirajana sobrecogen nuestro ánimo y enamoran nuestro corazón. El camino de purificación y de iniciación se sublima desde el equilibrio de una línea colgada entre precipicios horadados por cuevas. Continuamos entre construcciones ciclópeas con orientación solar, que los primeros visitantes bautizaron como braseros, en los que aparecen cenizas. Estos braseros no se encontraban cubiertos, y el fuego —o el humo— de aquellas hogueras podría advertirse desde el inmenso espacio que las circunda. Los aborígenes pastoreaban cabras, ovejas y cerdos, que, a buen seguro, ofrecerían como valiosas ofrendas, aunque es probable que tan solo cabeza y extremidades fueran quemadas en los braseros superiores. Los muros ciclópeos de estos braseros muestran una sorprendente perfección en su construcción y ajuste, con un evidente carácter monumental y escenográfico.

Todavía es posible ascender algo más, entre pequeñas cuevas y grabados, hasta llegar al nivel más elevado, al de los elegidos, donde se dominan cielos y tierra. Y sobre estas alturas del Tirijana, más covachas y grabados, con la sensación de percibir el canto grave y mudo de un mundo mágico que desapareció para siempre para mestizarse con la sangre y las creencias nuevas que arribaban, arrolladoras, desde Europa en aquellos barcos de velas infladas por los vientos inevitables de la historia.

Caldera de Tirajana.

La Fortaleza ofrece una muestra completa de la arqueología grancanaria. Necrópolis en cueva y en túmulo, casas circulares y cruciformes, pinturas y grabados rupestres, muros ciclópeos y cuevas santuario. Una enciclopedia del pasado que los arqueólogos habrán de leer y descifrar para todos nosotros. Todo un recital arqueológico que, milagrosamente, ha logrado llegar casi intacto hasta nuestros días. ¿Y cómo es esto posible? Quizás las leyendas que cubrieron con una capa de terror el lugar lo protegieron durante siglos de visitas indeseables. Cuenta el francés René Verneau —que investigó someramente el lugar en el XIX— que los lugareños, con el cura a la cabeza, le desaconsejaron que ascendiera a La Fortaleza. Los viejos contaban que un tesoro de monedas de plata se encontraba dentro de una piel de vaca, colgada en una de sus muchas cuevas. El viento, al moverla, las hacía sonar, atrayendo a algún incauto. Cuando ascendía hacia la cueva, una mano negra, que parecía salir de la nada, cortaba la cuerda y el pobre desgraciado moría despeñado. Con esos precedentes populares, es normal que nadie tuviera demasiado interés en retar a esa misteriosa guardiana —quién sabe si la última *mauguada*— que ejecutaba fatalmente la sentencia capital para el osado profanador.

Terminada nuestra visita, desde los cielos descendimos a la tierra, y desde las cosas de los dioses nos hubimos de ocupar de las humanas necesidades. En torno a una mesa, disfrutamos de un delicioso plato de «carne cabra» en compañía de Francisco García, el concejal de

Santa Lucía al que tanto debe el yacimiento.

De regreso a Las Palmas, nos detuvimos para admirar, de nuevo, el perfil de los roques sagrados, solemnes, serenos y herméticos. Parece que, por fin, tras muchos años de soportar por equívoco una cota de malla y un traje de guerrero que nunca le encajaron, la arqueología le devuelve su túnica sacra y su verdadero sentido fundacional, el acercamiento entre los hombres y los dioses de las alturas. Humiaga reaparece sobre el basalto que la consagró, rescatada del olvido por una ciencia tan tenaz como clarividente. Y nosotros estuvimos allí para contarlo…

LA INSULARIDAD, DESDE EL CENOBIO VALERÓN A LAS NAVES DEL ALMIRANTE DE LA MAR OCÉANA

La desolación de la vieja colada de lava, el aire absoluto moviendo las copas de pinos lejanos que crecen frente a Chibicena, hogar del Maligno, la Mar Océana al final de un valle. Por los riscos del sur se pierden las calderas y los barrancos de esta isla que nosotros conocemos como Gran Canaria. Delante, negros como el basalto, los túmulos que encierran los cadáveres de la élite de Maipés, una necrópolis datada, de momento, entre el siglo VIII y el XI de nuestra era. Por entonces, en la Península, se formaba al-Ándalus y daba sus mejores notas.

Parece casi seguro que los primeros pobladores llegaron aquí procedentes del norte de África en torno al siglo I a. C., hará unos dos mil años. Eran beréberes. Los beréberes tienen mucho que ver en nuestra historia, algún día habrá que dedicarles el espacio necesario y el lugar preciso en el flujo y reflujo cultural, político y genético que suponen desde la Antigüedad remota.

Casi 700 tumbas en grandes túmulos construidos con piedras volcánicas conforman el yacimiento de Maipés de Agaete.

Valentín Barroso y otros expertos afirman que los primeros canarios no eran navegantes. Se antoja entonces la isla como un mundo volcado hacia el interior, como una suerte de Rapa Nui. Hay que pensar que desde algunos oteros — como la misma Maipés— se ve Tenerife durante los días claros, ¿no se preguntarían, entonces, por quién habitaría aquella otra isla? ¿No tuvieron tentación, durante siglos, de embarcarse para curiosear? Al parecer, según nos dicen, no lo hicieron. Estas personas habían encontrado su lugar en el mundo, una tierra de inmensas montañas adentradas en el inconmensurable mar de poniente, aquel que los antiguos llamaron «mar Tenebroso». Y emergiendo de sus profundidades, lucían estas islas, bautizadas como «Afortunadas». Dicen que el mismísimo Alejandro soñó con ellas bajo los cielos infinitos de su ambición. Nos resulta inevitable recordar un proyecto de documental muy querido que no pudo ser, un proyecto que hubiera protagonizado el almirante de la Mar Océana, aquel que rompió sus cadenas y que por aquí pasó antes de cruzar hacia Allén la Mar. Ese día compartimos con él sus mismos horizontes y sueños.

Hemos podido filmar una edificación de esa época: el ingenio de Agaete, la fábrica de azúcar más antigua que se conserva en el mundo. Es de finales del siglo XV y solo existió una anterior en Madeira, hoy desaparecida. Pero tenemos aún mucha tarea en nuestra búsqueda de los secretos de la arqueología canaria: vamos a buscar un cementerio de esclavos y, sobre todo, vamos a conocer lo que bien pudiera haber sido el mayor granero de los primitivos canarios.

Reflexionamos sobre la productividad del grano para tratar de entender el yacimiento conocido como Cenobio Valerón. Estremece por su ubicación —en el cortado de una pared volcánica— y por su equívoca funcionalidad. Para la mayoría, un granero comunal; para otros, una gran necrópolis. Pero el Cenobio no sería un granero cualquiera, sino un granero estratégico para los primeros canarios que se preocuparon de controlar sus reservas de cereal trasladando el grano hasta estos remotos y vertiginosos parajes de montaña. Se preocuparon de su cereal como Roma se preocupó de mantener Egipto, granero del Imperio. El Cenobio parece un panal, recuerda a un yacimiento de la Edad del Bronce, como el del Castellón Alto de Galera. O al menos, su estructura de colmena así nos lo recuerda. El Cenobio —siendo un granero— toma su nombre por un error de interpretación. Alguien quiso ver aquí un lugar de retiro, una especie de monasterio, al modo de las cuevas del desierto de Los Ángeles, en la Sierra Morena de Hornachuelos. Cenobio, granero o necrópolis, el conocido hoy como Cenobio Valerón, es uno de los hitos fundamentales de la arqueología grancanaria que no debe dejar de visitarse.

Dentro de pocas horas tendremos la oportunidad de visitar Risco Caído, donde podremos ver el sol penetrar en el santuario de la gran montaña. Agradecemos sinceramente a las personas que nos facilitarán el poder asistir al prodigio del sol naciente.

El Cenobio es un conjunto de más de 300 silos horadados en roca blanda e interconectados entre sí a varios niveles.

«¡Que mis ejércitos sean las rocas, los árboles y los pájaros del cielo!». En esos términos el profesor Jones (Sean Connery, el padre) se dirigía a Junior (Harrison Ford, el hijo) parafraseando —según el guion de *Indiana Jones y la última cruzada*— a Carlomagno, mientras caminaba por una playa solitaria vestido con su elegante traje de *tweed*.

Algo así parece que pensaron los sabios y los iniciados de las montañas sagradas de los canarios pretéritos cuando decidieron dejar el testigo de su historia a las generaciones venideras. Como si de un relato borgiano se tratara, el Guanarteme y los sacerdotes se reunieron en el Tagoror para codificar su mensaje. Había que buscar un sistema imperecedero, solo al alcance de los iniciados que poblaban este mundo de roques y calderas. Para su lectura futura, los arquitectos y los astrónomos diseñaron una máquina que decodificara la antigua sabiduría que este pueblo encriptó sobre un calendario en la pared de roca.

Muchos siglos después, un investigador, Julio Cuenca, rastreaba el Barranco Hondo, allí donde el Risco Caído se esconde, cuando, para su gran sorpresa, descubrió la vieja máquina astronómica de los canarios. Al principio no se dio cuenta. Pero, pasados los años, se percató. Había que estar allí al amanecer, justo entre los meses que van desde el equinoccio de primavera hasta el de otoño. Entonces, solo entonces, el dedo de luz del sol naciente ilumina progresivamente el antiguo panel poblado de casas estelares y símbolos de feminidad. De esa ingeniosa manera, el arcano del calendario quedó grabado en aquella cueva remota hasta el final de los tiempos. Los canarios habían inventado una cámara oscura, un relato casi cinematográfico que los iniciados podían revivir seis meses al año. La memoria quedó así a salvo. O eso pensaron.

Pero la eternidad es demasiado inasible, lejana y prolongada como para dejarla programada. Y, por eso, los imprevistos ocurren y los ojos curiosos de los hombres del futuro pueden profanar los secretos encriptados en el calendario, pero sin llegar a entenderlo. Aquellos que aspiren a proyectar su testamento hacia un inagotable futuro deberían encontrar un sistema universal de lenguaje, o en dejar algo como un libro de instrucciones para descifrar los mensajes. De lo contrario, los alambicados relatos corren el riesgo de perderse en las profundidades del universo.

Esperábamos, a las seis y media de la mañana, antes del amanecer,

a Julio Cuenca en una cafetería situada junto a la iglesia principal de Vega de San Mateo. El establecimiento, que regentaba un matrimonio maduro, irradiaba paz. El marido freía churros en silencio mientras la mujer despachaba en la barra con una amabilidad y ternura desbordantes. Nos desayunamos y partimos hacia las montañas sagradas. Por el camino advertimos perros inquietos y alborotados por la excitación de su primera cacería. Ladraban. Después, volvimos a verlos —juguetones y curiosos— por la senda que conduce al Risco.

La luz del día comenzó a dar vida al paisaje y clareó sobre los roques. No sabemos si esto se parece más a Nuevo México o a Palawan, porque, desde luego, los templos de los viejos canarios recuerdan —siquiera un poco— a los poblados navajos. Y el prodigio se obró ante nosotros en el artilugio de luz y roca de Risco Caído, que grabamos con la clara conciencia de la liturgia atávica en la que participábamos.

Risco Caído, Artenara, Gran Canaria.

Cuando la luz ascendió y el sortilegio finalizó, abandonamos en silencio el Barranco Hondo. Por un laberinto de intrincadas carreteras, avanzamos por encima de la vieja colada volcánica en la que se edificara la necrópolis de Maipés. A lo lejos, los pinos se recortaban sobre las altas cimas. Estas carreteras son una danza incesante. Al rato, avistamos Gáldar y visitamos el yacimiento de Cueva Pintada. Jorge Onrubia nos proporcionó amplia información, con pelos y señales, de las primeras poblaciones llegadas hasta aquí. Poblaciones

que, al final —siempre hay un final—, se integraron con otras migraciones que los dominaron y que conformaron un mundo que ya no era el suyo para pasar a ser el de todos. Que cada tiempo posee su signo y casi siempre resulta inútil luchar contra él.

EL MUSEO CANARIO Y EL CEMENTERIO DE ESCLAVOS DE FINCA CLAVIJO

Las islas Canarias, en general, y la de Gran Canaria, en particular, poseen una arqueología singular, fuera del canon cronológico de sus contemporáneas. La excepcional atemporalidad de la arqueología canaria y sus diferencias con la peninsular y con la magrebí dificultan su comprensión, por lo que son muchos los interrogantes aún abiertos acerca de su pasado. ¿Cuándo arribaron por vez primera sus antiguos pobladores? ¿De dónde venían? ¿Navegaron entre islas o vivieron en permanente aislamiento? ¿Por qué permanecieron en el Neolítico cuando provenían de la Edad del Hierro? ¿Vivieron en total aislamiento o mantuvieron esporádicos encuentros con comerciantes y marinos? Para tratar de responderlas, visitamos el Museo Canario, una institución fundamental para la cultura y la historia de la isla que quizás albergue las respuestas ansiadas para tantas interrogantes como quedan abiertas.

La comunidad ilustrada de Las Palmas de Gran Canaria, al calor de las corrientes europeas que impulsaban la creación de sociedades excursionistas y científicas, creó en 1879 la Sociedad Científica El Museo Canario, bajo el impulso de Gregorio Chil y Naranjo. El Museo Canario se orientó, inicialmente, a las ciencias naturales y al conocimiento histórico y arqueológico de la isla de Gran Canaria, haciéndose eco del interés existente entre la burguesía local por las exóticas antigüedades canarias que iban descubriéndose en sucesivas excavaciones y expediciones. El museo se inauguró en 1880 y pronto logró reunir una importante colección, ubicada en algunas salas de la planta superior del ayuntamiento. El crecimiento de los fondos desbordó el espacio disponible, lo que hizo necesario el traslado. Gregorio Chil legó a su muerte su propia casa y su valiosa biblioteca de casi ocho mil volúmenes, así como su gran colección personal de piezas arqueológicas. Algún tiempo después, el museo se trasladó a la espléndida finca del barrio de la Vegueta, que se agrandó con la

adquisición de algunas otras viviendas colindantes, hasta ocupar la soberbia edificación de la que hoy disfruta. El Museo Canario sigue siendo hoy una asociación privada, aunque con una intensa relación con el cabildo grancanario; de hecho, funciona como museo arqueológico provincial, donde, además de la rica colección expuesta, se gestiona el almacén y depósito de piezas arqueológicas y se dispone de un laboratorio abierto para la investigación.

Visitamos el Museo Canario de la mano de su directora, Teresa Delgado, que nos explica sus colecciones y el estado actual de las investigaciones arqueológicas de Gran Canaria, entre las que destacan yacimientos con gran sonoridad e importancia, como Cueva Pintada, Risco Caído, La Fortaleza, el Cenobio Valerón o la Cueva de las Cuatro Puertas, algunos de los cuales ya conocemos. Ella misma ha impulsado dos importantes programas de investigación que han arrojado interesantes resultados. Por una parte, se evidencia que la sociedad primitiva grancanaria fue muy violenta, a tenor del alto porcentaje de contusiones y heridas —algunas letales— que presentan los cráneos de los enterramientos excavados. Por otra, al estudiar con detalle las momias, se descubre que el proceso de momificación es natural, no artificial, mediante desecación ambiente, sin evisceración ni tratamiento alguno. Además de su envoltorio en pieles —a mayor número de lienzos más rico es el enterramiento—, la momia grancanaria también se envuelve en tejidos de fibra vegetal, a diferencia de las momias guanches, que lo hacen solo con piel.

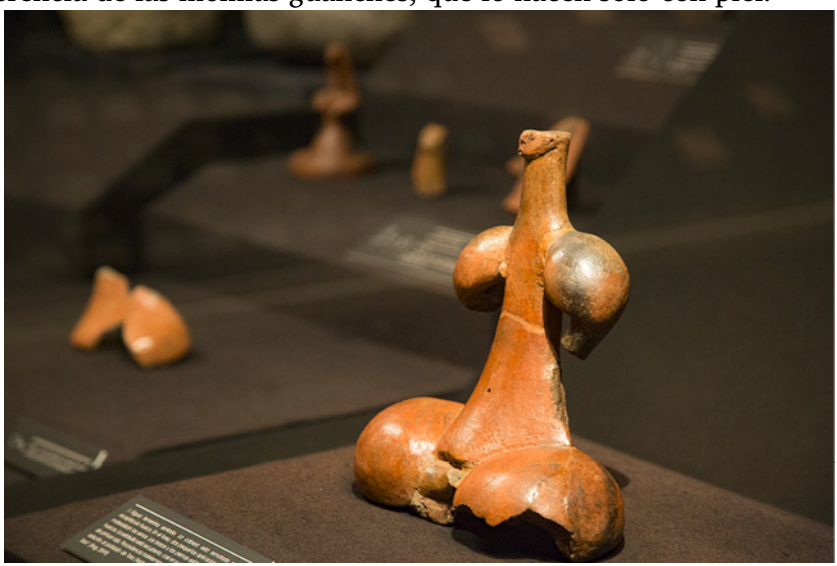


Figura antropomorfa Museo Canario.

En el Museo Canario destacan las riquísimas colecciones de cerámicas —realmente impresionantes—, y las de ídolos y tintoreras, una especie de sellos cerámicos de motivos geométricos que parecen identificar a la familia que los usa. También resultan muy llamativas las colecciones de curtidos de pieles —de sorprendente calidad tanto en acabado como en cosido— y de tejidos con diversas fibras vegetales, como junco y palma. Resaltamos, dentro de las colecciones de industria lítica, los picos de basalto usados para excavar las cuevas, así como las lascas de obsidiana, roca valiosísima para los canarios primitivos, que excavaban costosas galerías para su extracción.

Sala de Museo Canario con espectacular colección de cráneos.

Pero el plato fuerte del museo es la riquísima colección de cráneos y momias que ocupan una gran sala al modo de los gabinetes del XIX. Centenares de cráneos se exponen ante el visitante, que se siente intimidado ante su mirada inquisitorial y vacía. Herederos de las corrientes de craneometría de Broca, los primeros investigadores del XIX escudriñaron los cráneos de los canarios prehispánicos para tratar de desentrañar en ellos los misterios de su forma de ser y de pensar. Hoy quedan como solemne reliquia de un modo pretérito de entender y abordar la ciencia, mientras vigilan desde sus estantes, macabros y solemnes, las espléndidas momias expuestas.

Y también deben reseñarse como atractivo del museo las bibliotecas históricas de las que dispone, tanto en la sala de entrada, en la que se ubica la tienda, como en la sala interior Cabrera y Rodríguez, con

ricos muebles en madera de dos pisos, que atesoran miles de libros sobre la historia y la arqueología de Gran Canaria.

Momia del Museo Canario.

El Museo Canario es una visita obligada tanto para los visitantes que desean conocer la historia de la isla como para los investigadores que escudriñan su pasado. Pero, además de grabar el museo, teníamos especial interés en conocer una curiosa y apasionante investigación arqueológica que tuvo lugar en su seno y que llevó al descubrimiento del primer cementerio de esclavos conocido en suelo español.

Y es que, a veces, la arqueología, a modo detectivesco, logra resolver misteriosos enigmas del pasado. Pongámonos en escena. En 2009, al realizar unas obras de abastecimiento de aguas en Santa María de Guía, localidad situada a unos veinte kilómetros de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, aparecieron unos restos humanos enterrados en foso, componiendo una desconcertante necrópolis. Los restos se dataron a principios del siglo XVI, cuando los enterramientos ya se practicaban según el rito católico. ¿Quiénes eran, entonces, las personas enterradas de forma tan extraña? Conocimos de mano de su descubridor, Jonathan Santana, cómo la ciencia resolvió esas incógnitas. Acababan de descubrir el primer cementerio de esclavos encontrado en España.

Bajo la superficie excavada aparecieron los restos de catorce personas, enterradas de manera diferente, pero algunas envueltas en sudario y depositadas al modo islámico. Ese modo de enterramiento

llamó poderosamente la atención de los investigadores. Una moneda encontrada sobre uno de los restos, quizás en un modesto rito funerario, fue fechada a principios del siglo XVI, cronología coincidente con las dataciones por carbono 14. Consultadas diversas fuentes, se descartó por completo la existencia de cementerio cristiano alguno en la zona, por lo que el misterio estaba servido. ¿Cómo era posible la existencia de un cementerio heterodoxo, con ritos musulmanes incluidos, en la cristiana Gran Canaria del siglo XVI? ¿Quiénes estaban enterrados allí?

Se formularon diversas hipótesis, pero pronto tomó fuerza la posibilidad de que se tratara de esclavos enterrados. Se hacía necesaria, no obstante, su confirmación científica para poderlo ratificar. En primer lugar, se estudió el entorno histórico para confirmar que, a principios del siglo XVI, comenzaron a llegar esclavos para atender las necesidades de las recientes plantaciones de caña de azúcar y de los ingenios que las procesaban. La prosperidad de esta industria fue efímera, pues en pocas décadas se trasladó al Caribe, más rentable y feraz. Pero durante este periodo existió una abundante colonia esclava procedente de África. Al analizar el ADN de los restos, se comprobó que el origen de los enterrados era tanto del África negra como subsahariana, así como una mestiza con aborigen que, para mayor confusión, portaba una medallita de san Francisco de Asís, lo que podría indicar que fue bautizada en el cercano convento franciscano.

El modesto y único ajuar de uno de los hombres enterrados consistía en un pequeño collar de cuentas de vidrio, muy frecuente entre los esclavos de origen africano del Caribe y de Norteamérica. Todo parecía coincidir y la tesis de que se trataba de esclavos se iba confirmando. Pero, dado que no se conocían necrópolis similares, se quiso contrastar con mayor rigor, y para ello se recurrió al análisis de los isótopos estables de oxígeno, que demostró que al menos dos de los enterrados no habían nacido en Gran Canaria, sino en el África negra.

Si en verdad eran esclavos, tendrían que haber realizado un gran esfuerzo físico, por lo que se procedió a analizar detenidamente los restos óseos. Los indicadores de actividad física no dejaron duda alguna. Pudimos grabar las vértebras de uno de los esclavos en las que eran perfectamente visibles las hernias sufridas por los sobrepesos soportados. También en las mujeres se observaron indicadores de gran actividad física en hombros y codos.

La investigación demuestra que la arqueología, con el uso de las

técnicas adecuadas, realiza una tarea detectivesca del pasado. El carbono 14, sobre todo, permite calcular la antigüedad de los restos; el análisis de ADN, su filiación genética; el análisis de los isótopos estables de oxígeno, el lugar de crecimiento, y la inspección de los restos permite averiguar edad, malformaciones, enfermedades y sobreesfuerzos. Los huesos arrojan una ingente información que las ciencias de la arqueología van aprendiendo a leer progresivamente. Al igual que el forense descubre las causas de la muerte del recién fallecido con una precisión sorprendente, los antropólogos físicos —existen otras denominaciones entre los arqueólogos, pero nos quedamos con esta por ser la más habitual— analizan los restos humanos del pasado para conocer de qué murieron y qué enfermedades padecieron. También extraen valiosa información acerca de cómo vivieron, de su dieta y sus hábitos.

Con los resultados de todas estas pruebas, la conclusión fue clara: en Finca Clavijo fueron enterrados esclavos de los ingenios azucareros de principios del siglo XVI. Nunca, hasta ese momento, se había conocido nada parecido, lo que pone en valor la investigación que tanto nos llamó la atención y que hemos querido narrar.

¿Fueron cementerios clandestinos o sencillamente tolerados por unas autoridades del todo indiferentes a las costumbres de sus esclavos? ¿Estaban bautizados, como pudiera parecer por la medalla y por las costumbres de la época? ¿Tan solo algunos mantuvieron su fe musulmana? ¿Por qué los que eran cristianos no se enterraron en el cementerio religioso como era habitual? ¿Era frecuente esa situación de alegalidad o estamos ante un *unicum*? ¿Son algunos de estos enterramientos una revancha clandestina contra los bautismos forzosos?

Las preguntas, como los versos, se las lleva el aire, mientras recordamos, con dolor, las muchas películas de esclavos que vimos en nuestra infancia, arrancados de sus familias y conducidos hacinados en barcos hasta remotas plantaciones. En nuestra inocencia, pensábamos que aquello solo pudo ocurrir en el Caribe, cuando, en verdad, su sangre y sudor también bañaron nuestro suelo. El espejo de la arqueología nos lo ha mostrado con toda dureza y nosotros así lo hemos contado. Pobres desgraciados. Que descansen en paz; no pudieron gozarla en vida.

LAS MOMIAS GUANCHES Y EL ESPÍRITU DEL VOLCÁN

Desde siempre, las momias han admirado y aterrado, por partes iguales, a la humanidad. Los cadáveres momificados parecen retar el paso de los tiempos en busca de la eternidad que los consagre por los siglos. Así fue en la Antigüedad remota y así continúa siendo en nuestros días. Aunque las momias egipcias copan el protagonismo del conocimiento público, los antiguos guanches de Tenerife momificaron durante mil años a sus élites, con un nivel de sofisticación y conservación de sus momias que nada tiene que envidiar a las del Nilo ni a las de los Andes.

Visitamos Santa Cruz de Tenerife con objeto de conocer y grabar sus momias espectaculares, auténticos iconos del mundo guanche. Llamamos guanches a los aborígenes tinerfeños que habitaron la isla desde principios de nuestra era hasta finales del siglo XV y principios del XVI, en el que fueron finalmente anexionados a Castilla. Por extensión, son muchos los que denominan guanches a los habitantes de todas las islas, aunque, si hablamos con propiedad, solo lo serían los que habitaron en esta hermosa isla coronada por el omnipresente Teide, con permiso de las nubes, claro está.

La arqueología guanche, como en general toda la arqueología canaria, repetimos una y otra vez, es tan apasionante como desconocida. Por eso nuestro interés en divulgar su historia, su patrimonio y su cultura. Y para ello, vamos a visitar con detenimiento el Museo de la Naturaleza y el Hombre, en Santa Cruz de Tenerife, en el que se nos muestra tanto la historia natural como la historia humana de la isla tinerfeña, acompañados por su director, Conrado Rodríguez. Y antes de enfrentarnos a los rostros de la muerte ancestral reflejados en su soberbia colección de momias, quizás deberíamos repasar algunos de los planteamientos fundacionales —y sus dudas consecuentes— de la arqueología canaria.

Momia guanche.

El primer misterio es el del origen. ¿Cuándo llegaron los primeros guanches? ¿De dónde procedían? No existe unanimidad en la respuesta, como hemos podido comprobar durante nuestro rodaje en Canarias. Mientras que, para unos, se dio un único repoblamiento

inicial entre los siglos I y III de nuestra era, que arribaría a las islas de Lanzarote y Fuerteventura, y que desde allí colonizaría el resto del archipiélago; para otros, cada isla fue ocupada en distintos periodos por poblaciones diferentes, aunque todas tendrían un mismo origen genérico bereber. Así lo piensa Conrado, que considera que, a pesar de que algunos restos pudieran datarse en el siglo VIII antes de Cristo, la ocupación real de la isla no habría ocurrido hasta el cambio de era, en la que, por motivos aún desconocidos, un grupo significativo de personas, junto a sus enseres, ganados y semillas, llegó —o fue traído — hasta Tenerife. Estos primeros pobladores no procederían, pues, de cualquiera de las islas más orientales, sino que procederían directamente desde su emplazamiento original norteafricano. ¿Por qué esta extraña migración? Algunos dicen que, en verdad, fueron exiliados a la fuerza, por haberse rebelado contra el rey Juba II; otros responsabilizan a las deportaciones romanas, mientras que algunas voces consideran que se trató de una migración más o menos voluntaria con fines económicos de repoblación con gentes del Atlas —de ahí las semillas y el ganado— que resultarían finalmente abandonados. Sea como fuere, no existe discusión alguna en cuanto a la procedencia de esas primeras poblaciones. Son beréberes, emigrados desde el norte de África, como parecen confirmar el tipo de escritura de sus grabados —considerada como líbico-bereber— y el ADN de su población.

Otros de los misterios a los que la arqueología canaria afronta es su atemporalidad, su singularidad cronológica, en unos tiempos arqueológicos por completo diferentes y asíncronos con los que dominaron el norte de África y Europa. Los guanches, por lo menos a los efectos de su industria y armamento, permanecieron en el Neolítico durante toda su existencia. Es cierto que su complejidad política y social permitiría asimilarlos a la Edad del Bronce, pero lo cierto es que nunca utilizaron los metales, limitándose a la talla de útiles en basalto y otras rocas, así como el trabajo en obsidiana, de la que extraían pequeñas y valiosas lascas. ¿Cómo es posible este inexplicable retraso tecnológico con respecto a sus poblaciones de origen? ¿Cómo explicar que gentes que salieron del norte de África en plena Edad del Hierro y bajo las influencias púnicas, primero, y romanas, después, regresaran a la Edad de Piedra? ¿Estamos ante una inédita reversión cultural? Corresponde a los arqueólogos responder a estas preguntas esenciales que, hoy por hoy, retan a la razón y a la ciencia.

Todas estas singularidades solo podrían explicarse desde un total

aislamiento que, según las evidencias arqueológicas, no se produjo. En la isla de Lobos se está excavando una factoría romana de púrpura, mientras que se han descubierto diversas piezas cerámicas púnicas, como la que se muestra en el Museo de Santa Cruz, acompañada de embocaduras de ánforas romanas, una de ellas procedente de la Bética. Las islas Canarias fueron conocidas desde la Antigüedad, al menos desde los periplos púnicos, habiéndose descrito en textos romanos, árabes y andalusíes. ¿Cómo explicar el supuesto aislamiento? ¿Acaso no comerciaron? En el museo podemos observar varios grabados guanches que representan barcos. ¿Se escondieron de ellos acaso? ¿Nunca contactaron entonces? Más preguntas sin respuesta sopladas al aire transparente de las islas Afortunadas.

Los hábitos de las distintas poblaciones canarias fueron similares. Los guanches, como los habitantes del resto de las islas, dependían de sus ganados de cabras, ovejas y cerdos, aunque también cultivaron distintos cereales y legumbres. La isla quedó dividida en nueve menceyatos, con un mencey jefe a la cabeza de cada uno, que rivalizaron y combatieron entre sí, como muestran las numerosas heridas y contusiones que evidencian muchos de los restos estudiados. Pero, aunque la vida de los guanches fue similar a la de los habitantes del resto de las islas, no así resultó ante la muerte. El culto a los muertos protagonizó las creencias guanches, expresadas mediante el rito de la momificación. Mientras que en Gran Canaria parece que la momificación fue un proceso natural, fruto de la desecación ambiente, en Tenerife exigió un cuidadoso y exigente proceso que los guanches dominaron durante siglos. Primero, dejaban secar el cuerpo sin eviscerar, cubriéndolo de productos desecantes como la piedra pómez y la ceniza. Una vez evacuados todos los flujos, el cuerpo se untaba con distintas esencias, para finalmente ser envueltos en lienzos de piel y depositados en cuevas inaccesibles. Solo a los poderosos —hombres, mujeres y niños— les estaba reservado el rito que les abriría las puertas de la eternidad.

Momia guanche infantil.

La colección de momias del museo es espléndida, sobrecogedora. La excelente conservación de los restos permite que podamos observar piel, uñas e incluso cintas de cuero de una de las sandalias. Algunas de estas momias han logrado ser rescatadas desde colecciones extranjeras, hacia las que salieron a finales del XIX y principios del XX. Afortunadamente para la ciencia, retornaron para mostrarse en su propia tierra, de la que nunca tuvieron que salir.

Las momias guanches, con su estremecedora ambición de eternidad, nos sobrecogen y atraen. Las cuencas vacías de sus ojos parecen observar, impasibles, el paso de los siglos. Pero nadie muere del todo mientras alguien le recuerda. Por eso, quizás, estos guanches antiguos consiguieran la eternidad que persiguieron al momificarse. Más de mil años después, seguimos asombrándonos ante sus momias perfectas, que parecen hablarnos desde el eco de los tiempos. Las leyendas y las crónicas narran la existencia de la cueva de las mil momias. Quién sabe si son ciertas y en el interior de alguna cueva sellada, perdida y oculta del Tenerife profundo, mil momias siguen aguardándonos desde sus cápsulas de eternidad, en comunión con el silencio y con la reverencia debida al espíritu del volcán, verdadero padre y señor de Tenerife.

Pie momificado.

EL GAROÉ, EL ÁRBOL SANTO DE LA ISLA DE EL HIERRO

El Hierro es un canto volcánico de la naturaleza, entonado en lava y en turquesas de cielo y mar. Los alisios le regalan la muselina vaporosa que abraza sus cumbres, un auténtico regalo vivificador, pues sus brumas supusieron desde la Antigüedad la única fuente de humedad para las épocas secas. Por eso, hablar de la historia de la isla de El Hierro es hablar del Garoé, el árbol santo para los bimbapes o bimbaches, sus primeros pobladores. De hecho, tal es su relevancia que figura en su escudo insular, en forma de árbol que retiene una nube y que se alza sobre un pequeño estanque.

Quisimos conocer el árbol que desde siempre fascinó a escritores y científicos. Y bajo la experta guía del arqueólogo Sixto Sánchez nos dispusimos a visitarlo. El Garoé se ubica en el corazón de la isla, a unos mil metros de altura, en la aldea de Tiñor, en San Andrés. Desde la costa ascendemos desde el árido paisaje de las faldas costeras. Dejamos atrás un paisaje de lava y de goranes, los antiguos cercados de piedra que se realizaban para proteger a la higuera plantada en su interior. Todo un canto de la economía de subsistencia que mantuvo a

la población de la isla hasta los años sesenta del pasado siglo. Arriba llegan las brumas y la inesperada vegetación. Descubrimos un dornajo —un tronco ahuecado a modo de pilar— que recoge el agua condensada de las nubes bajo unos grandes pinos, un anticipo de lo que nos aguarda con el Garoé.

Pero, antes de descubrirlo, conozcamos algo del Garoé. Las crónicas hablan de un árbol gigantesco que los aborígenes adoraban porque les proporcionaba agua dulce, un tesoro de incalculable valor en unas latitudes tan áridas. El árbol, centenario, alcanzó unas grandes proporciones, al punto de que eran necesarios varios hombres para abrazar su grueso tronco. En épocas secas era el único manantial de agua potable de la isla, por lo que sus escasos habitantes sobrevivían gracias al agua que sus hojas condensaban y que recogían en unas pequeñas albercas excavadas a sus pies. En agradecimiento, los bimbapes lo consideraron como su árbol santo. Pigafetta, el cronista de la primera circunnavegación de la Tierra, capitaneada por Magallanes y Elcano, ya citó este milagroso «árbol de la lluvia» en su relato.

Una terrible tormenta acontecida en 1610 tumbó el Garoé para siempre y ocasionó una gran desolación entre los habitantes de la isla, que, aunque ya no necesitaban de sus aguas como los antiguos aborígenes, continuaban reverenciando el prodigio de su memoria y el milagro de su lluvia. El lugar se perdió, sepultado por tierras y piedras, aunque el recuerdo del árbol prodigioso y de su lluvia benéfica quedó en la memoria y la tradición de la población herreña, como bien lo muestra el reconocimiento de figurar en su propio escudo heráldico. Por eso, el Garoé nunca se fue del todo y, más de tres siglos después del desastre, los habitantes de la isla decidieron hacerlo revivir.

Así, una vez identificado y adecuado el lugar, en 1948, el guarda forestal Zósimo Hernández Martín plantó un joven ejemplar de tilo, hoy ya ejemplar adulto, que es el que podemos descubrir ahora. Es tal la belleza del lugar que, a pesar de ser uno de los sitios más visitados de una isla no demasiado turística, conserva un halo mágico que nos sobrecoge y emociona. Las paredes escarpadas, las brumas que ascienden, las laderas frondosas, las pequeñas albercas excavadas en la capa de arcilla impermeable, componen un mural de gran belleza. Observarlo es retroceder en el tiempo para rememorar cómo los bimbapes se acercaban reverencialmente hasta el estanque para retirar el agua vivificadora.

El actual Garoé se encuentra en un semicírculo excavado en el interior de un torrente, lo que facilita que funcione a modo de embudo, concentrando las brumas sobre su follaje. En sus hojas se produce la condensación de la niebla en pequeñas gotas de agua, que van cayendo al suelo en modo de lluvia ininterrumpida. Esta agua atraviesa una capa de lavas permeables para depositarse finalmente en las albercas excavadas en un estrato de arcillas impermeables, donde se acumula hasta que es extraída para su consumo. Detrás del prodigio se oculta, por tanto, una serie de principios físicos, edafológicos y botánicos, fáciles hoy de comprender, pero que maravillaron a los antiguos por su lluvia prodigiosa, ya que, donde no había agua, el Garoé la fabricaba desde la nada.

Cuenta una vieja leyenda que los aborígenes guardaban celosamente su secreto. Así, cuando los primeros conquistadores comenzaron a arribar a sus costas, nada les dijeron de su existencia, quejándose, por el contrario, de la severa y constante penuria de agua

que padecían. Así desmotivaban a los europeos, que —pensaban— no se interesarían por un lugar tan pobre y riguroso. Pero el amor desbarató sus planes. Una joven bimbape, Agarfa, se enamoró de un joven soldado andaluz, al que terminaría desvelándole el secreto del Garoé. Esa traición descubrió el punto de suministro de agua que los europeos precisaban para sus primeras incursiones. Así, pronto conquistaron las islas, y su mencey Armiche, junto a sus principales, fue capturado y encerrado.

Y entre leyendas y brumas decidimos abandonar el lugar del Garoé, el árbol que fue santo para los bimbapes del ayer, el árbol que continúa siendo venerado en popular santidad para los herreños de hoy.

CENTRÍPETA MENORCA

Los enormes acantilados de la isla, con sus dentelladas de espuma, nos reciben con ferocidad. Si se supera la prueba de la llegada, una fuerza antigua te impulsará hacia el interior, batido por la legendaria Tramuntana. Menorca, que debió tener un nombre secreto para sus primeros pobladores, irradia una fuerza centrípeta, un vórtice que atrapa y que arrastra hacia su corazón.

Y en su corazón descubrimos un universo de piedras antiguas, edificado por extrañas gentes. Contaban las abuelas que los gigantes celebraban sus oscuros banquetes sobre enormes mesas de piedra que hoy conocemos como taulas.

Elena Sintes y varias colegas suyas como Irene Riudavets, Cristina Bravo y Muns Anglada nos cuentan que los campesinos de la prehistoria y la protohistoria, aquellos lejanos payeses, edificaron observatorios ciclópeos, tumbas en forma de naves de piedra y casas que parecen laberintos minoicos. Nunca vimos una casa de campo como el Círculo de Cartaillac, ni un espacio para el reparto de mercancías y otros menesteres como el atrio del sobrecogedor talayot de Cornia Nou. Al transitar esta isla cuántica, uno siente la reverberación de sus páramos. Estremecen las piedras, susurran los vientos como sirenas, engañan los olores de las yerbas. Las vacas van a lo suyo y las ovejas parecen de atrezo. Nos viene a la cabeza el norte inglés, quizás por el paso de los albiones por la isla. «I do», dicen los naturales como coletilla para todo.

Naveta de Tudons, Menorca.

Los menorquines parecen tener un secreto que solo ellos conocen. En sus miradas se nota que circula un código propio e intransferible. No en vano llegaron aquí hace mucho, unos 4500 años. Pronto empezaron a edificar dólmenes. Este es un pueblo de arquitectos. No pintaban, no escribían, no esculpían. Todo lo codificaban con enormes bloques de piedra. Che, Borges, debiste meterlos en tu Aleph.

Las variadas arquitecturas realizadas durante cientos de años —hasta que Roma globalizó la isla— tienen una acusada personalidad, una presencia brillante, un no sé qué mágico. Gracias al trabajo de arqueólogas como las citadas, vamos conociendo retazos de su historia. De vez en cuando, una pieza viene a complicarlo todo, como un Imhotep excavado hace un tiempo que reta a la ciencia a su interpretación y encaje en el discurso histórico.

Yacimiento de Sa Cudia Cremada, Menorca.

Las explicaciones nos remiten a un mundo agrícola, simple, prosaico. Las arqueólogas no nos hablan de lo que tanto nos gusta oír: héroes y dioses, guerreros y príncipes. Aquí parece que los habituales protagonistas de la intrahistoria soltaron la azada y el escardillo para tomar escuadra y cartabón, cincel y compás para edificar así la mayor concentración de edificios monumentales por kilómetro cuadrado que se conoce, o al menos que nosotros conozcamos.

Cuando miramos las grandes construcciones de la arqueología del ayer, tendemos a pensar que dentro de sepulcros como la Naveta de Rafal Rubí yacerá una estirpe real, sepultada con sus riquezas, o que sobre la escalinata vertical de Cornia Nou asomaría, solemne, la figura de un gran sacerdote o rey. Pero no, aquí no. No nos hablan de personajes de alto rango, sino de personas sencillas y normales. Un relato de cotidianidad, distinto al de la historia política al uso.

Taula de Torralba de En Salort, Menorca.

Abandonamos la isla, pero su abrazo telúrico se resiste a soltarnos. Cuando aterrizamos en Ibiza, echamos de menos Menorca, porque aún nos sentíamos atrapados por su colosal fuerza centrípeta que amenazaba con arrastrarnos de nuevo hasta el corazón de sus megalitos.

LOS HONDEROS DE SON FORNÉS

No se sabe muy bien cómo llegó a oídos de los cartagineses que en una isla perdida en medio del mar había unos hombres que destacaban por la precisión y fuerza de sus hondas. No se sabe muy bien cómo una sociedad —se supone que pacífica e igualitaria, según nos dicen— pudo haber engendrado una de las tropas de élite más

famosas del Mundo Antiguo. Los honderos mallorquines alcanzaron una mortífera eficacia y fueron objeto de deseo para unos y otros ejércitos que rivalizaron por alquilar sus servicios como mercenarios. Conocemos las proezas militares de estos honderos por las fuentes clásicas, pero desconocemos el origen y la causa de su esmerado entrenamiento. Dudas, muchas dudas todavía. Tampoco sabemos quiénes fueron los primeros pobladores de las islas Baleares y cómo operaron en su interior los cambios en la prehistoria. De nuevo, unas islas con sus dinámicas singulares y sus muchas preguntas abiertas a los vientos de la historia.

Las Baleares están mucho más cerca que las Canarias de tierra continental, por no decir de la España peninsular. Se sitúan, además, en el mar Mediterráneo, verdadero cruce de culturas desde que los hombres empezaron a navegar, hecho que debió acontecer mucho antes de lo que nos figuramos, a tenor de lo que indican los progresivos descubrimientos. Paula Amengual y Lara Gelabert afirmaron que todas las islas mediterráneas —menos las Baleares— estarían ya pobladas en torno al siete mil antes de nuestra era. En Mallorca, la primera comunidad pudo establecerse en el 2300 a. C. Al menos eso es lo que parece desprenderse de los datos arqueológicos de los que disponemos en la actualidad. Esta tardía población, miles de años después que el resto de las islas, constituye en sí misma una rareza.

De nuevo, se repite en Mallorca la historia que nos contaron en Canarias. Un grupo humano que arribaría a una isla y que se aislaría del mundo. Habrían llegado con sus animales, sus semillas, sus útiles, sus credos y su conocimiento. Al principio, ocuparon la sierra de Tramontana y construyeron dólmenes. Después, se esparcirían por las llanuras al tiempo que edificaban los monumentos megalíticos conocidos como navetas.

Yacimiento de Son Fornés, Mallorca.

Alrededor del 1000 a. C. se genera el mundo talayótico. Un mundo que en boca de Paula Amengual y Lara Gelabert debió ser pacífico y socialmente poco estratificado. Las gentes de los talayots podrían haber sido, nos dicen, comunidades sin líderes claros, sin una fuerza ordenadora o dominante en la sociedad. Aunque, al contemplar los monumentos —los talayots—, cuesta pensar que se emplearan únicamente como torres de vigilancia o lugar de reparto de carne. Es un esfuerzo edilicio muy importante para una comunidad de estas características. Por desgracia no hay necrópolis conocidas ni mundo funerario que puedan ayudar a los científicos a desentrañar los mecanismos sociales de estas comunidades. Pero todo se andará, y nunca es descartable que aparezca en cualquier excavación la clave que nos permita descifrar los arcanos de estas primeras civilizaciones mallorquinas.

Los habitantes del poblado talayótico de Son Fornés superaron la época «clásica» que llega hasta el 500 a. C. —aproximadamente— para entrar de lleno en la geopolítica y el *melting pot* mediterráneo. Mercenarios de postín, sus honderos sembraron la muerte y el terror por las riberas del Mare Nostrum. Al volver, muchos de ellos serían hombres de posibles. Y eso quizás, solo quizás, habría sido la causa de la primera desigualdad social en aquella comunidad de iguales que fue el poblado talayótico de Son Fornés. Eso nos cuentan, quién sabe.

Talayot de Son Fornés, Mallorca.

Entramos en la historia. La Edad del Hierro, desde Tartessos a Roma

PELAYO QUINTERO, LA LEYENDA DE UNA OBSESIÓN

A veces, lo imposible se hace realidad sin que la razón alcance a explicar lo inexplicable. Y si no se lo cree, ahí está la increíble historia —o la leyenda urbana ya mitificada— de Pelayo Quintero que nosotros contamos como nos la cuentan, aunque algunos nieguen la mayor. En cualquier caso, como dicen los italianos, «se non è vero, è ben trovato».

Pelayo Quintero fue el director del Museo de Cádiz durante el primer tercio del siglo XX. Nació en Uclés, Cuenca, en 1867, y, pronto, su tío Román lo aficionó a la arqueología y a las ruinas de un pasado remoto que no alcanzaba a comprender. Brillante en los estudios, cursó Derecho y Bellas Artes con excelentes calificaciones. En 1887, el sorprendente hallazgo del sarcófago masculino en Cádiz marcaría para siempre su vida. Estudiante todavía, una intuición estremecedora se convertiría en su obsesión. Si existía el masculino, pensó, el sarcófago femenino todavía tendría que estar bajo tierra. Y él sería quien lo descubriera.

Pelayo Quintero. Fuente: *Epistolario de Jorge Bonsor* (1886-1930), Jorge Maier.

Un vértigo excitado lo llevó, entre excavación y excavación, a cursar también la carrera de Archivero, Anticuario y Bibliotecario, germen de lo que más tarde conformaría el título de Historia. Enamorado de la arqueología del sur, quiso desarrollar su carrera profesional en Andalucía. En 1904 se asentó en Cádiz, tras pasar por Granada y Sevilla, para convertirse en el director del Museo Provincial de Bellas Artes.

Desarrolló una intensa actividad arqueológica y cultural. Excavó varios yacimientos en la ciudad en los que siempre esperaba descubrir al fin el sarcófago fenicio femenino que le obsesionaba desde su juventud. En 1912 dirigió las excavaciones de la necrópolis fenicia de Punta de la Vaca, donde en 1887 había aparecido el sarcófago masculino, pero también ahí su búsqueda resultó infructuosa. ¿Dónde podía ocultarse entonces el sarcófago de sus sueños?

Conoció a Schulten, el arqueólogo alemán que buscaba Tartessos en Doñana y al que muchos tomaban por loco. Consiguió un gran reconocimiento profesional y social, pero, en su interior, un fracaso le amargaba. No fue capaz de localizar el sarcófago femenino que sabía que estaba enterrado bajo la ciudad.

Pelayo Quintero se hizo construir la casa donde habitaría muchos años y desde la que soñaría, una y otra vez, con encontrar el objeto de

su deseo, el esquivo sarcófago femenino. Al gusto teosófico, incorporó signos iniciáticos y esotéricos en la decoración de su hogar, que fue bien conocido por todos los gaditanos de la época.

En 1939, tras finalizar la Guerra Civil, fue trasladado o desterrado a Tetuán, no se sabe con exactitud. Tenía setenta y dos años cumplidos y aún atesoraba energía como para dirigir las excavaciones de Tamuda y para poner en marcha su museo arqueológico. Allí murió en 1946, sin lograr satisfacer su obsesión, encontrar el sarcófago fenicio femenino. Alguien, desde entonces, deposita flores rojas sobre su tumba blanca.

Pelayo Quintero habría pasado a la historia simplemente como un gran arqueólogo si no hubiese sido porque el caprichoso ¿azar? le guardaba otro destino. En septiembre de 1980, cuando se comenzaba a excavar sobre un solar de la calle Ruiz de Alda, en Cádiz, la máquina golpeó algo duro. Los operarios descubrieron entonces algo parecido a una gran losa de mármol, que había dejado un hueco abierto por el que extrajeron unos huesos. Decidieron entonces, con acierto y prudencia, parar la obra y comunicar el descubrimiento a Ramón Corzo, por aquel entonces director del Museo de Cádiz. Y pronto saltó la gran sorpresa. Se trataba de un bellísimo sarcófago fenicio femenino, con las mismas dimensiones y características del masculino que se hubiera encontrado un siglo antes, tal y como Pelayo Quintero lo hubiera predicho. El descubrimiento en sí ya fue increíble, pero más increíble resultó aún comprobar que, sobre ese solar, había estado edificada, precisamente, ¡la casa de Pelayo Quintero!

El insigne arqueólogo había buscado obsesivamente a la dama fenicia sin llegar nunca a sospechar que dormía sobre ella. ¿O sí lo supo? ¿Acaso encontró el sarcófago en algún otro lugar y lo hizo trasladar con sigilo? ¿Lo localizó allí y edificó la casa encima? Eso ya nunca lo sabremos.

Y es que, a veces, lo increíble sucede. Quizás durmamos sobre el objeto de nuestros ensueños y se nos vaya la vida sin descubrirlo. Que así de caprichoso es el destino que se empeña en juguetear con nuestras azarosas existencias.

Y TARTESSOS, ¿DÓNDE ESTÁ?

Tartessos se debate entre el mito y la historia, entre la leyenda y la

arqueología. Debemos sus primeras referencias escritas, cómo no, a textos de la Grecia clásica, que cantaron con admiración y asombro las riquezas proverbiales, en plata, cobre, pesca, agricultura y ganadería, del lejano país que cerraba el Mediterráneo al occidente, allá donde el sol se perdía, herido de crepúsculos, en las entrañas de la Mar Océana, morada de dioses fieros y de monstruos terribles y desmesurados. Fueron los griegos los que enviaron a su superhéroe Hércules hasta nuestra lejana tierra para desarrollar dos de sus penosos trabajos. Primero, robó los bueyes a Gerión, rey de los Tartessos, y después hurtó las manzanas del Jardín de las Hespérides. Hércules fue un héroe divinizado por muchas culturas mediterráneas de la Antigüedad, pero también por nosotros, hasta hoy en día. No en vano, el mito nos cuenta que fundó, entre otras, la mismísima ciudad de Sevilla. Bien se hizo, pues, al otorgarle el protagonismo en el escudo de Andalucía. Como herederos de los tartessos que somos, normal es que continuemos reverenciando al Hércules fundador.

Gárgoris, Habis, Argantonio, Nórax y otros tantos nombres reales configuran una dinastía tartésica bien referenciada en narraciones y mitos griegos, después replicados por los posteriores navegantes y cronistas romanos. Pero ¿dónde está Tartessos? Schulten y Bonsor buscaron desesperadamente la ciudad de Tartessos bajo las arenas del coto de Doñana. Aún se aprecia la excavación que realizaron en el cerro del Trigo, que nosotros tuvimos la oportunidad de grabar. Muchos se reían de ellos y los tomaban por locos. Pero también tomaron por loco a Schliemann hasta que terminó descubriendo Troya en el lugar en que la *Ilíada* la había descrito. Desde entonces, la ciencia comenzó a tomar en serio el mito, porque bajo las leyendas se encuentra oculto el tesoro de la realidad. Schulten fracasó en su intento de localizar la urbe, pero legó Tartessos para la ciencia. Desde entonces, sobre todo a partir del descubrimiento del fabuloso tesoro de El Carambolo, los hallazgos arqueológicos se multiplicaron. Doña Blanca, Coria, Alcorrín, Tejada la Vieja, Asta Regia, Cancho Roano… Ya son muchos los yacimientos que demuestran la existencia de una rica civilización que se extendió, aproximadamente, entre el año 1000 hasta el 500 a. C., hondamente influida por el mundo fenicio con el que comerció los ricos metales de Sierra Morena.

Aunque todavía existe un vivo debate entre los arqueólogos sobre la naturaleza e interpretación del mundo tartésico, Tartessos es ya una evidencia arqueológica. Aún queda mucho por conocer e interpretar, pero Tartessos ya ha logrado despojarse de muchas de las brumas y de las muselinas del mito para mostrarse con la solidez y los perfiles

definidos de una realidad histórica. Pero ¿dónde se encuentra su capital, la ciudad de Tartessos? Los científicos responderán que aún no ha aparecido, pero los poetas afirmarán que Tartessos ya vive entre nosotros; se encuentra bajo nuestros pies, enterrada bajo nuestros campos y bajo muchas de nuestras ciudades y pueblos. Tartessos, de alguna manera, habita en nosotros. Somos Tartessos, y nosotros sin enterarnos.

LA GRAN HECATOMBE DE TARTESSOS

Comenzamos la campaña de grabación de *Arqueomanía* 2018 en el mismo lugar que lo hicimos la temporada anterior, en la comarca pacense de La Serena. Y así, un año después, tras visitar Cancho Roano, nos encontramos de nuevo en el sorprendente yacimiento tartésico de El Turuñuelo de Guareña, junto al río Guadiana. Y es que el yacimiento bien merece la temprana reincidencia.

Y los dos primeros días de rodaje los dedicamos a Cancho Roano y al Turuñuelo de Guareña, dos increíbles, sorprendentes, yacimientos que nos hablan tanto de las grandezas y riquezas de Tartessos como de su inexplicable fin. La emoción de visitarlos solo es comparable con la curiosidad que suscitan las salas aún sepultadas en El Turuñuelo y que serán excavadas estos próximos años. Intuimos que grandes tesoros y valiosas respuestas nos aguardan bajo la tierra de las orillas del Guadiana.

Porque Tartessos, la misteriosa civilización desarrollada hace más de dos mil quinientos años, guarda aún grandes secretos por resolver. Las fuentes clásicas cantaron al reino mítico por su riqueza proverbial. La Biblia se asombró ante las naves de Tharsis que transportaron desde nuestras minas la plata para el templo del rey Salomón. Los griegos escribieron acerca de la gran ciudad de Tartessos que, a día de hoy, no sabemos ubicar. Quizás Tartessos no fuera una ciudad, sino, más bien, un territorio. ¿Mito o realidad entonces? La arqueología ya ha dictado sentencia: existió, pero aún no sabemos si el reino tuvo una gran capital, bautizada como Tartessos, o, por el contrario, se trató de una especie de federación de ciudades-Estado o de un simple espacio cultural. También existe un vivo debate sobre la propia naturaleza poblacional y cultural de Tartessos en el que aún se ignora el grado de involucración fenicia e indígena en el esplendor de la civilización

tartésica, con evidente aroma orientalizante.

El periodo tartésico comenzaría sobre los siglos IX-VIII a. C. para alcanzar su apogeo en el VI y finalizar agonizando alrededor del 400 a. C. ¿Y qué sabemos de su final? Pues dos descubrimientos iluminan esta etapa hasta ahora sumida en las tinieblas. En 1978 se descubrió Cancho Roano, en Zalamea de la Serena, en Badajoz. El santuario, levantado en una llanura al lado de un arroyuelo, se encuentra rodeado por un foso excavado en la roca granítica de la zona. El monumental edificio consta de tres fases constructivas que se aprecian en el *sancta sanctorum*, con la superposición de los altares. En la actualidad queda visible el más antiguo, con enigmática forma de signo egipcio, sobre el que se habría superpuesto el característico en forma de piel de toro, similar a los localizados en El Carambolo, Coria del Río, El Turuñuelo o Málaga. Un sorprendente santuario tartésico, ocultado por sus propios moradores bajo un túmulo de tierra perfectamente levantado. Y lo consideramos como santuario porque así lo creen una mayoría de arqueólogos, aunque existen voces, como la de Martín Almagro Gorbea, que piensan que, en verdad, se trataba de un palacio rural.

Sea lo que fuere, en su interior se encontró un riquísimo ajuar de joyas, figuras en bronce y cerámicas. El hallazgo movió los cimientos de lo que hasta entonces se conocía de Tartessos. Por una parte, se descubrió que sus fronteras se habrían extendido hasta la línea del Guadiana y, por otra, que los sacerdotes decidieron ocultar su riquísimo santuario por un extraño motivo aún desconocido. Hemos tenido la fortuna de visitar en varias ocasiones Cancho Roano y aún se percibe el eco de la tragedia. ¿Por qué autodestruyeron sus moradores tan espléndido santuario con todas sus riquezas dentro?

Y en esas estábamos hasta que un nuevo milagro arqueológico volvió a sacudir lo que conocíamos de Tartessos. Lo imposible se encarnó en El Turuñuelo de Guareña. Bajo un montículo de tierra se descubrieron unas formidables ruinas tartésicas, aún en excavación bajo la experta dirección de Sebastián Celestino y Esther Rodríguez. Para sorpresa de todos, aquel túmulo situado en plena zona regable del Plan Badajoz, y junto a un cortijo de labor, custodiaba, ni más ni menos, que el más importante santuario clásico de todo el Mediterráneo occidental. Visitarlo supone sumirse en la perplejidad, ya que, como en Cancho Roano, el santuario fue clausurado por sus moradores. Y antes celebraron un sangriento aquelarre ritual, conocido en el mundo clásico como hecatombe, en el que más de cincuenta animales, la mayoría caballos, fueron sacrificados y depositados en el patio, configurando un dantesco escenario. ¿Por qué los sacerdotes ordenaron sacrificar sus posesiones más valiosas y queridas, los caballos? ¿Qué oculta todavía El Turuñuelo? En alguna de sus salas aún no excavadas, junto a los tesoros por descubrir, nos aguarda la respuesta para la pregunta fundamental. ¿Por qué desapareció Tartessos?

EL MUERTO TARTÉSICO DE EL TURUÑUELO DE GUAREÑA

El yacimiento tartésico de El Turuñuelo de Guareña es una auténtica caja de sorpresas. No solo nos ha proporcionado una bellísima y sorprendente arquitectura monumental, ricos ajuares y abundantes sacrificios animales, sino que, en la campaña de 2018, aportó el valioso descubrimiento de un esqueleto humano casi completo. Estos restos son muy escasos, de ahí su alto valor científico, ya que en la cultura tartésica se incineraban a los difuntos y se enterraban sus cenizas. Por eso, apenas si se han encontrado huesos humanos y casi nada sabemos de sus cuerpos, sus tallas, su alimentación y su genética.

Pero antes de estudiar al muerto, repasemos con brevedad el yacimiento. El edificio es enorme y complejo. Posee dos plantas y un gran patio delantero del que emerge la escalera monumental que accede al primer piso. Sobre este patio aparecieron los restos de más

de cincuenta caballos sacrificados en la mayor hecatombe que se conoce en toda la Antigüedad. Todo es desmesurado en esta edificación singular, de la que aún quedan muchas habitaciones por excavar que contendrán, a buen seguro, un rico y valioso ajuar de enseres y objetos variados, como ya ocurriera en el cercano Cancho Roano.

Patio excavado de el Turrueñuelo de Guareña, Badajoz.

Hemos tenido la fortuna de visitar las excavaciones durante dos años seguidos para conocer sus avances, sorprendentes y espectaculares. Y ese año, cómo no, saltó la inesperada sorpresa. Se excavaba una sala lateral —en la que habían aparecido, entre otros objetos, dos braseros de bronce y los pies y la basa de una escultura de mármol— cuando aparecieron unos huesos que de inmediato se identificaron como humanos. Inmediatamente, los directores de la excavación, Sebastián Celestino y Esther Rodríguez, pidieron a una experta antropóloga del CEFYP que se desplazara hasta el yacimiento para dirigir los trabajos de extracción de los huesos, así como para realizar los primeros estudios y análisis de campo. ¿Quién era el muerto? ¿Por qué se encontraba allí? Los restos, al parecer de hombre, se encontraban extendidos sobre un montón de tierra y aplastados por las vigas quemadas del techo que se le desplomó encima. Son muchas las preguntas que quedan abiertas. ¿Murió por accidente mientras

trabajaba en la clausura del edificio? Si así fue, ¿por qué dejaron allí el cadáver y no lo sacaron para incinerarlo con los ritos habituales de la época? Si no se trató de un accidente, ¿qué ocurrió en verdad? ¿Fue asesinado? ¿Se trata de un sacrificio? ¿Pueden encontrarse más individuos enterrados en algunas de las salas por excavar? Estas preguntas y otras muchas por formular se irán respondiendo a medida que la excavación avance y que la ciencia, a través de sus estudios y análisis, satisfaga las muchas dudas que aún suscita el hallazgo.

Para adentrarnos en esta tarea detectivesca, nos trasladamos hasta la Facultad de Geografía e Historia, en la Ciudad Universitaria de Madrid, para entrevistar a Victoria Peña Romo, arqueóloga-antropóloga del CEFYP, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, vinculado a la Universidad Complutense y a Luis Alberto Ruiz Cabrero, profesor de la misma. Hemos grabado los restos humanos de El Turuñuelo y hemos charlado largamente sobre la información que de ellos se pudiera obtener. No olvidemos que los huesos son como libros abiertos para los antropólogos. Gracias a ellos, en primer lugar, podremos confirmar si son de hombre o de mujer, la edad que tenía al morir y su altura. Los restos de El Turuñuelo —sin estudios definitivos todavía— apuntan a un varón robusto de unos 1,67 metros de altura que tendría entre 20 y 30 años de edad en el momento de encontrar la muerte. También podremos conocer algunas de las enfermedades que sufrió durante su existencia.

Por otra parte, diversas analíticas nos permitirán conocer si su dieta era rica en carne —propia de clases altas y de guerreros—, así como su tierra de origen, ya que siguiendo los rastros del estroncio podemos averiguar si su infancia transcurrió en una zona cercana al yacimiento o si, por el contrario, se crio en tierras lejanas. Otro análisis fundamental será el de ADN, que nos permitirá conocer su filiación y su origen. Es bien conocido el debate sobre la naturaleza de la población tartésica. Para unos, el componente fenicio-púnico es superior al autóctono, mientras que para otros es a la inversa. Esperemos que el análisis de los huesos nos aclare algo al respecto, sin bien es cierto que el estudio de un único individuo carece de certeza estadística.

Queda mucha tarea por delante. El Turuñuelo, el mejor yacimiento tartésico descubierto hasta la fecha, aportará abundantísima información que permitirá desvelar algunos de los misterios de la enigmática Tartessos. Los huesos del muerto de El Turuñuelo están ahora con nosotros también para contarnos los secretos de cómo vivió el guerrero tartésico y de cómo lo encontró la muerte traicionera.

Con Victoria Peña, ante los restos del Turruñuelo.

ALCORRÍN, LA TROYA ESPAÑOLA

En Manilva, una de las localidades menos conocidas de la Costa del Sol, pero también una de las más hermosas, una pequeña meseta, rodeada de viñedos y visible desde la autovía. Y en esa meseta, testigo de un suntuoso tiempo pasado, se escondió, durante mucho tiempo, la ruina de la ciudad de Alcorrín. Unas grandes puertas darían acceso al interior de la fortaleza de Los Castillejos de Alcorrín, como desde siempre se conoció el lugar. Debajo, a la izquierda, se aprecia un foso. Arriba, a la derecha, un baluarte, una torre.

Desde lejos, Alcorrín, con su imponente muralla de nueve torres, se nos asemeja a una de las grandes ciudades del oriente mediterráneo. Alcorrín es nuestra Troya. Carece de relato, de leyenda, pero no de arqueología. Alcorrín se construyó entre los siglos IX y VIII a. C. Funcionó durante cien años, más o menos, y luego fue abandonada con orden, fue evacuada. Sus ocupantes se marcharon para no volver jamás, llevándose consigo sus pertenencias. No hubo demolición —o al menos no se ha detectado ninguna— ni incendio y, en el momento

de escribir estas líneas, se desconoce la razón del abandono del lugar.

Alcorrín abre las puertas del mundo indígena —de lo que pudiera ser el nacimiento de Tartessos o de su periferia— y a una relación política y comercial con los recién llegados, con los fenicios y con toda la amalgama de pueblos orientales que se establecieron en la península ibérica durante la Edad del Hierro.

El Instituto Arqueológico Alemán encarnado en la persona de su directora en Madrid, Dirce Marzoli, y el Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, representado por José Suárez, realizan un metódico estudio del yacimiento, que incluye la geofísica o la arqueometría, además de la excavación propiamente dicha. El trabajo de reconstrucción tridimensional con base fotogramétrica es espectacular.

Pavimento de Conchas, yacimiento de los Castillejos de Alcorrín, Manilva, Málaga.

Dirce y Pepe son conscientes de que analizan un yacimiento que puede cambiar muchas de las perspectivas actuales sobre el mundo indígena. Lo que tienen entre manos es una llave que podría abrir un cambio de paradigma. Hasta ahora, el modelo de colonización fenicia se asemejó al de los españoles en América, por poner un ejemplo. Un modelo en el que unos —los colonizadores— imponen una relación concreta a los otros —los colonizados —. Y lo hacen por su superioridad tecnológica y militar, o, en el caso de los fenicios, por su

superioridad comercial y marítima. Pero edificaciones colosales como Los Castillejos de Alcorrín pueden cambiar esta idea, ya que la población local contaba con unas ciudades fuertemente amuralladas y con una avanzada tecnología en defensa militar. La muralla de Alcorrín, cuyo perímetro supera los dos mil metros, con refuerzos internos en forma de escalera y un grosor que alcanza los cinco metros, nos deja ante un trascendente enigma arqueológico por resolver. Esta magnífica fortaleza requirió pericia, avanzada ingeniería militar y personal especializado para su diseño y construcción. Un fin, un plan previo y una ejecución diligente. En el interior de la fortaleza se ubica un poblado o ciudad de once hectáreas de superficie, con casas de estilo indígena y edificios rectangulares de inspiración oriental,

Los Castillejos de Alcorrín dominaban el Estrecho y el paso a los metales de la Serranía de Ronda. Sus constructores no fueron unos primitivos con taparrabo deslumbrados por baratijas orientales, no. Quizás estemos ante un modelo de negociado, de pacto, de relación entre pares, entre productores conscientes y comerciantes que vienen hasta el Mediterráneo occidental buscando productos concretos, por ejemplo, el hierro o el estaño. Las relaciones de intercambio de materiales entre ambos extremos del Mediterráneo están documentadas desde al menos la Edad del Cobre, entre el cuarto y tercer milenio antes de Cristo.

Después, hubo un parón, una marcha atrás, una grave crisis, al menos en el suroeste peninsular. La Edad del Bronce fue más brillante en el sureste, aunque eso no deba significar necesariamente un fenómeno de despoblación. Ahí está Setefilla, en Lora del Río, Sevilla, por ejemplo, para acreditar esta población. Sin hablar de continuidad cultural, tampoco debemos hacernos a la idea de una península deshabitada o poblada por pueblos primitivos, nómadas de ir y venir. No parece que Alcorrín sea fruto de una sociedad así, sino, por el contrario, de una sociedad urbana y comercial, con una sólida estructura defensiva.

Tal vez estemos ante uno de los yacimientos más importantes del occidente mediterráneo. Nosotros empezamos a rodarlo hace siete años y todo apunta a que tendremos que venir muchas más veces en el futuro. La riqueza de su historia está aún por descubrir. Larga vida a la Troya del Estrecho.

ELS VILARS, EL CORAZÓN DEL GUERRERO

A veces, los guerreros más fieros ocultan en sus entrañas un corazón delicado, una emoción trémula, un amor inconfesado. Bajo la fiereza de sus corazas y panoplias, tras el brillo de sus escudos, espadas y lanzas, el joven temeroso que se enfrenta a la batalla siempre tiene un recuerdo emocionado a los suyos, a su amor, a su hogar. Por fuera, hierro; por dentro, sentimiento, carne enamorada. Pero sin que se note demasiado, claro está, porque, ya se sabe, los hombres ni lloran ni se reblandecen por sensiblerías ni suspiros. Hombres de hierro, puro hierro, para la batalla sin cuartel. Así, al menos, nos ha llegado la imagen de los guerreros íberos.

Las poblaciones se protegían en el interior de las fortalezas desde que, en el remoto Neolítico, nos hiciéramos sedentarios y territoriales. Pero fue en la Edad del Bronce cuando las fortificaciones adquirieron un terrorífico aspecto, amenazante y letal, sublimado, si cabe, en la posterior Edad del Hierro. Y para comprobarlo, visitamos la fortaleza íbera de Els Vilars, con planta conceptual de dibujo de Miró y alzado feroz de armadillo intimidante y pétreo.

En el corazón de una fértil llanura regada por el canal de Urgell se encuentra la localidad leridana de Arbeca, famosa por ser la cuna del arbequino, la variedad de olivo que produce el aceite más afrutado. Pero el sorprendente descubrimiento de la fortaleza íbera, allá por los años setenta del pasado siglo, bautizada como Els Vilars por la toponimia del lugar, la colocó entre el olimpo de las ciudades con un patrimonio arqueológico ibérico más destacado. Els Vilars presenta un buen estado de conservación y su planta circular, fuertemente amurallada, y que gira sobre un gran pozo central, traza un dibujo entre geométrico y abstracto en el paisaje que nos asombra e intriga. ¿Por qué ese diseño arquitectónico, esas fuertes murallas, esos fosos desproporcionados?

Conocemos el yacimiento de la mano de Emili Junyent, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Lérida y director de las excavaciones desde su descubrimiento, que nos responde pacientemente a las muchas preguntas que el lugar nos suscita. Primero, por qué los íberos ilergetes la construyeron *ex novo*, con un diseño cerrado, a mediados del siglo VIII a. C., en el Hierro antiguo. Paradójicamente la fortaleza se erigió en un llano, rechazando la lógica defensiva de las alturas circundantes. La finalidad última, pues, no pudo ser la defensiva, otros debieron ser los motivos que

justificaran la osadía de levantar una gran fortaleza en un lugar tan difícil de proteger. La respuesta de Emili Junyent apunta hacia criterios políticos de ocupación del territorio y, sobre todo, al deseo expreso de exteriorizar poder, inspirar temor, advertir a propios y extraños sobre el lugar donde residía la jefatura a la que respetar y obedecer. Pues si esa fue la finalidad de los ilergetes, vive Dios que bien lo consiguieron al erigir la fortaleza de Els Vilars. Su visión exterior se asemeja a una gigantesca bestia antediluviana defendida por corazas, espinos y cuernos. Muros de seis metros de ancho, con casi nueve metros de altura y con catorce torreones, todo ello rodeado por un gran foso de más de veinte metros de ancho y con una profundidad media de unos cuatro metros. Las afiladas defensas del campo frisio aún se recortan amenazantes ante nosotros. Demasiado artefacto militar —el 80% de la superficie está ocupada por las murallas— para una ciudadela de apenas sesenta metros de diámetro y habitada por unas ciento cincuenta personas. Sin duda, solo la representación escenográfica del poder justificaría tamaña ostentación.

La ciudad presenta varios niveles de ocupación, desde el primer Hierro hasta el ibérico pleno, para ser abandonada a mediados del siglo IV a. C., tras cuatrocientos años de ocupación continua. La ciudad no fue destruida, sino, al parecer, pacíficamente abandonada. Sencillamente, había perdido su razón de ser. Su silueta ya no imponía temor, como antaño, y los guerreros y poderosos del momento decidieron que otros debían ser los lugares donde enarbolar sus pendones, consagrar sus templos, adorar a sus dioses, engendrar a sus hijos. Deshabitado y abandonado, Els Vilars solo encontró el consuelo de la ocultación bajo el manto de tierra con el que el tiempo, siempre generoso, lo cubrió. Mejor desaparecer con honra que ser objeto de escarnio y desgarro, con los jirones de sus murallas expuestos impúdicos ante los ojos de todos. Su viejo orgullo íbero no soportaría la humillación de recibir burlas cuando nació para inspirar temor, suscitar sumisión y reclamar obediencia.

Vista aérea de Els Vilars.

Aquellos guerreros de aspecto fiero y, quién sabe, de corazón sensible, levantaron una fortaleza con un exterior terrorífico para albergar sus hogares en su interior. Y en ellos, la calidez doméstica, el amor familiar. Bajo los suelos de algunas de las casas se han encontrado —como es habitual entre los íberos— enterramientos de niños muertos al nacer, de guerreros que nunca pudieron ser y que, desde el cielo de los seres inocentes, bendecirían la sangre que los engendró. Pero, bajo esas casas, se escondían también restos de fetos de potros. Se han encontrado al menos quince, y esta muestra de veneración por el caballo es algo propio de Els Vilars. Quién diría al observar sus fosos, murallas y torres que, en su interior, niños y potros muertos al nacer serían venerados al unísono bajo el tálamo y el hogar. Quien así oficia en casa, sentimientos alberga en su corazón.

Un templo —un espacio cultual en jerga científica— los reuniría para su devoción. Una hornacina en la que se situarían sus betilos, un altar/hogar en forma de piel de toro —al modo tartésico y orientalizante— y lámparas que impregnarían de hollín paredes y techos demuestran el culto permanente de aquel espacio sagrado.

Yacimiento de Els Vilars, Arbeca, Lérida.

Espacios domésticos, almacenes, talleres y hornos se encuentran articulados de manera concéntrica alrededor del gran pozo/aljibe central, una monumental excavación revestida en piedra que recogía el agua de lluvia y aportaba seguridad ante el posible asedio prolongado. El pozo es el auténtico corazón de Els Vilars, al punto de preguntarnos si, además de su función como depósito, pudo tener algún especial simbolismo para quienes lo custodiaban.

Pero aquellos guerreros, ya lo sabemos, también eran padres de familia, agricultores en gran parte del año que, al modo homérico, solo eran llamados a la lucha cuando el tambor de la guerra resonaba al alba de la gloria; de la gloria o de la muerte. Por eso, sudorosos bajo su panoplia, se encomendarían al hijo enterrado, o al potrillo de sus lares o de sus dioses domésticos. Aullidos de lobo fiero al exterior, tierno ronroneo, apenas si musitado, en el interior.

Las excavaciones en Els Vilar continúan y los descubrimientos se sucederán en el tiempo. Existen otros fosos exteriores que, una vez excavados, incrementarán la monumentalidad de la fortaleza. La necrópolis aún no ha sido descubierta y sus muertos y ajuares suponen todo un reto para los arqueólogos que la investigan. Sorpresas y conocimientos que, sin duda alguna, el yacimiento generoso nos regalará en un plazo breve.

Pese a su aparente fiereza, nos sentimos bien en Els Vilars. Toda su tramoya militar, sus defensas desmesuradas y su ostentación bélica ni nos intimidan ni nos inquietan. El lugar, hoy, evoca paz; insufla serenidad. Quizás sea porque los guerreros se fueron hace tiempo, con sus corazas y dagas, a otras fortalezas de las de verdad, para dejar aquí enterrados los restos de los hijos muertos con la fiel compañía de

sus potros neonatos. Junto a ellos, intuimos, quedó un trozo de ese corazón, tierno y palpitante, que nunca se atrevieron a mostrar y que siempre tuvieron que ocultar en aquellos tiempos feroces de la Edad del Hierro que les tocó vivir.

ULLASTRET, EL ESPÍRITU MELANCÓLICO DEL LOBO

El espíritu del lobo merodea por las ruinas de las ciudades íberas que lo adoraron y que lo representaron en esculturas, cerámicas, armaduras y escudos. El lobo es un feroz cazador y un tierno padre de familia. Aparece y desaparece como por ensalmo y alimenta a su prole sin desmayo. Quizás por eso, la sociedad íbera admirara —y temiera— a la fiera que aullaba estremecedora en las noches de luna llena. Y quizás por eso, sus guerreros mostraran una fiereza salvaje con sus enemigos derrotados, humillados y vejados. Visitamos Ullastret, la capital de los indiquetas, y la visión de los cráneos decapitados clavados sobre las puertas nos sobrecoge y atemoriza. ¿Quiénes fueron estos guerreros? ¿A quién temían? ¿Por qué esa crueldad *gore*?

Enclavada sobre el Puig de Sant Andrés, un cerro que domina un antiguo lago, Ullastret es una de las ciudades íberas más importantes de España. Se levanta en el corazón del Bajo Ampurdán, en la provincia de Gerona, sobre uno de sus paisajes más hermosos, en palabras del escritor Josep Plá. Su simple visión ya impone, por lo que nos acercamos a ella con temor reverencial. Se encuentra defendida por una enorme muralla ciclópea y rodeada por un profundo foso que evidencia un elevado conocimiento de la ingeniería militar. El director del yacimiento, Gabriel de Prado, nos habla de sus cronologías, desde un primer asentamiento en el siglo VII a. C. hasta su apogeo y plenitud entre los siglos VI y IV a. C., cuando llegó a albergar a una población de entre cuatro mil y seis mil personas, una desmesura para su momento.

Parte de las murallas de Ullastret.

Los habitantes de Ullastret manejaron con gran maestría la forja del hierro, con el que fabricaban herramientas y aperos agrícolas y, sobre todo, armas. Destacan las espadas del tipo La Tène, mucho más abundantes que las tradicionales falcatas ibéricas. La estremecedora costumbre de clavar en las puertas las cabezas decapitadas de los enemigos nos evoca la fiereza de alguna de las tradiciones de la época. Algunas de las cabezas de estos desdichados —de tan solo dieciséis años de edad uno de ellos— nos miran desde las vitrinas del museo. Los guerreros de Ullastret los derrotaron y no tuvieron piedad: se sabían poderosos y mostraban su poder con el espectáculo macabro de los cráneos enclavados.

La ciudad erigió palacios y templos, y estuvo gobernada por una aristocracia que tomaba sus decisiones en un senado patricio. Su economía agraria basada en el cereal le permitía valiosos excedentes con los que mercadear con el rico emporio griego de Ampurias. De ahí los muchos silos que aparecen diseminados por la ciudad y de ahí también la ostentosa cerámica griega encontrada. Pero por encima de silos, palacios, templos y aljibes, destaca su arquitectura militar, con murallas ciclópeas, torreones y fosos, levantados antes de que cartagineses y romanos comenzaran a hollar su territorio. ¿Por qué entonces este enorme artefacto militar? ¿A quién temían?

Asentamiento ibérico de Ullastret.

Sabemos que sus enemigos ancestrales eran sus propios vecinos, otros pueblos íberos con los que, por causas diversas y de manera esporádica, entraban en guerra. Por eso la desmesura de sus defensas, pensadas tanto para resistir el asedio como para atemorizar con su poderío a propios y extraños. Pero de nada valieron sus baluartes cuando las dos potencias del Mediterráneo occidental, Roma y Cartago, rompieron hostilidades en 218 a. C. para dar comienzo a la que sería conocida como la segunda guerra púnica. Roma destruyó a los púnicos que osaron ofenderla ante sus mismas puertas, y su victoria decidió el declive y muerte de Ullastret. Roma se enseñoreó de la Iberia y no podía permitir que sus poderosas ciudades retaran su poder desde la altura de sus murallas. Por eso, ordenó que sus habitantes la abandonaran. Ullastret quedó como una ciudad fantasma, deshabitada, pero sin destruir. El tiempo tenaz e incansable la enterró bajo la tierra, y su nombre y recuerdo se perdieron en la noche de los tiempos.

En la parte alta de la ciudad, que domina el antiguo lago, se edificó posteriormente, junto a un aislado castillo carolingio, la iglesia de San Andrés en el siglo XIII, cuando Ullastret ya solo era una sombra perdida en la memoria. Como en otros tantos lugares, las ermitas y pequeñas iglesias rurales se cimentaron sobre los altares de los dioses antiguos, sobre las recias piedras de los templos olvidados. Nadie escuchó ya los aullidos desgarrados del lobo derrotado. Ya eran

espíritus, y a los espíritus nadie los quiere ni, mucho menos, los escucha.

Ullastret se abandonó y sus ruinas quedaron sepultadas durante más de dos mil años. La arqueología descubre hoy sus secretos e ilumina con sus hallazgos un esplendoroso pasado ibérico que apenas si hemos comenzado a conocer. El espíritu del lobo ya no aúlla feroz, pero si lo convocáramos, percibiríamos su mirada de derrota y melancolía sobre el paisaje, único y luminoso, del Ampurdán.

SAGUNTO, EL ESPEJO QUE ENGAÑÓ A ANÍBAL

Aníbal ansiaba la gloria. Y para alcanzarla, debía derrotar a la Roma odiada, que había incumplido los acuerdos alcanzados tras la primera guerra púnica. Con la vigorosa ambición de su juventud, el general cartaginés soñó con lo imposible: destruir Roma. Para ello tendría que armar un ejército poderoso y cruzar los Pirineos y los Alpes, una hazaña solo al alcance de los grandes héroes en los que se reflejaba. Y Arse, la fortaleza inexpugnable que después sería conocida como Sagunto, se interponía en su camino. Determinó conquistarla antes de comenzar su azaroso camino a la victoria total.

Aún hoy, cuando nos acercamos a Sagunto, la visión de su recinto amurallado nos sobrecoge. Sus torres y murallas nos retan amenazantes desde sus alturas verticales. Nadie, en su sano juicio, se atrevería a atacar esa meseta imposible que domina, soberbia, la llanura litoral mediterránea a escasos treinta kilómetros de la ciudad de Valencia. Pero Aníbal ordenó hacerlo en el año 219 a. C. Las puertas de Roma, para las gentes de Cartago Nova, se encontraban en Arse. Si las abrían, podrían llegar con sus elefantes y sus hombres hasta la ciudad de las siete colinas.

Años atrás, cuando todavía era un niño, su padre, Amílcar Barca, apodado el Rayo por la velocidad de sus ejércitos, le hizo jurar odio eterno a los romanos en el templo de Melkart, en la isla gaditana de Sancti Petri. Y Aníbal se crio en el odio inculcado: odiaba a los romanos y odiaba a los habitantes de Arse, aliados de la ciudad maldita que le retaban desde la orgullosa Iberia profunda. Los edetanos, ante el inminente asedio del cartaginés, pidieron auxilio a Roma, un auxilio que nunca llegaría. Los habitantes de Arse —Sagunto— tendrían que enfrentarse en solitario a las fauces

hambrientas del conquistador. No se lo pusieron fácil, y durante más de ocho meses resistieron la agonía de un asedio feroz. Cuenta la leyenda —hermosa y épica, pero no contrastada— que, sabedores de su derrota, prefirieron arrojarse a la hoguera antes que aceptar la rendición ante Aníbal. Sea como fuere, Aníbal logró la hazaña de conquistar la ciudad inconquistable y se creyó ungido como héroe por el alto designio de los dioses. Con Arse en sus manos, la retaguardia quedaba garantizada, y el camino a Roma, expedito. La segunda guerra púnica había comenzado.

El resto de la historia ya la conocemos. Aníbal llegó a las mismas puertas de Roma, pero no entró en ella. Los cartagineses fueron derrotados; los campos de Cartago, sembrados de sal, y Arse, refundada como la ciudad romana de Sagunto, floreciente y hermosa, con foro, teatro, circo y anfiteatro. Durante el periodo andalusí sería de nuevo rebautizada como Murviedro, cuyos perfiles amurallados aún hoy vemos, ya que ni siquiera el bullicio del desarrollismo, con sus mesnadas de turistas y de Altos Hornos, lograría desmocharlos.

Castillo de Sagunto.

El Castillo, como se conoce, sigue reinando sobre el Sagunto actual. Almorzamos en la Taverne de la Serp, en la antigua judería, bajo los pies del controvertido teatro. Ni la voz dulce y melódica de la cantante que ameniza el lugar ni la cerveza que nos refresca logran apagar los gritos de furia de los asediadores ni los alaridos de terror de los asediados. Su eco milenario llega hasta nosotros. Al final, unos y

otros serían derrotados y ejecutados. La gloria efímera se cubrió, como siempre, con el manto escarlata de la sangre derramada. Los dioses jugaron con el destino de edetanos y cartagineses para, al final, tomar partido. A ambos les tocó morir para que la gran Roma se convirtiera en señora indiscutible de un mar que, para siempre, sería conocido como el Mare Nostrum.

La voz de la cantante se apaga, terminamos nuestros bocadillos y nos dirigimos hacia el coche. Nos toca abandonar Sagunto, el espejo engañoso en el que Aníbal se creyó reconocer como el emperador que nunca sería. La gloria siempre niega sus mieles a quien solo sabe vivir en el odio eterno.

Relieve romano con escena nilótica aparecida en Sagunto.

LA DAMA, EL PRÍNCIPE, EL HÉROE, LA DIOSA: BAUTIZO DEL MUSEO ÍBERO DE JAÉN

Afortunadamente, y a pesar de nuestro secular empeño, aún no hemos logrado enterrar nuestro pasado. Su recuerdo se inmortaliza a través de las huellas arqueológicas de su caminar histórico. Nuestro pasado es rico y glorioso, y ahí está el mundo de los príncipes, héroes, diosas y damas íberas para atestiguarlo. Jaén, la desconocida, inaugura su gran Museo Íbero, que dará a conocer internacionalmente una de las

culturas más importantes de nuestra historia y arqueología. El mundo íbero (650 a. C. hasta principios de nuestra era) terminaría romanizándose por completo. Moriría la cultura íbera, nacería la hispanorromana. Jaén, por méritos propios, es la sede de la gran institución museística y científica que desvelará los secretos que aún oculta el mundo de nuestros antepasados íberos. No ha sido fácil conseguirlo, pero el esfuerzo ha merecido —y mucho— la pena. Gracias a Arturo Ruiz y Manuel Molinos por su colosal empuje y dedicación. Sin ellos, sencillamente, el prodigio no habría sido posible.

Jaén, encaramada en las faldas del cerro de Santa Catalina, oculta entre su caserío tesoros aún poco conocidos. La iglesia de la Magdalena—con el misterioso ninfeo del lagarto a su frente—; los baños árabes y el palacio del conde de Villardompardo; la judería, Santa Clara, San Andrés y el castillo de Santa Catalina, entre otros monumentos, componen una sinfonía de historia, belleza y piedra que emociona y esclarece. Sin embargo, no se le incluye en el gran *tour* de las ciudades patrimoniales andaluzas, por una competencia imposible con tres de los grandes luceros mundiales, Granada, Sevilla y Córdoba. Por ello la capital queda algo aislada del trasiego de visitantes que riega las economías y las haciendas de hosteleros y comerciantes del resto de las grandes capitales turísticas de Andalucía.

Arturo Ruiz.

Pero Jaén —y también es desconocido para muchos— es la capital de la cultura íbera, la provincia donde se han descubierto los conjuntos escultóricos —como el del Pajarillo y Cerrillo Blanco— más impresionantes del fascinante mundo íbero, que se extendió desde Andalucía la Alta hasta toda la franja mediterránea. La provincia de Jaén brilla con luz propia. Sus grandes *oppida*, como Cástulo u Obulco, asombran por sus dimensiones y riqueza. Por eso, Jaén debía ser la sede de un gran museo y centro científico que concediera a la cultura íbera el peso que le corresponde en relación con otras culturas del Mediterráneo, más estudiadas y valoradas.

A lo largo del siglo XX se crearon en cada provincia los museos arqueológicos, que mostraban sus piezas más destacadas de todos los tiempos de su historia. Sin embargo, la museística, desde principios del siglo XXI comenzó a plantear también museos temáticos, de carácter monográfico, para abordar en profundidad una única materia o periodo arqueológico. Es el caso, por ejemplo, del colosal Museo de la Evolución Humana de Burgos. Estos museos generan un núcleo de investigación, ciencia y cultura, una masa crítica que permite que su producción científica compita a escala internacional.

En Jaén, afortunadamente, se ha apostado por uno de esos grandes museos monográficos, el Museo Íbero de Jaén, que se puede situar, por derecho propio, en la vanguardia de los nuevos conceptos museísticos. Tras su inauguración ofreció al visitante una exposición bajo el sugerente y poético título de «La Dama, el Príncipe, el Héroe, la Diosa», en la que nos adentra, a través de piezas espléndidas y textos divulgativos, en el imaginario sagrado, político y militar del mundo íbero. La exposición, bellísima, supuso apenas un aperitivo de los contenidos que en su día albergará el museo. Ojalá pronto podamos disfrutarlo por completo. Pero mientras, felicitémonos, como aficionados a la arqueología, por su inauguración.

Caja con guerreros de la necrópolis de Piquia, Arjona, Jaén. Museo Íbero de Jaén.

Guerrero con doble armadura en el Museo Íbero de Jaén. Exposición temporal titulada «La dama, el príncipe, el héroe y la diosa».

Las diosas íberas —con sus palomas— y los héroes —con sus lobos y sus grifos— nos lo agradecen desde el cielo azul y luminoso del

tiempo ancestral en el que habita su recuerdo, hoy recuperado gracias al Museo Íbero de Jaén.

OCVRI, DE VIVOS Y MUERTOS

Impresionan lo avanzadas que llegaron a ser las costumbres y las leyes romanas sobre la muerte. Desde la Ley de las Doce Tablas, allá por el año 450 a. C., Roma comenzó a regular las prácticas funerarias y los espacios de enterramiento. Los muertos deben separarse de los vivos, esa es una máxima que Roma consagró, negro sobre blanco, desde la citada norma. Y hay que respetar el rito y los honores al finado. La *Iusta facere* así lo ordena. De no sepultarse el muerto de manera adecuada, los vivos podrían enfrentarse a los espíritus que vagaban entre los dos mundos para hacer la vida imposible a los temerosos humanos. Había que sacarlos de la casa familiar con los pies por delante y cumplir a continuación con todo el rito funerario, escrupulosamente, so pena de tormento fantasmal.

La visión del mundo funerario viene determinada por la idealización del futuro tras la vida. Los romanos creían en el Más Allá y los muertos debían ser honrados. Incluso se hacían funerales en tumbas vacías, *cenotaphium*, en caso de —por ejemplo— no haber recuperado un cadáver tras un naufragio. Se incineraba o se inhumaba según la época y la clase social, y en nuestras necrópolis podemos encontrar abundantes ejemplos de ambas prácticas funerarias.

Queremos buscar arqueología de la muerte en la sierra de Cádiz. La subida hacia Ocvri, en Ubrique, es dura, aunque el paisaje aromático de bosques antiguos y de altas cimas suaviza el esfuerzo de la ascensión. Estamos en un nido de águilas como el de Bobastro, como el de Zahara o como el del mismo Alamut. Quizás algún «viejo de la montaña», con el que no se cumplió la *Iusta facere*, vague por las faldas de la ciudad-montaña durante las largas noches de invierno. Pero esa no es nuestra jurisdicción, dejemos en paz al padre de los míticos asesinos de Alamut y regresemos a la Hispania romana que, de alguna manera, aún nos conforma.

A medida que alcanzamos la cima, el urbanismo antiguo se presenta en forma de trozo de calle y luego, unos metros más arriba, con fachada de panteón familiar. ¿O es de una mutua? En Roma, los panteones eran propiedad de familias pudientes o de sociedades de

enterramiento (*collegia funeraticia*). Sí, eso es, como las cofradías y hermandades de la Edad Moderna. En Roma, desde época augusta, aparecen los columbarios, agrupaciones de nichos para las urnas de las cenizas, como solución para el problema de espacio y de salubridad, ¿os recuerda a algo?

Vista desde la sierra de Aznar, Arcos de la Frontera, Cádiz.

El monumental mausoleo de Ocvri es de gran tamaño y posee columbarios. Eso nos conduce hasta una cuestión: ¿fue propiedad de una familia o de un *collegia funeraticia*? La investigación irá determinando, acotando, aclarando. Queda mucho todavía por discernir, y eso que la ciudad se comenzó a excavar a finales del siglo XVIII. El eco de Pompeya resonaba por sierras y valles, y Ubrique, como Cártama, fueron centros de interés arqueológico. Hubiera merecido la pena poder contemplar aquellas excavaciones del siglo XVIII, como la de las matronas de Cártama. El caso es que estamos en una ciudad con vocación de gendarme territorial. Su ubicación determina su funcionalidad. Ocvri controla, desde sus alturas, el paso entre Gibraltar y Ronda, entre el Mediterráneo y el Guadalquivir. Los tartésicos ya lo supieron y por eso se establecieron allí, para controlar la Manga de Villaluenga, Benaocaz y la selva de los Alcornocales.

Mausoleo yacimiento Ocvri, Ubrique, Cádiz.

En Ocvri hay agua en abundancia, ya que está ubicada en una de las sierras con más lluvia de la Península, si no es la que más. Pero es agua que corre rápida, por tanto necesita ser contenida, almacenada. Y eso solo se consigue con ingeniería hidráulica, ingeniería imprescindible para la vida, en la que los romanos fueron auténticos expertos. Lo que bien pudieran ser unas termas —aún no se puede afirmar con rotundidad— coronan uno de los flancos de la mole. Desde allí, desde su exedra —que recuerda al despacho de Adriano en el Teatro Marítimo de Tívoli—, se contemplan los buitres con sus alas extendidas como velas en busca de las térmicas que los elevarán para otear mejor los restos de su menú de carroña. Por estos pagos pueden verse todavía muchos animales pastando libres. Ganadería extensiva la llaman. También se ven muchos conejos trenzando suspiros entre matas. Los venados y los corzos reinan en la espesura, no se dejan ver, pero se presienten, como espectros del bosque que son.

Ocvri estuvo gobernada por un ordo, por un senado local, lo mismo que otras ciudades del entorno. Tuvo foro, de dimensiones modestas, y una puerta empotrada en la muralla antigua. La estructura defensiva presenta diferentes fases, hasta siete, nos cuenta Luis Cobos. Lo púnico se entrevé en el aparejo primigenio.

Nuestro seguimiento de la ingeniería romana de montaña termina en la cercana Zahara de la Sierra. Zahara —su etimología viene a significar «peña fortificada»— es un balcón al Guadalete y a la Serranía de Grazalema. Desde su moderno centro de interpretación

pueden verse Algodonales, Olvera o la mismísima Acinipo. De hecho, las monedas que se han encontrado en Zahara fueron acuñadas en Ronda la Vieja. Las cisternas romanas y un viejo lienzo de muro son los testigos de la presencia romana.

Pero como si de un palimpsesto se tratara, Zahara acumula capas de sucesivas culturas. Lo andalusí y la Edad Moderna perfilan el urbanismo. El ascenso hasta el centro de interpretación es mejor realizarlo con la fresca, dada la acusada pendiente de sus rampas de acceso. Durante mucho tiempo, la peña fue abandonada. Hoy en día, afortunadamente, se puede visitar. Hay una torre a medio terminar porque un clérigo prefirió dedicar los dineros a otros menesteres. ¡Cosas que pasan! Al fondo del centro de interpretación se abre un balcón, y desde allí, se pisa sobre un suelo transparente, se «vuela» sobre el pasado. Bonita solución.

Nuestra ruta por las sierras de Cádiz y Ronda se envuelve en el halo que enamoró a los viajeros románticos del XIX. Las rutas arqueológicas posibles son muchas y variadas. Estamos ante un mundo peculiar, ante una naturaleza que desborda y ante un paisaje que enamora. No dejéis de venir a sentirlo.

BARCINO, LA BARCELONA ROMANA

El hecho de buscar los restos romanos de una ciudad como Barcino en el seno oculto de la Barcelona actual constituye en sí mismo un hecho singular, algo así como la extrañeza que nos produce abrir la muñeca rusa contenedora de otras muñecas en su interior. Como Saturno, la gran urbe devora a sus hijos del pasado y cubre con un manto gris de hormigón y acero las columnas y sillares que un remoto día sostuvieron a la Barcino clásica. Por eso, descubrir la ciudad pretérita oculta en sus entrañas es el objetivo de la conocida «arqueología urbana», la arqueología en las ciudades.

Desde siempre existieron restos externos, visibles para los iniciados con ojos peritos para identificarlos. Cuando los profanos miramos un muro, raramente vemos algo más que un muro común. Hay que ser un experto para comprender que lo que tenemos delante es, en verdad, una muralla romana. Siempre estuvo ahí, delante de nuestras narices, sin que llegásemos a verla. Pues eso, la muralla romana de la vieja Barcino está en pleno centro, circunvalando la catedral, en paralelo a

la Vía Layetana o la Plaza Nova. El acueducto aflora en su bifurcación bajo los cimientos del Archivo Histórico Municipal de Barcelona. Llegó a medir trece kilómetros, una longitud nada desdeñable, precisa para abastecer de agua potable y proporcionar el caudal necesario para termas y fuentes.

Restos de las columnas del templo de Augusto en el Museo de Historia de Barcelona.

En pleno centro de Barcelona también se puede visitar el templo de Augusto, ubicado en los bajos del edificio de la Sociedad Excursionista, que amablemente permite la entrada a tirios y troyanos para disfrutar de las grandes columnas del monumento imperial. Nadie sabe a ciencia cierta por qué Augusto decidió hacer una fundación sobre unas colinas apenas si elevadas sobre el delta de un río. Nadie tiene todavía una explicación definitiva. Sabemos, eso sí, las razones de la fundación imperial de la ciudad de Tarraco, ciudad que le devolvió la salud y a la que él se lo agradeció con un enorme programa edilicio y con la capitalidad de la provincia más grande del Imperio, la Hispania Citerior. Pero ¿por qué la fundación de una pequeña ciudad como Barcino en una región con tanta profusión de asentamientos?

Barcino, originalmente, fue una ciudad amurallada de unas diez hectáreas. Probablemente la gran pared fuera levantada por una legión. Pero su primera muralla no tenía un carácter defensivo, sino de prestigio. La puesta en escena, con el templo de Augusto coronando el conjunto, debió conseguir un gran efectismo vista desde el mar.

En Barcino se procesaba pescado y mucha gente vivía en el suburbio extramuros. El siglo IV lo cambió todo. Se reforzó la muralla cuando comenzó el miedo ante la descomposición que carcomería al tardoimperio. Antes, Barcino había sido un paraíso para los libertos y la patria de un prohombre como Licinio Sura, de quien dicen que fue amigo del mismísimo Trajano.

Barcelona está por la labor. Quiere que Barcino aflore desde sus entrañas, que sus ciudadanos la conozcan. Y para eso tienen un plan, el Pla Barcino. Carme Miró lo tiene muy claro, y así nos lo transmitió. Mucha suerte con la tarea.

ADRIANO, EL ANDALUZ MÁS PODEROSO

¿Quiénes han sido los hombres más poderosos nacidos en suelo español? Pues, quizás, Trajano y Adriano, nacidos en Itálica, y dos de los más grandes emperadores de Roma, dioses para sus contemporáneos, todopoderosos dignatarios de la Roma que aún habita en nosotros. Trajano, apadrinado por Nerva, logró ascender a la cúspide del Imperio sin ser romano, pues sus antecedentes familiares eran turdetanos. El Imperio se abrió, se hizo cosmopolita con él. Los nacidos en provincias podían ascender a la cúspide del poder, ciudadanos por igual, al menos en teoría y para unos pocos elegidos.

Manuel Navarro, junto a Kurro Silva y Juan Manuel Cortés en los Museos Capitolinos en Roma.

Trajano fue un emperador guerrero que, tras grandes éxitos en Germania y Dacia, logró llevar las fronteras hasta Partia, en un intento de emular a Alejandro. Por estas gestas fue titulado como germánico, dácico y pártico, por iniciativa senatorial. Ningún romano había librado —ni ganado— batallas en geografías tan lejanas. El Senado, en agradecimiento, lo nombró *Optimus Princeps*, y al morir, en 117, fue sucedido por su sobrino Adriano, por lo que en 2017 celebramos el MCM aniversario de su ascenso al poder. Adriano era el gobernador de Siria a la muerte de Trajano y el hombre que mandaba más legiones dentro del Imperio. Su ascenso resultó natural y fue proclamado por el Ejército, aunque no alcanzaría Roma hasta un año después, una vez pacificada la Dacia.

Y por ello, el Museo Arqueológico de Sevilla acogió una exposición, titulada «Adriano Metamorfosis», en sede compartida con el Conjunto Arqueológico de Itálica. ¿Por qué «Metamorfosis»? Pues porque con Adriano nació una nueva Roma, transformada con el paradigma dominante. Roma renunció a la expansión territorial, amuralló sus fronteras y se dedicó a mejorar la vida de los ciudadanos de su vastísimo imperio. Nacía la Pax Romana, que se extendería casi dos siglos, con su consiguiente bienestar y prosperidad, como ya escribieron autores como Kovaliov, que llegaron a afirmar que el siglo II había sido el más feliz de la historia.

El equipo de rodaje con Anthony Birley, historiador, arqueólogo y académico británico, experto en Adriano que participó en el documental, en Vindolanda (*castrum* al sur del Muro de Adriano en el norte de Inglaterra).

Adriano impulsó la obra pública, la economía y el derecho, pero, sobre todo, puso en valor la diversidad cultural del Imperio. Gran escritor, fue griego en Atenas, egipcio en Tebas, turdetano en Itálica, romano en todos los rincones, el fermento de la diversidad enriqueció la vida cultural de Roma y, probablemente, alargó la vida del Imperio mucho más allá del plazo que nadie hubiera podido sospechar. Si su afán hubiera sido el «más y más lejos» de Trajano, quizá el Imperio hubiera saltado por los aires como ya ocurriera con el del gran Alejandro. Trajano, el conquistador; Adriano, el estadista. Adriano tuvo visión política y de futuro. Su vínculo con el mundo griego —que siempre le sirvió de inspiración— fue definitivo en su mandato. Adriano había sido Arconte de Atenas en 112 y siempre mantuvo una mirada especial hacia todo lo griego. La Biblioteca de Atenas, la creación del Panhelenión en el templo de Zeus Olímpico o su vínculo intenso con los delfios lo demuestran. Sin olvidar su iniciación en Eléusis o su compromiso hacia Éfeso. Para comprender bien su legado hay que visitar la Villa Adriana, a unos treinta kilómetros de Roma. Ahí, en clave arquitectónica, se guardan sus principios vitales y sus hechos biográficos.

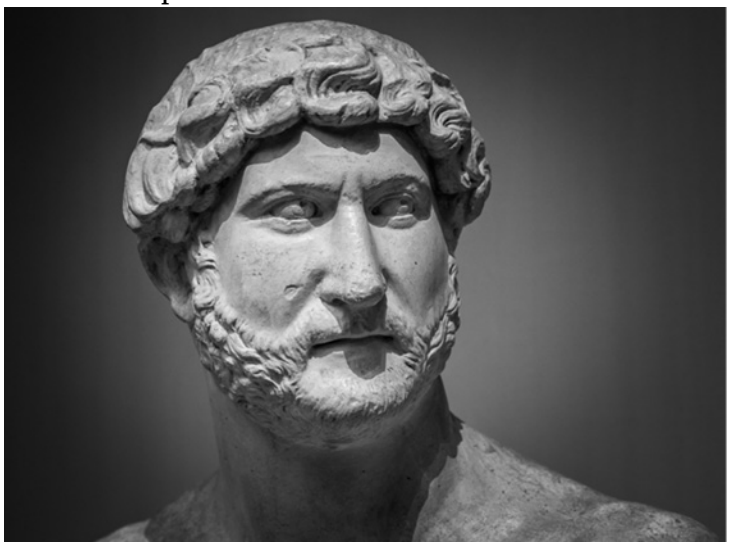
Hispania se reencontró con su gran emperador a través de la mencionada exposición y de un documental que realizamos. Se puede encontrar tanto en Canal Sur como en TVE, y fue grabado bajo la dirección científica de Juan Manuel Cortés Copete y de su equipo de investigación. El documental se titula *Adriano-Metamorfosis*, y tuvimos la oportunidad de estrenarlo en gran pantalla en los cines de la Alameda de Hércules —Hércules, cómo no—, en Sevilla, gracias a la Universidad Pablo de Olavide y al Ayuntamiento de Sevilla. Fue un momento único poder compartir la proyección en vivo ante más de cuatrocientas personas que, de alguna manera, rindieron tributo a Adriano y a su obra ingente. A día de hoy seguimos siendo Roma, en gran parte, gracias a Adriano. Es de agradecidos homenajearlo como el andaluz más poderoso que vieran los siglos.

También es un aniversario para reivindicar su figura y sacudir cierta leyenda negra que comienza a divulgarse. Las novelas estupendas de Santiago Posteguillo confrontan un Trajano poderoso, osado y noble con un Adriano taimado y traidor. Pudiera ser, quién sabe, aunque no parece probable. Historia en mano, fue Trajano quien lo nombró sucesor con signos evidentes de aprecio a lo largo de su vida. Lo demás es simple leyenda. Adriano siempre fue un hombre del Ejército, caminaba sin cubrirse la cabeza al frente de sus legiones en la calurosa Siria o la lejana Britania y siempre las mantuvo al máximo

nivel, como se ve en el texto de Lámbesis. El vínculo con los militares de origen hispano se puede comprobar en su viaje por el Nilo, aquel en el que perdió a su favorito Antínoo y en el que Adriano encargó la seguridad de su expedición al malacitano Valerio Próculo, almirante de la flota.

En todo caso, ambos fueron emperadores portentosos que elevaron a su cénit al Imperio romano y que iniciaron la brillante dinastía de los emperadores de origen hispano, que algunos autores denominaron dinastía Ulpio-Aelia, y otros, Antonina.

Sevilla dedica sendas calles emblemáticas de su casco histórico a los dos emperadores y, en su aniversario, con la exposición «Adriano Metamorfosis», quiso honrar, ensalzar y dar a conocer a su paisano más ilustre. Un gran acierto, sin duda, que ennoblece a la ciudad de los emperadores hispanos.



Busto de Adriano. Museo Británico de Londres.

Jacques de Molay, el último gran maestre de la Orden del Temple.

TRAS LOS RESTOS DE ARNAU DE TORROJA, EL GRAN MAESTRE TEMPLARIO

Los templarios nos fascinan desde hace casi mil años, cuando las llamas consumieron al pobre de Jacques de Molay, su último gran maestre. Desde entonces, los ojos de la humanidad no pudieron ya apartarse del misterio que evocan los caballeros del Temple y de la fascinación que su sombra produce. Y si esta atracción morbosa fue cierta en el pasado, aún lo es más en el presente, como lo demuestran los miles de libros, documentales y también los bulos esotéricos que rodean la historia de los caballeros templarios y el enigma de su desaparición. Entre sus tesoros escondidos figurarían, ni más ni menos, que el Santo Grial o la mismísima mesa del rey Salomón. Porque nombrar al Temple es mentar al misterio. Acercarnos a su historia es alumbrar un relato sorprendente de cruzados, castillos, finanzas, poder y religión, un cóctel demasiado explosivo como para haber perdurado en el tiempo. ¿Por qué esta rejuvenecida fascinación de la sociedad digital del XXI por aquellos enigmáticos caballeros, mitad monjes, mitad guerreros? Pues seremos testigos de una investigación arqueológica que quizás nos ayude a responder a este singular interrogante.

En efecto, también atraídos por el ensalmo templario, decidimos conocer a fondo una investigación arqueológica sobre un enterramiento templario que nos había llamado poderosamente la atención. Se trataba de arqueología, pero parecía literatura fantástica: en Verona, Italia, acababa de descubrirse un sepulcro que podría corresponder a un gran maestre templario, español, además, para más inri. Se trataría del primer enterramiento conocido de un dignatario templario. Pero no adelantemos acontecimientos y conozcamos algo de los fascinantes caballeros del Temple, antes de sumergirnos en las profundidades de la investigación arqueológica.

El propio nombre del Temple evoca la profundidad de su enigma: *Pauperes Conmiliotones Christi Templique Salomonici*, la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón. Y es que la

historia templaria siempre fascina, nunca defrauda, asociados necesariamente a objetos religiosos, sagrados, mágicos o esotéricos. No en vano aparecen vinculados, como ya dijimos, al famosísimo Santo Grial, que, en su azaroso peregrinar, habría acabado oculto en algún lugar desconocido de España.

La Orden militar del Temple fue fundada en 1118 por nueve caballeros franceses con el objetivo de proteger a los cristianos que peregrinaban hasta Jerusalén. La Orden se extendió con rapidez, aprovechando el ímpetu de las cruzadas, y adquirió una sorprendente riqueza y poder. Castillos, fortalezas, puertos, flotas, ejércitos, tesoros sin fin, extendieron un manto de misterio sobre la Orden, que, tras la definitiva caída de Tierra Santa y el fracaso de la última cruzada, pareció —según las voces contrarias— haber perdido el sentido de su existencia.

Su propio éxito, su riqueza y su poder fueron, como en tantas otras ocasiones, la causa de su perdición. El rey francés Felipe IV, fuertemente endeudado con la Orden a cuenta de la enorme cuantía que se hubo de pagar para el rescate de su padre, Luis IX, tras el fiasco de la séptima y última cruzada, presionó insistentemente al papa Clemente V para que condenara y disolviera la Orden. Finalmente, el papa cedió, y en 1307 fueron detenidos, torturados y quemados cientos de templarios, acusados de idolatría, homosexualidad, sodomía y de adoración a Baphomet, numen en forma de macho cabrío. La simple lectura de la relación de cargos, repletos de detalles de idolatría, de extraños ritos, como el de pisotear y escupir sobre la cruz, haría los gozos de cualquier aficionado a los aquelarres esotéricos.

El 18 de marzo de 1314, Jacques de Molay, el último gran maestre de la Orden, moriría quemado ante la catedral de Notre Dame en París. Le acompañó en su tormento el caballero templario Godofredo de Charnay, que tampoco aceptó su culpa. Con ellos moría definitivamente la Orden para dar nacimiento al mito, probablemente el más importante de toda la Edad Media. Y, por si fuera poco, la leyenda templaria no ha hecho sino incrementarse desde entonces hasta nuestros días. La Orden, que duró casi doscientos años, consiguió la eternidad en nuestro recuerdo. Para siempre estará con nosotros, abonando nuestra fantasía, pero también tentando a la historia y a la arqueología con sus muchas zonas oscuras aún por iluminar.

La historia templaria daría para miles de páginas de sumo interés. Pero en estas breves líneas solo queríamos contar los avatares de una investigación arqueológica de la que tuvimos noticia por la prensa y

sobre la que decidimos profundizar para poder así divulgarla. Y es que el asunto no podía resultar más atractivo. En la iglesia de San Fermo, en Verona, Italia, acababa de aparecer un sepulcro medieval que bien pudiera corresponder a un gran maestre, español, además, lo que redoblaba nuestro interés por el asunto. Se trataría de Arnau de Torroja, gran maestre entre 1180 y 1184, personaje de gran importancia y reputación en la Orden.

El descubrimiento era relevante porque, hasta la fecha, no se había localizado la sepultura de ningún gran maestre templario. En caso de confirmarse la posibilidad veronesa, estaríamos ante un hallazgo singular y único, el primer enterramiento descubierto de un líder templario. Los sepulcros templarios eran muy sobrios y someros, sin monumentos, esculturas ni aparato ornamental alguno. Por eso, es posible que, en algún caso, hubiera pasado desapercibido el sepulcro de un principal. Pero en Verona, al parecer, todo apuntaba a que, por fin, se había localizado la sepultura más codiciada. Y le correspondía a la arqueología desvelar el misterio.

Conozcamos, antes de narrar la investigación arqueológica, algo acerca de nuestro protagonista, Arnau de Torroja. Arnau nació en Solsona, en la actual provincia de Lérida, en el año 1122. Tras ingresar en la Orden y participar activamente en las guerras contra los musulmanes, fue nombrado maestre de las provincias de Aragón y Provenza, lo que supuso su primer puesto de alta responsabilidad en la Orden. En ella adquirió la experiencia necesaria y el prestigio imprescindible para dar el salto definitivo hasta la máxima responsabilidad entre los templarios, la de gran maestre, en 1180, a la veterana edad de 58 años. Su mandato fue muy complejo, envuelto en la rivalidad con la Orden de los Hospitalarios, que lograría encauzar tras la mediación del papa Lucio III. Pero donde de verdad hubo de emplearse a fondo fue en Tierra Santa, donde logró pactar con el gran Saladino una salida digna al entuerto protagonizado por Reinaldo de Chatillon en los territorios musulmanes de la Transjordania. A su regreso a Europa, falleció en Verona, donde sería sepultado en un lugar hasta ahora desconocido que, finalmente, el nuevo hallazgo bien podría por fin desvelar.

Sus aventuras en Tierra Santa y su hábil negociación con el gran Saladino le proporcionaron la gloria del recuerdo. Su memoria es muy destacada entre los grandes maestros de la Orden y es el único con nombre propio —además del famosísimo Jacques de Molay— que ha sido llevado al cine con la película *Arn: El Caballero Templario*, protagonizada por el actor inglés Steven Waddington.

Pues basta de prolegómenos y vamos a centrarnos en la investigación arqueológica que debería dilucidar sobre el caso. Tras saltar la noticia de que era posible que hubiera sido descubierta la primera sepultura de un gran maestre templario, la de Arnau de Torroja, decidimos trasladarnos hasta Verona, la patria chica de Romeo y Julieta, para comprobar el estado de la investigación. ¿Correspondían los restos encontrados al auténtico maestre templario? La arqueología tenía la última palabra y la ciencia sería la que emitiera el veredicto definitivo.

La rendición de Guy de Lusignan de Dijo Tahsine. Poco duraría la tregua. Con la llegada del nuevo maestre, Gérard de Ridefort, se reanudaron las contiendas contra Saladino. En batalla de los Cuernos de Hattin Guy de Lusignan, rey de Jerusalén, y Reinaldo de Châtillon, cayeron presos de Saladino. Reinaldo era considerado el peor enemigo por Saladino y este le cortó la cabeza tal y como había prometido.

Verona es una de esas ciudades de belleza serena que ganan con los años y se subliman con los siglos. Asentada en un meandro del río Adigio concentra un riquísimo patrimonio urbano. Casas, palacios, iglesias, plazas, esculturas, puentes y fuentes se conjugan para transmutarse en una de las ciudades más hermosas de Italia, el país de las ciudades hermosas. Y entre sus muchas iglesias, fue en San Fermo donde apareció el posible sepulcro de Arnau de Torroja.

La arquitectura de la iglesia de San Fermo luce en dos niveles que reflejan su rica y compleja historia. Los benedictinos comenzaron a

construirla en el silgo XI bajo estilo románico. Los franciscanos la ocuparían a partir del siglo XIII dejando su impronta de estilo gótico. Estas dos órdenes fueron las que erigieron y decoraron la iglesia de San Fermo, o, al menos, eso era lo que se creía hasta hace bien poco.

Con Maurizio Viviani, párroco de San Fermo, Mauri Giorgio Ferretti, Magister Templi y Kurro Silva ante la posible tumba de Arnau de Torroja, Verona, Italia.

Pero, a veces, lo imposible ocurre. Los hermanos de la Asociación de los Templarios Católicos de Italia —asociación heredera de los templarios reconocida por el Vaticano— solían acudir a la iglesia de San Fermo para rezar, por considerarla de especial energía. La asociación, al crecer, tomó la iglesia como sede, con el beneplácito de su párroco Maurizio Viviani. Allí se reunían, sin saber todavía que, en el pasado, fue templaria. Mucho menos podían figurarse que pudiera albergar la sepultura de uno de los maestres más importantes de la historia. Pero, poco a poco, la historia se desveló ante ellos. Fueron descubriendo los signos y señales templarios dibujados y esculpidos en las paredes y los techos de San Fermo — flor de lis, flor de la vida, cruz de Pathé con la espada, colores templarios—. Fue el primer aviso de que San Fermo también había sido una iglesia templaria, lo que, hasta ese momento, o no se sabía, o bien no se decía.

Sin embargo, la presencia templaria en la floreciente Verona de la Edad Media era conocida por las fuentes. Pero se creía que se había limitado a la titularidad de la pequeña capilla de San Vitale, ubicada

al otro lado del río. Pero esta capilla resultó destruida por una gran avenida del Adigio, tras lo que el rastro templario se perdió en la ciudad. La investigación realizada tras los primeros descubrimientos en San Fermo ofreció un inesperado fruto que rasgaría el velo con el que la *damnatio memoriae* había ocultado el rastro histórico de la ocupación templaria. Y la historia pudo recomponerse. Tras la destrucción de San Vitale, la Orden se habría trasladado hasta la iglesia de San Fermo, para tomarla como sede desde 1160 hasta 1263. Después, habrían llegado los franciscanos. Es decir que entre benedictinos y franciscanos existió una ocupación templaria desconocida hasta el momento. Fuentes documentales consultadas entonces certificaron que los templarios celebraron al menos un capítulo general en Verona entre 1190 y 1195, y, visto lo visto, muy probablemente habría tenido como sede San Fermo.

Entrevistamos a don Maurizio Viviani, párroco de San Fermo y director de su Museo Diocesano, que amplió nuestro conocimiento de la iglesia y avaló los avances en la investigación. En la Verona romana murieron martirizados Fermo y Rústico, posteriormente santificados. En el siglo VIII se erigió una ermita sobre el lugar del sacrificio, donde se depositaron las reliquias de los mártires, y encima de esa antigua ermita, siglos después, se comenzaría a construir San Fermo. Ya sabemos que la historia oficial solo contemplaba las construcciones benedictinas del siglo XI y la de los franciscanos del XIII, pero el párroco considera verosímil la titularidad templaria intermedia, dado que en la Edad Media se trató de una iglesia principal. La de San Vito era demasiado pequeña y, además, quedó destruida por la gran riada.

Pero hasta ahí —y ya era mucho— habían logrado descubrir los actuales templarios italianos. Pero el azar quiso que una nueva puerta se abriera para desvelar el secreto mejor guardado de San Fermo. Una tarde, Mauro Giorgio Ferretti —*Magister Templi* de los templarios católicos, que nos recibió con su túnica templaria— paseaba por el claustro exterior de la iglesia cuando le pareció ver el extremo de una cruz templaria en uno de los sarcófagos semienterrados que se encontraban en la antigua sala capitular. El corazón le dio un vuelco y enseguida tuvo una premonición. «Se trata de la tumba de Arnau», pensó de inmediato, sin ninguna razón cierta para ello. El sarcófago se encontraba situado en una lateral de la capilla capitular, semicubierto por escombros y franqueado por otro sepulcro que impedía ver la cruz. Con ayuda de la luz de su móvil, Mario pudo distinguir la cruz templaria. Así comenzó la apasionante investigación de la que quisimos ser testigos.

Mauro tuvo la intuición de que Arnau de Torroja era el morador de aquella tumba. ¿Podía ser realidad? Estaba documentalmente probado que Arnau había fallecido en Verona en 1184, pero no se tenía ni la menor idea de dónde resultó enterrado. ¿Se acababa de encontrar la sepultura del gran maestre templario Arnau de Torroja? ¿Podrían encontrarse sus restos dentro de esa tumba? Habría que demostrarlo, y los templarios católicos, más allá de su intuición, supieron desde el primer momento que le correspondería a la ciencia responder a las preguntas que les intrigaban.

Los arqueólogos tomaron entonces el mando de la operación. Los templarios italianos y el cura habían tomado la decisión adecuada. Podían haber sido ellos mismos, impulsados por la curiosidad, los que hubieran tratado de abrir directamente el sepulcro, pero, afortunadamente, no lo hicieron, lo que evitó la pérdida de valiosa información. Al ponerse en manos de arqueólogos expertos se garantizaba que ninguna pista histórica se ignorara. Bajo la responsabilidad de Giampiero Bagni, arqueólogo de la Nottingham Trent University, el sarcófago fue apartado de la pared a la que se adosaba, tras retirar la tierra y los escombros que lo habían protegido del inmisericorde paso del tiempo.

El sepulcro era muy simple, un cajón desnudo en sus paredes erosionadas por el paso del tiempo. Los templarios se enterraban de manera muy sencilla, sin pompa ni ornato, austeros en vida, austeros en muerte. Ya sabemos que el templario era pobre, pero la Orden rica. El sepulcro de San Fermo estaba tallado sobre una roca sedimentaria, común en los alrededores de Verona. Nada de piedras nobles o de mármoles de Carrara para las tumbas templarias, ni siquiera para las de sus principales. El uso de esa roca barata y de escasa calidad fue considerado como indicador de enterramiento templario. Roberto Pasqualato dirigió el riguroso trabajo de limpieza con láser y de consolidación por sílice del sepulcro. Datar la sepultura en sí no resultaba posible, por lo que la antigüedad del enterramiento tendría que obtenerse a partir de la datación de los restos que contenía.

El sepulcro presentaba una cruz templaria esculpida a sus pies como único adorno, con dos características diferenciales. Por una parte, la punta de la espada en su base, que indica preeminencia y poder, y, por otra —y sin ningún otro precedente conocido—, un cuadrado sobre la intersección de la cruz, que viene a simbolizar el mundo. «Magíster del mundo templario», venía a simbolizar. O sea, símbolo que bien podría corresponder a un maestre general de la Orden. Todo lo exterior apuntaba a que podían estar a las puertas del

gran descubrimiento. Pero ¿qué custodiaba el interior?

Con la cautela obligada, se procedió a levantar la cubierta de la sepultura. ¿Qué sentirían los arqueólogos en ese momento? Aún habituados a encontrarse cara a cara con la muerte, experimentarían un nervioso estremecimiento al comprobar que, efectivamente, el sepulcro contenía restos humanos. ¿Serían los de Arnau de Torroja? ¿Habrían sido ellos los elegidos por la fortuna para descubrir el primer enterramiento de un gran maestre templario?

Sería necesario realizar todavía numerosas pruebas científicas para comprobarlo. Primero, la pulcra extracción de los huesos, realizada por arqueólogos y antropólogos. En el interior de la tumba se encontraron, superpuestos, los restos de tres personas. Arriba, el esqueleto de un joven de principios del siglo XV, que, evidentemente, no podía corresponder al del anciano templario de principios del XII. Los restos del nivel intermedio correspondieron a los de una mujer del XIV, también desechados. Quedaban únicamente los huesos encontrados debajo de los anteriores. ¿Podrían ser los que buscaban? La suerte pareció acompañarlos: los restos correspondieron a los de un anciano de más de sesenta años, y el resultado de las pruebas del carbono 14 arrojó una datación compatible con un enterramiento realizado a principios del siglo XII. ¡¡¡Los huesos podrían corresponder a los de Arnau de Torroja!!! Los restos aparecieron envueltos por un sudario muy deteriorado, pero que, una vez analizado, se desveló que era de un fino tejido de seda procedente de Medio Oriente, realizado… ¡en el siglo XII! Todo parecía coincidir con la hipótesis de partida. Al fin y al cabo, Arnau llegó a Verona procedente de Tierra Santa, quién sabe si portando en su séquito la tela que le haría fatalmente de sudario. ¿Se podía entonces afirmar ya definitivamente que Arnau de Torroja fue allí enterrado? No, no podían todavía dar por ganada la batalla. Método científico en mano, esa primera datación indicaba que los restos podrían corresponder a Arnau, pero no que, efectivamente, fueran suyos. Hacían falta más pruebas para aseverar la identidad del difunto. Y la prueba reina sería la del contraste con el ADN de un familiar que pudiera verificarse de manera cierta como emparentado con el gran maestre.

Y llegamos a uno de los puntos fuertes de esta historia, la del parentesco. Arnau no tuvo descendientes, pero, en este caso, se tuvo la fortuna de que se conociera la existencia de un hermano de Arnau, también famoso, Guillem de Torroja, que fue arzobispo de Tarragona.

Decidimos visitar Tarragona para conocer *in situ* el enterramiento de Guillem de Torroja y los trabajos para la extracción de su ADN. La

catedral de Tarragona fue construida sobre el gran templo de Augusto en los tiempos de la Tarraco romana. Desde su altura, la actual catedral se asienta sobre la acrópolis de la gran capital de la Tarraconense, ciudad premiada por el emperador Augusto al haber recobrado en ella la salud perdida. Durante nuestra visita, nos atendió, con suma amabilidad y erudición, el canónigo delegado de Patrimonio, Antonio P. Martínez Subías, que nos guio por los espacios y la historia de la gran catedral.

¿Qué sabemos de Guillem de Torroja? Pues la historia ha sido generosa con su recuerdo. Comenzó su carrera eclesiástica como arcediano de la canónica de Seu de Urgell de 1135. En 1144 fue elegido obispo de Barcelona, responsabilidad que ostentó hasta 1171. Participó en la conquista de Lérida y mantuvo una estrecha relación tanto con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV como con el papa Alejandro III. Su brillante carrera culminaría con su nombramiento como arzobispo de Tarragona en 1171. Murió en 1174 y fue enterrado —junto a los anteriores arzobispos— en la capilla de Santa Tecla la Antigua, construcción anterior a la actual catedral, que comenzaría a construirse en 1331. En el segundo tercio del XIV sus restos fueron depositados en un sepulcro elevado, en un lateral de la catedral, donde han permanecido hasta nuestros días. Su nombre y su escudo heráldico —oro con torreón de gules— lo identifican inequívocamente en el exterior de la sepultura.

Aunque el cabildo de la catedral, en principio, y por respeto a los allí enterrados, se mostró muy reticente a la apertura de los sepulcros para la manipulación y extracción de la necesaria muestra de huesos, al final decidió colaborar en la investigación para comprobar la posible filiación genética entre los restos ciertos de Tarragona y los posibles de Verona.

Por tanto, y con toda prevención científica, se procedió a la apertura del sepulcro. Afortunadamente, y gracias a estar colocada en altura, la tumba no había resultado profanada durante la ocupación francesa de la guerra de Independencia. Excelente noticia. Los restos exhumados se encontraban envueltos en un sudario en forma de bolsa en el que estaba cosido un retazo de vitela a modo de cartel. Con impecable grafía gótica carolina, de época medieval, se leía que esos huesos eran de Guillem de Torroja, arzobispo de Tarragona. ¡Teníamos los restos de un hermano de Arnau! Se podía comparar entonces el ADN de los huesos de la sepultura templaria de Verona con los que se sabía a ciencia cierta que correspondían a Guillem de Torroja. Si coincidían, se podría confirmar el descubrimiento de la

primera tumba de un gran maestre templario.

¿Qué ocurrió finalmente? ¿Cuál fue el resultado final de la investigación? Carlos Lalueza fue el responsable de realizar el contraste genético entre uno y otro ADN. Lalueza es un científico especializado en estudios genéticos de poblaciones del pasado y desarrolla su actividad en el Instituto de Biología Evolutiva de Barcelona. Su gran experiencia es garantía de investigación rigurosa y fidedigna. Los ADN de ambos enterramientos fueron estudiados en Barcelona y el resultado fue… ¿Cuál? ¿Se encontraba, o no, enterrado en Verona el auténtico Arnau de Torroja? Nosotros viajamos hasta Barcelona para entrevistar al científico. ¿Qué nos dijo? ¿A qué conclusiones llegó con su estudio?

Dejamos la pregunta en el aire. Nosotros ya conocemos su respuesta, pero preferimos, por ahora, como en los buenos *best sellers*, mantener el suspense del lector. La historia queda abierta porque el dulce encanto del misterio templario no cesará jamás.

TRAS LA TUMBA DE BOABDIL

No tuvo suerte Boabdil, el último rey de Granada. Derrotado, fue despreciado por los granadinos y considerado como un traidor por los suyos. «Llora como una mujer lo que no supiste defender como un hombre», cuenta la vieja leyenda que le recriminó su madre, Aixa, en el alto del Suspiro del Moro, cuando giró su cabeza para ver por vez última su querida Granada. Quizás por todo eso fue bautizado como Boabdil el Desdichado. Con él desapareció el último reino musulmán de España, el último reducto de lo que fuera al-Ándalus. Conocido por su derrota, a nadie pareció interesarle la vida posterior de Boabdil ni, mucho menos, las circunstancias de su muerte y la localización de su tumba. El manto del misterio aún cubre su sepultura. ¿Dónde se encuentra enterrado?

Queríamos responder a esa pregunta, por lo que nos dirigimos a Granada para visitar los escenarios que el último rey nazarí tantas veces paseara, gozara y sufriera. Queríamos grabar el eco de su recuerdo, la brisa de su memoria. Preguntamos por su vida y muerte en las entrevistas a fondo que realizamos a Reynaldo Fernández Manzano, director del Patronato de la Alhambra, a Antonio Malpica, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada, y al

arqueólogo Virgilio Martínez Enamorado. La Alhambra, el Generalife y el palacio de Dar al-Horra fueron testigos y protagonistas, al tiempo, de nuestras pesquisas curiosas y de nuestro embeleso fascinado. Porque tiempo hubo para la historia y también para la poesía, porque la Alhambra siempre proporciona, generosa, alimento para el cuerpo del conocimiento y para el alma del espíritu. Y supimos de la triste historia de Boabdil el Desdichado y de las posibles ubicaciones de sus restos mortales.

La Capitulación de Granada de Francisco Pradilla Ortiz.

Tras entregar las llaves de la ciudad a los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492, en la actual ermita de San Sebastián, entonces un popular morabito, Boabdil partió hacia el exilio. Se dirigió, en primer lugar, hacia Láujar de Andarax, la cabecera del señorío que los monarcas castellanos le habían otorgado, donde pasó unos meses sumido en una melancolía tan profunda que ni siquiera la cetrería ni las largas cabalgadas pudieron sanar. Sabemos que en 1493 embarcó desde Adra rumbo a Melilla, desde donde se dirigiría hacia Fez, capital de sus aliados/enemigos meriníes. Allí viviría con discreción hasta encontrar la muerte casi cuarenta años después. Existen distintas versiones de su fallecimiento. Para unos, rodeado de su familia en una posición acomodada. Para otros, mendigando por las calles. Y no falta quien propone que murió como un héroe luchando en defensa de Fez. De nuevo la sombra del olvido que todo lo confunde.

Según el cronista al-Maqqari, fue enterrado en el gran cementerio

que se encuentra junto a la Bab-Sharia, la puerta de la justicia, un cementerio que aún presta servicio en nuestros días. Otros investigadores consideran, no obstante, que sus restos descansan en Argelia, en la ciudad santa de Tlemecén. Y, por último, hay quien no descarta que se encuentren en España, bajo la iglesia de Santa Fe de Mondújar. El manto del misterio cubre, pues, la sepultura del nazarí más desdichado.

Desconocemos, por tanto, la ubicación de la tumba del último de los reyes andaluces. Pero ¿y el de sus predecesores nazaríes, emires de Granada? ¿Dónde se encuentran enterrados? Sabemos que desde que Ismail I dispusiera la Rawda, el cementerio real de la Alhambra, en las cercanías del Patio de los Leones, todos los sultanes granadinos recibieron allí sepultura. Las crónicas nos cuentan que Boabdil, antes de su salida definitiva de Granada, desenterró a sus antepasados para llevarlos con él hacia Mondújar, donde recibirían definitiva sepultura. Pero, de nuevo, salta la duda. ¿De qué Mondújar se trata? ¿De Santa Fe de Mondújar, en Almería, o del Mondújar del granadino valle del Lecrín? Opiniones existen en uno y otro sentido, por lo que los restos de la gran dinastía nazarí continúan también desaparecidos en las brumas del olvido.

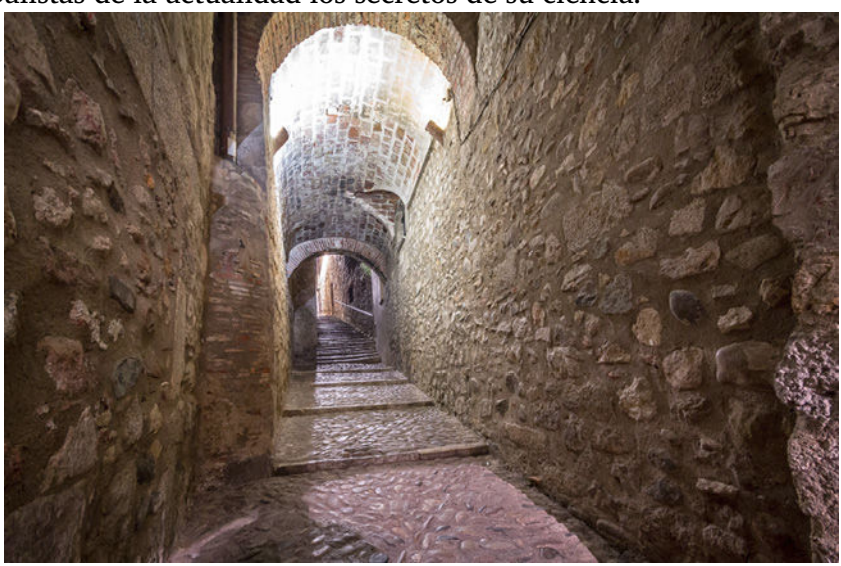
Boabdil, probablemente, esté enterrado en Fez, según afirman las crónicas. Incluso algunos investigadores se atreven a proponer un morabito en concreto, en el que el georrádar ha mostrado dos enterramientos que podrían coincidir en época y circunstancias. Existe un proyecto de investigación sobre el asunto que no resultará fácil llevar a cabo, dadas las mil dificultades de todo tipo que tendrían que superar los arqueólogos para lograr desenterrar los restos y proceder a su analítica. Pero el esfuerzo bien merece la pena. Ojalá nosotros podamos estar allí, en ese momento, para contarlo.

GERONA JUDÍA

Visitamos el Museo Judío de Gerona. Es un museo histórico y arqueológico. Recoge una amplia información del Call, la Calle, que es como se conoce a la judería gerundense, una de las principales de Sefarad. Hemos podido filmar su baño ritual del siglo XV y diversas piezas de carácter religioso, funerario o civil. Se conoce presencia judía en Gerona desde el siglo IX, quizás anterior, donde se estableció

una sucesión de generaciones ininterrumpidas durante casi seiscientos años. Un episodio de 1391 —el asalto de la Aljama— pareció el principio del fin. Muertes, conversiones forzosas o secuestros de niños. Pintaba mal para los judíos, a pesar de ser siervos del rey de Aragón. Hubo precedentes y habría réplicas. La crisis y el milenarismo fueron el caldo de cultivo ideal para un antisemitismo poco o nada disimulado, en un tiempo en el que no existían ni la corrección política ni el derecho de gentes. Como dato sobrecogedor, perfectamente documentado, existía la tradición de apedrear las casas de los judíos durante los Viernes Santos por aquello de ser los culpables de la muerte de Cristo.

En Gerona floreció una brillante tradición cabalista, una sucesión de rabinos y místicos que fueron dando cuerpo a la heterodoxia hebrea. Por aquel entonces se afirmaba que la Cábala no podía estudiarse hasta haber cumplido los cuarenta años, ¿pasará también ahora? Tal vez haya que ir a Safed o consultar a algún experto en el Zohar para averiguarlo. Los místicos siempre han seguido caminos inescrutables. Como divulgadores de la arqueología, tratamos con religiones que ya no existen, como la del culto imperial, el panteón griego o los dioses íberos. Acercarse desde la arqueología a religiones vivas exige un tacto mayor, qué duda cabe. Por eso, nos limitamos a ponderar la cabalística medieval de Gerona y dejamos para los cabalistas de la actualidad los secretos de su ciencia.



Judería en el Barrio Viejo de Gerona.

Pero el mundo judío, cabalistas incluidos, desapareció dolorosamente del Call. En 1492 los Reyes Católicos firmaron el edicto de expulsión. El 1 de agosto, todos aquellos judíos que no se hubieran convertido al catolicismo debían abandonar España. Las familias judías, aterrorizadas, tuvieron escasos días para reaccionar. La especulación se disparó, la ruina de muchos fue inevitable, esquilmados por algunos desalmados que se lucraron con la desgracia ajena. Una parte de nuestra historia se desgarraba así del trono común. Sefarad se marchaba o se ocultaba. Desde entonces, Fez, Esmirna, Alejandría o Salónica fueron el refugio de aquellos a los que no se les permitió vivir en la tierra de sus padres. El episodio no por conocido resulta menos doloroso y trágico. Afortunadamente, más de quinientos años después, los descendientes de aquellos sefardíes expulsados pueden hoy recuperar la nacionalidad española que jamás debieron perder.

Aquellas gentes, o muchas de ellas, hablaban ladino, una forma de castellano antiguo que todavía pervive en algunos reductos. Muchos sabrán que incluso se emite —o se emitía— un programa en ladino en Radio Exterior de España. Lazos de historia y cultura que, pese a la cruel e injusta tragedia, nunca se perdieron por completo. Y como muestra de aquel Sefarad que se nos fue, nos queda el Call de Gerona como testigo en piedra eterna de su brillo y dolor.

Arqueología internacional

EL TEMPLO DE MILLONES DE AÑOS DEL GRAN FARAÓN TUTMOSIS III

A veces, la vida nos sonríe y nos regala el poder estar en el lugar adecuado, en la ciudad soñada. Nos trasladamos hasta Luxor, capital de la egiptología, sede de los grandes templos de Karnak y de Luxor, para grabar el importante yacimiento del templo de Millones de Años del gran faraón Tutmosis III, un proyecto hispano-egipcio dirigido por la egiptóloga española Myriam Seco. Para cualquier aficionado a la historia, visitar Egipto supone sumergirse en el origen de la arqueología y sobrevolar sus cimas más elevadas. Llegar a excavar en Luxor, en sus templos o en el Valle de los Reyes, en el que los grandes faraones se encuentran enterrados, es un sueño difícilmente alcanzable. Myriam, gracias a su talento, amor por la egiptología y tesón, lo ha conseguido, lo que supone tanto para ella como para la arqueología española el orgullo de figurar en el olimpo de la arqueología internacional, que, desde el siglo XIX, alzó su morada en las orillas del Nilo.

Llegamos a Luxor ya de noche y el propio taxista nos advirtió de la drástica reducción de turistas debido a los ocasionales atentados y a la propia inestabilidad del país. Como Egipto hace ya muchos años que no vive de su agricultura, sino de su turismo, esta caída le somete a una fuerte presión económica, que notamos tanto por la bajada de los precios debido a la fuerte devaluación de la libra egipcia como por la insistencia de taxistas y cocheros por prestarnos sus servicios.

El Nilo bíblico, proverbial, transforma sus orillas en un oasis feraz que, a lo largo de miles de kilómetros, traza una línea verde sobre el gris refulgente del más atroz de los desiertos, el Sáhara.

Luxor es uno de los centros mundiales de la arqueología, la antigua Tebas, y ciudad de los templos y de las tumbas de los grandes faraones, cuyas vidas prodigiosas han llegado hasta nuestros días gracias a la escritura jeroglífica. Como es bien sabido, la orilla oriental del Nilo era la orilla de los vivos, mientras que la occidental, la de la puesta de sol, era la de los muertos. En esta orilla, en el Valle de los Reyes, los grandes faraones fueron enterrados en tumbas riquísimas, ocultas bajo tierra para evitar los expolios que durante muchos siglos padecieron. Tan bien se ocultaron que, sorprendentemente, algunas han logrado llegar intactas hasta nuestros días, por lo que la egiptología aún nos depara grandes sorpresas de cara al futuro. Entre la montaña que alberga el valle y la tierra fértil que rodea al Nilo, se encuentran unas colinas que fueron utilizadas como necrópolis por altos funcionarios o por el pueblo, según los tiempos y las circunstancias. Pero también, en este terreno intermedio, se levantaron los grandes templos de millones de años de los principales faraones del Nuevo Reino. La bellísima y evocadora expresión de millones de años se corresponde con la antigua idea egipcia de eternidad, que se expresaba en la cifra del millón; matemáticas y poesía en sugerente comunión. Afortunadamente, los egiptólogos la mantuvieron en su versión original. Cada faraón que se preciara

poseía, pues, su sepultura en el Valle de los Reyes, y su templo de Millones de Años, en las colinas que le precedían, sobre el Nilo benefactor.

Entrada al templo de Luxor.

Coloso de Memnon en Luxor.

Dormimos en los pabellones del clásico Winter Palace, que, entre otras figuras, albergó a Howard Carter, el famoso descubridor de la fabulosa tumba de Tutankamón, o a Agatha Christie, que escribió en sus salones y terrazas su novela *Muerte en el Nilo*. Enclavado junto al templo de Luxor, en las mismas orillas del Nilo, y a apenas unos

metros del embarcadero de falúas y embarcaciones con las que cruzamos el río. Impresiona comprobar la corriente y el enorme caudal que desde los remotos lagos y montañas del África Central atraviesa sabanas y desiertos para hacer posible el milagro de Egipto. El Nilo bíblico, proverbial, transforma sus orillas en un oasis feraz que, a lo largo de miles de kilómetros, traza una línea verde sobre el gris refulgente del más atroz de los desiertos, el Sáhara. En las orillas, entre juncos, cañas y papiros, pastorean, somnolientos, burros, bueyes y ovejas, mientras que patos y garcillas, indiferentes a nuestro paso, se afanan en su pesca y cortejos. En la otra orilla, la de los vivos de la que procedemos, los grandes cruceros atracan ante los templos y el museo, melancólicos en su soledad por el gentío de turistas que se fue para no volver…, por ahora, claro está, porque el encanto del lugar los atraerá de nuevo en masa en cuanto el recuerdo del último atentado se haya diluido una vez más en el olvido.

Para grabar tuvimos que sacar los correspondientes, y onerosos, permisos de grabación, lo que nos llevó varias horas de lentos trámites burocráticos en las oficinas del inspector de antigüedades de Qurna. Y eso que llevábamos meses de gestiones y que todo estaba acordado antes del viaje. Merecieron la pena, en todo caso, tanto el esfuerzo como el desembolso. Al final, pudimos dirigirnos hacia el templo de Tutmosis, donde nos aguardaba su directora, Myriam Seco, la doctora Mariam, como es nombrada con respeto por las gentes del lugar.

Al oeste, quedaban las estribaciones de la montaña, con los huecos abiertos por las tumbas e hipogeos ya excavados. En la parte baja, atravesados por la carretera que recorremos, los templos de millones de años de los grandes faraones. Impresiona el de Ramsés II, no solo por su importancia histórica, sino por sus altas columnas y su pilono en excelente estado de conservación al haber sido construido con piedra. Los anteriores faraones erigieron los suyos con bloques de adobe revocados en cal, lo que los hizo diluirse por el efecto del tiempo y de las escasas lluvias que ocasionalmente riegan la región.

Myriam Seco, directora del proyecto de excavación, restauración y puesta en valor del templo de Millones de Años de Tutmosis III en Luxor.

Cuando llegamos al yacimiento, entre las colinas Asassif y Khokha, se extiende ante nosotros una estampa de arqueología clásica. Alrededor de ciento cincuenta personas trabajan de manera coordinada en diferentes faenas y tajos. Allá, un grupo de obreros preparan los ladrillos de adobe, de barro y paja, que dejarán secar al sol y que servirán para el recrecimiento y consolidación de los muros del templo. Acá, un grupo de canteros talla los bloques de piedra caliza para dar la forma de sillares o de losas que se precisarán para la reconstrucción de paredes y suelos en las zonas nobles del santuario. Diversas cuadrillas se afanan en las cuadrículas en las que se trabaja. Algunas, en zonas del templo, y otras, en las necrópolis de diversas épocas que se entreveran en galerías, pozos y cimentaciones. El movimiento de operarios con carretillas de mano, algún que otro burro con carro, aparentemente inconexo, funciona, en verdad, de manera perfectamente sincronizada por un meticuloso plan de trabajo, en cuyo vértice se encuentra la doctora Mariam, al nombre egipcio. No habíamos grabado jamás un yacimiento en el que trabajaran simultáneamente tantas personas y que excavara sobre una superficie tan extensa. Y es que el adjetivo *faraónico* sobrevuela sobre estas tumbas y templos.

Recorrimos el yacimiento mientras que su directora nos explicaba los espacios, las estructuras, su función y los principales hallazgos. Nos

llama la atención los ocho grandes alcorques circulares, distribuidos de manera simétrica en las dos mitades del gran patio-jardín por el que se accedía, tras atravesar los dos primeros pilonos, a la rampa que conducía a la terraza del templo. Estos alcorques, con una profundidad excavada de unos nueve metros, llegaban hasta el nivel freático, lo que permitiría a las raíces de las grandes perseas —árbol sagrado para los egipcios— acceder al agua de la que precisaban para su crecimiento. Sobre la esquina norte, antes de que nos pormenorice las características del templo, preguntamos a Myriam quién fue Tutmosis III, titular de un templo de tal envergadura y preeminencia.

Tutmosis III, sexto faraón de la dinastía XVIII, en el conocido como Imperio Nuevo, reinó desde 1479 a. C. hasta 1429 a. C. Faraón poderoso y militar, logró alcanzar la máxima extensión del Imperio egipcio, desde la Nubia hasta el Éufrates. Hijo de Tutmosis II y de una concubina, tuvo que soportar la prolongada regencia de la gran esposa real Hatshepsut, hija de faraones, y mujer poderosa, que llegaría a reinar veinte años. Su biografía inspiró la novela que Pauline Gedge publicó en 1977 bajo el título *Chail of the morning*, traducido al español como *La Dama del Nilo*. Su devoción por Sejmet propició el culto a la diosa-leona en todo el Egipto. Su templo, que se alza sobre el de Tutmosis III, es soberbio y visita obligada para quien se dirige al Valle de los Reyes. Y aunque la reina fue sometida a la *damnatio memoriae*, a la condena del olvido, tanto refulgió en vida que sus destellos alcanzaron nuestros días. Tutmosis III no habría podido alcanzar su gloria sin el imperio que previamente le preparó su tía-madrasta, la gran Hatshepsut.

Representación de Tutmosis III sometiendo a los rebeldes de Qadesh, a los cuales aplasta con una maza. Bajorrelieve en el séptimo pilono de Karnak.

El faraón Tutmosis III se hizo construir un templo en la medida de su poder, una estructura en terraza con unas dimensiones colosales. Con dos grandes pilones de acceso —en adobe revocado en cal—, protegidos por las esculturas osiriacas, una gran calzada central enlosada conducía a través de la enormidad escénica de patios y rampas hasta la terraza en la que se alzaba el gran santuario, con su peristilo, salas hipóstilas y santuario. Sobrecoge la sola rememoración de la magnitud, solemnidad y trascendencia del gran templo, cuyos volúmenes parecen marcados a nuestros pies y perfectamente delimitados por sus grandes muros perimetrales. Aunque la ubicación del templo era conocida desde finales del XIX y se habían realizado en el yacimiento algunas excavaciones esporádicas y puntuales, no fue hasta el inicio del proyecto hispano-egipcio, con Myriam Seco al frente en 2008, cuando se comenzó a estudiar y excavar de manera sistemática y científica el gran templo. Ya son diez años de excavación y se estima que resten otros tantos para completarlo. La figura de la directora nos admira. Se dirige en inglés a unos, en árabe a la mayoría, en español —matizado por un dulce acento andaluz— a los becarios, doctorandos y técnicos españoles, sin perder la sonrisa franca que la ilumina. Ama su profesión y se desenvuelve con gran tino y talento en ella. Cuando le preguntamos cómo pudo alcanzar la responsabilidad de la dirección de un yacimiento de esta importancia, sueño de cualquier egiptólogo, nos responde que con mucho trabajo y dedicación. Lleva veinte años en Egipto, diez de ellos trabajando en el yacimiento de los colosos de Memnón, a los que nos referiremos con posterioridad. Habla con orgullo de las diversas misiones y proyectos españoles, que mantienen un gran nivel y que visualizan la excelencia de nuestra ciencia arqueológica.

En el yacimiento se superponen mil años de historia, con necrópolis de distintas dinastías entreveradas en sus ruinas. Algunas presentaban ricos ajuares, de joyas y cuchillos mágicos que se exponen en el Museo de Luxor. Somos testigos de la extracción de dos momias de una necrópolis antigua situada junto al muro sur del templo. En otra tumba se encontraron ciento veinte momias de sepulturas profanadas en la Antigüedad, lo que nos da una idea de la extraordinaria riqueza e información histórica y arqueológica del yacimiento. Estas momias, algunas en excelente estado de conservación, se conservan en uno de los almacenes construidos al efecto. Su visión, sedentes en estanterías

metálicas expresamente montadas para ello, impresiona. Mariam nos narra la emoción que experimentó cuando accedió por vez primera a la tumba que las acogió en sus penumbras durante más de mil años.

Excavaciones en el entorno del templo de Tutmosis III.

Pero el templo de Millones de Años de Tutmosis III, además de ser un importantísimo centro de culto, también lo era de poder y administración, como lo demuestra el edificio adosado al muro sur y con acceso tanto por el interior como por el exterior del templo. Junto al edificio se encuentran dos viviendas de sacerdotes, aunque las construcciones auxiliares más características se ubican junto al muro norte. Allí encontramos una serie de almacenes rectangulares, rematados por bóvedas tumbadas de adobe. Apreciamos alguna derrumbada sobre el suelo y una certera reconstrucción que nos apunta cómo serían. Junto a estos almacenes se encuentra la vivienda del gran sacerdote Khonsu —impresiona que en la arqueología egipcia podamos nombrar a los personajes desde la Antigüedad remota—, cuyos dinteles ricamente labrados se encuentran en el Museo de Luxor.

A pesar del calor que aprieta, nos cuesta marcharnos. Queremos saber más, formular nuevas preguntas, conocer ritos y arquitecturas. Pero el reloj manda y debemos finalizar la grabación. Abandonamos, fascinados, el yacimiento, en la orilla de los muertos, para cruzar de nuevo el río Nilo y regresar a la ciudad de los vivos, tras dejar atrás a los colosos de Memnón, aquellos que, según la leyenda, cantaron al

amanecer al mismísimo emperador Adriano. Y lo hacemos con el orgullo compatriota de comprobar cómo la arqueología española lidera científicamente alguno de los yacimientos más importantes del mundo. Egipto fue la cuna, y, gracias a Myriam Seco, en su corazón nos encontramos colaborando con la inmortalidad del gran faraón Tutmosis III. Al final, resultó cierto aquello del templo de los millones de años… y Tutmosis aspira a la inmortalidad de nuestro recuerdo gracias a su templo redescubierto por la arqueología.

MONTSERRAT, PUERTA DE LA ARQUEOLOGÍA BÍBLICA

Pocas disciplinas resultan tan atractivas y sugerentes como la arqueología bíblica. Hablar en España de arqueología en relación con la Biblia conlleva, necesariamente, referirse al *Scriptorium Biblicum et Orientale* de Montserrat, la colección bíblica más emblemática, rica y estudiada. Queríamos conocerla y, por fin, pudimos visitar Montserrat, corazón de Cataluña y centro religioso y cultural fundamental para la historia de España entera. Aunque la aparición de la Virgen de Montserrat se data en el año 880, no sería hasta 1025 cuando el abad Oliva autorizara el primer monasterio sobre la antigua ermita. Durante mil años, este santuario ha sido un referente espiritual e intelectual, con una prolongada influencia en toda Europa. Se encuentra enclavado en las alturas del macizo de Montserrat, cuyas bellísimas formas geológicas lo convierten en un lugar único y, probablemente, sagrado, desde la más remota Antigüedad. Montserrat es suelo santo, cuya energía telúrica y espiritual percibe el visitante sensible. Como todos los grandes santuarios marianos, Montserrat es un lugar de fe y de oración, y, al tiempo, un destino de visita, donde se reza y se comercia, donde se peregrina y se turistea. Mesnadas de visitantes, fieles y viajeros recorren sus museos y capillas, sabedores de que quien no conoce Montserrat nunca llegará a conocer el alma de Cataluña. Primero Montserrat, después el resto de esta tierra hospitalaria y maravillosa.

Con el padre Pius-Ramón Tragán.

Los monjes benedictinos, desde la fundación del monasterio, desarrollaron una fructífera actividad intelectual y cultural, gracias a la que podemos disfrutar de su biblioteca, sus museos y su escolanía. Pero nosotros queremos conocer el museo de arqueología bíblica, su colección más singular, dirigida por el erudito padre Pius-Ramón Tragán, que nos sobrecoge con su sabiduría, bondad y clarividencia desde sus portentosos ochenta y nueve años.

Óscar Bardají, el responsable de comunicación del monasterio, nos conduce amablemente a través de salas de pintura —un espectacular Caravaggio nos saluda a nuestro paso— hasta la colección de arqueología. Allí nos presenta al padre Pius, que, acompañado por Pau, nos adentra en el ala en la que se custodia el núcleo de la colección. Y en una pequeña sala dedicada a Egipto grabamos la entrevista, que a todos nos parece, sencillamente, formidable. El padre Pius, que ha estudiado y trabajado muchos años en Roma y Jerusalén, es un erudito conocedor de varias lenguas orientales, antiguas y modernas, que ha sabido mantener el museo a la altura que soñara su fundador, el legendario padre Ubach.

La Biblia no solo es el libro de la historia sagrada, sino que es una auténtica joya arqueológica, el único relato del que disponemos que arranca en la prehistoria. El Museo Bíblico de Montserrat permite a los estudiosos conocer y comprender mejor los contenidos de la Biblia, gracias a su contexto arqueológico. Como decíamos, la Biblia, además

de un testimonio religioso y espiritual, es un formidable libro de historia que, desde la remota Edad del Bronce, puede ser contrastado —al menos en sus grandes ejes históricos— por numerosos hallazgos arqueológicos. El *Scriptorium Biblicum et Orientale* de Montserrat abarca tres grandes colecciones. Por una parte, la colección de arqueología bíblica, creada en 1911 y compuesta por unas 5400 piezas, egipcias, mesopotámicas, siriopalestinas y chipriotas. Por otra parte, el archivo fotográfico creado por el padre Ubach, que consta de unas 600 placas de vidrio y unos 5000 negativos perfectamente clasificados por su creador. Y, por último, la Fundación Roca i Puig, que custodia unos 1500 papiros, algunos de incalculable valor histórico, como un texto del siglo IV en latín sobre el emperador Adriano que tuvimos ocasión de filmar con anterioridad.

Imagen de la biblioteca de Montserrat. Su fondo acoge 400 incunables.

La Biblia es un relato muy prolongado en el tiempo que transcurre en geografías diferentes pero bien definidas y conocidas, como también lo son muchos de los monarcas y lugares citados. Desde finales del siglo XIX se inició la inquietud intelectual por descubrir si la ciencia — la evidencia arqueológica— sostenía el relato bíblico. Y en esa corriente, un hombre excepcional, sabio, políglota e inquieto, el padre Ubach, fue comisionado por el monasterio de Montserrat para crear una colección de arqueología bíblica. Desde 1906 comenzó a

recorrer las geografías propias de la Biblia, adquiriendo piezas singulares y de un gran valor arqueológico. El museo nació en 1911 y fue progresivamente enriquecido por adquisiciones y donaciones hasta reunir las casi 6000 piezas que hoy podemos contemplar. El padre Ubach anotó minuciosamente en diarios de viajes todas sus adquisiciones y descubrimientos, por lo que, gracias a su método científico de ayer, el museo resulta de máxima utilidad para los investigadores de hoy, que tienen las puertas abiertas para sus estudios.

La arqueología bíblica es también fuente de inspiración cinematográfica. Desde la búsqueda del Arca de la Alianza por Indiana Jones hasta la obsesión nazi por el Santo Grial —el propio Himmler visitó Montserrat en 1940—, mil películas han mostrado sus intrigas, misterios y enigmas. El Sinaí, la Arabia Pétrea, la remota Babilonia, la vieja Siria, el Nilo milenario son escenarios de ensueño para la gran aventura de la arqueología bíblica. Pero más allá del espectáculo, de la literatura y del cine, la arqueología bíblica es una disciplina científica que estudia el contexto arqueológico —tanto en el tiempo como en el espacio— de los diversos episodios y sucesos bíblicos. Y la arqueología es generosa con estos lugares en los que se desarrollaron algunas de las mayores civilizaciones de la Antigüedad.

La visita y la entrevista con el padre Pius nos sabe a poco. Queremos conocer más, pero el tiempo apremia y los monjes deben acudir al refectorio. Nos despedimos agradecidos a quienes con tanta generosidad y hospitalidad nos han atendido; solo nos queda mostrar nuestra admiración por esta obra colosal que nos abre las puertas de la arqueología de la Biblia desde el mismo corazón de esta montaña de Montserrat, mágica y hermosa.

Personajes de la arqueología

CAPACES Y CAPATACES. ANTONIO VALCÁRCEL

La arqueología no es solo materia de científicos y cátedros, sino que también resultan del todo imprescindibles los profesionales de diversa naturaleza que los acompañan en el trabajo. Y dentro de estos profesionales destacan con luz propia los capataces que dirigen a las cuadrillas de trabajadores que excavan la tierra. Mítico, por ejemplo, fue Pedro Flores, capataz de los hermanos Siret, descubridores de la cultura argárica. Y mítico también llegó a ser Antonio Valcárcel, protagonista de estas líneas. Antonio fue capataz de excavaciones arqueológicas durante gran parte de su vida. Comenzó su labor en 1964 gracias a un contrato con el Instituto Arqueológico Alemán (DAI), que empezaba por aquel entonces a desenterrar el pasado fenicio de las costas orientales de Málaga.

Fue aquella una época dorada, casi heroica. Torre del Mar era un pueblo de pescadores; cuatro calles y cuatro casas, por decir. La Costa del Sol comenzaba a manifestarse como un destino turístico con una enorme potencia. Entonces se comía el pescado fresco, recién extraído del mar, desembarcado en la propia orilla y sacado con el copo. Eran otros tiempos, duros todavía para las clases populares. Hacía tres décadas que Dalí, Ramón o Edgar Neville habían descubierto su paraíso sureño. Un paraíso que, como la selva Esmeralda, fue desapareciendo ante nuestros ojos.

Antonio Valcárcel.

La desembocadura del río Vélez, en la Axarquía malagueña, ya había sido objeto de las prospecciones de algunos avezados arqueólogos como Adolf Schulten, que estuvo por allí buscando a Mainake. Hay que ser comprensivos: eran otros tiempos, era otra arqueología. Cada época tiene su vitola, y la de los pioneros fueron las grandes ciudades míticas. Mainake aparece en las fuentes —Avieno lo certifica— y quién sabe si todavía puede descubrirse en cualquier lugar de las costas de Málaga.

José Ramos, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Cádiz y natural de Vélez-Málaga, nos mostró la exposición histórica, didáctica y social montada en torno a la figura de Antonio Valcárcel. Pepe, en colaboración con el DAI, la familia Valcárcel y la Sociedad de Amigos de la Cultura de Vélez Málaga, consiguió exponer la intrahistoria de las excavaciones arqueológicas a la vista de todos. En esta exposición, titulada «En equipo. Antonio Valcárcel y los trabajadores de las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán», podemos palpar el día a día de los trabajos arqueológicos que desarrollaron durante muchos años. Casi huele a tierra removida y a humo de cigarrillo de liar. Las mujeres de las cuadrillas también están presentes en la exposición, también son parte de la historia de estas excavaciones. Para personas como Antonio Valcárcel, este trabajo fue una suerte, casi una bendición. Y para el DAI lo fue también topar con una persona de su calidad y con unas cuadrillas como las que montaba Antonio. La simbiosis fue perfecta. El Instituto confiaba tanto en

Antonio que algunos profesores como Schubar y Oswaldo Arteaga enviaban sus alumnos para que les enseñara el trabajo de campo.

El mensaje de colaboración, de equipo, de permeabilidad social de la exposición, es muy importante; sobre todo para las generaciones venideras. Los arqueólogos del DAI, que consideraron como trabajadores cualificados a sus empleados en las excavaciones, fueron valientes y vanguardistas. Por eso comían con sus hombres, no se iban a un lugar mejor, no se reservaban un restaurante o una sombra.

Cada uno aportaba su trabajo y esfuerzo. Y así, con ese sistema se descubrió para el mundo el pasado fenicio de la costa malagueña, al menos en su zona oriental. Y se trataba de un pasado esplendoroso, aunque hoy en día —por desgracia— no pueda contemplarse.

Resultó todo un placer el acompañar por la desembocadura del río Vélez a Pepe Ramos y a Antonio Valcárcel nieto, que es historiador por inspiración de su abuelo. Ahí comprendimos cómo pudo operar una polis fenicia importante, diseminada por el territorio de un profundo entrante de mar. Con el tiempo, ese estuario se colmató con los sedimentos arrastrados desde la sierra, dando lugar a la actual vega. Pero todavía en los tiempos de los Reyes Católicos, el brazo de mar llegaba hasta los pies de Vélez Málaga y era navegable. Las crónicas de la conquista castellana así lo atestiguan, según nos cuenta Pepe. Parece increíble, pero así fue. El hecho de imaginar cómo sería esta bahía en época de la llegada de los cananeos es un ejercicio sugerente y necesario si queremos comprender el modelo de colonización de nuestras costas.

Y desde este recuerdo al mundo fenicio, queremos rendir homenaje a todos esos trabajadores anónimos que, con su esfuerzo y sudor, hicieron posible la arqueología. Por eso hemos querido dedicar este último capítulo a Antonio Valcárcel, porque, de alguna manera, los representa a todos. Nuestra admiración y agradecimiento por su tarea imprescindible.

Un «hasta luego» como colofón

Cerramos el ordenador. Son muchos los recuerdos, las emociones, los arqueólogos, las historias y los descubrimientos rememorados en estas líneas. Todos ellos forman parte de nosotros ya. Pero la arqueología continúa con su incesante fluir y nosotros queremos marchar a su ritmo para narrarla. A través de la ventana miramos, ilusionados, los caminos prometedores que nos conducirán, de nuevo, a los yacimientos que nos aguardan.

Debemos partir ya, la arqueología es demasiado importante como para hacerla esperar.

En febrero de 2019.
Manuel Pimentel Siles, La Almuzara, Córdoba.
Manuel Navarro Espinosa, La Cala del Moral, Málaga.

Yacimientos, museos, arqueólogos

Como decíamos en el prólogo, nos resultó del todo imposible escribir sobre la totalidad de los yacimientos visitados y sobre todos los arqueólogos entrevistados. Ya dijimos que no estaban todos los que eran, por lo que en este sucinto anexo queremos recoger a todos los que han sido, figuren o no en el texto del libro. Con ánimo de agradecimiento, adjuntamos el listado de los yacimientos visitados por *Arqueomanía* y de los arqueólogos que amablemente nos los mostraron. Todos ellos nos resultaron fascinantes, inspiradores de artículos y reflexiones. Cada yacimiento encierra una historia y nosotros estábamos para eso, para contarlas.

Y para que conste nuestro reconocimiento, enumeramos los yacimientos, lugares y científicos que hicieron posible el programa y, por ende, este libro.

Muchísimas gracias a todos ellos.

Museo de Ceuta

Cueva de Benzú

José Ramos

Darío Bernal

Museo de Gibraltar

Clive Finlayson

Museo de Cádiz

Fernando Cobos

Luis Carlos Zambrana

Laboratorio de Ciencias de la Tierra de Puerto Real

Museo Arqueológico de Sevilla

Concepción Sanmartín

Exposición «Puertos Fenicios del Atlántico», Sevilla

El Carambolo

Álvaro Fernández Flores

Laja Alta. Jimena de la Frontera

Miguel Martín

Museo Arqueológico de Córdoba

Mezquita de Córdoba

Pedro Marfil

Medina Azahara

Antonio Vallejo

Carlos Posac
Fernando Wulff
Bobastro
Virgilio Martínez Enamorado
Museo de Teba
Castillo de Teba
Museo de La Peña de Ardales
Peña de Ardales
Ermita de Villa Verde
Casa de La Reina, Bobastro
Dolmen de Alberite. Villamartín
Salvador Domínguez Bella
José María Gutiérrez López
Museo Picasso, Málaga
Ana Arancibia
Tejada La Vieja
Jesús Fernández
Marisma de Hinojos
Museo de Huelva
Enrique Martín
Ana María Vázquez Hoys
Monasterio de La Rábida
Castillejos de Alcorrín
José Suárez Padilla
Dirce Marzoli
Puerto de La Duquesa. Castillo
Museo de Santa Cruz, Toledo
Museo de Los Concilios de Toledo.
La Vega Baja de Toledo
Miguel Ángel Valero
Mezquita del Cristo de La Luz. Toledo
Juan Manuel Rodríguez
Dólmenes de Antequera
Leonardo García Sanjuán
Rosa Enríquez
Cueva de Ardales
Pedro Cantalejo
Museo de Ardales
Cueva de Las Palomas, Teba
Cueva de Nerja
José Luis Sanchidrián
Yacimiento Dama de Baza

Museo de Baza
Lorenzo Sánchez
Dólmenes de Gorafe
Museo de Jaén
Centro Andaluz de Arqueología Ibérica
Arturo Ruiz
Cueva de Las Ventanas, Píñar
Cueva de La Carihuela, Píñar
Cueva de La Araña, Málaga
Julián Ramos
Museo de Almería
Museo Nacional de Arqueología Subacuática, (Arqua Cartagena)
Xavier Nieto
Museo Arqueológico de Cartagena
María Comas
Teatro Romano de Cartagena
Elena Ruiz
Museo del Teatro Romano de Cartagena
Museo Arqueológico de Lorca
Andrés Martínez
Cueva Negra, Caravaca
Michael John Walker
Museo Arqueológico de Caravaca
José María Blázquez
Adolfo Domínguez Monedero
Cristin Mazzoli Guintar
Emiliano Aguirre
José Ángel Zamora
Maribel Fierro
Segóbriga. Saelices, Cuenca.
Martín Almagro Gorbea
Juan Manuel Abascal
Ullastret
Aurora Martín
Ampurias
Xavier Aquilué
Marta Santos
Rafa Dehesa
La Draga, Bañolas
Josep Tarrús
Antoni Palomo
Museo de Bañolas

Minas de Gavá
Josep Bosch
Museo de Gavá
Monasterio de Santes Creus
Marina Miquel y Vives
Anfiteatro de Tarragona
Catedral de Tarragona
Andréu Muñoz
Inmaculada Teixell
Josep María Macías
Circo Romano
Museo Arqueológico de Tarragona
Arco de Bará
Museo de Zaragoza
Federico Corriente
Valonsadero
Juan Antonio Gómez Barrera
Numancia
Alfredo Jimeno
Tiermes
Cesáreo Pérez
Cañón del río Lobo, Soria
Atapuerca
Juan Luis Arsuaga
Museo de la Evolución Humana, Burgos
Cueva del Mirón
Manuel González
Ana Belén Marina Arroyo
Alejandro García Morales
Ídolo de Peña Tú
Centro de Interpretación Cueva Tito Bustillo
Cueva de Tito Bustillo
Rodrigo de Balbín
Elena Molina
Castillo Templario de Ponferrada
Fernando Cobos
Francisco Javier Sánchez
Basílica Virgen de La Encina
Antolín de Cela
Castillo de Cornatel
Caballeros de Ulver
Minas de Las Médulas

Antonio Ovalle
Museo Romano de Astorga
María Ángeles Sevillano
Astúrica Augusta
Castrillo de Los Polvazares.
Lancia
Sima de Las Palomas. Torre Pacheco
Mariano López
Universidad de Murcia
Luis Gibert
Isaac Moreno Gallo
Calzada Romana, Coruña del Conde
Clunia
Cueva de Las Tinajas
Laboratorio de Arqueometría Universidad de Málaga
Edipo Rey, Teatro Romano de Mérida
Alberto Cumpián
David García
Eduardo Arroyo
Eva Fernández
Javier Such
Miguel Such
Juan Grima
Luis Efrén
Sonia López
Expo Medicina Roma Parque Ciencias
Galera
Túgi
Jose M. Guillén Ruiz
Guerras Cántabras, Los Corrales de Buelna
Oscar del Val
Antonio Romero
Clara Hernando
María Ángeles Medina
Cancho Roano
Sebastián Celestino
Dolmen de Lácara
Museo de Badajoz
Instituto Arqueológico Alemán de Madrid
Embajador Alemania en Madrid: Lothar Lahn
Presidenta Dai: Friederika Fless
Mulva – Munigua

Thomas Schatnner
Necrópolis Romana de Carmona
Ignacio Rodríguez Temiño
Itálica
Cabezos de Huelva
Bernard Wood
Cueva del Ángel, Lucena
Lupe Monje
Cecilio Barroso
Miguel Caparrós
Museo de Lucena
Helen Valladas
Necrópolis de Las Aguilillas
Cueva de La Victoria, Málaga
Cueva de La Garma
Roberto Ontañón
Pablo Arias
Miriam Cueto
Mupac, Santander.
Cueva de La Pasiega
Cueva del Castillo
Covadonga
Cova Gran de Santa Llinia
Jorge Martínez
Rafael Mora
Xabier Rodas
Emiliano Bruner
Susana Fernández Cerezo
José Manuel de La Cuétara
La Sarga
Mauro Hernández
Museo de Alcoy
Plá de Petracos
Cueva Antón
Rambla Perea
Joao Zilhao
Armando Lucena
Dolmen de Las Rosas
María Cristina Reinosa
Necrópolis Campo de Hockey
Museo de San Fernando
Eduardo Vijande

Laboratorio Geocronología Csic
Antonio Rubinos Pérez
Francisco Rubia
Pinilla del Valle
Juan Luis Arsuaga
Enrique Baquedano
José María Bermúdez de Castro
Eudald Carbonell
Cuevas de Gorham Y Vanguard
Geraldine Finlayson
Antonio Ruiz Bustos
Antonio Rosas
Boquete de Zafarraya
Bioparq Fuengirola
Parque Guadalteba
Lidia Sánchez
Miguel Botella
Facultad de Medicina de Granada
Csic Granada.
José Antonio Riquelme
Museo Arqueológico de Estepona
Dolmen de Corominas
Cerro de La Cruz Almedinilla
Villa Romana de El Ruedo Almedinilla
Museo de Almedinilla
Ignacio Muñiz
Acinipo
Poblado Neolítico de La Algaba
María Sánchez
Juan Terroba
Sima de La Hedionda
Baños de La Hedionda
Cobres Las Minas
Museo Arqueológico Nacional
Carmen Cacho
Paloma Cabrera
Alicia Rodero
Lourdes Mesa
Raquel Acaz
Durgha Orozco
María Antonia Moreno
Juan Pablo Rodríguez Frade

Andrés Carretero
Paloma Otero
Teatro del Títere
Manuel Calero
José María Gener Basallote
Mercedes Murillo
Miriam Luciañez Triviño
Dolmen de La Pastora, Valencina
Museo Valencina
Dolmen de Matarrubilla
Dolmen de Montelirio
Juan Manuel Vargas
Yacimiento Feria Valencina
Yacimiento Biblioteca Nueva, Valencina
Joaquín Rodríguez Vidal
José Antonio Lozano Rodríguez
Thomas Schumacher
Estela de Mirasiviene
Setefilla
Casa Museo Bonsor
Cueva del Toro
Necrópolis de Alcaide
Gonzalo Aranda
Doña Blanca
La Bastida de Totana
La Almoloya de Pliego
Vicente Lull
Cristina Rihuete
Rafael Micó
Manuel Parodi
Baelo Claudia
Villa Romana de Julióbriga
Julióbriga
Turuñuelo de Guareña
Esther Rodríguez
Dolmen de Soto
José Antonio Linares
Loma del Real Tesoro
Laboratorio del Csic
Inmaculada Donate Carretero
María Muñoz Mora
María Cruz Medina Sánchez

Joaquín Barrio Martín
José Latova
Museo Linares
Cástulo
María Morente
Juan Ignacio Vallejo
Yolanda Jiménez Morillas
Francisco Arias de Haro
Marcelo Castro López
Museo de Málaga
María Morente del Monte
Juan Ignacio Vallejo
Tesoro de Tomares
Francisca Chaves Tristán
Baécula
Carmen Rueda Galán
Juan Pedro Bellón Ruiz
Miguel Ángel Lechuga
Alicia Cantos
Caraca
Javier Fernández
Complutum
Margarita Vallejo
J. Vicente Pérez
Cristóbal Vallhonrat
Museo de Alcalá de Henares
Museo Villena
Manuel Olcina
Laura Hernández
Cabezo Redondo de Villena
Virginia Barciela
Gabriel García
Marq Alicante
César Augusto Asencio
Josep A. Cortés I Garrido
José Luis Menéndez Fueyo
Lliria
Vicente Escrivá Torres
Museo Prehistoria Valencia
Jaime Vives-Fernándiz
Cueva del Bolomor
Pablo Sañudo

Jose Fernández Peris
Sagunto
Abadia Montserrat
Pius-Ramón Tragán
Barcelona Romana
Alessandro Ravotto
Santiago Riera Mora
Carme Miró
Judería de Gerona
Jordi Sigrera
Lidia Donat Pérez
Gabriel de Prado
Els Vilars
Emili Junyent
Felix Arnold
Cova Eirós
Ramón Fábregas
Arturo de Lombera
Dolmen Cangas de Onis
Miguel Ángel de Blas
Cueva Aurea
Hornos de La Peña
Olivia Rivero
Ana Melgosa
Museo Altamira
Pilar Fatás Monforte
Carmen de Las Heras
Santimamiñe
Judit Ortuzar Etxebarría
Andoni Iturbe Amorebieta
Mikel Unzueta
Villa Romana de Olmeda
Gizéh Rangel de Lázaro
Cueva de Los Casares
Manuel Alcaraz Castaño
Acueducto de Segovia
Orce
Juan Manuel Jiménez Arenas
Deborah Barsky
José Antonio Solano
Carmen Luján González
Necrópolis de La Beleña

Aioze Trujillo Mederos
Francisco Javier Rodríguez
Dimas Martín Socas
María Dolores Camalich Massieu
Jonathan A. Santana Cabrera
Arcos de La Frontera
Museo de Espera
Paterna de La Ribera
Esperanza Mata Almonte
Pepa Lozano Ramírez
Luis Cobos
Cueva de La Pileta
Miguel Cortés Sánchez
Carlos Gordiuzola
María Dolores Simón Vallejo
Ocvri
Luis Ramón Guerrero
Zahara de La Sierra
Exposición del Dai en Vélez Málaga
Cenobio Valerón
Ingenio de Agaete
Maipés
Risco Caído
Cueva Pintada
La Fortaleza
Museo Canario
Museo Tenerife
Conrado Rodríguez
Robin Beck
Antonio Jesús López Valcárcel
Jesús C. Pérez
María Isabel Angulo
Miguel Torres
Olivia Piñero
Emili Junyent
Teide
Pinturas del Tajo
Pinturas del río Vero
Primitiva Bueno
Son Fornes
Soller
Sierra Tramuntana

Montserrat Anglada
Cristina Bravo
Lara Gelabert
Paula M. Amengual
María Nieves Juste
Manuel Molinos
Menorca
Irene Riudavets
Elena Sintes
Ibiza
Elena Jimenez Barrero
Cueva del Arco
Ignacio Martín Lerma
Didac Román
Cueva de Ardales 2017
Las Abejeras
Las Abejeras Cam 2
Luxor
Myriam Seco
Expo 150 Aniversario del MAN
Gonzalo Ruiz Zapatero
Museo Ibero Jaen
Cueva Ardales Neandertal
Toya
Mengíbar
Castellar
Museo Arqueológico Jaen
Porcuna
Granada
Anta Grande de Zambujeiro
Cromlech Almendres
Menir Almendres
Museo Évora
Évora
Perdigoes
Antonio Carlos Valera
Cabo de Roca
Lisboa
Cueva Lapa de Santa Margarida
Zambujal
Lago Ligustino (río Guadalquivir)
Ifergan Collection

Vicente Jiménez Ifergán
Expo Baria
Neandertal Museum
Gerd Weniger
Bosque Colonia
Colonia
Olduvai
Cráter Ngorongoro
Manuel Domínguez Rodrigo
Belén Márquez
Verona Arena
Verona San Fermo
Verona Exteriores
Giampiero Bagni
Orce 2018
Villaricos
Talla de Sílex
Juan Antonio Marín
Caravaca 2018
Atapuerca 2018
Cenieh 2018
María Martinón Torres
Chitina Moreno Torres
Patricia Martínez
Burgos
Colegiata S Isidoro de León
Festival Celta Avilés
Castros Asturianos
Miguel Ángel de Blas Cortina
Ignacio Alonso
Castro Borneiro
Castro Baroña
Castro Santa Tecla
Javier Rodríguez Corral
Museo del Mar de Vigo
Castro San Cibrao de Las
Museo Pontevedra
Castilllo de Almourol
Convento de Cristo
Tomar
Tajo de Las Figuras
Cueva de Las Orcas

Diego Fernández
Antonio Luque
Estrecho Gibraltar
Francisco Giles
Pesca de Atún En Tánger
Tarifa
Turuñuelo Muertecito
Victoria Peña
Complutum Prerromana
Sebastián Rascón
Sandra Azcárraga
Ambrona
Joaquín Panera
Susana Rubio
Marisa Revilla
Museo Numantino
Soria. Curva de La Ballesta
Templarios Ponferrada
Dólmenes Vitoria
Dólmenes Alaveses
Alfonso Alday
San Juan de La Peña
Monzón
Carles Lalueza
Instituto Biologia Evolutiva Barcelona
Catedral Tarragona
Antonio P. Martínez Subías
Iglesia de Santa Tecla Tarragona
Recreación Hoplita Málaga
Grupo Recreacionista de Gilena
Alhambra
Reynaldo Fernández Manzano
Antonio Malpica
Peñas de Los Gitanos
Los Millares
Beba Pérez
Alpujarras
La Palma
Museo de Los Llanos
El Hierro
Sixto Sánchez
Jorge País

Cerro del Villar
Necrópolis de Trayamar
Necrópolis del Jardín
Museo de Vélez
Frigiliana
Francisco Javier Rodríguez Santos
Eduardo García Alfonso
Joaquín Barrio Martín
Mari Cruz Medina
María Muñoz
Inmaculada Donate
Julio Cuenca
Jorge Onrubia
Marco Moreno
Teresa Delgado
Valentín Barroso
Bartolomé Ruiz
Virgilio Martínez Enamorado
Arie Kai-Browne
María Lazarich
Angel Villa Valdés
Roberto Pasqualato
Maurizio Viviani
Fra Mauro Giongio Ferreti
Manuel Ramos
Ana María Gómez Días
Michael Kunst
Stefanía Titton
Museo Nacional Romano de Mérida
Presa de Proserpina
Pinturas Rupestres de Sésamo
José Luis Abello
Museo Puebla de Don Fadrique
Cerro del Trigo
Ángel Rubio
Jesús Fernández Palmeiro

Table of Content

El porqué de este libro
La prehistoria remota. Desde el origen hasta el neandertal
OLDUVAI, ORGULLO DE LA CIENCIA ESPAÑOLA
ORCE Y SU SINFONÍA DE EXTRAÑEZA ESENCIAL
LOS ENORMES ELEFANTES DE SORIA Y LOS HUMANOS DE AMBRONA Y TORRALBA
EL ESTRECHO DE GIBRALTAR. ¿PUERTA DE ENTRADA O FINAL DEL LARGO CAMINO DE LOS PRIMEROS EUROPEOS?
EL EXTINTO DESFILADERO DE NEANDER Y EL NACIMIENTO DEL HOMBRE NUEVO
CUEVA FANTASMA, EN BUSCA DEL NEANDERTAL EN ATAPUERCA
EL VALLE DE LOS NEANDERTALES Y LA SORPRESA DE SU SANTUARIO
LOS NEANDERTALES Y EL ARTE
El Paleolítico superior. Los sapiens y su arte
ALTAMIRA, LOS BUEYES QUE DERRUMBARON LA HISTORIA
LA CUEVA DE LA PILETA, EL GRAN SANTUARIO PALEOLÍTICO DEL SUR
ARDALES, LA CUEVA DE SIEMPRE
CUEVA DE LOS CASARES Y LOS GRITOS DEL VACÍO
COVA EIRÓS Y EL ARCANO MÁGICO DE GALICIA
LA CUEVA DE LAS ESTRELLAS Y LAS MANOS DE LA ÚLTIMA SELVA EUROPEA
LA CUEVA DEL ARCO Y LA ARQUITECTURA DE LO SAGRADO
CUEVA AURIA Y HORNOS DE LA PEÑA, LAS PINTURAS RUPESTRES COMO ARTE DEL PASADO Y COMO VANGUARDIA DE FUTURO
EL TAJO DE LAS FIGURAS Y EL PODER DEL RELATO
El Neolítico, el megalitismo y la primera Edad de los Metales
LA NECRÓPOLIS DE LA BELEÑA Y LA CIENCIA DE LA INMORTALIDAD
EL MISTERIO DE LOS DOMADORES DE CIERVOS DEL RÍO VERO
EL TAJO, RÍO DE LOS MENSAJES
LA CAPILLA DE SANTA CRUZ, EN CANGAS DE ONÍS, Y EL PODER DEL DOLMEN
MEGALITOS Y FORTIFICACIONES CALCOLÍTICAS EN PORTUGAL
VALENCINA, EL YACIMIENTO DE LAS 400 HECTÁREAS QUE NO ALCANZAMOS A COMPRENDER
LA MOTILLA DE AZUER, EL GUGGENHEIM DE LA MANCHA

VILLENA, EL TESORO QUE BUSCA SU ORIGEN
EL ARGAR: LA BASTIDA, LA ALMOLOYA Y SU REINA DE LA PLATA
La arqueología de las islas: arqueología canaria y balear
LA FORTALEZA Y LA HUMIAGA, EL SANTUARIO SAGRADO DE LAS MAUGUADAS
LA INSULARIDAD, DESDE EL CENOBIO VALERÓN A LAS NAVES DEL ALMIRANTE DE LA MAR OCÉANA
HISTORIAS DE LUZ EN RISCO CAÍDO
EL MUSEO CANARIO Y EL CEMENTERIO DE ESCLAVOS DE FINCA CLAVIJO
LAS MOMIAS GUANCHES Y EL ESPÍRITU DEL VOLCÁN
EL GAROÉ, EL ÁRBOL SANTO DE LA ISLA DE EL HIERRO
CENTRÍPETA MENORCA
LOS HONDEROS DE SON FORNÉS
Entramos en la historia. La Edad del Hierro, desde Tartessos a Roma
PELAYO QUINTERO, LA LEYENDA DE UNA OBSESIÓN
Y TARTESSOS, ¿DÓNDE ESTÁ?
LA GRAN HECATOMBE DE TARTESSOS
EL MUERTO TARTÉSICO DE EL TURUÑUELO DE GUAREÑA
ALCORRÍN, LA TROYA ESPAÑOLA
ELS VILARS, EL CORAZÓN DEL GUERRERO
ULLASTRET, EL ESPÍRITU MELANCÓLICO DEL LOBO
SAGUNTO, EL ESPEJO QUE ENGAÑÓ A ANÍBAL
LA DAMA, EL PRÍNCIPE, EL HÉROE, LA DIOSA: BAUTIZO DEL MUSEO ÍBERO DE JAÉN
OCVRI, DE VIVOS Y MUERTOS
BARCINO, LA BARCELONA ROMANA
ADRIANO, EL ANDALUZ MÁS PODEROSO
El Medievo
TRAS LOS RESTOS DE ARNAU DE TORROJA, EL GRAN MAESTRE TEMPLARIO
TRAS LA TUMBA DE BOABDIL
GERONA JUDÍA
Arqueología internacional
EL TEMPLO DE MILLONES DE AÑOS DEL GRAN FARAÓN TUTMOSIS III
MONTSERRAT, PUERTA DE LA ARQUEOLOGÍA BÍBLICA
Personajes de la arqueología
CAPACES Y CAPATACES. ANTONIO VALCÁRCEL
Un «hasta luego» como colofón
Yacimientos, museos, arqueólogos